

Fantasia prohibida

Shayla Black



Phoebe

Shayla Black

Fantasía Prohibida

Decadent

2º Dominada por el deseo

Argumento

¿Cómo puede una chica inocente atraer a un famoso y atractivo cantante al que la prensa sensacionalista atribuye prácticas sexuales para las que ella no está preparada?

Kimber Edgington está decidida a hacer cualquier cosa para convencer al hombre de sus sueños, el popular cantante Jess McCall, de que están hechos el uno para el otro.

Resuelta a probar que es lo suficiente mujer para él, Kimber recurre a Deke Trenton y le pide que sea su tutor sexual. Atrevido y descarado, Deke le advierte que está jugando con fuego, lo que no impide que la tome bajo su tutela y que, junto con su primo Luc, le enseñe los placeres de ser compartida. Aunque ella se reserva para Jesse, pronto descubrirá que Deke es el único hombre capaz de satisfacer todas sus fantasías. Y cuando Kimber le pide más... él no será capaz de resistirse.

Capítulo 1

Por lo general, a Kimber Edgington no le importaba pedir favores. Si su padre hubiera estado en la ciudad, no le hubiera molestado pedirle que se pasara por la tintorería. Ni darle la lata a alguno de sus hermanos para que le comprara la leche.

Pero hoy no le pediría ayuda a su familia. Lo que necesitaba no era algo que se considerase normal.

Respiró hondo. Podía hacerlo. No, tenía que hacerlo si quería hacer realidad la fantasía que llevaba siete años rondándole la cabeza.

Salió del coche bajo aquella húmeda tarde y estudió la casa de ladrillo rojo. El exterior, con un macizo de azaleas de vistosos colores y un césped recién cortado, parecía cuidado. Era un edificio elegante con aquella fachada de piedra, el immaculado balcón blanco y las columnas de estilo dórico. No se oía ni un solo ruido que perturbara los verdes campos del este de Tejas, el lugar parecía muy tranquilo.

Nadie podría adivinar jamás qué depravaciones ocurrían en esa casa. De hecho, Kimber había ido allí para descubrirlas personalmente.

Para averiguar si podía soportarlas.

Cerrando los dedos temblorosos en torno a la correa del bolso, se armó de valor y se acercó a la pesada puerta de roble. Pensó lo hermoso que era el paisaje marino de la vidriera de colores y llamó.

Contra toda lógica, esperó que Deke Trenton no estuviera en casa.

¡Uf! ¿Cuánto tiempo hacía que no lo veía? ¿Cinco años? Quizá más. Ojalá pudiera pasar otros cinco años o más sin tener contacto con él. De hecho, imaginar su cara era todo lo que hacía falta para hacerle rechinar los dientes y pensar en asestarle un par de puñetazos. Cuando Kimber tenía diecisiete años, él había despertado en ella una curiosidad que la atemorizaba, pero que al mismo tiempo no había podido ignorar. La única vez que había intentado hacer algo al respecto, iniciando una sencilla conversación, él la había rechazado sin ningún miramiento. Durante mucho tiempo lo había odiado por ello.

Ahora, en vez de evitarle, iba a tener que pedirle el favor de su vida.

Y haría cualquier cosa para que no se lo negara.

Apartándose un rizo castaño rojizo de la cara, Kimber se obligó a no comprobar una vez más el brillo de labios. El rímel no se le había corrido; lo había comprobado unos minutos antes. Los pantalones color oliva, aunque cómodos, habían sido una mala elección. Los compensaba con una provocativa blusa blanca de encaje que se le ceñía a los pechos y con el escote bajo y redondeado para llamar la atención. Había completado su atuendo con unas sandalias blancas de tacón alto que sabía que gustaban a los hombres, pero que, maldita sea, le hacían polvo los pies.

No tenía sentido seguir postergando aquello un minuto más.

Tragando saliva, Kimber volvió a llamar.

—Ya voy —anunció una amortiguada voz masculina.

¿Deke? Había pasado demasiado tiempo y Kimber había borrado de su memoria todo lo que concernía a aquel hombre. Pero jamás había olvidado del todo aquella voz profunda y ronca.

Sintió mariposas en el estómago cuando oyó ruido de pasos aproximándose a la puerta. Había ensayado mil veces lo que iba a decir. Deke pecaba del mismo comportamiento militar de su padre y sus hermanos, y no le gustaba la gente que se andaba con rodeos o sutilezas. Así que sólo esperaba soltar el discurso sin fastidiarla.

De repente, un hombre abrió la puerta.

No era Deke. Ni siquiera se le parecía.

El pelo negro estaba suelto sobre unos hombros delgados. Tenía unos conmovedores ojos oscuros y una mandíbula firme con sombra de barba. Una camiseta ceñida de color gris y vaqueros descoloridos cubrían un cuerpo alto y atlético. Aquel hombre podría trabajar de modelo y ganar una fortuna. Su cara le resultaba familiar, quizá lo conocía.

—¿Puedo ayudarte en algo? Sería un placer para mí. —La divertida sonrisa del hombre le indicó que era consciente de que lo había recorrido de pies a cabeza y que no le importaba lo más mínimo. De hecho, él había hecho lo mismo.

Kimber se rió. Era obvio que la sutileza no era lo suyo.

—Lo siento. Creo que me he confundido de casa. Estoy buscando a Deke Trenton. Supongo que me confundí de calle...

—No. Has llegado al sitio correcto. Mi primo Deke regresará pronto.

—¿Deke es primo tuyo? —La posibilidad casi la dejó boquiabierta.

En términos físicos, los dos hombres eran —literalmente— como la noche y el día. El que estaba ante ella era ardiente y sexy, oscuro y lujurioso como la noche. Deke tenía la piel y el pelo dorados, era duro y arduo como el día.

Él se encogió de hombros.

—Somos primos segundos, ya sé que no es para andar diciéndolo. Pero como él paga su parte vivimos juntos. Yo soy...

—Luc Traverson. ¡Oh, Santo Dios! Te he reconocido por las fotos. Tengo varios de tus libros de cocina.

—Me siento halagado.

Ella le dirigió una sonrisa contrita.

—¡Oh, vaya! Me encantan tus recetas. Aunque soy un auténtico desastre en la cocina.

La cordial risa masculina de Luc resonó con un eco cálido en su vientre. Le cayó bien de inmediato. Parecía buena gente. Sencillo a pesar de su éxito.

—¿Cómo te llamas, cariño?

—Kimber Edgington. —Le tendió la mano—. ¿De verdad eres primo de Deke?

—Eso parece. —Luc le tomó la mano acariciándola más que estrechándola—. No puedo dejarte aquí fuera en el porche. ¿Quieres entrar a esperarle? Me encantaría disfrutar de tu compañía mientras termino de hacer la cena.

Aquel hombre rezumaba encanto sureño. Kimber se sintió encandilada por él.

—Gracias. ¿Crees que llegará pronto?

—Sí. Llamó hace un rato para decirme que estaba en camino. —Luc se apartó a un lado para que pasara.

Kimber entró en la casa, llena de curiosidad. En ella reinaba el clasicismo de influencia italiana, pero un aire rústico y moderno a la vez. Los suelos de madera oscura contrastaban con las paredes blancas. Había sillones de cuero y mesas de hierro forjado, y un televisor de plasma de cincuenta pulgadas. Era lujosa y de buen gusto, pero aun así muy masculina.

—Calculo que llegará en diez minutos más o menos. —Luc le dirigió una picara sonrisa—. El tiempo justo para ofrecerte un té helado de frambuesa y unos bollos de melocotón recién hechos, además de sonsacarte cómo ha conseguido ese imbécil que una belleza como tú venga a visitarlo.

A Kimber se le esfumó la sonrisa de golpe. Su misión. Un par de magnéticos ojos oscuros y algunas palabras amables y ya se había olvidado de la razón por la que había ido allí.

Una parte de Kimber apenas podía creer que se hubiera atrevido a ir. Era una locura. Una estupidez.

Y, sin embargo, era fundamental para su futuro.

Pero no iba a dejar que Luc le sonsacara la verdad, no importaba lo deliciosos que resultaran sus bollos. Aunque lo más probable era que Deke se lo contara a Luc en cuanto la pusiera de patitas en la calle.

—Sólo estaba bromeando. No hay necesidad de que te pongas tan seria. No tienes que contarme nada —le aseguró con aquella voz ronca e íntima. La expresión pícaro de sus ojos había sido reemplazada por una mirada oscura y adusta.

—Lo siento. —Kimber intentó sonreír—. Es que estoy un poco...

—¿Nerviosa? —le sugirió él, conduciéndola a una brillante cocina.

—Es una casa preciosa, en especial la cocina —suspiró ella, feliz por poder cambiar de tema.

Los elegantes muebles de cerezo y acero inoxidable hablaban de buen gusto europeo y de cocinas de alta tecnología. Con una creativa mezcla entre lo antiguo y lo moderno, la cocina con seis fogones, las encimeras de granito y el horno doble, era el sueño de cualquier chef. Luc parecía encajar allí perfectamente.

—Gracias. Por si te lo preguntas, Deke no tuvo nada que ver en la decoración —dijo, guiñándole el ojo.

¿Decoración? ¿Deke? La idea la hizo reír. Deke colgaba las armas en el perchero y tenía las cajas de los cartuchos esparcidas por el suelo. Para él, los prismáticos de infrarrojos eran el tema preferido a la hora de tomar café. Un buen televisor, un sofá viejo y una cámara de seguridad, y no necesitaba nada más para entretenerse.

—Te creo. ¿Lo has decorado tú todo?

—Con un poco de ayuda de un amigo mío que es decorador.

—Te ha quedado muy bonita.

Él le respondió con una sonrisa.

—Me alegro de que te guste. ¿Un té de frambuesa?

Luc le puso la mano en la cintura y la guió hacia una silla de hierro forjado con un lujoso cojín de color musgo. La leve caricia le gustó. Kimber no tenía duda alguna de que muchas mujeres considerarían muy atractivo al *chef*. Lo era. Pero tenía algo que la tranquilizaba. Él cocinaba y decoraba, y además la hacía sentir a gusto. Quizá era gay. Lo observó con detenimiento y reconsideró ese último pensamiento. «No, por supuesto que no lo es». Simplemente era una persona educada y de trato fácil.

Todo lo contrario a su primo. Deke siempre la sacaba de quicio incluso antes de decirle «hola».

—Así que conoces a Deke —preguntó Luc, dándole un vaso alto.

—Se podría decir que sí. —Le dirigió una tensa sonrisa—. Mi padre y él se dedican a lo mismo. De hecho, él solía trabajar para mi padre. —Kimber tomó un sorbo de té y no pudo contener un suspiro—. ¡Esto está de muerte!

Luc frunció el ceño y luego cayó en la cuenta de quién era ella.

—Ah, ¿eres la hija del coronel Edgington?

Kimber asintió con la cabeza.

—¿Deke te ha hablado de mí?

—Nunca ha mencionado tu nombre. En realidad sólo me ha hablado de tu padre. Tendré que patearle el trasero por ese descuido. Eres preciosa. —Se sentó en la silla a su lado y sonrió, derrochando encanto—. Me voy a sentir muy infeliz si ya te ha echado el ojo.

Un rubor acalorado subió por el cuello de Kimber hasta sus mejillas. «¿Se había sonrojado?» Ella jamás se sonrojaba. ¡Jamás! Pero Luc y sus halagos eran demasiado para una chica acostumbrada a tratar sólo con militares.

—Apuesto lo que sea a que tienes montones de mujeres rendidas a tus pies.
Un amago de sonrisa aleteó en esa boca exuberante, pero no contestó.
—¿Deke sabía que ibas a venir?
—No. Y no me ha echado el ojo. Créeme, hace años que no le veo. Creo que todavía estaba en el instituto la última vez que lo vi.
La sorpresa se reflejó en los rasgos morenos y sensuales de Luc.
—Y ahora llegas aquí como caída del cielo, decidida a hablar con un hombre por el que, si no me equivoco, no sientes un especial cariño. ¿Es así?
Kimber palideció. Aquel hombre era realmente perspicaz.
—Yo..., necesito hablar con Deke. Es urgente.



Deke estaba junto a la puerta de la cocina, apretando los dientes con fuerza.
Mierda, reconocería esa dulce voz en cualquier sitio. Aguda, rítmica, con un leve toque de picardía. «Kimber Edgington». La chica que le ponía duro como un martillo neumático. Siempre había sido así. Durante todos y cada uno de los días que había trabajado para el coronel. Era oír su voz y toda la sangre de su cuerpo descendía directamente a su miembro. Una mirada de esos dulces ojos color avellana y ya estaba listo para la acción.
Deke hizo una mueca mientras se recolocaba la bragueta. Maldita sea, todavía tenía ese poder sobre él.
Al menos ya no tenía diecisiete años y tentaba a un hombre que era lo suficientemente mayor para saber cuándo no debía jugar con fuego.
Hacía cinco años que había dejado de trabajar para su padre, antes de hacer algo estúpido. Algo de lo que, estaba seguro, se hubiera arrepentido más tarde, igual que lo habría hecho ella.
Pero, ¿por qué demonios estaba allí? «Mierda, sólo hay una manera de averiguarlo...»
Kimber contuvo el aliento cuando él entró en la cocina. Deke se detuvo ante la isleta para ocultar la dura evidencia de su excitación. Al ver la sonrisa de diversión de su primo, supo que a él no le había engañado.
Pero fue a Kimber a quien prestó toda su atención. Había madurado. Sus labios eran ahora más provocativos, las pecas se habían desvanecido. Apenas llevaba maquillaje. El aire de inocencia permanecía intacto, y lo invitaba a corromperlo.
Deke apostaría todas sus medallas a que todavía era virgen.
«Estás loco». Kimber debía de tener ya veintidós años, veintitrés como mucho. Pero en lo más profundo de su ser sabía que no se equivocaba. ¡Maldita sea! Tenía que deshacerse de ella. Y con rapidez. Un deseo incontrolable y una chica virgen eran una combinación peligrosa.
—Kimber. —La voz de Deke sonó ronca por el deseo. Reprimió las ganas de hacer una mueca.
—Deke.
Su nombre pareció flotar desde aquellos labios rosados y tentadores. El ronco sonido lo puso más duro todavía. Entonces ella se mordisqueó el labio inferior y él sólo pudo pensar en deslizar su miembro entre esos labios, en penetrar profundamente la sedosa humedad de su boca mientras ella lo miraba con aquellos ojos inocentes.
Si no dejaba de pensar en esas cosas, iba a tener que ir al baño para masturbarse antes de poder mantener una conversación coherente y deshacerse de ella.
—Hola —dijo ella para romper el embarazoso silencio.
—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.
Kimber asintió con la cabeza. Fue un gesto automático que denotaba nerviosismo. No había oído más que unas pocas frases de la conversación de Luc con Kimber. Las suficientes para

saber que su primo pensaba que le había echado el ojo a aquella belleza. Y que Kimber tenía una razón importante para estar allí.

Como sólo tenían un conocido en común, pensó que debía de tratarse del coronel.

—¿Le ha pasado algo a tu padre?

—E-está bien. Gracias. —Kimber forzó una sonrisa—. Últimamente ha recibido amenazas de alguno de los psicópatas que envió a la cárcel y que ya ha sido puesto en libertad, pero eso no es nada nuevo.

«No, no en esa clase de trabajo».

—No, no lo es.

Por fin, su erección disminuyó lo suficiente para cruzar la estancia y sentarse ante la mesa de estilo italiano. Su primo todavía esbozaba una sonrisa socarrona, y Deke le dirigió una mirada de advertencia.

—No he podido evitar oír cómo le decías a Luc que tenías algo importante que decirme. ¿No será sobre el coronel?

—No. Es sobre... —Las pestañas de Kimber sombrearon sus mejillas cuando bajó la vista y se volvió a morder el labio.

Maldita sea, los gestos inocentes y seductores de Kimber lo ponían a cien.

Ella levantó la vista de nuevo, y Deke vio que lo miraba con determinación. Interesante.

—Es algo personal.

«¿Personal?». Deke no podía imaginarse a qué se refería. ¿Había acudido a él para contarle algo personal? Se había esforzado en ser un borde con ella mientras trabajaba para su padre. No le había resultado demasiado difícil cuando se había sentido agarrotado todos los días por la frustración sexual.

Transcurrió una pausa silenciosa.

Luc se levantó y se acercó a Kimber.

—Chicos, os dejaré unos minutos a solas. Hay más té de frambuesa. No permitas que el ogro te asuste. —Le cogió la mano y se la besó—. Y no se te ocurra marcharte sin despedirte.

Deke observó el intercambio y se dio cuenta de que estaba rechinando los dientes. «Bastardo». Kimber poseía todo lo que su primo deseaba en una mujer: dulzura, virginidad e inocencia. El que ella tuviera el pelo rojizo era sólo un incentivo más.

«Pero ya podía irse olvidando de esa mujer». Si Kimber estaba vedada para él, también lo estaba para Luc.

El suave golpe de una puerta al cerrarse en el pasillo le indicó a Deke que su primo se había encerrado en su despacho. Volvió a centrarse en Kimber.

—Bien, adelante. Te escucho.

—He venido a pedirte un favor. Me doy cuenta de que esto es un poco extraño, pero... — se interrumpió con un tembloroso suspiro, luego alzó la barbilla y pareció controlar los nervios. Un momento después, lo miró directamente a la cara—. ¿Podrías enseñarme todo sobre el sexo, tal y como a ti te gusta?

Por lo general, la expresión de Deke jamás reflejaba sus pensamientos. Debido a su trabajo, poseer una expresión insondable era algo indispensable. Aquella era la primera vez que Kimber lo veía quedarse con la boca abierta. No lo hubiera sorprendido más si le hubiera pedido que excavara el Gran Cañón con sus propias manos.

—¿¡Qué!?

—Quiero que me enseñes cómo son las relaciones sexuales que te gustan.

¿Las relaciones sexuales que le gustaban a él? ¿Podría haber algo más extraño en este jodido planeta?

Ahí pasaba algo. Algo muy raro. A la virginal Kimber no podía gustarle lo mismo que a él. Ni siquiera debería saber que existía.

Aunque quizá estuviera interpretándola mal. Lo más probable era que no tuviera ni la más remota idea de qué le estaba pidiendo.

Con aquel tranquilizador pensamiento, dejó traslucir la irritación que sentía y negó con la cabeza.

—¿Por qué coño ibas a querer saber algo así?

Kimber no se inmutó ante su lenguaje. Deke debía reconocerle eso y más... como haber tenido las agallas suficientes para ir allí. Al criarse con el coronel y dos hermanos mayores, era probable que hubiera oído todas las palabras malsonantes del mundo, y algunas más de su propia cosecha. Pero se preguntó de dónde habría sacado el valor para preguntarle si quería... ¿qué? ¿ser su tutor sexual? Bufó para sí mismo al pensar en todas las cosas que le gustaría enseñarle.

—Creo que ha llegado el momento de ampliar mis horizontes —le explicó ella con despreocupación, de una manera que parecía haber sido ensayada—. Y a pesar de tu actitud brusca, eres un tío honrado. Nunca me harías daño...

—¿Hasta cuando voy a tener que seguir oyendo este discursito antes de decirte que no?

—Aún no he terminado.

—Ni siquiera deberías haber empezado.

—Necesito saber. Tengo que saber cómo complacer a un hombre con esas inclinaciones.

Esas inclinaciones. Como si fuera algo fácil. Como si pudiera explicárselo con un simple esquema. Contuvo una amarga risa.

—A ver si nos entendemos, ¿quieres aprender a follar conmigo, pero no tienes ni idea de qué va la cosa?

Kimber se envaró.

—Claro que lo sé. A ti te van los *ménages*, te gusta compartir a las mujeres.

¿Cómo diablos se había enterado de eso? Era sorprendente. Perturbador. Condenadamente excitante.

Pero ella había dicho «*ménage*» como si la mera palabra la asustara de muerte. Deke se rió largo y tendido a costa de Kimber.

—Gatita, estás metiéndote en camisa de once varas.

—Por favor, no me trates como a una cría. Puede que no sea la mujer más experimentada del mundo, pero ¿qué más da? Todos partimos de cero. Estoy tratando de aprender. No te pido un compromiso ni que me dediques mucho tiempo. Hablo de una tarde o dos, ¿dónde está el problema?

Así que la gatita aún tenía garras. La encontraba salvajemente excitante. Se imaginó tumbándola sobre esa misma mesa, separándole las piernas para observar su sexo abierto para él mientras ella se retorció y jadeaba en pleno orgasmo.

Él se aclaró la garganta y se obligó a centrarse.

—Olvidate por un segundo de que no tienes más que una vaga idea sobre el tema. Centrémonos en la gran pregunta: ¿por qué? ¿Por qué quieres experimentar en tus propias carnes qué se siente al ser compartida?

Kimber cruzó las manos delante de ella y vaciló. Estaba intentando decidir qué contarle, pensando qué descartar y qué no. Deke le dio un minuto para que aclarara sus ideas; podía esperar. No pensaba ir a ningún sitio hasta descubrir de qué iba todo ese asunto.

—No sé si te acordarás, pero poco antes de que vinieras a trabajar con mi padre, éste había estado protegiendo a Jesse McCall.

—Sí. —Deke se encogió de hombros.

—Jesse y yo... nos hicimos muy amigos ese verano. Compartimos un vínculo especial. Se podría decir que nuestro amor floreció. Hemos salido con otras personas, pero no es lo mismo. Y nuestra relación sólo se ha hecho más fuerte con los años. Nos hemos mantenido en contacto por teléfono y por e-mail. Compartimos nuestras esperanzas, deseos y sueños. Llevo muchos años pensando en él, en nosotros y creo que a él le pasa lo mismo.

Que alguien le diera una bolsa para el mareo. ¿De veras Kimber se tragaba todo eso? ¿Que mientras Jesse se iba tirando a toda cuanta mujer se le ponía por delante, la amistad con Kimber tenía un significado especial para él? Imaginó que sería posible... después de que el infierno se congelara.

—Ya veo —dijo arrastrando las süabas—. ¿Y eso qué tiene que ver?

—Bueno, hace unos seis meses, hablamos largamente de nuestra relación. Le dije que nunca podría sentir por nadie lo que sentía por él —se mordisqueó los labios, titubeando—. Jesse me dijo que yo le importaba mucho, pero que su estilo de vida me escandalizaría.

No había más que leer la prensa amarilla.

—Sí, lo haría.

—He visto montones de fotos de él con diferentes mujeres. He oído rumores sobre lo mucho que le gusta compartir a las mujeres. Sé lo que tengo que hacer para tener un futuro con él. Pero él dice que no quiere corromperme; piensa que yo no podría soportarlo. Tengo que demostrarle que puedo ser lo que él necesita.

Santo cielo. ¿Acaso había perdido completamente el juicio? Pretendía que le enseñara a darle placer a ese niño bonito que presumía de ser cantante melódico y a algún gilipollas desconocido a la vez. ¿Sena Kimber una mujer inmadura para su edad, de esas que perdían la chaveta por las celebridades y gritaban como locas cada vez que oían su nombre? Se le encogió el estómago.

—¿Así que crees que yo te enseñaré cómo atraparle, y luego viviréis felices y comeréis perdices?

Kimber se envaró.

—Creo que lo más inteligente sería ir a Jesse preparada para complacerle y de esa manera probarle que puedo ser alguien especial para él.

—¿Y a qué viene tanta prisa?

—Ha vivido en Europa durante los últimos años. Le he echado mucho de menos. Pero por fin vuelve a Estados Unidos. Vuelve a Tejas durante unos meses. Hemos hecho planes para vernos y averiguar si nuestra relación tiene algún futuro. Es mi oportunidad para demostrarle que aún nos une ese vínculo especial.

«¿Vínculo especial?» ¿Qué demonios se suponía que quería decir con eso?

—En primer lugar, ese tío es una estrella del pop. Ha tenido tres álbumes en el número uno en los dos últimos años. Las mujeres caen rendidas a sus pies, y lo sabes.

Ella alzó la barbilla, altiva. Tenía su genio. Otra cosa que lo ponía tan duro como una roca.

—Precisamente por eso, no puedo permitirme el lujo de no estar preparada. Sé que tendré que competir por su tiempo y atención. Soy consciente de que no soy tan mundana como las *groupies* que lo persiguen. Pero existe una conexión entre nosotros. Quiero ver si nos lleva a algún lado y creo que él también está dispuesto a averiguarlo, aunque tiene miedo de hacerme daño.

—Y supongo que en segundo lugar, tú eres demasiado inocente para esto.

—Por eso te pido tu ayuda. Me niego a ir a verlo y correr el riesgo de que me considere una cría. ¿A qué vienen tantas preguntas? ¿Acaso es tan difícil hacerlo?

—Crees que con que te haga un jodido esquema será suficiente para saber todo lo que hay que saber sobre los *ménages*, ¿verdad?

—Estoy dispuesta a que me lo expliques, y quizá también me haga falta una demostración. Depende.

«Jodidamente increíble».

—Una explicación no te serviría de nada, gatita, y no te prepararías para lo que realmente necesitas. En cuanto a una demostración, lo más probable es que salieras huyendo espantada.

Ella frunció el ceño. La frustración de Kimber aumentaba a la par que su deseo por ella.

—De ser así, tengo que saberlo ahora, antes de comprometerme con Jesse. Si lo compruebo por mí misma...

—Saldrías de aquí gritando y corriendo tan rápido que baterías todos los records. No podrías soportarlo.

—¿Por qué? ¿Acaso estamos hablando también sobre el bondage o la dominación?

Deke agrandó los ojos sorprendido. ¿Cómo sabía ella de esas cosas?

—No parezcas tan sorprendido. No soy precisamente una niña.

—Puede que no. Pero eres virgen todavía. Apostaría mi vida en ello.

—Sí. ¿Y qué? Me estoy reservando para Jesse. —Se apartó un brillante rizo rojizo de la cara, actuando como si anunciar que una mujer de veintitantos años era virgen fuera la cosa más natural del mundo—. Deke, sé que no me debes nada, pero te estoy pidiendo lo más amablemente posible que me ayudes.

—Pues joder con tu petición. No me importa cómo lo expongas. Es una condenada estupidez.

—Si lo que te preocupa es que mi padre se enfade...

—Demonios, sí, por supuesto que se enfadará. Pero no es por esa razón por la que no estoy dispuesto a ayudarte. Kimber, éste no es el tipo de sexo que le vaya a una virgen.

Ella hizo una pausa, reflexionando sobre ello. Luego se puso en pie.

—Vale, lo entiendo. Al parecer no te atraigo para nada. Genial. Ya encontraré otra manera de aprender.

Deke debería dejar que creyera eso y dejar que se marchara, pero no podía. Tenía que hacerle saber que sí que lo atraía... y que por ese mismo motivo estaba jugando con fuego.

Deke se levantó y se interpuso en su camino.

—¿Así que piensas que no me atraes? —bajó la mirada al miembro grueso y duro que tensaba la bragueta de los vaqueros. Al instante, ella siguió la dirección de su mirada. El suave jadeo que emitió sólo lo puso más duro—. Gatita, no puedes imaginarte lo que se me ha pasado por la cabeza desde que me has formulado esa petición con esa boca tan deseable que tienes. Pero dudo que quieras saberlo.

Un ardiente rubor inundó las mejillas de Kimber mientras miraba de nuevo la entrepierna de Deke. Se mordisqueó los labios. Siempre hacía eso cuando estaba nerviosa o pensativa.

—Sí que quiero. Quiero saberlo todo sobre las relaciones sexuales que te gustan. Las que le gustan a Jesse.

Deke se sintió molesto, y se prometió a sí mismo que si alguna vez tocaba a Kimber, ella dejaría de pensar en aquella afeminada estrella del pop. Estaría demasiado ocupada con él.

Sólo el pensar en decirle que no, le hacía sentir como si le aplastaran las pelotas. Mierda, se le estaba ofreciendo en bandeja para que saciara su lujuria por ella. Lujuria que él llevaba más de cinco años conteniendo. Lujuria que le ponía el miembro increíblemente duro y que le hacía sentir un deseo que le retorció las entrañas.

«Es inocente. Virgen. ¡¡Peligro!!»

Había llegado el momento de poner fin a aquello. ¿De verdad creía Kimber que era lo suficientemente madura para ser compartida? Sí, tenía que hacer que saliera huyendo en cuestión de segundos. Sería lo mejor antes de cometer alguna locura como agarrarla, tocarla, excitarla y penetrarla hasta el fondo.

—El sexo que me gusta no es ni dulce ni romántico, gatita. Es crudo, y en ocasiones doloroso para una mujer. Puede requerir una espalda de acero y mucho aguante.

Kimber se puso tensa y tragó saliva. Estaba nerviosa..., pero intrigada. La curiosidad se arremolinaba en aquellos preciosos ojos color avellana. Al fin, ella asintió con la cabeza.

—Continúa.

Deke se acercó más. No podía contenerse. Ahora también captaba su aroma. Desprendía un olor a melocotones, a azúcar moreno y a deseo femenino. ¿Acaso estarían calentándola sus palabras? ¿O sería saber que lo excitaba lo que la hacía humedecer?

Dio otro paso, invadiendo el espacio personal de Kimber, y acercó los labios a su oído.

—En mi caso, *ménage*, implica compartir a una mujer, dos hombres follándola a la vez, llevándola al orgasmo y volviéndola tan loca de placer que ella olvida su nombre y grita hasta que el techo se le cae encima.

Deke se apartó para evaluar la reacción de Kimber. Tenía la boca entreabierta en un silencioso jadeo, y los ojos agrandados con las pupilas dilatadas. Oh, maldita sea. ¿Sería posible que la idea la atrajera? Su polla estaba preparada para bailar un tango a pesar de que su mente estaba intentando por todos los medios cortar la música de raíz.

—Ayúdame a entenderlo. ¿Por qué te gustan los *ménages*? —logró susurrar ella—. ¿Por qué no hacer el amor con una sola mujer? Solos los dos.

—Dos hombres pueden lograr que una mujer alcance un placer tan increíble que ella esté dispuesta a hacer lo que sea por el placer de sus amantes. Y para eso tengo que tener un asiento en primera fila.

A Kimber se le enrojeció aún más la cara. El aroma del deseo femenino flotaba ahora en el aire. Se le irguieron los pezones al tiempo que se humedecía los labios con nerviosismo.

—Entiendo.

El vientre de Deke se contrajo ante la imagen de aquella lengua rosada.

—¿De veras?

—Estoy al tanto de esas cosas. He leído mucho. Comprendo cómo es posible físicamente, pero... ¿qué pasa con los lazos afectivos?

—¿Los lazos afectivos?

El debía de ser de Marte, porque esa pregunta era, definitivamente, de Venus. ¿Qué pasaba con las preguntas que se esperaba? Cosas como ¿por dónde se meten las pollas? ¿Cómo folian dos hombres a una mujer simultáneamente? Esas sí eran cosas que él podía contestar. Con todo lujo de detalles además. A él le encantaría verla penetrada por dos miembros batiéndose en duelo, uno por su apretada vagina y el otro por el intocable trasero.

Mierda, tenía que dejar de pensar en eso antes de que los vaqueros le constriñeran la erección.

—¿Cómo se manejan esas relaciones para que no interfieran los celos?

—Es que no son relaciones. Es sólo sexo. De cualquier forma que pueda ser consumado por tres personas a la vez.

—Ah. —Ella parpadeó y luego apartó la mirada—. Debería de haberme dado cuenta, tú no eres de los que mantienen relaciones.

—A mí me basta con la lujuria. —Cualquier otra cosa era potencialmente catastrófica. De hecho, ya había pasado por eso una vez... y no quería recordar la pesadilla que había sido después.

—Bueno, lo cierto es que contigo, lo de la lujuria me va bien también. Sólo... solo quiero aprender lo que puedas enseñarme.

«¿Todavía?»

—¿Estás hablando en serio?

Kimber se aferró a su bolso y cuadró los hombros.

—Hoy he conducido más de ciento cincuenta kilómetros para hablar contigo, un hombre al que no veo desde hace cinco años. Uno al que nunca le gusté demasiado. Me he tragado mi orgullo para admitir delante de ti por qué quiero esto y por qué todavía sigo siendo virgen. ¿Me habría tomado tantas molestias si no hubiera estado segura de aprender a complacer a Jesse y decidir si es esto lo que quiero en mi vida?

«Jesse». Ahí estaba el nombre de aquel gilipollas otra vez. Maldito imitador de los jodidos Backstreet Boys. Maldito fuera él y su melodiosa voz de falsete que copaba las listas de éxitos. Deke no podía entender por qué un hombre quería sonar como una mujer delante de todo el mundo.

—No soy el hombre adecuado para eso, Kimber. No puedo hacerlo.

Ella apretó los labios y tensó los dedos en torno a la correa del bolso.

—¿Por qué no?

—Por un millón de razones. Para empezar, no me acuesto con vírgenes.

—No te he pedido que lo hicieras. De hecho, reservo mi virginidad para Jesse. No sé por qué no puedes darme al menos algunas explicaciones sobre las partes más complejas.

—Porque las explicaciones no te servirían de nada, gatita. No sabrás de qué va todo esto hasta que no te encuentres taladrada por un par de miembros bien duros.

—Explícame eso. ¿Taladrada exactamente dónde? ¿Y de qué manera? ¿De una que implique dolor?

Las palabras de Deke no la habían conmocionado en lo más mínimo. Sus preguntas le aturdían, le aterraban. ¿Por qué Kimber no tenía miedo? Él sí que lo tenía.

—No voy a hablar de eso. Si quieres información sobre los *ménages*, búscala en los libros.

—Como tú muy bien has dicho, las palabras no son un buen sustituto de la experiencia.

—Entonces que sea ese niño bonito de voz afeminada el que te proporcione experiencia. Porque, desde luego, no seré yo.

—Genial. —Pasó por su lado—. Tú no quieres ayudarme. Déjame pensar... ¿con quién salías cuando trabajabas para mi padre? Ah, sí, con Adam Catrell. Recuerdo haber oído rumores sobre él. ¿Sabes si vive cerca de aquí? Supongo que puedo pedírselo a él. Y si no tiene interés, creo que Justin Wheeler también era amigo tuyo, ¿verdad? Puede que esté dispuesto a ayudarme, así que adiós muy buenas. —Se apresuró hacia la puerta.

Deke se envaró. Oh, sí..., tanto Adam como Justin estarían más que dispuestos a ayudarla... ya fuera con o sin ropa. Pero ninguno de los dos era conocido por ser cuidadoso. La virginidad de Kimber no significaría nada para ellos. Verían carne fresca y jugosa, y se enterrarían en ella, jadeando como perros hambrientos.

Pero Deke se dijo a sí mismo que ésa era la elección de Kimber..., su problema.

Sin embargo, si dejaba que ella saliera por esa puerta, acabaría maltratada por aquel par de rottweilers hambrientos. Y eso era algo que le cabreaba. Ella acabaría aplastada en cuestión de minutos, y, por alguna maldita razón, no podía permitir que eso ocurriera. Quizá fuera debido a su lealtad hacia el coronel o algo por el estilo.

«Maldita sea». Iba a tener que disuadirla de seguir por ese camino antes de que se fuera. Rechinando los dientes, repasó mentalmente cual sería la mejor manera de conseguirlo. Por desgracia no había muchas opciones. Y hasta ahora, hablar no había servido de nada.

Había llegado el momento de pasar a la acción.

Deke la agarró del brazo y la atrajo contra su cuerpo. Los pechos de Kimber, dulces y firmes, le quemaron la piel como si él no llevara camisa. Maldijo para sus adentros ante el contacto. «¡Maldición!». Aquella chica siempre le había hecho sentir algo. Ahora, después de cinco años, el efecto era todavía más pronunciado.

Kimber jadeó cuando sus cuerpos se rozaron. Alzó la mirada lentamente hacia la de él. La excitación ardía en su cara, resplandecía en aquellas dilatadas pupilas color avellana. Al ver la expresión de ella, Deke se preguntó si ésa era la primera vez que Kimber había sentido algo por él que no fuera irritación.

La posibilidad no era muy halagüeña.

«Aquel plan no podía durar más de tres minutos...»

—Espera un momento. —Tensó los dedos con los que le agarraba el brazo antes de obligarse a sí mismo a relajarlos—. Supongamos que hablas en serio. Y que yo reconsidero tu petición. Tendría que ser con demostración práctica y todo eso.

Ella tragó saliva. Su corazón se saltó un latido. Dios, no tenía ni idea de lo peligrosamente cerca que estaba de acabar tumbada sobre la mesa de la cocina para convertirse en su merienda.

—Vale. ¿Quién sería...? ¿Quién se uniría a nosotros?

Luc resolvió ese dilema al entrar tranquilamente en la cocina con una sonrisa seductora y una mirada que era imposible de malinterpretar. ¿Así que el bueno de su primo había estado escuchando? Deke hizo girar a Kimber hacia él.

—Hola, cariño —dijo Luc con acento arrastrado.

Deke sintió que Kimber temblaba en sus brazos cuando se cruzó con la mirada de su primo. Contuvo el instinto de tranquilizarla. Aquello debería de dejarle muy claro a lo que se enfrentaba, debería de hacer que Kimber descartara sus planes ipso facto. Tranquilizar a la chica era la última cosa que debería hacer.

—¿Deke y tú...? —a Kimber le tembló la voz.

—Exacto.

Incluso la respiración femenina era temblorosa. Estaba nerviosa. «Estupendo». Por fin, algo había penetrado en aquella dura cabezota. Había llegado el momento de que Kimber soltara un rotundo «no».

Deke dirigió a su primo una mirada de advertencia mientras asentía con la cabeza. Su primo le respondió con un asomo de sonrisa, luego se acercó a ellos.

Capítulo 2

Kimber se estremeció a pesar de las enormes manos de Deke en sus hombros, tranquilizándola. Quemándola.

La idea de esos dos hombres salvajes y atrevidos, que parecían salidos de una novela erótica, y ella, estaba a punto de convertirse en realidad. ¿Podría manejarlo? ¿Podría aceptarlo como parte permanente de su vida?

Luc se acercó lentamente a ella, con una sonrisa de tiburón y una mirada hambrienta. La excitación y el miedo la dejaron sin aliento. Deke tenía razón: las palabras no podían prepararla para la realidad de esos dos hombres. Él apenas la tocaba y Luc estaba aún a medio metro. En la habitación se palpaba la testosterona que sobrecargó sus sentidos, haciendo que le zumbara la cabeza. Tenía los nervios tan a flor de piel que se estremeció.

Al ser virgen, Kimber se sentía un poco intimidada, pero no asustada. Nerviosa..., sí. Pero eso no iba a detenerla. Tenía que saber si podía ser la mujer que Jesse necesitaba, si podía aceptar las caricias de dos hombres a la vez. La tranquilidad que la envolvió era probablemente el resultado de criarse con hombres decididos. Tener miedo no era una opción. Tenía que hacerlo.

Y también sentía curiosidad..., sí. Una curiosidad repentina. ¿Cómo sería poder disfrutar de la alegre delicadeza de Luc y del crudo poder de Deke al mismo tiempo? Ardía en deseos por conocer la respuesta. El cosquilleo que sintió en el estómago se mezcló con la curiosidad y la fascinación para crear un potente brebaje.

«Alto». Kimber tragó saliva, recordando por qué estaba allí. La respuesta a su pregunta era irrelevante. No importaba cómo la hicieran sentir Deke y Luc. Ella estaba allí para aprender, por Jesse, para que él la viera como a una mujer. Alguien a quien pudiera considerar su mujer cuando la abrazara o cuando la compartiera... ¿Con quién la compartiría? ¿Con los miembros de su grupo? ¿Con alguna *groupie*? Jesse se había negado a darle detalles sobre su vida sexual, aquella que los periódicos sensacionalistas consideraban depravada y escandalosa.

Entonces Luc la tocó, le deslizó las manos por las caderas. La pregunta se disipó bajo el ardiente contacto de sus dedos cuando la acarició suavemente y le dio la vuelta, dejándola de nuevo de cara a Deke. Su mirada se encontró con la de Luc por encima del hombro. Sin apartar las manos de ella, él la hizo descansar contra su cuerpo, apretándola contra su pecho, acunando su erección contra el trasero.

Apenas tuvo tiempo de reaccionar ante la descarga ardiente y el abrasador deseo que se enroscó en su vientre antes de que los dedos de Deke se enredaran en sus cabellos y arrastrara su mirada hacia sus ojos azules, un azul hipnótico parecido al de los vaqueros lavados.

—Kimber —gruñó Deke—, estás jugando con fuego, nena. Prepárate para quemarte.

Cerró los puños y sin más aviso, bajó la cabeza.

Con un simple roce de su boca, Deke le abrió e invadió los labios, encendiendo sus sentidos cuando deslizó la lengua dentro de su boca y arrasó todo lo que tocaba con cada lánguida y excitante caricia.

Había esperado de Deke un beso rudo, sin concesiones ante su inexperiencia. No fue así. Era hambriento y exigente, sí, pero bueno, muy bueno. Un enredo salvaje de labios, aliento y hambre.

A Kimber la habían besado antes, pero no de esa manera. Jamás sin vacilación ni una invitación, pero Deke no era de los que perdía el tiempo.

De repente, él se retiró, dejándola dolorida y sin fuerzas. Oh, Dios. Su sabor. Era excitante y masculino. Adictivo. Kimber deseaba más, mucho más.

Con un solo beso, la había despojado de sus defensas, había puesto su mundo del revés, se había hecho con el control.

Deke le rozó los labios con los suyos otra vez, y Kimber abrió la boca un poco más. El se hundió en ella con más profundidad que antes. La saboreó, jugueteó con ella, se retiró. «¡No!» Kimber necesitaba más, y presionó las palmas de las manos contra la sólida pared del pecho de Deke, allí donde sentía palpitar salvajemente su corazón.

Deke la recompensó con otra provocativa caricia de sus labios, que derritieron los suyos con aquella firme y salvaje posesión. Aunque lo había esperado, la invasión de su lengua la dejó sin defensas una vez más. Deslizó las manos del pecho al pelo de Deke. Intentó aferrarse a sus cortos cabellos para acercarlo más a ella, pero el pelo, al igual que su dueño, le era esquivo. Kimber se moría de deseo. Le arañó. Apenas podía respirar, estaba mareada, deleitada en el calor que invadía su vientre. Se le tensaron los pezones. Era salvaje. Tan bueno...

Notó una mano cálida curvándose sobre su brazo y ascendiendo en una lenta caricia. Luc. Casi se había olvidado de él, pero cuando él se acercó más a ella, cuando el calor de su torso contra su espalda y la dureza de su miembro todavía apretada contra su trasero se hicieron más evidentes, fue imposible ignorarlo.

Luc levantó la mano y le apartó el pelo del cuello. La suave presión de la ardiente boca de aquel hombre y su cálido aliento sobre el cuello fue como una suave lluvia sobre su sensible piel. Kimber se estremeció, pero Luc continuó. La feroz respuesta de ella estimuló sus propios sentidos en sintonía con las demandas suaves y tiernas del beso de Deke.

Unas manos firmes se deslizaron sobre las costillas femeninas. Luc de nuevo. Aquellos dedos indagadores le rozaron el lateral de los pechos. Inesperadas sensaciones le atravesaron directamente los pezones, endureciéndolos todavía más. Kimber gimió mientras Deke seguía besándola, absorbiendo el sonido con su ávida boca. Inclinando la cabeza, amoldó sus labios perfectamente a los de ella, y su beso se hizo más persistente.

Kimber se derritió, gimiendo. Ardía tal y como lo hacía Deke cuando el deseo la embargó, cuando la sangre hirvió a temperaturas abrasadoras. Y se sintió dolorida. Quería más. ¡Mucho más!

Agarrándola firmemente de las caderas, Deke se arqueó contra ella, apretando su impresionante erección en un movimiento delicioso y sugestivo contra su sexo. Aquello no la apaciguó, sólo la inflamó aún más y gimió.

Doblando las rodillas, Deke la agarró por los muslos y la levantó. Kimber apenas tuvo tiempo de soltar un grito ahogado antes de que la dejara caer contra Luc, cuya polla se apretaba aún más contra ella. Pero no había terminado...

Deke le arrancó los pantalones y el tanga, luego le abrió las piernas, manteniéndolas separadas con aquellas enormes manos. Luc le ayudó sosteniéndole las rodillas con los antebrazos, dejándola abierta y expuesta ante su primo. A Kimber le latía tan rápido el corazón que no podía oír nada más que su frenético palpitar mientras observaba cómo Deke la miraba como si le fuera la vida en ello. Kimber envió una invitación a esos profundos ojos azules que brillaban intensamente con un calor abrasador.

Deke se quedó inmóvil, esperando. Mirando. Volviéndola loca de anticipación y de deseo.

—Deke...

—Manten sus piernas separadas —le dijo él a Luc.

Luego se introdujo entre los muslos separados y presionó íntimamente la bragueta de los vaqueros contra los pliegues húmedos. Ante el contacto, el clítoris de Kimber respondió con un ávido latido. Deke la sujetó por las caderas, alejándola del agarre de Luc. Se rodeó las caderas con

las piernas de Kimber y embistió contra ella una y otra vez. Kimber gritó. Masturbarse jamás había sido tan intenso y agudo. Tan decadente. Tan abrumador.

Antes de que ella pudiera asimilarlo o pensar en su siguiente caricia, Luc le deslizó las manos desde el tórax al vientre y luego hacia arriba de nuevo. Y más arriba, hasta ahuecarle los pechos con las cálidas palmas de sus manos. Kimber se derritió con un largo gemido. La pellizó suavemente con los dedos y el estremecimiento de deseo bajó disparado a su clítoris. Los pezones se erizaron ante la dolorosa tirantez de su tacto, y él se los frotó con los pulgares.

A Kimber le llevó un rato darse cuenta de que Deke observaba las caricias de Luc con una mirada oscura de deseo. Con unos ojos que, cuando la miraron a ella, prometían devorarla. Un agudo deseo se deslizó por el vientre de Kimber, retorciéndole las entrañas con una necesidad apremiante.

—Tenemos que quitarle esto —dijo, dirigiendo los dedos al último botón de la blusa.

—Ahora —se mostró de acuerdo Luc. Y juntos, la dejaron sobre el mostrador.

Un momento después, Luc dirigió los dedos al botón superior de la blusa y lo desabrochó. Las manos masculinas se ocuparon de los pequeños botones entre maldiciones, exponiéndola a sus devoradoras miradas con una rapidez que Kimber apenas podía asimilar. Aturdida, observó cómo su propia piel tensa y dolorida iba quedando expuesta hasta que todos los botones fueron desabrochados. Luc le quitó la blusa por un hombro, mientras Deke se la quitaba del otro y levantaba la mirada hacia ella.

Esos ojos eran intensos. Feroces. Decididos. Un remolino de deseo se anudó en el vientre de Kimber, dejándola sin respiración, despojándola de cualquier pensamiento racional...

Con el cálido aliento de Deke en el cuello haciéndola pedazos, éste alargó las manos por detrás y le desabrochó el sujetador con dedos ágiles. «¡Oh, Dios mío! ¡Oh, maldita sea!» Estaba desnuda. Eso se ponía serio. Y resultaba abrumador. Y, sin embargo, era maravilloso. No podía detenerse. Aún no... pronto.

—¡Oh! —gimió cuando la boca de Deke le cubrió un seno. Mordisqueó suavemente su pezón hasta que varios estremecimientos sacudieron las terminaciones nerviosas entre sus pechos. Hasta que su clítoris se estremeció de deseo. La sensación se multiplicó cuando Luc le pellizó la sensible cima del otro pecho en el mismo momento que inclinaba la cabeza y le cubría la boca con un beso arrollador.

Más que besarla, la seducía sin palabras. Luc era un artista, un experto. No se apresuró ni exigió. La engatusó, jugueteó con ella, provocándola con el cálido roce de su lengua para luego retroceder, dejándola ardiendo de deseo. Sólo aquel beso habría sido suficiente para hacerla perder la cabeza, para que se derritiera como cera caliente. Con aquella erección apretada contra su muslo, las sensaciones eran absolutamente explosivas.

Deke continuaba succionándole el pezón, y cambió al otro con decisión, apartando los dedos de Luc para albergar el sensible brote en su dura boca, mordiéndolo con suavidad, lamiéndolo con la lengua, en el mismo momento que apretaba la dura protuberancia de su erección contra el palpitante clítoris.

Esa vez, la boca de Luc amortiguó sus gritos. El ardiente jugueteo de su beso absorbió el sonido y pidió más. Y ella le ofreció otro jadeo con gusto cuando Deke embistió en el lugar adecuado mientras le succionaba el pezón con dura ferocidad. Luego Luc terminó el beso con una suave exigencia que la hizo estremecer de placer. Sus labios temblaron cuando él retrocedió jadeante para tomar aire. Kimber sintió una eléctrica línea de placer entre los pechos y el sexo que la hizo estremecer de pies a cabeza.

—Sabes tan dulce como el azúcar —la alabó Luc acariciándole con la boca el lateral de su cuello mientras que con el pulgar le rozaba el pezón todavía húmedo por la boca de Deke—. Tan dulce que te deshaces.

Esa hábil boca le recorrió la barbilla, subió por la mejilla haciendo una pausa antes de capturar sus labios de nuevo y hundirse en ellos. Él se excitó con el beso, haciéndola arder cada vez más, prometiéndole con cada caricia que la satisfaría... a su debido tiempo. A su manera.

Para aumentar las ya crecientes sensaciones, Deke continuó restregándose contra su clítoris con envites constantes, friccionando con furia, encendiéndola de la cintura para abajo. Le pellizó los pezones, se los retorció, en uno y otro sentido, estirándolos, estimulando sus sensaciones. Cuando ella jadeó y se sujetó a los brazos de Deke jurando que se iba a correr, él retrocedió y Luc también.

Kimber gritó de frustración.

Deke le dirigió una mirada despiadada y le rozó el sensible pezón.

—¿Quieres más, gatita?

Estaba jugando con ella. Bueno, estaban. Pero en ese momento a Kimber le traía sin cuidado. Jamás había sentido nada parecido al placer que Luc y Deke le estaban brindando. Sus sensaciones eran como arenas movedizas que la arrastraban, la ahogaban. Cuanto más se retorció, más se hundía. Y le encantaba.

—Por favor. —La palabra le salió de la boca en un jadeo.

Luc se inclinó para depositar uno de esos devastadores besos en su boca en su siguiente aliento. Deke continuó con la rítmica fricción de su miembro contra el clítoris de Kimber, al mismo tiempo que le mordisqueaba despiadadamente los pezones con la boca.

Cada vez que la tocaban, nuevas sensaciones se derramaban sobre ella como miel caliente que rápidamente se convertía en fuego líquido. Estaba flotando, hundiéndose, implorando...

—Más. —La palabra escapó de sus labios con un jadeo urgente.

Deke la besó por encima de los pechos, resollando sobre su cuello. Ella se estremeció, y Luc la inmovilizó con otro beso devorador. La boca del hombre parecía decir con cada envite de la lengua que quería algo que sólo ella podía darle. Lo que era mentira, pero tan, tan efectiva. Kimber apostaría lo que fuera a que cuando Luc posaba su boca sobre una mujer, no había nada que ésta pudiera negarle.

Cuando más maravilloso era, cuando Deke le mordisqueó el lóbulo y la rodeó con sus brazos, las sensaciones se volvieron aún más intensas. Kimber se arqueó contra su poderoso y musculoso pecho, odiando repentinamente la camisa —cualquier prenda— que se interpusiera entre su piel y la de ella.

Kimber jamás había imaginado que pudiera desear de esa manera a un hombre tan irritante, pero lo hacía. ¿Por qué?

—¿Qué más quieres? —el sedoso susurro de Deke se deslizó por su espalda, luego pareció acariciarla en aquel lugar mojado que suspiraba dolorosamente por él.

¿Cómo conseguía hacer eso con un simple susurro? ¿Cómo lograba que el sonido se clavara directamente en su clítoris?

Luc levantó la cabeza para oír su respuesta.

—Me siento genial —fue todo lo que ella pudo susurrar en respuesta.

Dudaba que pudiera decirles algo que ellos no supieran ya.

—Puede ser todavía mejor —le murmuró Luc en el otro oído.

«¿Mejor? Que dios la ayude».

Por lo general, Kimber estaba hecha de una pasta muy dura. En lo único que no había ganado a sus hermanos había sido en una lucha cuerpo a cuerpo. En todo lo demás: en soportar el dolor, en aguantar la bebida, en velocidad, en resistencia... les había vencido al menos una vez.

Pero ese placer aplastaba su voluntad.

—Si deseas más, te lo daremos. Quiero ponerte boca abajo sobre la mesa de la cocina y observar cómo Luc te succiona el clítoris mientras tú me succionas a mí.

Con los ojos nublados de deseo, Kimber dirigió la mirada a la susodicha mesa. Podía imaginar la escena. Con mucha facilidad. Jamás le había hecho una mamada a un hombre, pero lo

intentaría. De hecho, le encantaría conseguir que al señor tipo duro se le aflojaran las rodillas. Y si un beso de Luc era el cielo, no podía ni imaginar lo fabuloso que sería con el sexo oral.

Pero el tono desafiante de las palabras de Deke le molestó. ¿Acaso pensaba que todavía le tenía miedo?

—Vale —dijo Kimber e inspiró profundamente.

—Será mejor que esperes a oír a qué estás accediendo.

—Deke —lo interrumpió Luc con el ceño fruncido.

Un buen trozo de músculo dorado quedó a la vista cuando Deke levantó una mano.

—Debe oírlo todo.

Dirigiéndose a ella otra vez, Deke la tomó por las mejillas y la forzó a mirarle a los ojos.

—Luego quiero llevarte a la cama y observar cómo Luc hunde su miembro profundamente en ti mientras jadeas y gritas y te corres. Mientras él está en ello, yo me ocuparé de tu dulce culito, y te follaremos a la vez. Juntos. Con fuerza. Durante toda la noche. Hasta que estés agotada, saciada, exhausta.

El calor y la alarma la atravesaron a un mismo tiempo. La idea le atraía de una manera prohibida. Jamás había imaginado de verdad cómo sería estar con dos hombres. Pero ahora lo hacía. No dudaba que estos dos la harían gozar. Pero ella quería conservar su virginidad... no importaba cuánto le costara.

Y además, había algo en las palabras de Deke que la irritaba. Sonaba como si sólo quisiera... utilizarla. Como si ella fuera una mujer cualquiera que hubiera conocido en la barra de un bar y la hubiera llevado a casa para un polvo rápido.

—Luego volveremos a poseerte —continuó Deke con voz ronca—. Dormiremos una hora y volveremos a tomarte otra vez, tan dura y profundamente que no podrás andar ni sentarte durante una semana. ¿Qué te parece, gatita? ¿Entiendes ahora de qué va todo esto?

La mirada en su cara era la de un auténtico depredador. La deseaba. Para follar. Nada más. No le importaba si con ello la ayudaba o no.

Kimber tragó saliva, intentando pensar a pesar del deseo, la cólera y la confusión. «Separa los hechos de las emociones», era lo que su padre le había enseñado. Tal y como ella lo veía en ese momento, Deke parecía un gilipollas, lo que probaba que quizá las primeras impresiones eran las correctas.

—Acudí a ti para pedirte un favor, y actúas como si estuvieras ante un rollo fácil de usar y tirar.

Deke se encogió de hombros.

—Un favor... vaya. Pues eso es lo que estoy haciendo. Si puedes seguir el ritmo que Luc y yo te marquemos durante una noche, sin duda estarás preparada para todo lo que quiera ese niño bonito. ¿Te apuntas o no?

—En primer lugar, tengo intención de conservar mi virginidad para Jesse. Ya te lo dije.

—Genial. Supongo que tu culo y tu boca acabarán escocidos, pero puedo vivir sin tu coño. ¿Y tú, Luc?

Kimber dirigió la mirada al moreno y alto seductor. Él se tomó su tiempo antes de responder.

—Yo no tomaría nada que Kimber no quisiera dar.

—¿Ves? —Deke le dirigió una tensa sonrisa—. Así que ya está todo resuelto. Súbete a la mesa.

Ella le observó cerrar los dedos sobre el botón superior de los vaqueros y, con un movimiento rápido de la muñeca, lo abrió, revelando durante un instante la piel dorada de aquel tenso abdomen.

Los nervios de Kimber se crisparon. Sandeces. Actuaban como un par de lobos hambrientos. ¿Acaso esperaba él que ella se subiera a la mesa y se convirtiera en la merienda? ¿Acaso pensaba que iba a abrirse de piernas, hacerle una mamada y...? No.

Ella no había ido allí buscando un final feliz. Pero había pensado que al menos le explicaría cómo funcionaba esa clase de sexo. Y si había que hacer una demostración, deberían ir despacio, haciéndola sentir segura. Ese placer era algo que ella daría y recibiría. No algo tosco y rudo pensado para ahuyentarla.

Kimber comprendía lo que había querido decir Deke con que las palabras no eran suficientes. Pero ahora su cuerpo se había enfriado —más con cada palabra que él decía—, y la lógica ocupaba su lugar.

—En segundo lugar —continuó ella—, no me gusta tu actitud. Actúas como si yo fuera sólo una más. Como si con tal de tener un agujero húmedo en el que meterte, fueras feliz.

Deke se quedó pensativo, como si estuviera considerando la idea.

—Eso es bastante preciso. Tú aprendes. Nosotros disfrutamos. Todos salimos ganando. Súbete a la mesa.

¿De verdad creía que la iba a mangonear?

Kimber observó cómo Deke se bajaba la cremallera. Luc se quitó la camisa por encima de la cabeza y la tiró al suelo, exponiendo un pecho cubierto de vello oscuro y montones de músculos de piel aceitunada.

El latir frenético del corazón de Kimber y su salvaje y agitada respiración indicaban algo más profundo. «Miedo». Eso era lo que sentía ahora. Cruel e implacable. No importaba lo que le hubiera enseñado su padre, no podía ignorarlo. No podía continuar adelante para enfrentarse a eso. Si los dejaba, caerían sobre ella y utilizarían cada parte de su cuerpo hasta que quedara exhausta, luego la enviarían a casa sin volver la vista atrás. La arrollarían y esperarían que ella siguiera el ritmo. Serían rápidos y violentos. La atacarían, la golpearían, la follarían. Quizá a Luc le importara su poca experiencia, pero no lo conocía tan bien como para asegurarlo. Deke había dejado bien claro que sólo la veía como sexo fácil, y nada más.

«¡Bastardo!»

Recogió su ropa del mostrador, se puso los pantalones y se abrochó la blusa sobre los pechos. Se aferró a la ropa interior como si le fuera la vida en ello.

—Vine a pedirte un favor.

Maldita sea, odiaba que le temblara la voz.

—Y tenemos dos duras pollas preparadas para concedértelo —le aseguró Deke—. Un favor con favor se paga. Súbete a la mesa.

—No. Acudí a ti porque pensé... —Kimber negó con la cabeza—. Siempre te comportaste como un bastardo cuando trabajabas para mi padre, siempre te mostraste distante. Pero jamás me habías parecido un mercenario despiadado. Ahora veo que estaba equivocada.

Luc dio un paso hacia ella.

—Kimber.

—¡Quieto! —ella retrocedió—. Deke me acaba de tratar como si fuera una fulana sin valor. Y tú lo has permitido.

—Te has ofrecido como si lo fueras —intervino Deke—. ¿Qué esperabas?

—¡Vete al infierno! —les dio la espalda y se metió el sujetador y el tanga en el bolsillo.

—Ya estoy allí, gatita. Estoy tan duro que el resto de mi cuerpo se ha quedado sin sangre. ¿Seguro que no quieres quedarte y echarme una mano?

«¡Qué caradura!»

—Ya que hablas de manos, tú tienes un par con cinco dedos en cada una. Puedes arreglártelas muy bien solo.

Kimber enfiló hacia la puerta. El portazo resonó en la tranquila tarde del este de Tejas hasta que ella puso el coche en marcha y se alejó a toda velocidad.

—¿La has encontrado? —preguntó Luc con la voz teñida de preocupación. Maldita fuera la perfecta señal del móvil. En los tiempos de los teléfonos analógicos, Deke podría haber fingido no haberlo oído.

—Sí.

Deke había encontrado a Kimber, por supuesto. Y al igual que cuando ella tenía diecisiete años, le había puesto un nudo en el estómago que ni el propio Houdini podría deshacer.

—Vas a pedirle perdón por asustarla y a asegurarte de que no se mete en líos —le recordó Luc.

Deke no quería hacerlo. Pero como Luc había apuntado racionalmente, asustar a Kimber era sólo una solución temporal a un problema que no iba a desaparecer sólo porque él quisiera. Kimber era demasiado tenaz para darse por vencida. No iba a rendirse en su obcecación por buscar a alguien que la ayudara a conseguir a Jesse McCall, alguien que, en el mejor de los casos, podría incomodarla por no saber qué diablos hacer y que en el peor, se aprovecharía de ella y le haría daño.

El coronel mataría a Deke si le ocurría algo a su hija sólo porque él se había hecho un nudo en la polla. El padre de Kimber era de temer. Un auténtico HP. Justo lo que él iba a ser. No creía que el hombre perdonase a Deke y a Luc cuando introdujesen a su niñita en los placeres del sexo anal. Pero quería pensar que el coronel preferiría eso a que Kimber eligiera a un desconocido en la barra de un bar para hacer... prefería no pensar en lo que ella podía acabar haciendo con otros dos hombres. Se aferró a la endeble mesa de madera que tenía delante y no se soltó hasta que la oyó crujir.

Pero no era su antiguo jefe lo que lo motivaba. Era la propia Kimber. Desde siempre, había tenido vividas fantasías con ella, se había masturbado pensando en ella. Pero la realidad era todavía más impactante, había sido como comparar una suave brisa con un huracán de fuerza cinco. Kimber era dulce e inocente. Era como miel en su boca. Absolutamente perfecta. Su piel cálida y suave, tan radiante como un día de verano...

Dios, sólo había que oírlo. Era jodidamente patético. Estaba describiendo a la chica como si fuera un poeta o algo por el estilo. Mierda.

Sin embargo, había algo que no podía ignorar. Kimber era una tentación tan fuerte que, por mucho que odiara admitirlo, podía llegar a hacerle perder el autocontrol. Debería alejarse de ella en cuanto pudiera, antes de que lo succionara por completo como una boa constrictor. Antes de que lo destruyera. Pero si Kimber iba a entregarse a aquella búsqueda de conocimientos sexuales, él no iba a permitir que otro hombre fuera su mentor.

Maldiciendo entre dientes, Deke se subió el cuello de la cazadora y tragó saliva. Siguió mirando fijamente.

En ese momento, Kimber estaba en la pista de baile del pub de Adam Catrell, The Hang Out, cimbreado sus dulces caderas al ritmo de una canción de Shakira que hacía alusión a esa parte de la anatomía. Sus muslos quedaban al descubierto por una falda tan corta que debería ser considerada indecente, además de enseñar una tira de la pálida piel del estómago. Bailaba entre Adam y su hermano, Burke. El club estaba lleno de humo y de gente, pero aun así, Deke no podía malinterpretar la lujuria que asomaba en la cara de ambos hermanos.

—¿Me estás oyendo? —gritó Luc.

Deke agarró el teléfono con fuerza.

—Anoche fastidiaste las cosas a base de bien, primo. Te toca hacer de Sir Galahad y salvar la situación. Y también tendrás que pedir disculpas.

—¡Déjame en paz!

Luc suspiró.

—Dile que la ayudaremos. Y díselo con suavidad. Nada de mencionar que usaremos su trasero tan a fondo que no podrá sentarse en una semana.

Deke hizo una mueca. La había tratado mal, esperando disuadirla de esa idea tan tonta y temeraria. Luc lo sabía, pero admitirlo ante él en voz alta sólo le daría más munición. Y ya tenía la razón de su parte...

—No me presiones.

—Tú eres el único que presiona. El que ahuyentó a Kimber cuando ella no había hecho más que pedir un favor. Y un favor que ambos nos morimos por satisfacer.

—Mierda, sí, admito que la presioné. Es virgen.

—No es Heather.

Eso había sido un golpe bajo. Deke apretó el teléfono y maldijo el rumbo que había tomado aquella conversación sin él proponérselo.

—Ella no tiene nada que ver con esto. Lo que pasa es que Kimber no es mi tipo.

Luc se rió de él.

—¿De veras? ¿Y quién es tu tipo?

Deke hizo una pausa; apenas podía recordar el nombre de otra mujer desde que había vuelto a ver a Kimber.

—Alyssa Devereaux.

—¿La rubia que posee el club de *striptease*? ¿La de los pechos gigantes?

—No es una fulana —protestó Deke, sabiendo por anteriores discusiones que era eso lo que estaba pensando Luc.

—Quizá, pero lo cierto es que no deseas a Alyssa. Y que ella no te desea a ti.

—Porque te desea a ti.

Motivo por el cual Deke se había enfadado con Alyssa la última vez que la había visto hacía unos meses.

—Pues yo no estoy interesado. Además, dices que la deseas sólo porque piensas que ella es segura.

—La deseo porque me pone caliente y he oído que hace unas mamadas de muerte.

Luc bufó.

—¿Y por qué entonces mientras te masturbabas anoche gemías el nombre de Kimber? Te oí a través de la pared.

Deke sintió que se ruborizaba.

—Pues cómprate unos jodidos tapones para los oídos. Sí, Kimber me puso caliente, ¿y qué? Es virgen. Y ya te digo que eso no es precisamente muy alentador.

—Ya estuve con una virgen antes y fue una bonita experiencia aunque opines lo contrario. Heather fue...

—Ni se te ocurra mencionarla.

—¡No! Tú espantaste a Kimber con aquellas palabras desagradables, y fue por Heather. Deke, no fuiste el responsable de...

—Todos saben que lo fui. Tengo que vivir con ello cada jodido segundo de mi vida. Déjalo estar —gruñó.

—Creo que estás equivocado —suspiró Luc—. Pero dejaré el tema si me prometes que hablarás con Kimber, que te disculparás. Dile que la ayudaremos.

Deke se tomó otro largo sorbo de cerveza y miró fijamente cómo Burke Catrell agarraba las caderas de Kimber y le apretaba el trasero contra su miembro. Al parecer aquel bastardo buscaba que alguien le rompiera la nariz. Deke estaría encantado de hacerlo si no quitaba sus sucias manos de ella. Sintió que empezaba a hervirle la sangre, y la furia, que ya asomaba a sus ojos, amenazaba con nublarle la mente.

—Kimber parece estar ya muy ocupada —le gruñó Deke al teléfono.

—Pero acudió antes a ti.

Sí, así había sido. Condenado Luc y su lógica. Y Kimber, suponía, representaba ese espectáculo sólo para él, dada la manera en que lanzaba miradas de reojo en su dirección.

—Deja a un lado tu mal humor —dijo Luc—, y haz lo correcto.

—Sabes que si la llevo a casa voy a terminar por follármela. Lo dos lo haremos —suspiró—. Lo sabes.

Deke quería hundirse en el cuerpo de Kimber. No. Ni hablar. No sólo en su culo, aunque eso también le gustaría. No sólo en su boca, aunque estaba seguro que una mamada de la provocativa boca de Kimber sería increíble. La deseaba por completo, y no creía que permanecer alejado de su sexo fuera una opción.

—Respetaremos cualquier cosa que desee. Si cambia de idea, genial. Si no, lo superaremos. Ve y discúlpate.

De alguna manera, su primo tenía razón. Eran verdades como puños. Pero correría un riesgo si prometía instruir a Kimber en el sexo. Si ella volvía a casa con él, Deke querría hundirse en su sexo. Lo reduciría al mismo estado de siempre y le arrebataría el control. Aquello le aterraba. ¿Y si el pasado volvía a repetirse? No era Heather, cierto, pero se le parecía mucho.

Y a pesar de eso, él no podía mantenerse alejado.

Negándose a darle más vueltas al asunto, Deke se llevó la cerveza a los labios y se la bebió de un trago. Luego depositó la botella sobre la mesa.

—Vale, ya voy.

—Tráela a casa.

A casa. Como si ella fuera suya. Como si fuera una gatita perdida a la que pudieran reclamar. Luc seguro que lo veía de esa manera. Su primo ya estaba oyendo campanadas de boda y bebés llorones, ya se imaginaba una casita con una valla blanca donde ellos dos y la chica de sus sueños vivirían felices por siempre jamás. Deke soltó un bufido.

Bueno, había llegado el momento. Corrió la silla hacia atrás, se puso en pie y miró cómo Kimber se marcaba una rumba pornográfica con los hermanos Catrell. Con el ceño fruncido y ganas de bronca, atravesó la estancia.

Capítulo 3

En la pista de baile, el mayor de los Catrell la agarró de nuevo. Kimber se dio la vuelta, giró, meneando las caderas, mientras se alejaba un poco. Se había olvidado del nombre de ese hermano. Oh, era guapo. Condenadamente guapo de hecho. Ojos azules, pelo castaño, cuerpo arrebatador. Quizá en otra época se hubiera sentido atraída por él, pero ahora su objetivo era aprender a complacer a Jesse y vivir feliz con él. Tenía que averiguar si podía soportar ser compartida.

Pero otro hombre, uno con un corte de pelo a lo militar, ojos hambrientos y unas zancadas furiosas, había atraído su atención de una manera oscura y fascinante, igual que lo había hecho cinco años atrás.

«Oh, oh». Deke definitivamente se dirigía hacia ellos. ¿Qué demonios querría ahora? El día anterior en su casa, se había esforzado mucho en humillarla. ¿Es que acaso quería volver a hacerlo?

De repente, Adam Catrell la rodeó con un brazo y la atrajo contra su cuerpo, inclinando la cabeza hacia ella. El primer impulso de Kimber fue dejarse llevar por el pánico. ¿Tendría intención de besarla en medio de la pista? No lo conocía. Y como había descubierto en los treinta segundos que llevaban bailando, no quería conocerlo. En especial con todo el mundo —incluido Deke—, mirándolos.

—¿Conoces a Deke? —le gritó el hombre al oído para hacerse oír por encima de la música.
—N-no.

No podía olvidar la noche anterior en la cocina de Deke, cuando Luc y él la habían besado... tenía que olvidarlo. O intentarlo. Sólo Dios sabía que había fracasado hasta el momento.

De alguna manera, era culpa suya. Mirándolo en retrospectiva, se daba cuenta de que los militares no eran conocidos por su elocuencia, sino por la fuerza bruta. Deke había intentado negarse a su petición. Como ella había seguido presionándolo, él había dejado a un lado las palabras y había pasado a la acción, ahuyentándola intencionadamente con sus crudas palabras.

Y vaya si había resultado.

Luego ella había agravado el error al presentarse allí y suponer que si estar con Deke y con Luc la había excitado de una manera educativa, entonces estar con Adam y Brian-Brad-Brock —o como quiera que se llamara—, sería igual de agradable.

Pero no había sido así. Casi desde el comienzo del baile había querido marcharse. Pero huir como una cobarde con Deke observándola no era una opción. Con aquellos pensamientos dándole vueltas en la cabeza como una bailarina de salsa, Kimber intentó decidir su siguiente movimiento.

En ese momento, Deke se había levantado de la silla y se dirigía hacia ellos con la clara intención de tomar la decisión por ella.

Se arriesgó a mirar en su dirección. Dios, estaba todavía más cerca. Lo suficiente para que ella pudiera percibir el tic del músculo de su mandíbula mientras clavaba la mirada en la mano de Adam, ahora en la parte baja de su espalda, casi sobre las nalgas.

—¿Seguro que no estás liada con Deke? Parece que él no lo ve de esa manera. —Adam levantó la cabeza, aunque no movió la mano, y se giró para saludar a su amigo común—. Hola, Trenton. ¿Qué te trae por el The Hang Out, viejo amigo?

—Un asunto pendiente con Kimber. —Centró en ella esa penetrante mirada azul que tanto la desconcertaba—. ¿Podemos hablar fuera?

Aunque parecía una petición, su mirada sugería todo lo contrario.

Kimber tragó saliva. Deke llevaba unos vaqueros ceñidos, unas botas negras, una camiseta beis con la palabra a Army» estampada sobre su musculoso pectoral izquierdo, y una mirada exigente. Parecía un hombre con una misión personal y todo en su actitud lo proclamaba. No saludó a su amigo, ni contestó a su pregunta. Tampoco la había saludado a ella. Nada de buenos modales, iba directo al grano.

¿Le había quedado algo por añadir ayer en la cocina? En pocas palabras, él la había molestado y ella había salido corriendo como alma que lleva el diablo, como él había afirmado que haría. Pero nada en su expresión hablaba de una disculpa, y ella no podía imaginar qué otra cosa podía querer como no fuera humillarla más. «No, gracias».

—Creo que ayer dejaste las cosas bien claras. No tenemos nada más que decirnos.

—Ya lo creo que sí.

—Estoy ocupada bailando. —Sin más, se dio la vuelta hacia el hermano de Adam, ¿Brett? ¿Buck? Era algo así.

Le dirigió al rubio propietario del club una sonrisa y meneó las caderas, muy consciente de la mirada penetrante de Deke clavaba en su espalda.

En cuanto el hermano sin nombre se volvió hacia ella, la canción finalizó. El *disc-jockey* anunció que iba hacer un alto para tomarse un respiro.

Deke la agarró de la muñeca y la giró hacia él, arqueando una ceja dorada.

—Ahora ya no estás bailando.

«¡Maldita sea!». Kimber puso los brazos en jarras.

—Entonces di lo que sea que tengas que decir.

—Fuera.

El tono autoritario le puso los pelos de punta.

—¿Va a llevarte mucho tiempo?

—No.

—Entonces dilo y vete.

Él vaciló.

—No creo que quieras tener público.

O no lo quería tener él. Por razones que ella no podía comprender, él no quería que los hermanos Catrell, que ahora los miraban fijamente, oyeran lo que estaba a punto de decir. Si iba a salirle con más de lo que le había dicho hacía sólo veinticuatro horas, podía ahorrarse el discurso. Pero quizá no fuera eso. Deke carecía de maneras sociales. Tener la oportunidad de dejarle actuar y ver cómo se ahorcaba a sí mismo la hizo sonreír.

—No me importa. Dispara.

—De acuerdo —se encogió de hombros—. Ayer cuando Luc y yo te desnudamos sobre la encimera de la cocina y comenzamos a pasar la lengua por tu cuerpo, tú...

—¡Para! —Ella soltó un grito ahogado, sintiéndose furiosa cuando el rubor le inundó las mejillas.

El hermano del que no podía recordar el nombre, se rió entre dientes junto a su oído.

Deke sonrió con aire satisfecho. «¡Bastardo!». Había ido a jugar sucio y se había lanzado directo a la yugular. ¿Cómo no lo había visto venir?

—¿Está enrollada con Luc y contigo? —le preguntó Adam a Deke.

—Sí.

—¡Demonios, no! —exclamó ella a la vez.

Eso provocó que el músculo de la mandíbula de Deke comenzara a palpar de nuevo.

—Mejor lo discutimos fuera.

¿Es que ese hombre no sabía cuándo abandonar?

—No estoy enrollada ni contigo, ni con tu primo. No pienso acercarme de nuevo a tu cocina, y, te aseguro, que no voy a salir contigo.

—He venido a decirte algo que creo que te gustará oír.

—No estoy interesada en ser otro rollo más para ti, y estoy tan cabreada que me importa un bledo lo que tengas que decirme.

En un segundo, Deke estuvo a su lado, sin tocarla. Un segundo más y le rodeó la cintura con un brazo, con el otro le agarró el pelo que le caía por la espalda y la puso de puntillas.

—No voy a pedirte otra vez. O hablamos fuera o voy a dirigirme a la silla más cercana, a levantarte esa minifalda y a calentarte el trasero mientras toda esta gente nos mira.

Kimber apenas tomó aliento para decir:

—No te atreverás. —Pero sabía que lo haría.

La irritación le envenenó los pensamientos. Él era un arrogante hijo de perra, pero incluso mientras pensaba eso sintió un cosquilleo en el estómago... No, no podía ser deseo.

—No tienes ningún derecho.

Deke se encogió de hombros.

—Pero estoy seguro de que disfrutaría.

Adam se acercó a ellos.

—Aunque me encantaría ver el espectáculo, no permito peleas ni desnudos en el club. Tendréis que salir fuera.

Kimber se giró hacia él con la boca abierta. ¿Acaso aquel imbécil estaba dejándola a merced de ese lobo? ¡Cómo no! Los hombres siempre se apoyaban los unos a los otros.

—¿Sabéis qué? Que os den... a todos. Me voy a casa.

Los hermanos Catrell se rieron. Con la sangre hirviendo de furia, se dirigió a la salida.

«¡Eran unos completos gilipollas!» Pero a pesar de eso, no era tan estúpida como para creer que Deke dejaría estar las cosas. La seguía; lo sintió dos pasos por detrás. Condenado hombre.

Cuando alcanzó la puerta del club, la música comenzó a sonar de nuevo. Kimber se dirigió al gorila más grande de los tres que estaban en la puerta y le brindó una sonrisa.

—¿Podrías acompañarme al coche? Me están siguiendo. —Lanzó una mirada punzante por encima del hombro en dirección a Deke.

—Venga cariño —le murmuró Deke suavemente mientras la rodeaba con un brazo—, no te enfades.

Antes de que pudiera decirle dónde podía meterse las palabras y decirle al gorila que se librara de aquel acosador chiflado, Deke la atrajo hacia sí, bajó la cabeza, y ahogó sus furiosas palabras con un beso arrebatador.

Ella forcejeó, pero sólo un momento, luego dejó de pensar.

Aquel hombre ardiente, persuasivo y adictivo como el pecado, invadió sus sentidos. La doblegó con la boca. Kimber se resistió. O por lo menos lo intentó. A pesar de la furia que la embargaba, Deke le provocó la familiar aceleración de su pulso, la oleada de deseo, y ahogó sus protestas. Con un roce de sus labios, una lenta caricia de su lengua mientras le deslizaba la palma de su mano por la espalda, la sumergió en el deseo, y no sólo a ella. El de Deke era tan tangible que Kimber pudo saborearlo con la lengua.

El beso la derritió por la contenida urgencia de su necesidad, suavizada por un enredo de labios, alientos y lenguas, del que nunca hubiera imaginado capaz a Deke Trenton. Kimber, ingravida e irreflexiva, se dejó llevar, con el corazón a mil por hora, perdiéndose en la calidez de aquel beso.

Hasta que él le mordisqueó el labio inferior y se lo lamió, para luego volver a posar su boca sobre la de ella una vez más. Sin pensar, Kimber se inclinó hacia él, buscando más besos, más contacto, más de él.

Deke la agarró por los hombros.

—Siento lo que pasó ayer. Ven a casa conmigo, gatita.

—Que disfrutéis de la noche —dijo el gorila con una sonrisa picarona.

Mientras ella intentaba buscar una respuesta, Deke la tomó de la mano y la condujo afuera, a la húmeda noche de verano.

Un coche entró en el aparcamiento, con los faros iluminando la carretera de tierra, y se dirigió al extremo más alejado. En alguna parte allí cerca, croaba una pareja de ranas. Los grillos cantaban y los mosquitos zumbaban en las farolas que junto con la luna plateada iluminaban la superficie que se extendía ante ellos.

Ahora que la boca persuasiva de Deke no le nublabla el pensamiento, Kimber cerró los ojos ante su estupidez. Maldita sea, no había tenido intención de responder a Deke cuando la besó y acarició. Había hecho una buena imitación de una perra en celo.

Bueno, de todas maneras ella había querido irse. Y ya estaba fuera.

Buscó en el bolsillo de la falda la llave del coche.

—Vale, no voy a quedarme con los hermanos Catrell. Ya te has salido con la tuya. ¿Contento?

Una sonrisa ladina curvó la boca de Deke. Antes de que pudiera preguntarse qué estaría tramando, Deke alargó la mano y le quitó las llaves que desaparecieron en el bolsillo de sus vaqueros. La única manera de recuperarlas era deslizando la mano dentro de los pantalones. «Genial». Considerando la erección que le abultaba la bragueta, no creía que él se opusiera a que le metiera la mano en el bolsillo... o en cualquier otra parte por allí abajo.

—No, todavía no —le dijo, palmeando las llaves a través del vaquero—. No irás a ningún lado hasta que terminemos de hablar.

Kimber soltó un suspiro de frustración.

—Mira, arrogante hijo de...

—Espera. Antes de que inicies una retahila de insultos, he venido a ofrecerte mi ayuda. Si todavía la quieres.

Ella se interrumpió. ¿Estaba oyendo lo que ella creía que estaba oyendo?

—¿Has venido a decirme que me enseñarás lo que quiero saber sobre sexo? ¿Luc y tú?

Él hizo una pausa, no parecía demasiado contento.

—Sí.

Alivio e irritación lucharon por dominar su reacción. Al final, ganó el alivio, ya que no iba a conseguir a Jesse sin instrucción. Y tras haber visto a los hermanos Catrell que, a pesar de lo dispuestos que habían parecido, no eran lo que ella buscaba.

Pero no iba a permitir que Deke lo supiera.

—Quizá sea demasiado tarde.

—No parecías cómoda con Adam y Burke.

Por incómoda que se hubiera sentido con ellos, tomó nota mental del nombre del hermano mayor.

—¿Y a quién le importa? A mí no desde que intentaste ahuyentarme ayer.

Deke se rió entre dientes.

—¿Y tengo que creérmelo?

—Tendrías que ser imbécil para no hacerlo. Y jamás me lo pareciste cuando trabajabas para mi padre.

—No.

Kimber soltó un bufido.

—Jamás habrías pensado en mí en un contexto sexual si no hubiera llamado a tu puerta.

Él dejó de reírse.

—Si piensas eso es que eres una ingenua.

¿Estaba tomándole el pelo? Kimber frunció el ceño. El enorme agente de las fuerzas especiales, convertido ahora en guardaespaldas, no podía haber pensado sexualmente en ella antes de encontrarla con Luc en la cocina.

—Oh, vamos —se mofó ella—. Hasta ayer ni siquiera habrías imaginado hacer nada conmigo. ¿Cuántos años tenía yo? ¿Dieciocho? ¿Diecinueve?

—Diecisiete. —Deke torció la boca en una sombría sonrisa—. Diecisiete y medio. Y todo lo que me pasaba por la cabeza en ese momento era ilegal, Kimber. Mis pensamientos no han cambiado. Pero ahora no iré a la cárcel si los hago realidad.

Deke parecía hablar en serio mientras la taladraba con esos penetrantes ojos azules.

—Durante ese tiempo deseabas...

—¿Follarte? Oh sí, eso y cualquier otra cosa que me hubieras dejado hacer. Te deseaba.

Punto.

Kimber tomó aliento, estupefacta. «Oh, Dios mío»...

Clavó una larga mirada en la patente erección que parecía a punto de reventar la cremallera.

—¿Y todavía me deseas?

—¿Acaso no te lo acabo de decir?

Ella se humedeció el labio inferior. Cuando la ardiente mirada de Deke se clavó en ese gesto, a Kimber se le tensó el vientre y se le contrajeron los pezones. En su mente apareció una imagen: Deke recostado sobre ella, penetrándola con dura insistencia. Kimber se había corrido la noche anterior con sus propios dedos con esa misma imagen mental. Sintió que se le calentaban las mejillas. No tenía sentido, se excitaba con un hombre que no sería más que un mentor para ella. Quizá fuera debido a una locura temporal, al estrés tras un frenético curso escolar o a una persistente curiosidad juvenil. Ya se le pasaría.

Pero, de repente, algunas cosas tuvieron sentido.

—Entonces era por eso por lo que apenas me hablabas cuando trabajabas con mi padre.

—Sí.

—Y la razón de que hayas cambiado de idea sobre mi... favor.

—En parte. Luc también tuvo algo que ver. Casi me arranca la piel a tiras con su lengua viperina.

—¿No quería que me hablaras de esa manera?

Deke asintió con la cabeza.

—Porque te desea tanto como yo.

—Y tú intentaste ahuyentarme porque piensas que no estoy en mis cabales.

Deke asintió con la cabeza.

—Aún lo pienso. Pero cómo Luc me recordó, ya eres adulta.

—Llevo algún tiempo pensando en ello. He tomado una decisión. Ya no estoy en el instituto. No soy menor de edad, y no soy idiota.

—No creo que entiendas en realidad en qué te estás metiendo, pero es tu vida.

Kimber se mordisqueó el labio inferior, sospechando que él tenía razón. Comprendía —de una manera abstracta— qué significaba participar en un *ménage à trois*. Esa misma mañana había leído un libro erótico y se había sentido excitada por la historia de una mujer amada por dos hombres totalmente dedicados a darle placer. ¿Qué mujer con sangre en las venas no se hubiera excitado?

Pero, a pesar de que Deke había dicho que no había sentimientos implicados en un *ménage*, Kimber no lo creía. Aunque no tenía sentido, ella ya se sentía atraída por Deke. Probablemente porque siempre había sentido curiosidad por él. Tiempo atrás, él la había repelido tanto como la había atraído. Pero quien de verdad la atraía ahora era Jesse. Lo había echado de menos tras una larga ausencia de casi cuatro años. Aunque ambos hombres no se parecían, lo más probable era

que estuviera utilizando a Deke como sustituto de manera inconsciente. Eso, y que Deke había hecho más por ella sexualmente en quince minutos que Jesse en todos esos años. Kimber suspiró.

—No creo que Jesse McCall sea el hombre adecuado para ti.

Era normal que Deke pensara eso. Para Don Práctico, allí presente, ella era una *groupie* persiguiendo a una estrella, una quinceañera que fantaseaba tontamente con el «vivieron felices y comieron perdices». A él le resultaba difícil comprender su relación con Jesse, que se había desarrollado y evolucionado en los últimos años mediante e-mails y llamadas telefónicas.

Kimber se encogió de hombros, intentando no parecer molesta.

—Tienes derecho a pensar lo que quieras. Pero como bien has dicho, es mi vida.

—Así es, y si quieres aprender todo lo que hay que saber sobre ser compartida por dos hombres, este es el trato —continuó él—. Regresarás a casa conmigo. Te quedarás con nosotros dos semanas. Y te enseñaremos todo lo que necesites saber.

Se sintió aliviada. Había ganado. Aunque estaba tentada de decirle que no a Deke, el orgullo no resolvería su problema con Jesse. Éste había insistido en que ella no podía ser lo que él necesitaba, que era demasiado inocente para su estño de vida. Iba a demostrarle que estaba equivocado aprendiendo todo lo necesario. Era la única manera de tener un futuro con el hombre que adoraba.

A pesar de la manera abominable en que Deke había actuado el día anterior, Kimber sabía que era un hombre de palabra. Le enseñaría todo lo necesario.

Aun así, tenía que hacerle algunas preguntas más.

—¿Viviré con vosotros dos semanas?

Deke asintió con la cabeza.

—Una de las cosas más difíciles de llevar a cabo en un *ménage* es satisfacer a dos hombres excitados. El sexo con dos hombres a la vez no es fácil. Algunos hombres también tienen exigencias individuales que querrán que tú satisfagas. A algunos les va el sexo matutino. Otros preferirán la medianoche o cualquier otra hora del día. Tendrás que aprender a tratar con distintos gustos.

Su explicación tenía sentido. Dos hombres darían, definitivamente, más trabajo que uno. La única complicación que veía era mantener relaciones sexuales varias veces al día cuando nunca las había tenido, pero así era como vivía Jesse.

—Déjame adivinar, Luc es el hombre de medianoche. Y tu momento favorito para tener sexo es por la mañana.

Deke negó con la cabeza.

—A Luc le gusta más hacerlo por la mañana. A mí me vale cada vez que Luc esté de humor si tú estas dispuesta. No te tomaré a solas. Nunca.

Igual que antes, él hablaba completamente en serio. No haría el amor con ella si Luc no participaba. ¿Por qué razón?

Su cara no decía nada; su expresión estaba demasiado vacía, casi dolorosamente en blanco.

¿Estaba ocultando algo? Tratándose de Deke, ¿quién podía saberlo?

—Así que si digo que sí, ¿tú querrás...?

La lujuria centelleó en sus ojos azules.

—Si Luc está dispuesto y tú también, allí estaré.

La insinuación en sus palabras creó una cálida corriente que se extendió deliciosamente por el cuerpo de Kimber hasta que se asentó dolorosa y peligrosamente entre sus piernas.

—¿Así que no soy sólo otro rollo más?

Él hizo una mueca.

—No.

—Mmm, está bien... Acabo de terminar el curso de enfermería, así que estoy libre. Tengo que estudiar para los exámenes, pero eso puedo hacerlo en cualquier parte. Tendré que ir a buscar

algunas cosas y dejar una nota a mi padre de que voy a visitar a una amiga. De todas maneras, ahora está de viaje. Podría regresar mañana y...

—Un momento. Hay una regla.

¿Una regla? ¿Había reglas en los *ménages*?

—¿Cuál?

—No lo hago con vírgenes, así que no te follaré de manera convencional.

Kimber se puso tensa. No le gustaba ese lenguaje cortante, pero estaba acostumbrada a él. Lo que más le molestaba era su tono, como si ser virgen la convirtiera en una forma de vida inferior.

—Creo que eso ya lo hemos aclarado. Te he dicho que quiero reservar mi virginidad para Jesse. Así que eso no será un problema.

—Quiero que recuerdes eso cuando las cosas se pongan calientes. —Le sujetó la cara entre las manos y la acercó más a su cuerpo. El intenso resplandor de sus ojos le dijo a Kimber lo mucho que deseaba besarla—. Y se calentarán, Kimber.

Un escalofrío ardiente la atravesó.

—Ni lo olvidaré, ni cambiaré de opinión.

—No cederé cuando me imploras.

Kimber se soltó de su agarre.

—¿Cuándo te imploro?

«Oh, Dios, alguien tiene mucha fe en sus proezas».

La sombría sonrisa de Deke la puso de los nervios.

—Es uno de los placeres de ser compartida por dos hombres. Podemos conseguir que supliques por algo. Pero como ya hemos acordado aquí y ahora que no será sexo convencional, no habrá ningún riesgo.

Entonces, ¿qué tipo de sexo sería? ¿Oral? ¿Anal? Tampoco tenía experiencia en esas facetas. En dos semanas, se habría convertido en toda una experta en ambos casos. Ese pensamiento la hizo tomar aliento al sentir un peligroso arrebato de deseo.

—¿Riesgos de qué? ¿De embarazo?

Deke apretó los labios.

—De eso y de enrollarnos. Que seas virgen es una responsabilidad. Un hombre no debería follarse a una virgen a no ser que tenga intención de reclamarla y conservarla para sí. Y yo no estoy dispuesto a reclamar a ninguna mujer... en ese sentido.

Asombroso. Anticuado y liberal a la vez.

—De alguna manera, no puedo decir que me sorprenda —comentó ella, notando el sarcasmo en su voz.

Deke sólo se cruzó de brazos y la miró fijamente, con una expresión insondable y la mandíbula tensa, un lenguaje corporal inequívoco. Sus labios apretados en una línea sombría y esos ojos azul oscuro parecían inexpresivos y despreocupados... a primera vista.

Kimber lo miró de nuevo.

Desolado. Eso es lo que parecía. Lo que denotaba la rigidez de su postura combinada con algún tipo de anhelo que ella percibía mientras lo miraba.

Deke parpadeó, cambiando el peso de pierna, y retrocedió un paso. Fuera lo que fuese lo que Kimber había visto en sus ojos, había desaparecido.

Kimber frunció el ceño. Señor, debía de estar loca, No era posible haber visto eso en su mirada. Deke era el último hombre a quien atribuir una emoción humana. Pero aquella mirada... lo más probable era que hubiera confundido su desolación con la molestia de tener que esperar al día siguiente para aliviar su excitación de cualquier manera que no fuera sexo convencional. El tema de que era virgen y de reclamarla no le molestaba de verdad. De hecho, dudaba mucho que lo hiciera. Lo más probable es que él no hubiera pensado apenas en los riesgos del sexo

convencional como no fuera para decir que «no vírgenes» se correspondía mejor a «ningún tipo de compromiso».

—¿Debo decirle a Luc que regresará a tiempo para la cena?

Deke volvía a mostrar una expresión neutra, y, esta vez, Kimber no buscó bajo la superficie. Dudaba que Deke fuera lo suficientemente sensible para tener sus propios demonios personales, pero si los tenía, ella no quería conocerlos.

—¿Cocinará él? Pues allí estaré.

Deke no sonrió. De hecho, parecía tan alegre como un hombre condenado a muerte.

—Te estaremos esperando.



Deke estaba tomando una cerveza en la cocina cuando Luc abrió la puerta principal y apareció Kimber al otro lado. Parecía tan condenadamente inocente con una blusa blanca de encaje y una coqueta falda de flores, que él rechinó los dientes.

Tenerla allí no auguraba nada bueno. «Maldición».

El indicio de picardía en los ojos de Kimber no fue lo que lo puso duro; estaba así desde hacía veinte minutos, cuando había estado pensando en ella. Pero el deseo que hacía brillar las mejillas femeninas envió una nueva oleada de sangre a su miembro cuando Luc la invitó a entrar. Ella aceptó con una sonrisa y entró en el vestíbulo con sus sandalias de tiras.

Durante toda la tarde, su primo se había comportado como un cachorro jadeante ante la promesa de un nuevo juguete. Había adulado a Wiletta, su vieja asistente, quien se encargaba de limpiarles la casa. Luc también se había pasado las últimas cuatro horas preparándole a Kimber un delicioso plato de pollo, cuyo nombre Deke no sabía pronunciar, además del postre, una complicada tarta de chocolate y fresas. Deke negó con la cabeza. Luc había comprado cuatro cajas de fresas y había escogido las mejores para la confección del pastel.

Pero Deke dudaba que lograran llegar al postre.

No tenía que preguntarle a Luc el porqué de todo ese esfuerzo. Su primo quería creer que finalmente habían encontrado a la mujer que podría complementarlos, la mujer que podía querer lo que ninguna otra mujer querría estando en su sano juicio: disfrutar de una relación a tres bandas con un militar retirado y un *chef* temperamental. Al parecer, Luc se había olvidado de las miles de veces en que Deke había insistido en que no quería una relación permanente.

Aun así, su primo seguía insistiendo en que Kimber sería de ellos, quién sabía por qué. Deke le había señalado repetidamente que sus miembros no penetrarían el dulce sexo de Kimber. Que si ella iba allí, era sólo para familiarizarse con los *ménages* y para prepararse para complacer a otro hombre.

Nada de eso había importado. Luc seguía convencido de que Kimber podría ser «la única». Dulce y curiosa. Suave y con un gran corazón. Según Luc, Kimber era perfecta para vivir con dos hombres tan complicados como ellos.

Deke bufó. Sí, seguro que aquello terminaba como el final feliz de los cuentos de hadas. Pues no sería así, y Luc tendría que descubrirlo por sí solo. Deke estaba cansado de señalarle lo evidente.

Aun así, tenía que admitir que había algo en Kimber que lo ponía a cien.

Haciendo una mueca ante la erección que tensaba la bragueta de los pantalones de pinzas que Luc había insistido que se pusiera, alzó la botella de cerveza y dio un largo trago. Mierda, estaba más duro de lo que nunca recordaba haber estado y lo único que había hecho era ver cómo Kimber atravesaba la puerta con una sonrisa vacilante.

—Hola.

La voz de Kimber fue un suspiro suave y ligeramente tembloroso. Bien. Tenía razones para estar nerviosa. Él también lo estaba. Tenía las entrañas como un polvorín a punto de estallar.

¿Qué ocurriría con su reserva y autocontrol cuando Luc y él la llevaran a la cama? Catapún. Sentía cómo la adrenalina corría por sus venas como solía ocurrir después de una misión. Necesitaba follar, y no podría contenerse demasiado tiempo. Y lo que era peor... parecía estar obsesionado con ella.

Era muy probable que Kimber acabara implorando ser penetrada. Pero cuando suplicara por un duro miembro en su sexo, ¿cumpliría él la promesa de permitir que siguiera siendo virgen? A pesar de lo que habían acordado, no estaba seguro.

Podía follarla, podía reclamarla, pero ¿podría afrontar las consecuencias?

¡Demonios, no! No quería correr más riesgos con vírgenes. Ni hablar. Nunca más. Kimber aprendería todo lo que pudieran enseñarle en dos semanas y luego se iría. De una manera u otra tendría que resistir la tentación.

—Adelante —decía Luc, cogiéndole la pesada bolsa de viaje y dejándola en el suelo del vestíbulo—. Nos alegramos de tenerte aquí. Me encanta que hayas decidido quedarte con nosotros.

Y si Luc se salía con la suya, Kimber no se iría nunca.

—Gracias por cambiar de idea.

Kimber parecía cohibida mientras se colocaba el sedoso pelo rojizo detrás de la oreja y sus ojos color avellana recorrían con rapidez la salita y la cocina.

Su mirada se encontró con la de Deke y ninguno de los dos la apartó. Ella contuvo el aliento ante la descarga eléctrica que le recorrió el cuerpo. El sintió una punzada en el vientre y un fuerte tirón en su miembro duro.

Maldición. Estaba perdido.

Luc tomó la mano de Kimber y la guió a la cocina.

—Yo no necesitaba cambiar de idea. Por lo que a mí respecta, siempre has sido bienvenida. «Gracias por echar una mano, primo».

—Deke. —Su nombre tembló en los labios de ella.

El sonido descendió directamente a su polla.

Dado que no confiaba en sí mismo para no revelar los sucios pensamientos que le pasaban por la cabeza, guardó silencio y asintió brevemente.

—¿Un vaso de vino? —le preguntó Luc, guiándola al centro de la cocina.

—Claro. Gracias. ¿Tienes vino blanco?

—Tengo un excelente chardonnay.

—Perfecto.

Luc le dirigió una mirada reprobadora al pasar por su lado. ¿Qué demonios quería su primo que hiciera? A Deke no le gustaba el vino. Luc tenía el don de la palabra, así que Deke le dejaba llevar la conversación. Era lo mejor, ya que Deke sólo hablaba como un cavernícola. Además, no tenía nada que decir. Si tocaba a Kimber ahora mismo, Luc sólo oiría dos sonidos: él arrancándole la ropa y ella gritando como una loca cuando la boca de Deke le cubriera el clítoris hasta que se corriera.

—Huele genial —murmuró ella, dirigiendo una tímida mirada en dirección a Deke.

Sonriendo de la misma manera encantadora que un maldito presentador de un programa de entrevistas, Luc le ofreció a Kimber una copa de vino.

—Espero que te guste. Ponte cómoda. O, si lo prefieres, dile a Deke que te enseñe la casa.

Kimber tomó un sorbo de chardonnay, luego dirigió una mirada ansiosa en dirección a Deke. Se pasó la lengua por el exuberante labio inferior y a Deke se le aflojaron las rodillas.

—Me encantaría —dijo ella.

Lo que a él le encantaría sería ver esa lengua deslizándose por su glande. Tragó saliva ante aquella imagen mental que le arrebató la mayor parte de su autocontrol.

—Claro —dijo él, intentando no hacer una mueca.

Deke atravesó la cocina y le posó la palma de la mano sobre la cintura porque no podía estar un minuto más sin tocarla. Curvas cálidas y firmes. Sensible. Deke recorrió sus formas con la mirada, y no se le pasó por alto que se le habían endurecido los pezones en el mismo instante en que la tocó. Y ese olor... a melocotones, azúcar moreno y canela. Intimo, picante y excitante. Inhaló de nuevo. Santo cielo, si seguía poniéndose más duro, la cremallera le iba a dejar marcas permanentes en la polla.

Con un suave empujón, apartó las manos de ella y la condujo fuera de la cocina, de vuelta a la salita, luego al vestíbulo, donde cogió la brillante bolsa de viaje de color azul.

Colgándosela al hombro, la miró.

—Hay dos dormitorios y un despacho al final del pasillo. El grande es el de Luc, ya que vive aquí todo el tiempo. Yo sólo estoy entre una y otra misión o, como ahora, cuando me estoy recobrando de una lesón.

—¿Qué te ocurrió?

A Deke no se le escapó el tono de preocupación en su voz, algo que provocó que quisiera inmovilizarla contra una pared para besarla. No sólo quería follarla. Aún quería... «No, ni hablar». Pero su pequeña muestra de preocupación le atraía de una manera desconocida para él, aunque era igual de efectiva que una sirena enredándolo con sus encantos.

Si no tenía cuidado, acabaría colgado de ella, por citar un cliché. Ya había pasado antes por eso con Heather, y nada le gustaría más que deshacerse de esos recuerdos imborrables, así que cerró su mente a cal y canto decidido a no fastidiar las cosas de nuevo.

—Un gilipollas con una navaja quiso dibujar la marca del Zorro en mis costillas. Pero ahora, tras doce puntos y una vacuna contra el tétanos, estoy como nuevo.

—Tanto mi padre como tú tenéis un trabajo muy peligroso.

—Para mí sería muchísimo peor estar sentado tras un escritorio.

—Depende de cada caso, pero sé que los hombres de acción como vosotros siempre necesitáis patear algunos traseros.

Deke no pudo contener la sonrisa que le asomó a los labios.

—Exacto.

Unos metros más adelante, él abrió la puerta que daba paso a una pequeña habitación con paredes blancas. Había una cama de matrimonio, una silla, una lamparita y un escritorio con un portátil. Jamás ganaría un premio de decoración, pero era funcional.

—Ésta es tu habitación. —No era una suposición; Kimber lo sabía.

—Sí.

—Es como tú.

—¿Aburrida? —la provocó él.

—Dura —se rió ella—. Podría llamarte un montón de cosas, pero aburrido no es una de ellas.

El tono ligeramente ronco de su voz aún seguía clavándose en su miembro. Nunca le habían gustado mucho los melocotones, pero el olor que ella desprendía le aceleraba el pulso. Maldita sea, Luc siempre hacía de las cenas en compañía un evento especial. ¿Cómo se las iba a arreglar para no tumbar a Kimber sobre la mesa y comérsela a ella en vez de la comida?

—Es funcional, limpia y sencilla. A ti te gustan las cosas así.

Oh, maldición. Lo había calado demasiado bien sin que él se hubiese dado cuenta. Volvió a sentir ese peligroso impulso de querer besarla, junto con el deseo de abrazarla sólo por el placer de sentirla contra su cuerpo. «Ni hablar. Era una estupidez. Un error. No debía suceder». Saborearía su dulzura antes de poseer su culo, pero el afecto... quedaba fuera de toda cuestión. Kimber lo tomaría como lo que no era.

Maldición, incluso podría tomarlo él.

—Exacto —murmuró él, cerrando la puerta.

Cruzando el pasillo, abrió la puerta del despacho de Luc. Con paredes de un profundo tono borgoña y madera oscura, vitrinas de cristal y pomos de latón, parecería el elegante refugio de un caballero inglés si no fuera por el ordenador de sobremesa, un teléfono inalámbrico, un fax y una impresora multifunción. Tras el escritorio de nogal había un sillón de piel y una librería de madera más clara que tenía colgado al lado un premio de cocina que Luc llamaba «el medallón».

—Vaya —suspiró Kimber—. Es un despacho precioso. Luc tiene muy buen gusto.

¿Por qué las mujeres siempre decían eso? Por lo general, los hombres con «buen gusto» eran gays, pero sabía de primera mano que Luc era tan heterosexual como él.

Por primera vez en su vida Deke lamentó las inclinaciones sexuales de Luc. De no ser por eso y por el interés que su primo tenía en Kimber, Deke podría haber encontrado la manera de que sólo fuera suya, de tenerla con las piernas bien abiertas sobre la cama y él solo encima de ella, follándola.

«¡No!». Sería como volver a pasar por lo mismo. No es que Kimber fuera Heather, pero se le parecía bastante. Habían pasado doce años desde aquel terrible verano en que comenzó a compartir a las mujeres y a conseguir que alcanzaran el máximo placer.

—A Luc le encanta la decoración y la cocina.

—Es un hombre maravilloso. —Los ojos color avellana de Kimber se iluminaron mientras observaba la estancia.

Deke contuvo una punzada de irritación. Luc era un buen cocinero y un buen decorador, y, por supuesto, eso tenía que impresionarla. Pero había ido allí por sexo, y, en lo concerniente a eso, se juró a sí mismo que sería él quien se le quedara grabado en la mente.

Girándose, Deke salió del despacho y regresó al pasillo. Abrió la puerta y dejó la bolsa de viaje en el suelo.

—Ésta es la habitación de Luc.

Era espaciosa y con una ecléctica mezcla de lo antiguo y lo moderno, de tecnología y clasicismo. Colores marrones, aceitunados y dorados, con alguna salpicadura de rojo, junto con una enorme cama que invitaba a cualquier mujer a acomodarse en ella.

Le molestaba saber que Kimber no sería la excepción.

Kimber miró su bolsa de viaje en el suelo de la habitación de Luc y luego la cama.

—¿Dormiré aquí?

Deke tragó aire e intentó no imaginar a Kimber desnuda en la cama de Luc, intentó no pensar en ellos dos durmiendo, tocándose, follando a unas paredes de distancia. Aquel pensamiento le produjo una violenta oleada de furia que le hizo cerrar los puños con fuerza.

Kimber dormiría con Luc. Era lo mejor. Menos tentación para él. Luc dormía toda la noche de un tirón, pero no era el caso de Deke. Y si no tenía a su lado a la mujer que más le había excitado durante la última década, cuando permaneciera insomne la noche siguiente, no podría acariciarle la piel sedosa, ni susurrarle palabras picantes, ni alabar su sexo. Y querría hacerlo. Mierda, quería hacerlo ahora.

«Una mala señal, muy mala».

—Sí. Luc tiene la cama más grande. Y yo no duermo demasiado bien. No me gustaría desvelarte.

Kimber se giró lentamente hacia él y le miró fijamente.

—Sé que piensas que cometo un error, y que no te emociona demasiado ayudarme...

Ella tenía razón y a la vez no la tenía. Estar allí para ser educada sexualmente por Luc y por él, era un arma de doble filo. Deke pensaba que estaba equivocada. Kimber no parecía el tipo de mujer que podía hacer de los *ménages* una manera de vivir. Pero para satisfacer la necesidad puramente egoísta de tocarla, la ayudaría. Aun así, odiaba que ella quisiera aprender a ser compartida para luego ponerlo en práctica con un niño bonito como Jesse McCall, una estrella del pop que probablemente tenía un harén de admiradoras en cada ciudad del mundo y que

acabaría rompiéndole el corazón. En realidad, si era sincero consigo mismo, ni siquiera quería compartirla con Luc.

«Guau». Luc y él eran más hermanos que primos, y desde aquel desastroso verano con Heather, Luc y él habían compartido casi todo, incluidas las mujeres. Y ahí estaba él, admitiendo que quería a Kimber para él solo.

Esa confesión no era buena para su alma, decidió Deke, ya que le hacía sentirse fatal.

Kimber alargó la mano y le tocó el brazo, haciendo que deseara desnudarla y tumbarla en la cama de Luc. Maldita cena. Una parte de su ser, sentía la tentación de dejar a un lado su decisión de no volver a acostarse con una mujer a solas.

—Pero —murmuró ella—, no voy a complicarte la vida. Te lo prometo. Sé que en el fondo no me quieres aquí.

No. La realidad era que sí que la quería allí, mucho más de lo que debería. Y Kimber era una chica lista; no tardaría mucho en darse cuenta.

—Está bien.

Deke cerró la puerta del dormitorio de Luc —y a las perturbadoras imágenes de su primo y Kimber enlazados y solos— y volvieron al pasillo. Después atravesaron la salita y luego fueron por otro pasillo.

—Éste es el cuarto de los juegos. —Le mostró una espaciosa estancia con un minibar y una mesa de billar que, gracias a Luc, tenía la suficiente elegancia para evitar que se pareciera a la sala de recreo de un par de solteros.

—Ésa es nuestra guarida. —Deke señaló otra habitación que incluía una pantalla de plasma gigante, un par de sofás de cuero, un par de consolas de juegos y unas ventanas muy masculinas.

Le había dicho a Luc que los dominios de un hombre tenían que estar libres de cortinas.

—Aquí es donde nos relajamos. Hay una estantería con libros y películas en la pared de atrás. Así que si alguna vez te aburres...

—Gracias. Ahora mismo tengo que preparar los exámenes de enfermería así que me dedicaré a estudiar, al menos en los momentos en que no estemos... ocupados.

El rubor inundó las mejillas de Kimber de nuevo. Aquella piel tan pálida no le permitía ocultarlo. Ese pensamiento lo excitó. Lo excitó pensar lo roja que se le pondría la piel... Demonios, volvía a ponerse duro otra vez.

Deke se colocó detrás de uno de los sofás para ocultar su erección e hizo una mueca. ¿Cómo podría contenerse durante las dos horas que a Luc le gustaba que duraran las cenas? En ese momento, daría cualquier cosa por un par de hamburguesas con tal de que todos estuvieran dispuestos a comérselas desnudos.

—La mayoría de los días, esto está bastante tranquilo, así que será un buen lugar para estudiar. Ahora ya conoces la casa. Hay *jacuzzi* ahí fuera.

Kimber frunció el ceño.

—Vaya, no he traído bañador.

—Incluso aunque lo hubieras traído, no lo llevarías puesto.

—Oh. Ya veo... —captó la insinuación sexual y sus ojos color avellana se iluminaron.

Tomó un trago de vino y luego se mordió el labio. Deke estuvo condenadamente cerca de saltar sobre el sofá, empujarla contra la pared y desnudarla.

—Tiene sentido. —Le dirigió una sonrisa nerviosa—. De cualquier manera, vas a verme desnuda.

Sí. E iba a hacer bastante más que mirarla, aunque ese momento estaba tardando mucho en llegar.

—¡La cena! —gritó Luc desde la cocina.

Agradeciendo que comenzaran de una vez las dos horas de anticipación que conducirían al verdadero festín, Deke guió a Kimber a la cocina. Luc los esperaba con la mesa preparada. Su

primo ayudó a Kimber a sentarse, apartándole la silla como un caballero. Maldición, ¿por qué no se le había ocurrido a él?

Intentando no parecer contrariado, Deke se sentó y observó cómo Luc servía la comida, el vino, cómo sonreía, coqueteaba y la acariciaba de manera casual, algo que le enfureció sobremanera. Kimber se sonrojó y sonrió, y absorbió cada una de las palabras de Luc, algo que le enojó todavía más. Él necesitaba tirársela de una vez. Kimber estaba allí por el sexo. Y punto. ¿A quién le importaba que él no fuera Sir Galahad?

Y más tarde, cuando estuvieran desnudos y en la cama, Deke probaría que aunque aquellas cualidades que Luc mostraba eran buenas, sería él quien la haría retorcerse de placer. Estaría en sintonía con ella. Podría sentir cómo crecía su deseo, cómo se aferraba a su cuerpo.

Y usaría esos deseos para hacer que se corriera tantas veces que Kimber perdería la cuenta. Se juró a sí mismo que su nombre sería el único que pronunciarían los labios femeninos.

Capítulo 4

La cena fue suculenta y duró demasiado tiempo.

Luc sabía cocinar, de eso no cabía duda. Dominaba con maestría un arte que Kimber admiraba, ya que ella apenas sabía hervir agua. No era hábil en casi ninguna de las llamadas «artes femeninas». Era el resultado de haber crecido entre hombres que se pasaban la vida en misiones altamente secretas y que se mostraban paranoicos con la seguridad. Con sinceridad, Kimber estaba bastante sorprendida de que la blusa de encaje y la falda que se había puesto no le provocaran urticaria, ya que lo cierto era que sabía más de armas de fuego que de alta costura. Más sobre las artes marciales que sobre el maquillaje. Por ese motivo, intentar mantener un romance en el pasado había sido ridículo. Sólo esperaba que cuando Deke y Luc la instruyeran —no que salieran con ella—, ese tipo de cosas no le importaran igual que no le importaban ajesse.

—¿Te ha gustado la cena? —preguntó Luc.

¿Qué si le había gustado? Se había quedado completamente sorprendida por la maestría culinaria de Luc. Se había ganado con creces el reconocimiento internacional que tenía.

Pero después de casi dos horas de deliciosa comida, chachara y de que todos se dedicaran a evitar por tácito acuerdo lo que vendría a continuación y lo que eso acarrearía, Kimber tenía los nervios más afilados que cualquiera de los selectos cuchillos de cocina de Luc. No podía contener la anticipación ni controlar la testosterona que bullía en la estancia, o el espeso deseo que se deslizaba entre sus piernas.

Basándose en los monosílabos con los que Deke había contestado durante la última hora, suponía que él estaba más que listo para ponerse manos a la obra.

O era eso, o que seguía sin estar feliz de tenerla allí.

Kimber apartó a un lado el incómodo pensamiento.

—La cena ha sido maravillosa. Gracias por una comida tan buena, Luc. Todo ha sido espectacular.

—¿Más vino? —Las palabras eran una pregunta educada, pero sus ojos tenían un brillo travieso, como si hubiera hecho la pregunta sólo para jugar con ella. 58

—No, gracias. Dos copas es mi límite o me quedaré dormida.

—¿Una copita de Jerez?

Un asomo de sonrisa curvó la boca plena, pecaminosa y roja de Luc. Era un hombre atractivo, sensual, juguetón, de trato fácil, cultivado y curioso. Era sorprendente que aún no lo hubiera cazado alguna mujer.

Pero en ese momento, Kimber quería estrangularlo por prolongar su agonía.

—No quiero nada más.

Luc se puso en pie y dejó su plato en el mostrador de donde cogió un postre de chocolate.

—¿Y postre? Puedo hacer café si queréis. Lo tengo con canela, vainilla francesa...

—Te lo agradezco mucho, pero lo que me gustaría es que nos fuéramos a la cama de una vez.

Luc se detuvo en medio de la cocina, con los platos en la mano. Deke contuvo el aliento. Ninguno de los dos se movió.

«Oh, no». ¿Acaso había mal interpretado las vibraciones? Habían parecido interesados. Durante la cena, Deke sólo había dicho lo justo, y la había mirado con esos ojos ardientes hasta

que ella casi se había quedado sin apetito. Luc no había hecho más que coquetear, tocándole las manos, rozándole la rodilla con la suya, alimentándola con su tenedor.

Kimber lo miró a través de la cocina. Luc se había puesto duro, la bragueta de los pantalones parecía a punto de reventar. A su izquierda, una silla arañó el suelo, rompiendo el silencio sepulcral. Deke se había puesto en pie y Kimber descubrió que estaba en el mismo estado que su primo... listo para la acción.

Así que no había malinterpretado nada ¿verdad? O quizá no... quizá el deseo de Deke no tenía nada que ver con sus palabras. Quizá Luc tenía sus dudas.

Maldición, no lo sabía. La inexperiencia no era de mucha ayuda ahora.

—Lamento haberos incomodado —se disculpó—, no estoy acostumbrada a pensar antes de hablar. Mi familia nunca lo hace, así que yo...

—Vamos. —Deke le agarró de la mano y le tiró del brazo, casi arrastrándola en su prisa por abandonar la cocina.

—¿A la cama?

—¡Pues claro!

Deke la deseaba. La excitación la atravesó, haciéndole hervir la sangre.

Por fin. Había llegado el momento. Iba a descubrir de qué iba todo eso de los hombres y el sexo, algo que iba más allá del placer de la masturbación. Y lo iba a hacer de la mano de los dos hombres más guapos que había conocido nunca. Con el deseo burbujeando en su cuerpo, pensó que en ese momento no le molestaba lo más mínimo la idea de ser compartida. Aprendería todo al respecto para que cuando Jesse regresara a Tejas, al cabo de unas semanas, supiera todo lo que hacía falta saber y cómo ofrecérselo. A él no le importaría hacer más profundo ese vínculo especial porque ella ya no sería demasiado inocente para adaptarse a su estilo de vida.

Luc intentó parecer molesto.

—Me he pasado mucho tiempo haciendo este postre.

Kimber le dirigió una mirada provocativa por encima del hombro.

—Será un buen tentempié para medianoche.

—Lo será si me dejas comérmelo de tus pechos —murmuró Luc, acercándose a ella.

Kimber soltó una risita juguetona.

—Sólo si me prometes que lamerás hasta la última miga.

Luc murmuró algo entre dientes y la siguió, pero ella no pudo oírlo pues Deke ya la arrastraba por el pasillo hacia la enorme cama de Luc. En menos de treinta segundos, ella estaba acostada, con el enorme cuerpo de Deke cubriendo el suyo y con las rodillas masculinas separando las de ella.

La boca de Deke cayó sobre la de ella antes de que la cama dejara de moverse. Él se apoderó de sus labios y la besó profundamente, azuzándola, inflamándola. Kimber le rodeó el cuello con los brazos y se perdió en su sabor picante y en sus caricias. La demanda masculina estaba llena de desesperación; Kimber la degustó. La impaciente lujuria de Deke fluía con cada cálido roce de su lengua contra la de ella, con la tensión de los duros hombros masculinos bajo sus dedos.

Deke le separó las piernas un poco más y apretó su miembro directamente contra ella. Oh, era tan bueno. No, mucho más que bueno. Era salvajemente excitante. Él encajaba tan bien, como si hubiera nacido para acunarse entre sus muslos. Y cuando embistió contra ella, rozando su clitoris, ella dejó escapar un gemido dentro de su boca, aturdida de que él pudiera llevarla a tal excitación sexual en tan sólo unos segundos. Deke se tragó su respuesta y empujó contra ella una vez más.

A la derecha, la cama se hundió de nuevo. El calor la inundó, acercándose cada vez más, hasta que otro duro cuerpo masculino se acomodó a su lado. Luc. Sin camisa, como descubrió cuando extendió la mano para tocarlo.

Los dedos de Kimber encontraron una piel tan suave como el ante sobre músculos acerados y afilados. Luego acarició su pelo oscuro como la medianoche, gloriosamente suelto sobre los hombros anchos y bronceados.

Luc le plantó una serie de besos suaves en la mejilla y luego bajó por su cuello mientras metía una mano entre ella y Deke, hasta que encontró el duro punto de su pezón a través de la blusa y lo acarició. Kimber sintió un dulce hormigueo en ese lugar. Y que se humedecía entre las piernas. «¡Oh, vaya!».

Deke apartó la boca de la de ella y bajó los labios a lo largo del cuello para saborearle la piel y mordisquearle la clavícula.

Un tembloroso suspiro salió de sus labios y abrió los ojos para ver a Luc y su ardiente mirada color chocolate observándola, invitándola a pecar. Kimber enterró los dedos en el oscuro pelo suelto. Luc parecía un caballeroso pirata —apenas domado, sensual, excitante— dispuesto a tomar cualquier cosa que quisiera. Kimber contuvo el aliento cuando él se acercó un poco más.

Luego Deke la distrajo desabrochándole los botones de la blusa de encaje y abriéndole la delicada prenda, luego subió el sujetador y la expuso ante su hambrienta mirada. Le cubrió un pecho con la enorme mano. Kimber jadeó ante el electrizante contacto. Deke no le dio tiempo a que se acostumbrara. Levantó el seno, y lo sopesó, luego le pasó el pulgar por la tensa cima. Kimber se estremeció.

Apenas tuvo tiempo de sobreponerse a la caricia de Deke antes de que la boca de Luc cayera sobre la de ella. Como un maestro, jugó con ella. Lo hizo con suavidad, con un leve roce de labios, un lametazo en el labio inferior, un suspiro erótico cuando apretó su boca contra la de ella, prometiéndole profundizar más el beso, pero sin hacerlo.

Gimiendo con desasosiego, levantó la boca hacia la de Luc que, simplemente, sonrió, luego le mordisqueó el labio inferior de manera juguetona y tierna mientras la llenaba de anticipación y deseo. Todavía en sus pechos, Deke era cualquier cosa menos suave, dejando claro que no tenía intención de ser ignorado. Le succionó el pezón con dureza, llevando el deseo directamente a ese punto dolorido que se puso duro contra la lengua masculina. Luego lo mordisqueó con la suficiente fuerza para que doliera y enviara una bola de fuego desde su pecho a su vientre para estrellarse justo entre sus piernas. Kimber gimió y se arqueó contra él.

—Es preciosa, Deke. —Murmuró Luc contra la boca de ella—. Mejor que cualquier fantasía.

Kimber se sintió arder ante el halago, pero se descubrió conteniendo el aliento en espera de la respuesta de Deke. ¿Opinaría él lo mismo? No es que importara mucho. Su objetivo era aprender a complacer a Jesse. Era la única razón por la que estaba allí, aunque fue difícil recordarlo cuando Deke alzó la boca y la llevó al otro pecho, creando otra bola de fuego y necesidad que la hizo jadear y humedecerse.

—¿Verdad, Deke? —insistió Luc.

«¿Lo soy?»». ¿Por qué la opinión de Deke tenía tanta importancia, maldita sea? Quizá porque pensar que el hombre que le iba enseñar los misterios del sexo no la encontraba atractiva le resultaba insoportable. Quería que él la viera hermosa. Tenía que ser eso.

—Sí —dijo él, gimiendo sobre su pecho, golpeándole el húmedo pezón con el aliento, enfriándolo y endureciéndolo a la vez—. Como un sueño húmedo.

Sus palabras vibraron en lo más profundo de Kimber, directamente entre sus pliegues hinchados. Dios, lo deseaba. Palpitaba por él...

Luego sintió las manos de Deke bajo la falda, levantándosela, subiéndosela, deslizando la suave tela sobre su piel. Las sensaciones no la excitaron tanto como saber que las ásperas palmas de Deke seguirían el mismo camino; por sus pantorrillas, las rodillas, los muslos, por las caderas. El roce de las manos callosas de Deke sobre su sensible piel la excitó todavía más. La bola de fuego se multiplicó y se centró entre sus piernas, justo bajo su clítoris. Luc abrió el broche

delantero del sujetador y le chupó uno de los pezones mientras Deke se arrancaba la camisa, se sentaba en cuclillas y la miraba fijamente.

—Esto tiene que desaparecer. —Se refería al tanga de color beige que Kimber se había comprado esa misma mañana para llevar puesto algo erótico.

Antes de que pudiera quitárselo, Deke agarró uno de los lados. Con una mirada ardiente en una cara cuyos rasgos gritaban que estaba arrebatado por el deseo, enrolló la tela en su puño y tiró. Una boqueada de sorpresa y un rasgón más tarde, Kimber estaba prácticamente desnuda. Luc lo convirtió en un hecho quitándole la blusa y el sujetador y luego deslizándole la falda por las caderas hasta el suelo.

Deke siseó con fuerza cuando bajó la vista hacia ella, y centró su mirada descarada entre sus piernas, en los cortos rizos rojizos. Una mirada a la derecha le indicó que Luc miraba en la misma dirección que su primo, deslizando la mirada por sus curvas y depresiones, desde los pechos, bajando por la cintura y el vientre, hasta más abajo.

Luc parecía dispuesto a saborear cada instante. Deke... esos ojos ardientes le dijeron a Kimber que él estaba preparado para darse un festín. Ahora.

Kimber contuvo el aliento. El corazón le latía a toda velocidad, palpitando por todo su cuerpo y haciendo latir su clítoris dolorosamente.

—¿Deke? —preguntó Luc con suavidad.

Esa pausa en Deke debía ser inusual. Kimber podía ver la confusión de Luc bajo la lujuria. No tuvo tiempo de pensar ni de fruncir el ceño antes de que la voz ronca de Deke vibrara dentro de su cuerpo, incrementando el deseo un poco más.

—Maldición, está mojada.

—Bien —murmuró Luc—. ¿Por qué no compruebas lo mojada que está?

«¡Sí, por favor!». Si Kimber no hubiera sabido ya que chorreaba de deseo, Deke se lo hubiera probado deslizándole los pulgares sobre los hinchados labios sexuales y abriéndoselos, introduciendo las puntas de los dedos por la resbaladiza piel. Su toque era eléctrico como si estuviera forzando a que sus pliegues hinchados se abrieran ante sus miradas hambrientas.

Sabiendo que los dos la observaban y que pretendían que su deseo se incrementara, Kimber casi dejó de respirar.

Uno de los pulgares de Deke se deslizó más cerca de su húmeda abertura, y Kimber sintió el agudo vacío. Ansió que él llenara su sexo con la rígida longitud de su miembro... «No. Aquello era peligroso. Y equivocado». Pero con cada roce, el cuerpo de Kimber fue cediendo a las demandas de Deke hasta que perdió el control y levantó las caderas en una súplica silenciosa.

—No hagas eso —le advirtió él—. No me tientes a penetrarte.

A pesar de su estado febril, los pensamientos le dieron vueltas en la cabeza. ¿Estaba él molesto porque ella quisiera experimentar más de lo que él podía darle? ¿O porque su mítico autocontrol pendía de un hilo?

Ese último pensamiento era estimulante. Que la inexperta Kimber, una chica cuyas coletas y clases de kárate él solía ridiculizar, pudiera excitarlo de esa manera era alentador. Una mirada a Luc probaba que él tampoco estaba en su mejor momento.

Con los ojos entrecerrados, Kimber les dirigió a ambos hombres una mirada somnolienta, luego buscó con la mirada el pene de Deke que deformaba la tela de los pantalones. Duro, grueso... y cada vez más grande, igual que ella lo veía a él.

Kimber les dirigió una sonrisa provocativa, y, antes de recapacitar, volvió a levantar las caderas hacia Deke.

Él gruñó y buscó su cremallera.

—Estás implorando que te dé lo que no quieres que te dé. Detente ya.

—Haz que se corra de una vez —murmuró Luc, la voz de la cordura—. Está excitada y no sabe lo que pide.

Kimber frunció el ceño. Claro que sabía lo que quería... ¡alivio! Deke la deseaba, sólo había que mirar la potente erección. Pero él decía que no, igual que había dicho que no al coito convencional durante sus conversaciones. ¿Por qué? Kimber sabía que a él le gustaban las mujeres.

«Jesse». No podía olvidarse de Jesse. Necesitaba experimentar con el sexo, pero debía de seguir siendo virgen para él, como había dicho que sería. Deke le había jurado que no se acostaría con una virgen, que no quería reclamar a nadie. Ahora lo recordaba, pero de alguna manera, la postura de Deke la irritaba.

Deke cerró los puños. Tragó saliva. El esfuerzo de resistirse a ella le estaba costando todas sus fuerzas.

—De acuerdo —dijo por fin con un tono ronco que la hizo licuarse aún más—. Voy a hacer que te corras.

—Ya lo hablamos antes —le confesó Luc a ella, acercándose más para darle un beso en la boca y luego en el pecho—. Durante esta noche, disfrutarás con nosotros. Te acostumbrarás a las sensaciones de dos hombres dándote placer a la vez. Cuando estés preparada te enseñaremos cómo complacernos a nosotros. Sin prisas ni presiones, ¿vale?

Kimber asintió con la cabeza, apenas capaz de pensar en algo que no fuera Deke y su promesa. Iba a hacer que se corriera. Kimber no dudaba de que lo hiciera. En treinta segundos... o menos.

¿Desaparecería de esa manera el doloroso vacío que sentía en su interior?

Levantando la cabeza para mirar a Deke, observó las mejillas ardientes de él, el rudo subir y bajar de su pecho musculoso, los tendones y venas tensos como cuerdas en los gruesos antebrazos. Atractivo, poderoso y muy masculino. Una nueva oleada de deseo latió en su vientre, en su sexo.

«No. Piensa en Jesse». Cualquier placer que le diera Deke debía ser únicamente por motivos educativos. Y tendría que ser suficiente. No rodía pensar en su enorme, palpitante y más que preparado pene en su interior.

—Tócame, por favor —las palabras salieron de sus labios, suaves e implorantes.

—Lo haré. Voy a aprender todas las maneras de hacer que te corras y luego conseguiré que me implores que me detenga.

«Oh, Dios». ¿A qué se refería? Kimber esperaba que cumpliera cada una de esas palabras.

Se tragó un nudo de lujuria.

—Por favor.

Incapaz de detenerse, alzó las caderas una vez más.

Deke no rechazó la invitación para tocarla.

Deslizó un grueso dedo en las húmedas profundidades, mientras le rozaba el clítoris con el pulgar. Chispas eléctricas se convirtieron en magia sobre su piel, haciéndole arder la sangre de pura necesidad. Kimber gimió. Cuando él repitió el proceso, y Luc se inclinó sobre su boca para besarla con exigencia sensual, sus gemidos se convirtieron en quejidos.

Luc se tragó los sonidos y le cubrió un pecho con una mano, jugueteando con el pezón, pellizcándolo suavemente, retorciéndoselo. Excitándolo. Enviando más oleadas de lujuria hacia su sexo, donde se unieron al placer que su cuerpo obtenía de cada roce del pulgar de Deke sobre su clítoris.

Con las piernas tensas, arqueó la espalda, sintiendo que el climax se acercaba. Y la había estado tocando ¿cuánto? ¿Menos de dos minutos? Kimber se ahogaba, volaba, latía de dolor y... no quería que fuera de otra manera.

Deke introdujo un segundo dedo en la vagina, luchando por deslizar ambos dedos en su interior. El placer se convirtió en una dolorosa sensación cuando él la penetró profundamente con los dedos. Al fin, su carne los absorbió y aceptó. Él maldijo entre dientes.

—Está caliente y me está quemando vivo.

Luc asintió con la cabeza, respirando contra el cuello de Kimber mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—Dime cómo la sientes.

El hedonista Luc era quien alentaba a Deke, quien intentaba llevarla hasta el orgasmo con palabras provocativas, coqueteando peligrosamente con el escaso autocontrol de Deke.

—Kimber está condenadamente apretada y caliente. Su sexo me atrapa. Me aferra, palpita. ¡Maldición!

—Penétrala con los dedos.

Deke contuvo el aliento y comenzó a meter y a sacar los dedos del apretado pasaje.

—No puedo parar. Es demasiado bueno para parar.

—Córrete para nosotros —murmuró Luc en el oído de Kimber, rozándole los sensibles pezones con los pulgares.

Kimber se sentía hinchada en todas partes. Ensartada profundamente. Le dolía la carne interior de la vagina. Estaba húmeda de sudor, mojada de deseo. Le palpitaba el corazón y la sangre corría a toda velocidad por sus venas. Toda ella se estremecía. Y Deke seguía moviendo el pulgar de manera incesante, rozándole despiadadamente el clítoris, deslizando los dedos dentro y fuera, tocando un sensible lugar dentro de su sexo que ella desconocía.

Luc murmuró contra su boca.

—Eres tan hermosa. No puedo esperar a ver cómo gritas de placer.

Luego, con sus insistentes dedos, él le pellizó el dolorido pezón.

Fue demasiado. Demasiado para resistirse. Contenerse no era una opción.

El fuego ardió. La sangre rugió. Kimber jadeó, gimió, gritó... antes de que el placer que sentía entre las piernas sufriera un incremento de energía que explotó como una supernova, enviándola a un mundo de éxtasis que ella jamás había imaginado que existiera.

—¡Sí! —Los dedos de Deke permanecían dentro de ella, y Kimber podía sentir sus propias contracciones en torno a ellos, apretándolos y soltándolos mientras la seguía acariciando—. Si. Otra vez —le exigió él—. Córrete otra vez.

Ella gimió.

—No creo que pueda.

Luc se rió, con un sonido ronco que hablaba de una promesa sensual.

—Nosotros cuidaremos de ti.

—Pero es que después de haberme corrido una vez, no creo que...

Deke negó con la cabeza con precisión militar o con cólera... o con una mezcla de ambas cosas.

—No con dos hombres. Con nosotros te correrás repetidamente, hasta que caigas inconsciente.

«¿Inconsciente?». Kimber abrió la boca para protestar, aunque no tenía energía suficiente. Y, la verdad, tampoco podía centrarse en nada que no fuera el pulgar de Deke jugando todavía con su clítoris, provocando más latidos y palpitaciones, prolongando su placer hasta que la cabeza le dio vueltas, hasta que muy lentamente volvió a excitarse y se sintió dolorida de nuevo.

—Eso es —murmuró Deke.

Luego se inclinó sobre ella. Sin preliminares. Sin esperas. Sin advertencias, le rozó el clítoris con la lengua, repitiendo los mismos movimientos que había hecho con el pulgar.

Las sensaciones eran parecidas a las que había tenido antes, pero más intensas. Kimber se sintió llena de necesidad, como si no se hubiera corrido antes. Sólo que esta vez, el placer era más fuerte. Su cuerpo estaba a punto de explotar, la boca de Deke parecía determinada a llevarla al éxtasis. Kimber se correría otra vez. No esperaba otra respuesta.

Ella lo observó, la imagen de él dándose un festín con su clítoris era igual de excitante que el toque en sí. Al cabo de unos momentos, la pregunta a si se correría de nuevo se había transformado en cuándo. Kimber sentía que su cuerpo se tensaba, que el placer aumentaba; abrió

las piernas todo lo que pudo, invitando a Deke a que profundizara más, quería llegar al orgasmo ya.

—¿Cómo sabe? —le preguntó Luc a su primo mientras le lamía el montículo de un pecho antes de llenarse la boca con un pezón y succionarlo sensualmente.

Kimber comenzó a jadear.

—Jodidamente dulce —masculló Deke, lamiéndola una y otra vez, saboreándola—. ¡Cristo!

El deleite estaba presente en sus palabras. Le gustaba. No, Deke estaba gozando. Su voz áspera y desinhibidamente ronca se lo decía a Kimber. No iba a detenerse hasta que hubiera exprimido la última gota de placer que ella tenía.

Luc se alzó entonces sobre ella, clavando la mirada en Kimber. El deseo le endurecía los rasgos. Peligroso. Depredador. No le gustaba sólo observar. Esperaba su turno.

El placer de Kimber fue en aumento, subiendo, creciendo con cada lametazo hasta que su cuerpo se tensó de manera apremiante, hasta que ella sintió que el clítoris se hinchaba, latía, y se perdía en un orgasmo increíble.

—Mírame mientras te corres —le exigió Luc.

Kimber lo hizo, alzando la vista impotente hacia la decidida mirada negra.

Agarrándose a las sábanas, Kimber se arqueó cuando el placer resultó abrumador.

—Luc...

—Pronto, te lameré. Te succionaré. Y te volverás a correr.

—Sí —jadeó ella.

Luego la lengua de Deke le dio un golpecito en el clítoris, haciéndola perder el control.

—Oh, Dios... ¡Deke, ohhh!

El éxtasis arrancó un grito de su garganta mientras una explosión de colores, sensaciones y lava hirviente recorrieron cada nervio de su cuerpo. Ella se estremeció y convulsionó, con el cuerpo húmedo de sudor, con los músculos ahora tan líquidos como el agua.

Cuando se recostó en la cama, tratando de tomar aliento, luchado por recobrar el control, Deke levantó la cara de entre sus piernas, con la boca roja y mojada, y los labios apretados.

—Otra vez, gatita.

Y volvió a lamerla de nuevo.

Kimber no quería decir que no, aunque tampoco tenía fuerzas para negarse. Estaba muy cansada tras dos orgasmos devastadores y Luc aún no había tenido la oportunidad de hacerla volar hasta el éxtasis. Esperaba su turno. Y por la manera en que la estaba mirando, no iba a esperar mucho más.

—Es mi turno —insistió Luc—. Antes de que la dulce Kimber se desmaye. Y tienes que prepararla para otras cosas.

«¿Qué otras cosas?» Kimber estaba tan cansada que no podía pensar qué otras cosas podían ser.

Aunque a regañadientes, Deke se mostró de acuerdo, y se levantó de la cama para dirigirse al otro extremo de la habitación. Ella levantó la cabeza para seguirle con la mirada, pero Luc reclamó su atención acariciándole con un par de aquellos dedos elegantes la húmeda y ardiente vulva hinchada, para introducirlos lenta y profundamente en su interior.

—Túmbate y disfruta —murmuró Luc.

Los estremecimientos volvieron a aparecer, conmocionándola al resurgir a la vida. Kimber jamás se había considerado una mujer muy sexual. Se masturbaba, sí, pero rara vez se corría más de una vez. ¿Quién hubiera imaginado que podría tener dos superorgasmos seguidos? Y por la manera en que se sentía ahora, no podía descartar un tercero.

Kimber cerró los ojos y soltó un trémulo suspiro de placer. «Túmbate y disfruta». Luc no esperaba una respuesta. Y ella tampoco se la iba a dar.

El excitó ese lugar sensible que ella tenía en su interior y que Deke había encontrado con tanta rapidez y que había estimulado con suavidad pero sin compasión. El deseo surgió de nuevo, más rápido, más caliente. Las paredes de su sexo se tensaron, palpitaron, le dolieron.

—Tu vulva se hincha y se vuelve rosada cuando te excitas. Es fascinante observarlo — murmuró Luc.

Sus palabras la hicieron someterse al implacable deseo. Luego él estimuló su clítoris con un largo y lento lametazo.

Kimber gritó y se aferró de nuevo a las sábanas.

—Me encanta cómo hueles —inspiró profundamente por la nariz—. Es un olor asombroso. Picante, caliente, adictivo, me hace querer seguir saboreándote.

—Luc...

Kimber no supo si le había dicho que sí o que no. Sólo supo que Deke y él habían logrado llevarla a un lugar donde los pensamientos racionales no existían y quedaban desterrados por completo de su cabeza.

—Deja que te saboree —dijo Luc—. Acepta el placer que te doy.

Kimber se preparó para otro climax, para algo aún más grande, más poderoso. La oleada de éste podría dejarla inconsciente, pero estaba segura de que valdría la pena.

Luego Deke masculló algo ininteligible en el oído de Luc. Ella abrió los ojos a tiempo de ver a Luc asentir con la cabeza. Luego las manos de Deke desaparecieron entre sus piernas.

La mirada de Deke se encontró con la suya. Era abrasadora igual que su expresión. Quería verla correrse de nuevo bajo la lengua de Luc. Era lo que decía su mirada. Y él iba a colaborar en empujarla hasta el borde.

No era que Luc necesitara ayuda, pensó ella, mientras él le chupaba el clítoris hinchado. Kimber apretó los dientes ante las sensaciones que se iban agolpando una tras otra en su interior. El orgasmo que venía era poderoso, le robaba la compostura con dientes afilados y comenzaba a liberarse. Luego, oh, la lengua de Luc jugueteó con la punta ultrasensible de su clítoris, que ahora sobresalía de sus pliegues protectores. Ella gritó cuando las sensaciones casi se desbordaron fuera de su cuerpo. No llegaron a hacerlo. Como si sospechara que el climax se cernía sobre ella, Luc le soltó el clítoris y se echó hacia atrás.

—Todavía no, cariño. Pronto. Hay más. Y quiero saborearte.

—No —jadeó ella, con la frente y los pechos cubiertos de sudor—. No. Ahora.

Luc se rió entre dientes.

—Ten un poco de paciencia.

—No —repitió ella, mirando a ambos hombres.

—Sí —insistió Deke.

Ella centró la atención en él cuando se acercó más.

—Hazlo —le ordenó él a Luc.

Con un lento asentimiento de cabeza, el hedonista de pelo oscuro le cogió de los muslos y se los subió más y más arriba.

—Será un placer.

«¿Qué iba a hacer?». No iban a hacerla correrse de nuevo. Todavía. No importaba cuánto le doliera y necesitara, cuánto se arqueara, suspirara y suplicara y se quemara en el infierno.

Luc contestó a su pregunta cuando colocó las palmas de las manos bajo sus rodillas y le siguió subiendo las piernas, abriéndoselas a lo alto y a lo ancho hasta que estuvieron dobladas contra su cuerpo, a cada lado de las caderas, dejándola totalmente expuesta ante sus ojos. Para cualquier cosa.

Ella jadeó ante ese pensamiento.

—Sujétalas —le dijo Luc, colocándole las manos bajo las rodillas.

Los dos hombres clavaron los ojos en su sexo abierto, unos ojos ardientes y decididos. Sin duda, tramaban algo. Algo nuevo. El mero pensamiento le hizo sentir un nudo de aprensión y deseo en el estómago.

—Luc.

—No supliques piedad. No la tendrás. Ni de él, ni mucho menos de mí. Querías saber qué se sentía en un *ménage*, gatita, y al mismo tiempo mantener intacta tu virginidad. Pero eso no quiere decir que no vayamos a poseer ese culito delicioso que tienes.

«Penetración anal». Ahora. Podía verlo en sus ojos mientras las miradas masculinas se deslizaban por su cuerpo para detenerse en la carne hinchada entre sus piernas abiertas. En secreto, ella se había preguntando cómo sería el sexo anal tras oír sin querer a uno de sus hermanos referirse en términos casi poéticos a esa practica sexual. Sí, claro que Luc y Deke iban a penetrarla por allí. ¿De qué otra manera podría tomar a dos hombres a la vez?

—¿Dolerá?

—Hoy será muy poco —la tranquilizó Luc—. Sólo lo suficiente como para proporcionarte las sensaciones sin abrirte demasiado.

Deke fue directo al grano.

—Aún no te follaremos ahí..

Pero pronto lo harían.

Kimber se sintió mareada ante el pensamiento de ser penetrada de esa manera tan primitiva y de entregarse completamente a ellos, dejando que el placer —y probablemente el dolor— la arrastraran y la ahogaran.

Ella asintió débilmente con la cabeza.

—De acuerdo.

—No estábamos esperando tu consentimiento. Nos lo diste cuando entraste por la puerta, maleta en mano.

Deke de nuevo. Y sonaba un poco enfadado. O tal vez estaba muy excitado. La enorme erección que le abultaba los pantalones requería atención... Y él todavía clavaba los ojos con avidez en su sexo, con los ojos azules brillantes de necesidad.

Una parte de Kimber quería protestar ante el arrogante lenguaje. Ante la presunción. Kimber se mordió el labio, diciéndose a sí misma que él tenía razón. Y que era su frustración sexual lo que le hacía hablar de esa manera.

—Lo sé.

Parte de la tensión abandonó el cuerpo de Deke, luego bajó la mirada hacia Luc.

—Acaba.

—No durará mucho —comentó Luc.

—Kimber puede no responder. —Encogió los macizos hombros como queriendo decir que no le importaba. Pero ella sospechó que le importaba. Y mucho.

No dejaron que se preguntara durante demasiado tiempo a qué podría no responder. Unos momentos después sintió algo frío y resbaladizo en su ano. Se tensó, tenía una duda. No, no sólo una. ¿Con qué la estaban penetrando? ¿Y si no le gustaba?

—No te tenses —le recomendó Luc—. Relájate. No es grande...

Mordiéndose los labios, Kimber intentó relajarse y aceptar el objeto invasor, claramente impregnado de lubricante. No estaba muy convencida, pero controlaba sus reacciones.

Hasta que el fuego en los ojos de Deke se incrementó de manera incontrolada. Hasta que se vio forzado a quitarse los pantalones, y ocuparse de su miembro con la mirada fija en la suave penetración anal que estaba efectuando Luc.

Al ver que lo excitaba tanto, hasta el punto de obligarlo a acariciarse a sí mismo, Kimber quiso darle más de esa función. Se había imaginado indecisa y tímida con Luc y Deke, pero el hecho de saber que podía volverlos locos de deseo había evaporado cualquier timidez. Quería jugar con ellos.

Concentrándose en las instrucciones de Luc, hizo lo que él sugería y, de repente, algo delgado se deslizó en su recto. Un chasquido, y comenzó a vibrar.

«¡Oh, Dios mío!»

El placer descontrolado se incrementó en segundos, atravesándola y empujándola hacia el éxtasis de nuevo. Luc deslizó más profundamente el vibrador y dejó que se acostumbrara a la pequeña vara que la estaba despojando con rapidez de la cordura mientras observaba a Deke acariciarse el pene con el puño cerrado. Cuando Luc inclinó la cabeza de nuevo para tomar el clítoris en su boca, la llama entre sus muslos se convirtió en un infierno, extendiendo el fuego por su vientre y sus piernas.

Arqueó la espalda al tiempo que jadeaba. Ese climax iba a ser grande. Poderoso. Cuando cayera sobre ella, Kimber temía perder el conocimiento, como ellos le habían asegurado que sucedería, y quedar noqueada durante horas. Días. Jamás se había imaginado un placer tan cegador, uno que la dejaba sin aliento y le nublabla la visión.

—Sí que responde —dijo Luc con un indicio de diversión mientras deslizaba los dedos en el sexo anhelante—. ¿Lista para correrte?

Kimber no podía contestar, no podía hacer nada salvo gemir mientras el climax comenzaba a abrasarla.

—Joder! —maldijo Deke.

Con los ojos entornados lo observó reclinarse sobre ella. Deke cubrió su boca con la de ella, hundiéndose profundamente la lengua dentro, como si intentara fundirse con ella. Unos momentos después, se apartó para recuperar el aliento y continuó bombeando su miembro. La imagen era insoportablemente erótica. Completamente excitante. Luego Deke se inclinó de nuevo y volvió a besarla como un hombre muerto de hambre, con salvajismo y pasión, lamiéndola profundamente, sin dejar de tocarse a sí mismo mientras la saboreaba con una fascinación erótica y una enorme punzada de necesidad.

Y durante todo ese tiempo, Luc la enloquecía con el vibrador en su ano, con los dedos en su vagina y la boca en su clítoris. Todo junto con el beso de Deke que la poseía, la arrasaba, tragándose silenciosamente sus gritos de pasión mientras seguían conduciéndola hacia un orgasmo abismal.

Y aquello la sobrepasó. Kimber no pudo detenerlo, no pudo contenerse, y tampoco quiso hacerlo.

Gritó en la boca de Deke mientras el maldito mundo estallaba en mil pedazos, detonando su cuerpo, arrasando su mente. Unas fuertes y duras contracciones le tensaron las paredes de la vagina que se aferraron con fuerza a los dedos de Luc, haciéndola gemir en la boca de Deke una vez más.

De repente, Deke interrumpió el beso, jadeante y frenéticamente bombeó su erección con la mandíbula y el vientre tensos. Luego echó la cabeza hacia atrás y rugió tan fuerte que el sonido rebotó en las paredes. Entonces, cálidos regueros de semen salpicaron el vientre de Kimber, y otra oleada de sensaciones la atravesó al pensar que ella podía conseguir que Deke se corriera de esa manera tan poderosa.

—¡Deke! —gritó.



El grito de placer de Kimber aún resonaba en los oídos de Luc cuando ella cerró los ojos y se sumió en un sueño exhausto. Haciendo una mueca ante su dolorosa erección, le extrajo con cuidado el vibrador y sacó los dedos de su hinchado y saciado sexo. Ella era exquisita y sabía todavía mejor. Pero ya había tenido toda la excitación que era capaz de soportar por una noche.

Kimber había gritado el nombre de Deke cuando estaba perdida en la pasión. No el de Luc, sino el de Deke.

Tragándose el nudo de envidia, Luc se recordó a sí mismo que todo aquello era por una buena causa y levantó la mirada hacia su primo.

Deke se había quedado inmóvil sobre el cuerpo laxo de Kimber. Con el miembro aún medio erecto en el puño y la satisfacción relajando, sus rasgos. Soltó un silencioso suspiro, y dejó caer los hombros, intentando recuperar la respiración, con los ojos entrecerrados. Aunque era obvio que aún los tenía clavados en ella.

Deke se había corrido sin contención, lo que era bastante inusual. Pero si Kimber podía conseguir eso sin que Deke la hubiera penetrado por ningún lado, Luc no podía más que imaginar los fuegos artificiales que estallarían si su primo se permitía hacer el amor con ella. Si admitía que Kimber era algo más que un polvo. Si reconocía que esa mujer era importante para él, como de hecho lo era. Luc podía verlo en la cara de su primo.

—¿Por qué coño me miras tan fijamente? —refunfuñó Deke.

—Por nada.

Luc apartó la mirada, devolviendo la atención a la suave figura dormida de Kimber. Una mujer dulce y hermosa.

Así era Kimber. La única. La mujer que Deke y él llevaban años buscando. Luc contuvo una sonrisa de pura alegría. Sabía que Kimber era todo lo que necesitaban: suave y entregada en la cama, punzante cuando se enfadaba, ingeniosa y cariñosa. Era más de lo que se había imaginado en sus fantasías más descabelladas. Pero el hecho de que fuera virgen era un tema tabú para Deke.

Y respecto al resto de problemas que pudieran surgir en el futuro, Kimber lo acabaría entendiendo todo... al final.

Pero ya lidiaría con eso más tarde. Primero tenía que convencer a su primo de que un final feliz no era una tóxica mezcla de mierda y sandeces. Todo a su tiempo. Luc sabía que si comenzaba su campaña esa noche, Deke se percataría al instante, no era estúpido. Su primo sabía que Luc quería que compartieran una esposa e hijos algún día. Si lo presionaba ahora con el tema de Kimber, Deke saldría corriendo en dirección contraria. Tenía que actuar con prudencia e ir soltando una cosa aquí y otra allá. Luego dejaría que la naturaleza siguiera su curso.

—Me preguntaba si estabas lo suficientemente bien para asearla —mintió Luc—. Tengo las piernas acalambradas y mi polla no está mucho mejor.

Deke gruñó, y bajó la mirada a los pantalones abultados de Luc y luego al abdomen manchado de semen de Kimber.

—Si supone un problema, yo mismo me encargaré en unos minutos —añadió Luc.

Con la mandíbula tensa, Deke maldijo entre dientes.

—Ya me encargo yo.

«Ya suponía que lo harías».

—Cuando termines, la metes en la cama. Voy a darme una ducha.

Deke vaciló y luego asintió con la cabeza.

—Ah, y quédate con ella hasta que vuelva. Podría despertarse desorientada y asustarse.

—Es una mujer adulta.

—Que ha tenido una noche muy movidita. Serán sólo quince minutos, ¿de acuerdo?

Deke gruñó.

—Que sean diez. A menos que haya sexo de por medio no quiero estar con ella.

«Eso no es ninguna sorpresa». Luc sabía que tenía mucho trabajo por delante si quería formar una gran familia feliz.

—Vale, diez minutos.

Luc se giró y salió de la habitación. No miró hacia atrás, pero no tenía duda alguna de que Deke ya alargaba la mano hacia la fruta prohibida que suponía la pálida piel de Kimber por el sencillo placer de tocarla. Para recordarse que podía tocarla. Para fantasear que la tocaba de nuevo.

Sonriendo, Luc abrió la puerta del cuarto de baño, sabiendo instintivamente que Deke no podría permanecer demasiado tiempo sin tocarla.

Capítulo 5

Deke estaba cubierto por una película de sudor cuando rodó en la cama. La luz grisácea del amanecer se colaba por debajo de las persianas, burlándose de él. Esa noche apenas había dormido. La había pasado a solas, sabiendo que al otro lado del pasillo, Luc y Kimber compartían el calor de sus cuerpos —y probablemente mucho más— sin él.

Algo punzante y ardiente surgió en su interior, retorciéndole las entrañas. Deke no quería darle nombre. Pero tampoco lo necesitaba. Los celos eran condenadamente imposibles de confundir.

Salió de la cama y recorrió el pasillo hacia la habitación de Luc. Qué estupidez. Qué manera de torturarse. Pero tenía que verlo con sus propios ojos. Tenía que saber...

Y lo supo. «Maldición». Hizo una mueca ante la imagen de Kimber acurrucada de lado con la espalda pegada al pecho de Luc, y sus piernas entrelazadas. Los dos estaban enredados entre las sábanas blancas y la mano laxa por el sueño que Luc se había posado sobre uno de los pechos de Kimber.

Parecían tranquilos. Cómodos. Satisfechos.

Tres cosas que no iban con él. Que no se merecía. Él había destruido a Heather, una chica inocente...

Interrumpiendo sus pensamientos con una maldición, Deke regresó por el pasillo a su habitación. Tenía que concentrarse en el ejercicio. Ese día era como cualquier otro, a pesar de la presencia de Kimber en la casa y de su sombrío estado de ánimo.

Primero haría flexiones. Se echó en el suelo y comenzó la primera serie de cincuenta. El sudor le cubrió de nuevo mientras las contaba, luego se tumbó de espaldas para hacer cien abdominales, y durante todo ese tiempo pudo escuchar cada crujido de las sábanas al otro lado del pasillo, cada murmullo de buenos días, cada desperezo de Kimber y Luc. Cada prohibida intimidad en la que Deke no se atrevía a participar.

«No te quejes. Lo hecho, hecho está», se dijo a sí mismo.

Cierto, pero... Luc siempre se despertaba excitado, así que Deke sabía lo que vendría a continuación. ¿Por qué demonios no se había comprado un iPod o una radio para no tener que oírlos?

Deke agarró las pesas y se dedicó a hacer trabajar sus bíceps, tríceps y pectorales, recordándose a sí mismo que Luc merecía cualquier felicidad que pudiera encontrar con una mujer. Su primo siempre veía lo bueno en las personas, siempre intentaba ayudar, se reía con facilidad, entregaba su corazón una y otra vez. Y Deke... bueno, él sabía mejor que nadie cómo era.

De repente, oyó la risa de Kimber. El sonido cantarín flotó por el pasillo mientras Deke se tumbaba en el suelo para otra tanda de abdominales. Hizo rechinar los dientes. Luego sólo pudo oír los suspiros de Kimber. Primero uno, luego otro más largo y profundo... uno que descendió directamente a su miembro y le hizo sentir una puñalada en el vientre.

La negra oleada de celos le acuchilló de nuevo, algo que no sirvió para mejorar su estado de ánimo y sí para multiplicar su deseo de golpear algo y hacer daño.

«Céntrate». Dobló las rodillas para alternar con los abdominales. Eran los ejercicios de siempre. Pero concentrarse en la rutina era prácticamente imposible cuando se imaginaba las

manos de Luc acariciando las elegantes líneas del torso de Kimber hasta llegar a aquellos pezones sonrosados, mientras inspiraba la dulce fragancia a melocotón de su piel y esperaba con su habitual paciencia y susurraba algunas palabras adecuadas que la harían humedecerse. Luego, lamería los duros brotes de los pechos, donde trazaría un círculo tras otro con la lengua, mientras bajaba las manos al vientre de Kimber, instándola a separar aquellos dulces muslos para él, y, por fin, deslizaría los dedos en el resbaladizo refugio del sexo femenino y sentiría cómo las tensas paredes de la vagina de Kimber se cerraban en torno a ellos.

El vientre de Deke se contrajo. Hacer abdominales con el miembro duro como una piedra no era nada fácil.

En especial cuando los suspiros de Kimber se convirtieron de repente en gritos.

«Maldición». Se quitó las ropas empapadas en sudor y fue a darse una ducha fría.

Tras diez minutos bajo el agua helada en la ducha de estilo italiano, frotándose con el jabón perfumado de Luc, estaba todavía más cabreado.

Gruñendo, salió del cubículo, rezando para que ya se hubiera producido el orgasmo matutino. Aún no se había terminado de secar con la toalla la humedad que le perlaba el pecho, cuando oyó a Kimber lanzar un desgarrador grito sensual y lujurioso. Suplicante. «Demonios. Adiós a los beneficios de la ducha fría».

Deke terminó de secarse por completo, concentrándose en el diseño de la pared de yeso veneciana. Pero no pudo dejar de oír los sonidos sexuales que provocaba el placer que Luc le proporcionaba a Kimber.

La puerta entre el cuarto de baño y el dormitorio contiguo al de Luc, estaba entreabierta, y los gemidos implorantes de Kimber flotaban en el aire. Primero jadeos, luego gritos. Estaba cada vez más cerca.

—Por favor, Luc.

«Joder».

Y eso era exactamente lo que quería hacerle a Kimber, acomodarse entre aquellos dulces muslos y ser el primero en hundirse profundamente en su interior. Pero eso no iba a ocurrir. Ella no quería y él no podía consentirlo.

«Pero tú podrías estar disfrutando con ellos».

Y maldito fuera si no se sentía muy tentado. Estaba en su derecho. Lo compartían todo por igual; era lo que Luc y él habían acordado hacía ya una década, y jamás se habían arrepentido. ¿Por qué envidiaba tanto el placer que se estaban dando Luc y Kimber? Nunca le había importado antes. ¿Y por qué no participar en lo que se estaba desarrollando esa mañana?

Kimber Edgington era demasiado tentadora, demasiado dulce y demasiado receptiva. Demasiado inocente y vulnerable. Y demasiado peligrosa para su tranquilidad de espíritu. Se parecía demasiado a todo lo que él llevaba años buscando. Si se dirigía a la habitación de Luc, desnudo y excitado, sería absorbido por el atractivo de aquella mujer y se ahogaría por completo. La noche anterior, el deseo de abrirla las piernas, acomodarse entre ellas y reclamarla, lo había golpeado de manera implacable. Y lo peor de todo era que aquel deseo había crecido como las malas hierbas en un jardín perfectamente cuidado. Tenía que recobrar el control antes de perderlo por completo. Antes de tocarla de nuevo y hacer algo alocado e irrevocable. Con fatales consecuencias.

Gruñendo, cogió unos pantalones cortos y una camiseta, luego se embutió los pantalones sobre su implacable erección matutina. Café. Era lo que necesitaba ahora mismo.

Empezó a recorrer el pasillo, vaciló al pasar delante de la habitación de Luc. Al verlos sintió como si le pegaran un puñetazo en el estómago. Luc tenía la cabeza oscura inclinada sobre el cuello de Kimber, el pelo largo caía sobre los pechos y hombros pálidos como porcelana. Los elegantes dedos de su primo jugueteaban entre los muslos abiertos de ella. Desde donde él estaba, el deseo de Kimber era evidente, sus pliegues estaban resbaladizos, rojos e hinchados.

—Me muero por hacerte gritar —murmuró Luc—. Porque estás tan excitada que me imploras.

—Luc, ahora. Por favor —gimió ella, aferrándose a su pelo—. ¡Por favor!

—Pronto, cariño. Deja que el deseo aumente.

Ella movió la cabeza de un lado a otro.

—No puedo soportarlo más.

La súplica de Kimber se clavó en las entrañas de Deke.

—Puedes. Sólo un poco más.

Luc sacó los dedos del anegado e hinchado sexo de Kimber para acariciarle los muslos, el abdomen... ignorando sus caderas cuando ella las alzó hacia él. Deke no podía ignorarlo. Y no iba a hacerlo.

Entró en la habitación, bajándose los pantalones cortos por las caderas con un ansia salvaje. «Follala». Necesitaba... tenía que meterse en ella profundamente. Tenía que ser el primero.

Ya.

—Luc... tócame.

El grito gutural de Kimber atravesó a Deke, sacándolo del estupor sensual. Le había pedido a su primo que la tocara, no que la follara. «Santo cielo». ¿En qué estaba pensando?

En nada que debiera pensar.

De hecho, no debería estar allí, deseando estar dentro de ella. Reclamándola. Y lo que era peor, pensando en arrebatarse aquello que ella quería reservar para otro hombre. Nada bueno podría salir de eso. Él ya había tomado a una virgen antes y sabía a ciencia cierta lo que venía a continuación.

Deke se subió bruscamente los pantalones, se dio la vuelta y regresó al pasillo, conteniendo una imprecación. Kimber iba a estar allí dos semanas... ¿cómo iba a conseguir no tirársela, no sin destruirla?

El suelo de pizarra de la cocina le enfrió los pies desnudos cuando entró en aquella estancia y cogió el café de la despensa. Miró el paquete. Trufa de caramelo con chocolate. Maldito café aromático. ¿Por qué demonios nunca había café normal allí? Cerró la despensa de golpe.

Lanzando el paquete sobre el mostrador al lado de la cafetera, Deke se quedó paralizado.

—¡Luc!

Otra súplica de Kimber. «Maldición». Cerró los ojos con fuerza y soltó un fuerte suspiro.

Un momento después, abrió de golpe la tapa de la cafetera que crujió con un sonido que no auguraba nada bueno. Luego aquella maldita cosa cayó al suelo. Maldiciendo otra vez, Deke se agarró al borde de la encimera. Tenía tensos todos los músculos del cuerpo, desde el ceño fruncido y los ojos entrecerrados hasta los dedos de los pies, encogidos sobre el suelo de pizarra italiano.

«Esto es lo que te mereces», se castigó a sí mismo mientras recogía la tapa del suelo y la ponía en su sitio. Llenó la cafetera de agua, echó el café molido en el filtro y apretó el interruptor con decisión.

Al parecer, Luc también apretó el interruptor de Kimber en ese mismo momento.

—¡Oh, Luc! —gritó ella antes de lanzar un gemido largo y torturado.

Así que Kimber se había corrido por fin... bajo las manos de Luc, bajo las caricias de Luc.

¿Por qué demonios hacía eso que Deke quisiera golpear algo? ¿O a alguien?

Mejor no averiguar la respuesta.

En su lugar se dedicó a observar cómo goteaba el café, esforzándose por mantener la mente en blanco, concentrándose sólo en la tarea que tenía entre manos; un truco que había aprendido en las fuerzas especiales, por lo que ya podía estar agradecido al ejército.

Unos minutos después, Luc salió de su habitación en vaqueros y con la camisa en la mano. Su pose era relajada cuando se acercó a la cocina y no había señal de que estuviera empalmado.

—Buenos días.

—¿Hizo que te corrieras con las manos o con la boca?

La pregunta surgió de la boca de Deke antes de que pudiera detenerla. Eso no era asunto suyo. Saberlo no borraría los gemidos de placer de Kimber que todavía le resonaban en los oídos o la visible satisfacción que suavizaba el rostro de su primo.

Luc apoyó la cadera contra el mostrador de la cocina, cruzó los brazos sobre el pecho y arqueó una de sus cejas oscuras.

Antes de que Luc pudiera responderle, Deke dijo:

—Olvidalo, no es asunto mío.

Se giró para coger las tazas de la alacena superior, luego buscó el azúcar y la leche para Luc. Mientras tanto, sintió la mirada de su primo clavada en su espalda, sopesando la situación, decidiendo cómo contestar. Astuto bastardo.

—Con ninguna de las dos.

Seguía sin ser una respuesta. Y maldito fuera, la cara de Luc no revelaba nada. Kimber había estado implorando, pero Luc no había estado satisfaciendo su placer cuando él había pasado por la habitación, ¿unque tampoco se había quedado para ver mucho más. ¿Y si al final lo había hecho?

—¿No te la follaste? —Deke hizo la pregunta como una afirmación, como si esperara que la respuesta fuera un no.

—¿Qué mosca te ha picado? —preguntó Luc—. Si la deseas esta mañana, está suave, despeinada y mojada. Y todavía sigue en la cama. Ve. Me ocuparé del café.

Deke vaciló. ¿Quería demostrar a su primo y a sí mismo que podía resistirse o salir al pasillo e ir en busca de lo que tanto ICimber como Luc habían compartido? Si pudiera, tomaría aún más.

Lo tomaría todo.

Sonó el pitido de la cafetera y Luc la extrajo del quemador para servirse una taza, sonriendo débilmente, como si conociera el debate interno de Deke.

Ese juego era una tontería, y Deke no quería jugarlo.

—Joder! Esto no va a funcionar. Kimber tiene que marcharse.

—Cállate o te oírás —murmuró Luc.

Eso sería lo mejor. No quería herir sus sentimientos, sólo quería que se marchara.

—¿Por qué piensas que debería irse? —preguntó Luc en voz baja—. ¿Crees que será incapaz de aprender lo que nosotros tenemos que enseñarle?

Deke puso los ojos en blanco.

—No juegues a hacerte el estúpido. Claro que puede aprender. Es obvio. Sé que no está asustada. Debería estarlo pero por alguna alocada razón no lo está. Sin embargo, ése no es el problema.

—Mmm. Creo que sé a qué problema te refieres, pero ¿por qué no me lo explicas con tus propias palabras?

—Es virgen, ¿recuerdas?

—Pero ella no es Heather.

—Kimber no tiene nada que ver con ella. No quiero discutir ese tema de nuevo.

Luc ladeó la cabeza y le dirigió una larga mirada pensativa.

—En realidad fue algo que nunca llegamos a discutir, lo que en sí mismo es parte del problema. Pero si no quieres hablar de Heather, por mí estupendo. Ahora bien, dime qué otras razones tienes para evitar a Kimber.

Deke vaciló, luego se dio cuenta de que no diría nada que su primo no supiera.

—Nada que no te haya dicho antes. Me hace perder el control. Si se queda, acabaré por no respetar sus deseos. Tarde o temprano, implorará y no tendré voluntad para decirle que no. La poseeré.

—Si se da el caso, evaluaremos de nuevo la situación. Quizá fuera lo mejor para todos que le diéramos exactamente lo que quiere.

La idea de Luc arrebatándole la virginidad a Kimber le hizo sentir como si le hubieran metido las entrañas en una licuadora. Pero tampoco él podría arrebatársela, en especial a solas. Nunca.

—Tú crees que es nuestra.

Luc respondió lentamente:

—Cualquier cosa es posible. Pero sí, me niego a creer que una mujer que responde con tal perfección a nuestras primeras demandas, pertenezca a otro hombre.

—¿Acaso te has olvidado de la promesa que le hicimos de enseñarle a aceptar el contacto de dos hombres a la vez, y de que cree estar enamorada de otro?

—No. Sólo creo que ella está intentando buscar su lugar y que espera que Jesse McCall esté en él. Pero también creo que no tardará mucho en darse cuenta de que no es así.

—Escúchate Luc, crees que Kimber no tardará en correspondernos y olvidarse de todo lo demás —sacudió la cabeza, incrédulo—. Pero te equivocas. En el mejor de los casos, Kimber se esforzará en aprender todo lo que hay que saber sobre los ménages para poder ponerlos en práctica con otra persona. En el peor, sólo es una salida. Pero tú sigues pensando que la mujer perfecta está ahí fuera para jugar con nosotros a las casitas hasta que la muerte nos separe.

—Es que está ahí fuera —dijo Luc, confiado—. Pero si está en algún lugar muy lejos o al final del pasillo, está por verse.

Deke meneó la cabeza, se sirvió una taza de café, y contó hasta diez, pero fue inútil. La frustración todavía hervía en su interior, arrebatándole el sentido común y el autocontrol.

—Yo no quiero una esposa. Lo único que quiero es poder follar cuando quiera, y ella no vale para eso.

Luc no dijo nada durante diez segundos.

—Entonces no tienes que preocuparte por nada, salvo de cumplir tu palabra. Kimber ya ha superado la ansiedad por estar aquí y te ha perdonado por la terrible manera en que la trataste cuando llegó.

«Maldita sea». Luc no decía que no pudieran echarse atrás en su promesa de enseñarle todo sobre los *ménages*, pero lo sugería en cada suaba.

—Además —añadió Luc—. No somos sus únicas opciones. ¿Has olvidado a los hermanos Catrell?

No. La imagen de Adam y Burke con las manos sobre Kimber había quedado grabada a fuego en su mente.

—No creo que ella los aceptara.

—Pero podría estar lo suficientemente decidida a aprender con ellos si no le quedara otra opción.

Cierto. Deke suspiró. Kimber lo tenía cogido por los huevos... en más de un sentido.

—Piensa que ésta es la única manera de mantenerla ocupada para protegerla de los hermanos Catrell, a quienes conocemos demasiado bien para permitirles estar con Kimber —dijo Luc.

Sí. Trataban con dureza a sus mujeres. Los dos hermanos nunca tenían suficiente. La utilizarían, la destrozarían, y la dejarían a un lado cuando ella no pudiera seguir el ritmo.

Así que, mirara como lo mirase, estaba básicamente jodido, tanto si la dejaba quedarse como si la dejaba marchar.

—Genial. Se quedará con nosotros trece días. Ni más ni menos.

Luc sonrió mientras se encogía de hombros, tomaba un sorbo de café y se dirigía hacia la puerta trasera.

—Tengo que acudir a una entrevista en una emisora local de radio. Seguiremos con esta conversación dentro de trece días. Mientras tanto, Kimber es un plato muy dulce por las mañanas —se relamió los labios.

Mientras Deke observaba cómo su primo agarraba las llaves del coche y salía por la puerta, contuvo el deseo de golpear las paredes, los muebles de la cocina, la cabeza de Luc, y maldijo entre dientes.

¿Dejarse tentar? A Deke le encantaría, pero eso no iba a ocurrir. Allí había mucho más en juego que la virginidad de Kimber y su enamoramiento por el inmaduro de Jesse McCall. Mucho más que celos mezquinos. Y maldita sea si Luc no lo sabía y estaba intentando provocarlo.

Podía contar con los dedos de una mano los días que pasarían antes de que terminara atravesando las barreras mentales y físicas de Kimber. Era inevitable.

Y cuando eso ocurriera, todos sufrirían. Sobre todo Kimber.

Kimber se despertó por segunda vez esa mañana y se encontró sola en la blanda y acogedora cama de Luc. Se puso la camisa de alguien —¿Luc?—, y salió al pasillo, dejándose guiar por el olor a café recién hecho. Sentía los miembros pesados y aunque trataba de fingir lo contrario, también se sentía un poco inquieta.

Al llegar a la cocina, la imagen de Deke inclinado sobre una taza de café, perdido en sus pensamientos, la dejó clavada en el sitio. No parecía que esos pensamientos le hicieran feliz.

Por supuesto que no lo hacían. Ella estaba allí, y él no quería que estuviera. No había oído las palabras de la discusión con Luc, pero habían quedado grabadas, altas y claras, en aquella estancia.

Y eso explicaba por qué la noche anterior se había quedado dormida con Deke a su lado, para despertarse veinte minutos más tarde y descubrir que se había ido. Y por qué cada vez que se había despertado inquieta durante la noche, se había encontrado sólo con Luc a su lado. No era simplemente que Deke hubiera elegido dormir en otro lugar, sino que se había negado a estar con ellos aquella mañana cuando Luc la había devorado con la boca. Lo que la había sumido en una profunda tristeza y el peso que sentía en el pecho amenazaba con aplastarla.

A pesar de que Deke parecía haber estado muy excitado la noche anterior, una vez que llegó al orgasmo le dio la impresión de perder el interés en ella. ¿Podía ser porque aún siguiera viéndola como una adolescente? ¿O era porque respetaba a su padre más de lo que ella creía? Tal vez. Pero esos problemas tenían fácil solución. Tomaría cartas en el asunto y él dejaría de mirar de manera tan malhumorada su café. El verdadero problema sería mucho más difícil de solventar, sobre todo si era el mismo que había tenido durante toda la vida.

—Hola —musitó ella.

Deke levantó la cabeza de golpe y clavó la mirada en ella con una expresión entre acusadora y ardiente. Inspiró profundamente. ¿Se estaría preparando mentalmente?

—¿Café? —preguntó al fin.

—Claro. Ya me sirvo yo.

—Las tazas están en la alacena que hay sobre la cafetera.

Kimber asintió con la cabeza y cogió una taza. Se preguntó qué podía decir. ¿De qué podía hablar? ¿Debería disculparse porque sus modales bruscos hubieran acabado con su deseo? En cuanto la habían despojado de la falda y la blusa de encaje y la había visto como realmente era, se había dado cuenta de lo poco femenina que era. No sería el primer hombre que lo pensara... sólo había que preguntarle a su pareja en el baile de graduación.

Maldecir la realidad no servía de nada. No podía librarse del hecho de que tras criarse sin madre y entre militares, el coronel y sus dos hermanos de los cuerpos de élite SEALs habían sido los modelos a seguir. Le gustaban los uniformes militares, y correr diez kilómetros todos los días. Por el contrario, odiaba los pantys, el encaje y el maquillaje. La mayor parte de los hombres juraban que ella tenía testosterona en las venas. Pero la diversión de lanzar a los tíos al suelo por encima del hombro o darles cien vueltas a todos bebiendo, había perdido la gracia hacía mucho

tiempo. Quería que los hombres la vieran como a una verdadera mujer, no como un chico con pechos.

Con Deke y Luc había sido tan sensual como había podido. Pero al parecer no había sido suficiente. Todo ese deseo que Deke decía haber sentido por ella durante años... lo más probable es que lo hubiera curado de eso la noche anterior.

Pero cambiar no era una opción. A ella le gustaba ser como era y al que no le gustara que se jodiera, Deke incluido. Sí, él la poma caliente. Mucho. Muchísimo. Había sido así desde que tenía diecisiete años y él había protagonizado sus más oscuras fantasías. Pero en dos semanas se iría con Jesse. Él aceptaba sus modales poco femeninos, e incluso decía que los encontraba adorables. Ese miedo paralizante que la embargaba ahora no tendría importancia luego.

¿Por qué no podía deshacerse ahora de ese temor?

—¿Has dormido bien? —le preguntó ella para romper el silencio.

—No.

Kimber notó que él no le preguntaba lo mismo. Lo más seguro era que ni siquiera le importara.

—Yo tampoco.

Deke gruñó y tomó un sorbo de café. Evitaba mirarla.

Maldición, Kimber tenía que desahogarse. Dejar que la duda la corroyera no era su estilo.

Tomando un largo sorbo de café, Kimber se sentó en una silla frente a él.

—No dormiste anoche con nosotros.

—¿Y?

—¿Por qué?

—Ayer te expliqué por qué. —A Deke comenzó a palparle un músculo en la mandíbula.

—¿Y el insomnio es la única razón?

Él clavó la mirada en ella, y aquellos ojos azul oscuro brillaron con algo —¿cólera?—, pero bajó la vista a su taza de café medio llena antes de que Kimber pudiera estar segura.

—Gatita, no hurgues en mi mente. No te gustará la respuesta.

De eso estaba segura. Si lo hacía, probablemente descubriría que él la había deseado antaño, pero que la noche anterior se había dado cuenta de que ella no respondía a aquella fantasía femenina que él había creado en su cabeza. Y ahora, de no ser por Luc y su propio honor, habría deseado que se marchara para no tener que repetir lo sucedido la noche anterior.

«Genial. Así era la vida». Podía vivir con ello. De hecho podía celebrarlo. Todo lo que a ella le importaba era lo que su primo y él podían enseñarle. Deke no tenía que desearla de verdad. Incluso puede que fuera mejor así, ya que ella respondía a él a un nivel más afectivo.

Pero, sencillamente, no podía dejar estar las cosas. No era su estilo.

—Puede que no me guste la respuesta, pero si eso va a afectar a tu promesa de enseñarme...

—Cumpliré mi palabra. Aprenderás todo lo que necesitas y, probablemente, más de lo que quieres.

—Bien.

Pero el alivio de Kimber fue efímero.

—Yo no estaría tan contenta. —Deke cogió la taza de café y clavó los ojos en ella por encima del borde—. Luc tiene la condenada idea de que te enamorarás de nosotros y te desharás de tu famoso novio para casarte con nosotros y tener bebés.

«¿Matrimonio? ¿Bebés?». Kimber contuvo el aliento. Quería esas cosas en su vida algún día, pero con Jesse. Él era quien realmente la conocía y la había aceptado tal y como era. Algo que no ocurría con Deke y Luc.

—¿En serio?

Deke asintió bruscamente con la cabeza.

—Y como no quiero que siga con esa idea, y tú tampoco, a menos que haya sexo de por medio, te mantendrás alejada de mí.

Nadie diría nunca de Deke que se andaba por las ramas. Kimber había sabido desde el principio que no le iban las relaciones. No es que quisiera mantener una con él, pero si le iba a permitir aquellas increíbles intimidades con su cuerpo, si iban a estar piel contra piel y vivir bajo el mismo techo, ¿no debería al menos poder hablar con él?

—¿Está Luc en casa ahora?

—No.

Kimber frunció el ceño.

—No puede hacerse una idea equivocada si hablamos mientras no está.

—No quiero hablar. Has venido aquí para aprender todo lo necesario sobre los ménages. Vamos a enseñártelo. Pero no somos amigos, me importa un bledo lo que pienses y no tengo nada más que decirte.

«A la defensiva y cerrado en banda». Ésas eran las mejores palabras para describir a Deke. Bueno, ofensivo también serviría, pero eso entraba en la categoría de ataque. No era que estuviera de mal humor por las mañanas; lo conocía lo suficientemente bien para saber que no era así. Y tampoco estaba malhumorado por lo de la noche anterior. No, no había tenido ningún problema hasta que había conocido de primera mano lo poco femenina que ella era.

El primer impulso de Deke había sido rechazar su petición. Ahora probablemente estaría pateándose mentalmente por haber permitido que Luc y ella lo hubieran convencido de ese acuerdo. Seguro que estaba pensando que iban a ser las dos semanas más largas de su vida.

Sus hermanos la felicitaban a menudo por ser una de las pocas mujeres que sabía contener sus emociones, pero aquellos horribles sentimientos la carcomían por dentro. Se sentía mal. Herida. Y lo odiaba.

—Genial. No tengo nada más que añadir. Compórtate como un auténtico gilipollas. Me es indiferente siempre que seas un buen maestro.

Kimber se puso en pie y pasó junto a Deke hacia la puerta.

El la agarró del brazo y tiró de ella, acercándola a su regazo.

—Gatita, seré el mejor maestro que puedas imaginar. Que no te quepa la menor duda.

—Me alegra oírlo. —Se soltó bruscamente—. Respetaré el hecho de que no quieras que te hable cuando no estemos en la cama, siempre que tú no me toques a menos que sea para enseñarme. Así que hasta esta noche, puedes dejarme en paz.

Deke vaciló; una sonrisa amarga le curvó las comisuras de la boca.

—Gatita, ésa es la mejor idea que has tenido desde que entraste por esa puerta.



La cena transcurrió en silencio a pesar de que Luc había asado a la parrilla unas malditas chuletas de cerdo y las había aderezado con un delicioso jarabe de arándanos. A Luc no pareció importarle el desalentador silencio. El ejército había enseñado a Deke a comer cualquier cosa — desde los grasientos platos del comedor hasta una cabra cruda— para mantenerse con vida. Las chuletas de Luc sabían bastante mejor. Y Kimber... por la manera en que fulminaba a Deke con la mirada, dedujo que los dos habían discutido mientras él no estaba.

Y por la manera en que Deke la miraba a ella, sabía que el hambre de su primo no iba a ser saciada ni por la carne de cerdo ni por la crujiente tarta de melocotones que había horneado un poco antes.

Luc sonrió detrás de la servilleta. Lo cierto es que todo iba sobre ruedas. Había llegado el momento de echar un poco más de leña al fuego.

Luc estiró el brazo hacia Kimber y le acarició el suyo, que estaba desnudo por el *bustier* que llevaba. Luego le rozó la mejilla con los nudillos. Mmm, suave. Dulce. Y Deke estaba cada vez más enfadado, observó al lanzar una mirada de reojo a su primo.

—¿Más ensalada, cariño? —preguntó Luc.

—No. —Ella se relajó lo suficiente para sonreír—. Estoy llena. Cocinas de maravilla, pronto no podré ponerme los pantalones.

Luc se inclinó hacia delante para depositar un beso tierno y sensual en los labios femeninos, que aún tenían el débil sabor de los arándanos con que había condimentado la comida. Al otro lado de la mesa, Deke se puso tenso. Su tenedor repiqueteó en el plato. Luc lo ignoró.

—Con nosotros dos cerca, no necesitas pantalones, ¿verdad que no, Deke?

Luc cerró la mano sobre el hombro desnudo de Kimber y se lo acarició suavemente, sin dejar de observar los duros pezones que se erguían contra la tela blanca del *bustier* y el calor peligroso que emitían los ojos de su primo.

—¿Habéis terminado de comer? —soltó Deke bruscamente, poniéndose en pie y cerniéndose sobre la mesa.

Kimber se apartó y dirigió a Luc una mirada de incertidumbre. Estaba realmente preocupada. Oh, oh, ¿qué diablos había pasado entre Deke y ella para ponerla tan nerviosa?

—Eso depende de Kimber. Podemos quedarnos aquí un poco más si lo prefieres, cariño.

Deke soltó la servilleta sobre la mesa.

—Si quieres que te enseñemos algo esta noche, gatita, es ahora o nunca. Tengo mejores cosas que hacer que quedarme aquí sentado charlando.

Luc notó que Kimber se tensaba bajo sus dedos. Oh, los fuegos artificiales estaban a punto de comenzar.

—Has sido muy claro y, como no quiero molestarte, será mejor que vaya sólo con Luc a su habitación, tú puedes marcharte si quieres.

Alzando la barbilla, Kimber se puso en pie y, a pesar de vestir una minifalda estampada y un *bustier* sin sujetador, pasó al lado de ellos con la altivez de una reina.

La mirada aturdida en la cara de Deke no tenía precio.

Su primo se dio la vuelta y siguió a Kimber por el pasillo. Luc se puso en pie y se apresuró a ir tras ellos. Quería que estuvieran irritados, pero no tan furiosos que se pusieran a discutir en vez de a follar.

Kimber casi logró llegar a la puerta del dormitorio de Luc antes de que Deke la agarrase, la empujara contra la pared y cubriera su cuerpo con el de él.

—Me comprometí a enseñarte todo lo que sé sobre los *ménages*, gatita. Y para eso son necesario tres. No voy a irme a ninguna otra parte que no sea a compartir la cama contigo.

Ella abrió la boca para protestar —o para soltar una réplica mordaz—, pero Deke se le adelantó con un beso abrasador, cubriéndole la boca con la de él, invadiéndola y devorándola. Maldición, sólo con verlos Luc ya se excitaba. Observó cómo el tenso rechazo de Kimber desaparecía bajo el empuje de la lengua de Deke contra la de ella. Gimió cuando una de las manos de su primo se deslizó por la espalda de Kimber y se cerró sobre su trasero, levantándole las caderas hacia las de él.

No cabía duda, Deke quería penetrarla. «Perfecto».

Él apartó la boca, pero siguió cubriéndola con su cuerpo, apretándola contra la pared. Y se quedó mirándola fijamente, jadeando, como si hubiera estado corriendo diez kilómetros. No apartó la mirada.

Luc se acercó a ellos y rodeó a cada uno con un brazo, empujándolos hacia la puerta del dormitorio.

—¿Por qué no entramos, nos desnudamos y nos ponemos cómodos para pasar un buen rato?

Por encima de él, Deke le dirigió a Kimber una tensa mirada. ¿Qué demonios estaba pasando?

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó Luc.

Kimber lo miró de soslayo antes de volver a mirar a su primo. En ese momento, tenía la piel ruborizada y los pezones como duras bayas tentadoras. Luc decidió centrarse en un objetivo a largo plazo en vez de desnudar a Kimber en ese momento.

Kimber clavaba la mirada en Deke con una voracidad renuente. Deke se ponía más tenso a cada segundo que pasaba. «Muy interesante».

—Estoy bien —susurró Kimber finalmente.

Esas palabras fueron todo lo que Deke necesitaba para pasar a la acción. Alargó la mano por delante de Luc hacia Kimber. Le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo contra su cuerpo. Con la mano libre le bajó las tiras del *bustier* por los hombros y le deslizó la prenda bruscamente por el torso, dejando los pechos y los rosados pezones hinchados expuestos a sus miradas hambrientas.

Luc ya estaba duro antes, demasiado duro para su comodidad, pero aquella visión lo llevó a unos límites insoportables.

Deke le dirigió una mirada tan llena de frustración y necesidad sexual, que sus ojos resplandecían con la llama del deseo.

—Ahora.

Su primo no parecía dispuesto a esperar para tocarla y no iba a perder el tiempo indicando lo obvio. Y por mucho que a Luc le gustara recrearse en una mujer, Kimber tenía algo que hacía que Deke y él respondieran de manera inmediata, sin que ambos pudieran mantener la distancia necesaria para conducirse con paciencia.

Así que Luc le dirigió a su primo un escueto asentimiento de cabeza.

Cuando se acercó a ellos, Kimber estaba sin aliento, con los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas. La incertidumbre asomaba a su rostro, pero también una aguda necesidad, como si supiera que era demasiado tarde para detener la hambrienta seducción que su cuerpo estaba a punto de sufrir. Esa noche la llevarían un poco más lejos, la someterían a pruebas más duras.

El deseo le recorrió las venas como un buen vino.

Deke se colocó en el lado derecho de Kimber, mientras él ocupaba el izquierdo.

—¿Luc? —susurró ella, buscando que la tranquilizara.

¿Sentiría ella la violencia apenas contenida que crepitaba en el aire? Apostaría lo que fuera a que sí. Y eso la asustaba y excitaba a la vez. Tenía buenas razones para tener miedo. En los diez años que Deke y él llevaban compartiendo mujeres, Luc jamás había visto a su primo más ansioso y descontrolado. Tomaría todo lo que ella estuviera dispuesta a ofrecer. En ese mismo momento. Y la presionaría buscando más.

El deseo de Deke alimentaba el suyo, y Luc se sintió salvaje y deliciosamente excitado.

—Abróchate el cinturón, cariño —murmuró Luc—, va a ser un viaje muy movidito.

Apenas había terminado la frase antes de que Deke se inclinara, ahuecando uno de los pechos de Kimber con una mano mientras lo cubría con su boca. Luc siguió su ejemplo, lamiéndole con la lengua el otro pezón. Deslizó los dedos suavemente por la curva de las caderas para contrarrestar los duros y afilados tirones que ambos estaban dándole a los turgentes pezones con los dientes.

Kimber se arqueó hacia atrás jadeando. Se había puesto de puntillas como si estuviera tratando de absorber las sensaciones o de acercarse a sus bocas. Ella cerró la mano sobre el cabello de Luc para atraerlo contra su pecho. Luc recibió con agrado el tirón en su cuero cabelludo, y ella se aferró a él, indefensa ante la oleada de placer.

Las succiones y los voraces lametazos, junto con los fuertes jadeos de Kimber, llenaban el aire. Ella era perfecta. Con cada lametazo, sus pezones se endurecían cada vez más contra sus lenguas...

De repente, Deke gruñó a su lado:

—Sigamos con el plan.

Ah, el plan, el que habían estado ideando mientras Kimber había permanecido recluida en la *guarida* preparando los exámenes. Todo ese tiempo Deke se había estado paseando por la cocina de un lado a otro, como si se lo comiera la impaciencia, mientras Luc cocinaba.

A regañadientes, Luc abandonó la almibarada perfección del pezón de Kimber. Ya tendría tiempo más tarde —toda una vida, si las cosas salían como él quería— tan pronto como aplacara a la hambrienta bestia que tenía a su lado. La verdad fuera dicha, pensar en lo que iba a ocurrir esa noche, despertaba también a su propia bestia interior.

Sabiendo que era demasiado pronto para eso, reprimió esos pensamientos.

Ante la pérdida de sus caricias, Kimber gimió implorante. Luc se arriesgó a mirarle los pechos. Tuvo que tragar aire. Sus pezones ya estaban de color granate, visiblemente hinchados y duros. La imagen casi hizo que se olvidara de los planes y quisiera pasarse la noche prodigando atenciones constantes a aquellos hermosos pechos.

—Ahora. —La impaciencia resonó en la orden de Deke.

«Tranquilo, chico, tranquilo». Luc le dirigió a su primo una mirada de advertencia antes de volverse hacia Kimber. Con cuidado la ayudó a quitarse la minifalda y el tanga. Dios, era preciosa. Esbelta, pero con curvas. Atlético, pero sin resultar masculina. Lo suficientemente alta para ser grácil, pero no tanto como para parecer torpe. Era, simplemente, perfecta.

Luc sonrió ante sus propios pensamientos y la tomó por los hombros.

—Cariño, la noche anterior queríamos que te acostumbraras a aceptar las caricias de dos hombres.

A pesar de los ojos aturdidos y las pupilas dilatadas, ella asintió con la cabeza.

—Lo sé.

—Bien. Muy bien. Esta noche aprenderás cuánto placer puedes darnos tú. Y será todo un desafío puesto que quieres seguir siendo virgen y aún no estás preparada para aceptarnos en ese dulce trasero.

Kimber se quedó meditando, intentando descifrar sus palabras.

—No sé nada de sexo oral.

Él le acarició los hombros, tranquilizándola.

—De eso nos ocuparemos todos juntos.

Mordisqueándose los labios, ella asintió con la cabeza. Luego se pasó la lengua por el labio y la imagen golpeó a Luc con otra oleada de pura lujuria.

A su lado, Deke parecía a punto de perder la paciencia... y el control. Luc apoyó las manos en los hombros de Kimber y la instó a ponerse de rodillas ante él. Ella se arrodilló lentamente, algo indecisa pero sin apartar la mirada de Deke. Luc siguió la mirada de Kimber y la imagen le provocó otra oleada de lujuria.

Suspiró. Suponía que eso zanjaba la cuestión de quién disfrutaría primero de la sedosa boca de Kimber.

Arrodillándose detrás de ella, Luc se quitó bruscamente la camisa, observando cómo Deke se quitaba también la suya y la arrojaba al otro lado de la habitación, luego comenzó a desabrocharse uno a uno los botones de los vaqueros. Luc se situó tras Kimber, posó las manos en los hombros femeninos y observó cómo ella clavaba la mirada en la porción de musculoso abdomen y el castaño vello púbico que Deke iba dejando a la vista, luego su primo se bajó los vaqueros y su miembro saltó libre en toda su longitud.

Deke se pasó la mano por la erección, como si no pudiera estar ni un minuto más sin recibir estimulación. Detrás de Kimber, Luc se encontraba en un estado parecido e hizo una mueca mientras acomodaba su propio miembro. Luego apoyó las manos en las caderas desnudas de Kimber y le acarició la suave piel.

—Tócale —murmuró Luc.

—¿Cómo?

Luc no podía detener sus manos errantes, de las caderas las deslizó al vientre y a los pechos. Con los pulgares le acarició los pezones duros como guijarros. Se los apretó. Quería comprobar lo mojada que estaba.

Pronto... «Maldita sea, ten paciencia». En ese momento, no podía distraerla.

—Toma el miembro de Deke en la mano y acaríciala, justo como está haciendo él.

Tan lentamente que Luc empezó a sudar, Kimber estiró el brazo y romo la dura carne de Deke en su mano. La deslizó hasta la punta, y le pasó el pulgar por el glande. Deke gimió con tanta fuerza que el sonido retumbó en su pecho.

—Muy bien —la elogió Luc—. Ahora sube la mano y vuelve a bajarla.

Kimber repitió el proceso un par de veces, cada vez más rápido, coordinando cada vez más los movimientos.

—Apenas puedo cerrar la mano en torno a él.

Kimber frunció el ceño con concentración y llevó la otra mano al miembro de Deke, uniéndola a la primera, cerrando los elegantes dedos alrededor de la erección. Ahora la abarcaba por completo, la acariciaba con más vigor, observando la cara de Deke y cómo aquellos ojos azules, por los que las mujeres babeaban, se cerraban al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás, invadido por un inconmensurable placer.

—Muy bien —masculló Luc—. Ahora humedécete los labios. Sí, así. —Luc no pudo resistirse a besarle el cuello, a mordisquearle el lóbulo de la oreja—. Inclínate, abre bien la boca y captúralo con los labios.

La mirada ardiente que ella le lanzó por encima del hombro estaba tan llena de curiosidad y de picara anticipación, que Luc se sorprendió. Maldición, bajo aquella sencilla superficie se escondía una chica juguetona. Una arpía. Hubiera apostado lo que fuera a que si le daban un poco de rienda suelta en el dormitorio, los haría bailar al son de su música.

—¡Ahora! —exigió Deke.

—Pídelo por favor —ordenó ella.

Luc no pudo contener la risa. Al parecer, ella ya sabía cuándo tenía a un hombre en la palma de su mano, y que con la promesa de su boca madura en la febril mente masculina, lo tenía bajo su poder.

—¡Maldición!

—Palabra incorrecta. —Kimber le dirigió una sonrisa coqueta.

Deke tragó y cerró los puños mientras tomaba aliento.

—Por favor.

La palabra sonó brusca y ronca, pero a Kimber le valió.

Lanzándole a Deke una última mirada desafiante, se puso manos a la obra, inclinándose hacia delante.

Inclinándose hacia un lado, Luc observó con rugiente necesidad y envidia cómo el miembro de Deke entraba en la boca de Kimber, acunada por su lengua resbaladiza. Él la fue penetrando cada vez más hasta que casi toda la longitud de su miembro desapareció en las profundidades de esa boca virgen.

Dios, la sola imagen lo mataba. El largo gemido de Deke resonó en el vientre de Luc, multiplicando su deseo. Sólo podía imaginar lo fabuloso que sería sentir a Kimber de esa manera.

Cuando había tomado todo lo que podía del miembro de Deke, ella se retiró y repitió el proceso, albergando un par de centímetros más. Deke soltó otro gemido, aferrando las manos con las que Kimber lo sujetaba.

—Sí —jadeó Luc—. Succiónale. Con fuerza. Le gusta así.

Las mejillas de Kimber se ahuecaron cuando lo introdujo de nuevo en su boca. Un instante después, Deke apretó los dientes.

—¿Estás a punto de explotar? —le preguntó Luc.

—Sí, maldita sea.

Deke apenas logró articular las palabras. Kimber lo estaba llevando al orgasmo con mucha rapidez. Luc jamás había visto nada igual. Por lo general, su primo podía hundirse en la boca de una mujer durante más de veinte minutos y seguir impertérrito. Siempre había sido así, salvo cuando Kimber le tocaba. Cuando Deke se tensó y el rubor le cubrió las mejillas, Luc supo lo cerca que estaba su primo de perder el control.

«Ha llegado el momento de rematarlo».

—Muy bien —murmuró Luc en el oído de Kimber. Observó la cadencia de la cabeza femenina y le ordenó—: Ahora un poco más lento. Hazle sufrir. Bien. Ahuécale los testículos con una mano.

Kimber hizo exactamente lo que le decía, acariciando la masa testicular de Deke, que se alzaba hacia su propio cuerpo con cada dulce succión de su boca. Incluso observarlo agitaba la respiración de Luc, por no mencionar lo que le provocaba en su miembro.

Estirando el puño a ciegas, Deke agarró a Kimber por el pelo. Luc casi detuvo a su primo para romper el contacto, pero ella gimió... y no de dolor.

Ah, así que a Kimber le gustaba un poco de dolor. Luc sonrió. Definitivamente podría proporcionarle un poco, pero era Deke el que estaba especialmente dotado para dárselo.

En cuanto Kimber lograra que Deke se corriese.

—Sigue así, cariño. Succiónale. Con lentitud y dureza. Harás que se corra —susurró Luc—. No podrá contenerse ante la dulce tentación de tu boca. Lámele el glande con la lengua. Perfecto. Sí.

Deke gimió, como si quisiera corroborar las afirmaciones de Luc. Tensó los muslos y apretó el puño con el que tiraba del pelo de Kimber.

—Santo cielo... no puedo contenerme.

Luc sonrió.

—Buena chica. Ahora, pásale la punta de los dientes por el glande.

—No —protestó Deke.

—Hazlo —ordenó Luc—. Luego succiónale de nuevo. Se correrá.

Sujetando el grueso tallo de Deke con una mano, Kimber aflojó el agarre y pasó los clientes por el glande. La imagen hizo gemir a los dos hombres.

—Maldita sea... ¡Kimber!

—Ahora succiónale profundamente, y se correrá —murmuró Luc.

Ella lo hizo, y Deke rugió echando la cabeza hacia atrás y gritando su éxtasis que resonó en la habitación.

Kimber se quedó paralizada, agrandando los ojos con incertidumbre y pánico.

—Trágalo, cariño. Está bien.

Ella lo hizo, y Luc observó cómo su garganta y su boca se movía mientras lo hacía. El deseo y la envidia lo atravesaron como un relámpago. Dios, era asombrosa. Y, gracias a Dios, ahora sería él quien sentiría su boca.

Deke se apartó lentamente. Ella gimió mientras continuaba lamiéndole, como si no estuviera dispuesta a dejarlo marchar.

Llegados a ese punto, Deke solía volverse a excitar con el puño y se dirigía al trasero de la mujer, dejando que Luc bebiera de la boca o el sexo. Por lo general, Deke solía dejarle a él la tarea de satisfacer a la mujer, ya que para él las mujeres eran dulces y tiernas criaturas a las que había que explorar de pies a cabeza, trazando un mapa con dedos y lengua, recorriendo cada hendidura secreta y cada lugar sensible con la vista y los sentidos.

Pero para asombro de Luc, Deke se arrodilló ante Kimber clavando los ojos en ella, como si fuera algo tan precioso como esperanzador, como si fuera un antiguo acertijo. Inclinandose hacia ella, Deke agarró las caderas de Kimber y las alzó hacia su cara bajo la mirada estupefacta de Luc.

—Tengo que saborearte —masculló—. Tengo que saber lo mojada que estás.

En el momento en que ella abrió los muslos sobre la cabeza de Deke, él levantó la boca hacia los húmedos pliegues femeninos y los asaltó con los labios abiertos. Se aferró a las caderas femeninas y atrajo aún más su cuerpo para profundizar el íntimo beso. Un largo gemido de alarma escapó del pecho de Kimber, tratando de aferrarse a algo o alguien para mantener el equilibrio.

Con las piernas temblorosas, Luc se levantó y se acercó a la cama para observarlos. Se uniría pronto a la función, pero observar cómo Kimber se corría bajo los latigazos de la lengua de su primo y, como también veía ahora, sus indagadores y exigentes dedos penetrándola, excitaba más a Luc.

Deke giró la cabeza para mordisquear el muslo de Kimber.

—El vibrador.

Luc tardó un momento en descifrar las amortiguadas palabras de su primo. Sí. Tenían que enseñarle eso. Les iba a gustar ver cómo Kimber se retorció, se sonrojaba y se corría mientras lo usaban, sobre todo sabiendo que servía para un gran propósito que todos disfrutarían.

Tras acercarse con rapidez a la mesilla de noche, Luc cogió todo lo que necesitaban y lo preparó, luego se giró hacia ellos. Kimber tenía los ojos cerrados, tenía la piel sonrojada y cubierta por una brillante película de sudor. Con los pezones erizados, parecía una diosa mientras gemía, aceptando cada roce de la lengua de Deke.

A Luc le hirvió la sangre. Tenía que aliviarse pronto en Kimber. Muy pronto. Masturbarse en la ducha no le serviría de nada esa noche.

Colocándose de nuevo detrás de ella, le puso la palma de la mano en la espalda, entre los omóplatos. Maldición, era suave por todos lados.

—Cariño, inclínate hacia delante. Ponte a gatas.

Kimber así lo hizo, sin que Deke perdiera el ritmo. Luc imaginó, de hecho, que aquella nueva posición le estaba proporcionando nuevas sensaciones, ya que Kimber gimió.

Luc le acarició la cadera, depositando tiernos besos desde la base de su espalda hasta el lóbulo del oído, donde le murmuró:

—Relájate. Intentaré que te resulte fácil. Dime si te duele.

Ella sólo se agarró al edredón de la cama y jadeó como si no pudiera aspirar aire suficiente. Él estaba a punto de llevarla todavía más cerca del límite. 96

Abriéndole las nalgas, comenzó a insertarle lentamente, muy lentamente, un nuevo vibrador en el ano. Uno más grande que el anterior. Ese medía dieciocho centímetros de largo por tres de diámetro. Un tamaño más aproximado a un miembro de verdad. Luc esperaba con ansia y un nudo de lujuria que a ella le gustara. Se moría por poder penetrarla pronto.

El vibrador estaba medio insertado cuando él comenzó a sudar. Sólo ver cómo aquel juguete desaparecía en el interior de su cuerpo le hacía arder. Siguió introduciéndolo poco a poco, observando cómo se deslizaba en sus profundidades casi por completo.

De repente, ella se arqueó, se puso tensa y gimió.

—¿Te hace daño? —preguntó él.

—Un poco. —Ella apenas podía articular las palabras.

—Acéptalo en tu interior por nosotros. ¿Puedes?

Kimber asintió con la cabeza con los hombros rígidos. Luc deslizó suavemente el resto del vibrador. Cuando ella gritó, lo puso en funcionamiento. Casi al instante, ella jadeó. Unos momentos después, comenzó a moverse agitadamente, y volvió a aferrarse al edredón de nuevo.

—¡Sí! —gritó Kimber—. Necesito... oh, Dios...

—Lo sabemos. —Luc la besó en el hombro, luego se puso de pie y se quitó los pantalones, dejándolos caer al suelo. Luego se sentó en el borde de la cama, delante de ella, y le apartó los rizos castaño rojizos de la cara ruborizada. Sus ojos color avellana se agrandaron al verle el miembro.

Ahucándole la nuca con la mano, la atrajo hacia sí.

—Succióname.

Por suerte, no tuvo que repetirlo. Ella se abalanzó sobre su pene y casi se lo tragó entero. Luc contuvo el aliento. Una salvaje sensación le subió por la erección, le recorrió las piernas, y atravesó su cuerpo con una descarga de deseo. La cabeza de Kimber subió y bajó mientras lo tomaba casi hasta el fondo de su garganta, deslizando la lengua con ansia por cada uno de los lugares sensibles de su miembro y por algunos que no sabía que tenía. No utilizó los dientes, como si de alguna manera supiera que eso era algo que le gustaba a Deke y no a él. Se limitó a agarrarlo por los muslos y a chupársela a un ritmo que aseguraba que él no iba a aguantar mucho más. Pero por la manera en que ella gemía en torno a su miembro y los sonidos que Deke hacía en su carne sensible, Kimber tampoco tardaría mucho en correrse.

Ella siguió chupándole el miembro, lo adoró; su boca era como el cielo, y las constantes caricias de su lengua elevaban a Luc cada vez más alto. El deseo se incrementaba en su interior con tal rapidez que —Oh a duras penas podía asimilarlo. Luc comenzó a jadear. La agarró por el pelo, intentando que fuera más despacio. Quería saborear cada resbaladiza sensación, cada abrasador estremecimiento. Observarla con Deke, y luego sentir él mismo la sedosa succión de su boca, sabiendo que era la primera vez que se correría con la mujer que podía completarlos a Deke y a él...

El éxtasis comenzó en su vientre y luego ascendió por su miembro, abrumador e imparable. Luc intentó contenerlo —recitando recetas de cocina, pensando en cada uno de los *chefs* que había odiado en la escuela de cocina—, pero el trémulo calor aumentaba incontrolablemente ante la necesidad que sentía. La música de fondo de Kimber gimiendo su placer le decía que ella estaba a punto de sentir un orgasmo gigantesco.

Luc no pudo contener el placer por más tiempo. Sintió varios estremecimientos en la base de su espalda. Se le tensaron los testículos. Oh, Dios. El calor era intenso, y ascendía poco a poco por su pene quemándolo como si fuera fuego líquido. Luego Luc dejó escapar un ronco y agonizante grito. Mientras tanto, la boca de Kimber seguía succionándolo, chupándolo con frenesí, extrayendo cada onza de placer.

Respirando entrecortadamente, abandonó su boca y se encontró con su mirada; la necesidad no satisfecha se reflejaba en su cara. Tenía el cuerpo tenso como la cuerda de un arco. Podía observar cómo el pulso de Kimber latía salvajemente en la base del cuello. Inclinandose sobre ella le sacó y le metió el vibrador en el culo un par de veces.

—Córrete, cariño. Por nosotros.

Kimber no necesitó que se lo repitiera. Aferrándose a sus muslos se dejó llevar por el placer, moviendo su cuerpo con agitación, convulsionándose con cada oleada de placer que la dominaba. Su grito retumbó en la habitación. Bajo ella, Luc podía oír los murmullos ahogados de Deke, alabando su reacción, su sabor.

Cuando Kimber se derrumbó, Luc extrajo el vibrador lentamente. Ella gimió y se dejó caer en el suelo al lado de Deke. Lo miró a los ojos, con una mirada femenina y profunda. Luc no pudo evitarlo, el impacto que le produjo su expresión le golpeó en el pecho. Luego ella miró a Deke con la misma expresión, pero amplificadas, hasta que fue como un sonido, una llamada, una súplica.

Luego Kimber comenzó a llorar.

Deke se puso tenso.

—Oh. Oh, Dios. ¿Qué...? No puedo... —Kimber aspiró con fuerza y soltó un sollozo.

Luc se dejó caer de rodillas a su lado.

—¿Cariño?

Ella le puso la mano en el brazo, tranquilizándolo, pero abrió aquellos ojos color avellana empapados en lágrimas, llenos de sabiduría femenina. Su mirada se clavó en Deke cuando desplazó la vista hacia él.

—Me haces sentir. Esto es... Jamás había sentido nada tan poderoso, ni me había sentido más viva que cuando estoy con vosotros.

Luc se regocijó. Kimber también sabía que eso era lo correcto. En su fuero interno ella también lo sentía. Sonrió y la abrazó.

Pero una mirada a Deke bastó para que a Luc se le cayera el alma a los pies. Su primo parecía a la vez excitado y enfermo. Intentaba controlar algún tipo de emoción, que aunque no era ira se acercaba condenadamente a ella.

—No es nada especial —le dijo Deke a Kimber con un gruñido mientras se ponía en pie y recogía sus ropas—. Es sólo sexo. Única y exclusivamente sexo, maldita sea.

Luego se dirigió a la puerta y la cerró de golpe. El sonido resonó en la estancia durante mucho tiempo.

Capítulo 6

—Quiero hablar contigo —le dijo Kimber a Deke a la mañana siguiente mientras se sentaba ante la mesa de la cocina donde él estaba tomando un café.

Le sentaban bien aquellos pantalones cortos de algodón y el top. Su mirada furiosa, sin embargo, era otra historia.

—Luc está dormido —continuó ella—. Así que no puede hacerse una «idea equivocada». Y no puedo esperar a decirte esto.

Deke se puso tenso. Estaba buscando pelea, pura y dura.

—No tengo ganas de hablar.

—Vale, entonces escucha.

El que Kimber hablara con tanta dureza no presagiaba nada bueno. Pero esa mañana, había en su tono de voz un ligero temblor. No era de sorprender, ya que el día anterior se había comportado con ella como un auténtico bellaco.

Pero o guardaba las distancias o se la tiraba. Sabía que ella quería mantenerlo a distancia, no entre sus muslos. Chica lista. Él se podría pasar toda la vida follándola.

—Tienes tres minutos.

—No me hace falta tanto. —Ahora sonaba cabreada, lo que era todavía mejor. Así podría controlarse. Además, si estaba enfadada, es que estaba bien. Era la vulnerabilidad de Kimber lo que no podía soportar.

Aquellas lágrimas la noche anterior... Dios, escucharla llorar en los brazos de Luc casi había acabado con él. Luc la había tranquilizado, susurrándole al oído. Pero esos suaves sollozos y jadeos temblorosos casi habían minado la determinación de Deke. Quería ser él quien la consolara. Si la hubiera abrazado, si la hubiera acariciado la noche anterior, hubiera acabado haciendo el amor con ella. No la hubiera follado, no. Habría sido un suave y dulce acto de amor para tranquilizarla. Lo que hubiera creado un lazo afectivo entre ellos.

Había resistido por el bien de Kimber y su propia cordura.

Primero celos y ahora eso. ¿Qué demonios le pasaba?

Kimber inspiró con fuerza.

—Después de lo que ocurrió ayer por la mañana y luego por la noche, no puedo quedarme. Tú no me quieres aquí, y no hace falta que me expliques por qué. Gracias por la ayuda. Recogeré mis cosas y me iré a las diez.

«¿Qué demon...? ¿Se iba a marchar?». Sus palabras deberían haber sido un alivio, pero Kimber era una luchadora. ¿Por qué cedía de repente y se retiraba? ¿Y por qué el mero pensamiento de dejarla marchar era como una cuchillada en su corazón?

Kimber le dio la espalda. Incluso así, no pudo evitar ver la expresión vulnerable de su rostro cuando se levantó y cruzó la cocina para regresar a la habitación. Podía dejar que se marchara, debería de dejar que se fuera... «¿Podía? ¿Debería?»

Deke se puso en pie y se apresuró a cortarle el paso.

—Así que sabes por qué no quiero que estés aquí. ¿Y qué es lo que crees saber?

Kimber frunció el ceño con incredulidad.

—Sé lo que los hombres han dicho de mí desde que pasé por la pubertad. Es raro que me maquille y nunca me pongo vestidos. Odio el encaje y nunca creeré que los pantys sean un gran

invento digan lo que digan. Jamás dominaré el arte de reír tontamente o pestañear. Me gusta pescar, odio cocinar y puedo beberme un *pack* de seis cervezas en menos de cuatro minutos si alguien me desafía a hacerlo. —Alzó la cabeza, luchando contra las lágrimas y Deke vio en su expresión cuánto le molestaba eso—. Soy muy poco femenina. Y sé que muchos hombres, entre los que te incluyo, piensan que soy un fenómeno de feria.

Estaba tan completamente equivocada que Deke apenas podía asimilar lo que decía.

—¿Piensas que no me siento atraído por ti?

La expresión de Kimber le hubiera hecho reír si el tema no hubiera sido tan serio.

—Cuando aparecí por aquí con tacones y encajes, tú me deseabas. Pero luego me viste sin ropa, y, como en el instituto, pensaste lo mismo que los demás hombres. Se te quitaron las ganas, así que me dijiste que te dejara en paz a menos que estuviéramos en la cama. Que allí sí tenías intención de cumplir tu palabra. ¿Hacen falta más pruebas?

¿Estaba hablando en serio?

—Eso son gilipolleces, gatita.

Ella puso los brazos en jarras y le lanzó una mirada desafiante.

—Ya he oído antes esta historia. Y más de una vez. No tienes que ocultarme la verdad. Puedo aceptarla.

De repente, Deke quiso golpear a cada uno de los gilipollas del instituto que la habían hecho sentir tan poco femenina. Aunque también era cierto que podía aprovecharlo en su favor. Sería fácil. Sólo tenía que dejar que esa mentira lo sacara del aprieto.

Pero sería una auténtica cabronada. Y él no podía hacerle daño a propósito.

Suspiró, derrotado.

—¿Me has visto alguna vez hacer algo por obligación sólo para no herir tus sentimientos?

Kimber vaciló.

—No.

—Exacto. No fingiría que me excitas si no lo hicieras. Y en cuanto a lo de que no eres lo suficientemente femenina, vaya memez. No es el maquillaje o reírse tontamente lo que te hace mujer. Son tus impulsos, tus deseos y los fluidos sexuales que emanan de ti.

—¿Qué quieres decir?

Estirando el brazo, le cogió la mano y se la apretó.

—Que eres una mujer de bandera, gatita. Me gusta que seas franca. Que no te desquicie mi profesión. Tienes un extraordinario sentido del humor cuando no estás tensa. Si me comporto así es porque te deseo demasiado.

—¿Demasiado? —Una mirada de escepticismo asomó a los ojos color avellana—. ¿Me deseas demasiado?

Tirando con fuerza de la mano de Kimber, la apoyó contra su bragueta, cubriendo la implacable erección que tenía cada vez que ella estaba a menos de dos metros.

—¿Te parece que estoy mintiendo?

Ella se sintió fascinada y le acarició el miembro a través de los pantalones, deslizando los ágiles dedos arriba y abajo por la rígida longitud.

—No.

Deke le agarró la muñeca para detenerla. Entre sus alocados deseos de abrazarla y la lujuria que ella incitaba con cada toque, estaban metiéndose en aguas peligrosas.

—No comiences algo que no puedas terminar.

Con la mano libre, ella agarró los pantalones cortos de Deke y comenzó a bajárselos.

—Puedo terminarlo. ¿Acaso no lo hice anoche?

Su boca. «Oh, mierda». Sí, por supuesto que lo había terminado. La húmeda boca de Kimber había sido como un sedoso paraíso. Luc le había estado diciendo con exactitud cómo conducirlo al éxtasis, y ella lo había hecho. Despacio, duro, con pequeños mordiscos... y él había

perdido el control. Pensar en que ella podría hacerlo de nuevo ahora, provocó que su miembro latiera bajo su mano. En respuesta, ella lo apretó con más fuerza.

Con la mano libre y una última brizna de control, él le agarró los dedos que le bajaban los pantalones.

—No lo hagas.

Kimber no se detuvo. Le apartó las manos.

—¿Me deseas pero no quieres que te toque? ¿Desde cuando un hombre desea a una mujer pero no quiere que se la chupe?

—Si sigues con esto voy a querer mucho más de ti.

—¿Qué quieres decir? —espetó ella.

—Tu virginidad me está vetada. No me excites, o te encontrarás desnuda y empalada en mi polla. Sólo puedo pensar en follarte. Y si te penetro, me quedaré dentro de ti... todo el maldito día, si me dejas. Y querré más por la noche. Y Luc también querrá.

Kimber respiró hondo. Un rubor repentino le cubrió las mejillas, lo que se contradecía con su postura combativa.

—Oh.

—Apenas puedo contenerme, así que si yo fuera tú saldría de aquí pitando.

Pero Kimber no se movió. Durante un largo momento, se quedó con la mirada clavada en él. Deke resistió el impulso de retorcerse con inquietud. Algo rondaba por aquella hermosa cabecita. Que Dios los ayudara si ella mostraba alguna indicación de que quería hacer el amor con él. Acabaría con lo poco que le quedaba de autocontrol. La arrastraría de vuelta a la cama de Luc, despertaría a su primo, y haría algo que terminaría lamentando.

Un buen rato después, ella se acercó más a él, le colocó las manos en los hombros y se puso de puntillas para darle un beso en los labios. Fue un beso suave, casi casto.

—No querías admitir nada de eso, pero lo has hecho para no herir mis sentimientos.

Era una mujer muy perspicaz. Tenía que reconocerlo.

—Ha sido muy decente por tu parte. Podías haberme dejado creer que no era lo suficientemente femenina para ti, pero no has tomado el camino más fácil. —Una sonrisa de alivio apareció en la cara de Kimber—. Gracias. Ha sido muy considerado de tu parte.

Deke se encogió de hombros. Se sentía estúpidamente a gusto por haberle arrancado esa sonrisa.

103

—Sólo he sido justo.

—Entonces yo también debería ser justa y admitir que te deseo. Luc y tú sois dos hombres impactantes. Los dos me excitáis, pero —soltó un tembloroso suspiro—, respondo a ti más de lo que debería. Cuando tú me tocas, me derrito de deseo. Jamás me había sentido de esta manera.

¿Le deseaba más a él que a Luc? ¿Más que a Jesse? La euforia y la lujuria le recorrieron las venas como la droga más potente. Ella sólo tenía que llamarlo con un dedo para que él estuviera perdido.

«Maldición». No debería hacerlo. Sabía que no podía...

«Demasiado tarde».

Deke ya la estaba agarrando, enterrando los dedos en su pelo, ahuecándole la cara, y bajando la cabeza para devorar su boca. Con un pequeño jadeo, Kimber abrió los labios para él, buscando su beso posesivo.

Enredando la lengua con la de ella, Deke aspiró su calidez y se tragó su gemido. La estrechó con fuerza, y casi perdió el sentido.

«Ahora, tenía que ser ahora». Tenía que saborearla, que estrecharla lo más cerca posible. Hundirse profundamente en su boca. Su sabor, su maravilloso sabor, lo embargó.

Luego ella amoldó su cuerpo al de él, se arqueó y apretó esos dulces pechos contra su torso. «Tócalos». Tenía que hacerlo. «Libéralos».

Con una mano, le bajó una tira del top por el hombro, luego la otra. Se lo bajó lo suficiente para poder verle los pechos y recorrer con las palmas de las manos aquellos firmes montículos. No eran demasiado grandes, ni tampoco pequeños. Eran perfectos. Y esos pezones duros... siempre preparados para su boca. «Para él».

«Pronto...».

Centrando la atención en deshacerse de las demás barreras, Deke tiró bruscamente del top y se lo bajó hasta la cintura, luego agarró la cinturilla de los pantalones cortos y las bragas, y se las bajó de un tirón por las caderas y las piernas.

Estaba desnuda. «Perfecto». Ya la tenía como quería.

Pasándole un par de dedos por los pliegues de su sexo, Deke confirmó sus sospechas. Kimber estaba mojada. Muy mojada. Jadeando, con las pupilas dilatadas e implorantes, Kimber se aferró a su camisa cerrando los puños con desesperación. Gracias a Dios, también estaba excitada.

Igual que él.

Deke la levantó por la cintura, ignorando su grito ahogado, y la dejó sobre la mesa de la cocina. La había imaginado miles de veces echada sobre esa mesa, dispuesta para él como el manjar más exquisito, listo para su degustación. La realidad superaba con creces la ficción. El corazón se le aceleró. Su miembro palpitó.

Sacándose la camisa por la cabeza, la dejó caer a un lado. Luego, con el pecho subiendo y bajando, se bajó los pantalones cortos por las piernas hasta que Kimber sólo pudo ver piel y deseo desnudos.

Con los ojos fijos en él, lo aceptó sin parpadear, inquebrantable. «Increíble».

Agarrándola de los muslos, Deke le arrastró las caderas hasta el borde de la mesa y se recostó sobre ella, cubriéndola con su cuerpo. Caliente. El olor aterciopelado y almibarado de Kimber lo conducía a la locura. Buscó la mirada de ella con la suya. La encontró dilatada, excitada, confiada.

El deseo de ella le hacía hervir la sangre. Le quemaba.

«Tócala». Tenía que tocarla. Le besó el vientre plano, hundió la lengua en su ombligo. Kimber contuvo el aliento. Deke se acercó más a su calidez. Ella abrió las piernas aún más, sin dejar de mirarle fijamente. Ofreciéndose silenciosamente a su deseos.

Kimber tenía los pezones duros. Erguidos, erizados e hinchados. Irresistibles. Deke se inclinó con rapidez y atrapó con su boca uno de ellos. Lo devoró. Era como caramelo. Pero mucho mejor. Pasó la lengua por encima, mordiendo la sensible carne cuando se endureció todavía más. «Mmm, perfecto».

Kimber comenzó a jadear, pequeños sonidos implorantes inundaron el aire cuando ella le ahuecó la cabeza con las manos, intentando introducir los dedos entre los cabellos cortados al uno para acercarlo más a ella.

—Deke.

Aquel tono implorante lo obligó a levantar la cabeza de nuevo. La mirada femenina lo hizo arder.

«Reclama su boca». Fue un beso dulce, lleno de aceptación y pasión. Otra nueva oleada de lujuria lo atravesó.

«Follala. Ya».

Le envolvió las caderas con las manos, encantado por cómo sus palmas casi le abarcaban la cintura por completo, por la manera en que ella se abría para él, por poder ver la resbaladiza humedad acogedora de su sexo y sus pliegues hinchados.

Cogiendo su erección, la situó contra la vagina de Kimber.

Húmeda y caliente. Kimber le mojó el glande con sus ardientes fluidos y él saboreó el momento previo a embestirla y hacerla suya.

Dios, estaba temblando. El deseo lo inundaba de una desesperada necesidad, atrapándolo en las rudas demandas de su cuerpo y algo más...

«Tómala. Reclámala».

—Deke —imploró ella, para que la penetrara... o para que se detuviese.

«¿Detenerse? No, ¡ni hablar! ¿Por qué debería detenerse?»

Porque no debería hacer eso. Por ella. Por sí mismo. Las razones se le escapaban. Ella estaba dispuesta, húmeda, tendida sobre la mesa como si fuera un festín para sus sentidos, con la mirada brillante.

Con lágrimas en los ojos.

«¿Lágrimas?». La visión, la mera pregunta, le hizo salir de la neblina en la que lo había envuelto la lujuria.

Miró a su alrededor. A las ropas tiradas en el suelo. A los rayos del sol que se filtraban por las ventanas abiertas y caían oblicuamente sobre sus pechos. Estaba tumbada en la misma maldita mesa en la que habían cenado.

Era virgen.

Tragó aire, sabiendo que debería desistir, que debería dejarla sola. En ese momento, estaba a un envite de cambiar sus vidas para siempre.

Tal vez... tal vez sería diferente esa vez. Kimber no era una adolescente. No tenía una familia problemática. No era Heather.

Si la penetraba, sería suya. «Suya». Por completo. Tanto en los días buenos como en los malos, para compartir sonrisas y lágrimas, para compartir juegos y bromas, días y noches de sexo.

Pero también sería suya la responsabilidad si algo salía terriblemente mal.

Aquel pensamiento fue como una jarra de agua fría y la lujuria comenzó a abandonar su cuerpo. Dio un paso atrás.

—¿Es que no pensabas detenerme? —siseó. Por el amor de Dios, sonaba como si tuviese cien años.

Kimber vaciló.

—Sí.

Pero él no quedó convencido.

—¿Cuándo?

—Bueno, yo... quiero decir que intenté detenerte.

Deke se subió los pantalones, acomodando su erección con una mueca de disgusto.

—¿De verdad estás enamorada de esa estrella del pop?

Ella parpadeó y apartó la mirada. Un enorme nudo de ansiedad contrajo el estómago de Deke. ¿Estaba nerviosa porque no amaba a McCall o porque no quería sacar a relucir sus sentimientos por la estrella del pop delante de él?

Kimber se incorporó, se rodeó las rodillas con los brazos, acercando las piernas al pecho.

—¿Estaría aquí tratando de aprender todo esto si no lo estuviera?

—Sólo tú sabes por qué estás realmente aquí. Pero nena, estás jugando con fuego y lo sabes. La próxima vez, di simplemente no. Si Luc hubiera estado aquí, puede que no me hubiera detenido. La próxima vez, te follaré y... a la mierda con las consecuencias.



Esa misma noche, Kimber dormitaba sobre el hombro de Luc acurrucados en el sofá viendo un clásico en blanco y negro. El calor del cuerpo masculino la envolvía. La hacía sentir cómoda y segura.

Por acuerdo tácito, no habían hablado de Deke, pero sus pensamientos regresaban a él una y otra vez. ¿Dónde se había metido?

En algún lugar de la casa, una puerta se cerró de golpe. El sonido la espabiló por completo.

Incorporándose, bostezó y se desperezó, mirando a su alrededor con aire confundido. Sólo vio a Luc mirando aquella vieja película.

—¡Kimber! —bramó una voz. Luego se oyeron unas fuertes pisadas en el otro extremo de la casa.

Se sintió invadida por una oleada de regocijo y alivio.

—¿Deke?

Sólo le dio tiempo a decir su nombre una vez antes de que él apareciera en el vano de la puerta, llenando el umbral con sus anchos hombros y su enorme presencia. Deke jadeaba e intentaba controlarse. Se tambaleó. Sus penetrantes ojos azules se clavaron en ella envuelta entre los brazos de Luc. La desnudó con la mirada. De inmediato, a Kimber se le erizaron los pezones y tragó saliva.

—Estás borracho —escupió Luc con desaprobación desde su lugar al lado de Kimber.

—Ojalá. Y no es por no intentarlo. Si lo estuviese, podría haber ignorado este alocado deseo de tocarla. —Deke inmovilizó a Kimber en el sofá con una mirada ardiente—. Estaría sumido en una bendita inconsciencia y no sentiría esta necesidad de sentirla en torno a mi polla.

Kimber sintió un cosquilleo en el estómago ante aquellas palabras. Y otro en su sexo.

¿Por qué ese hombre la excitaba de esa manera a pesar de ser tan peligroso y difícil? ¿A pesar de estar tan enfadado? Luc era cortés y comprensivo, encantador, seductor y talentoso. El deseo que él despertaba en ella era tierno y hermoso.

Nada que ver con la ardiente explosión de deseo que la invadía cada vez que Deke la acariciaba.

—Olvídate de hacer nada mientras estés de ese humor. —Luc se puso de pie y cruzó los brazos, colocándose en actitud protectora delante de Kimber—. Sabes demasiado bien lo que habíamos planeado a continuación, y tú no estás en condiciones de llevarlo a cabo. Le harás daño.

—No se lo haré. —Deke se la quedó mirando, luego esbozó una sonrisa tan brillante como peligrosa—. Mírala. Ya tiene duros los pezones. Y me está devorando con esos ojos color avellana. Y su sexo...

Deke empujó a Luc a un lado y se dejó caer de rodillas. Antes de que Kimber pudiera pensar qué había planeado, Deke le había levantado la minifalda y le había arrancado las bragas.

—Maldita ropa —masculló él—. Desnuda. Deberías estar siempre desnuda.

—Pero...

Él le abrió las piernas, metiendo dos dedos de golpe en la húmeda vagina, inclinando a la vez la cabeza hacia su clitoris, consumiéndola con un lametazo devorador.

—¡Deke! —clamó ella entre gemidos.

De inmediato, el fuego abrasador crepitó entre las piernas de Kimber, provocando un infierno en su vientre. Apremiantes y dolorosas, cálidas e incontroladas, las sensaciones se estrellaron contra ella. Kimber no podía respirar. Y, definitivamente, no podía detenerle.

No quería detenerle.

Kimber curvó los dedos ahuecándole la cabeza mientras contenía el aliento. Los ávidos lametazos de Deke la dejaban conmocionada. Se la estaba comiendo viva... su pasión y aspiraciones, todas sus dudas, sus esperanzas. Sus indecisiones.

¿Por qué Deke la afectaba de esa manera tan profunda? ¿Porque sospechaba que estaba herido y, como enfermera que era, quería sanarle? ¿Porque excitaba su cuerpo más que cualquier otro hombre? ¿Porque siempre había formado parte de sus fantasías sexuales?

Las preguntas se diluyeron en su mente como el azúcar en el vino cuando Deke acarició con la yema de los dedos el nudo de nervios que Kimber tenía en el interior. Luc se hundió en el sofá a su lado y los observó con un deseo feroz plasmado en la cara.

—No dejaré que te haga daño.

—No lo hará —dijo ella entre jadeos.

—¿Te excita?

—Sí. —Kimber echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. Sí.

Luc le pasó el pulgar por el pezón tras bajarle el top y dejárselo debajo de los pechos.

—Yo también voy a excitarte, cariño.

Luc deslizó la lengua sobre los tensos y duros pezones y acto seguido se los pellizó con los dientes. Deke realizó la misma acción, cogiéndole el clítoris entre los dientes para luego excitarlo con la punta de la lengua.

Un lametazo implacable tras otro la hicieron estallar en llamas. El fuego se extendió por todo su cuerpo, desde los pezones doloridos a las piernas, haciéndole arder la piel. Creciendo, aumentando... El corazón de Kimber se desbocó, el sonido de los latidos le atronó en los oídos, dejándola sorda a todo lo que no fueran los sonidos voraces de la boca de Luc y los gemidos de Deke.

En unos segundos, el deseo aumentó y la sobrepasó hasta que ella revoloteó en el mismo borde de un placer salvaje, hasta que su cuerpo se retorció sin control bajo cada toque de la lengua de Deke.

El fuego que la devoraba siguió aumentando hasta alcanzar el máximo. Luego explotó, quemándole los ojos hasta que lo vio todo negro. Arqueando la espalda, Kimber gritó mientras se agarraba a la cabeza de Deke, a sus hombros.

Enorme. Gigantesco. ¿Alguna vez había tenido un orgasmo más intenso?

Kimber intentó recuperar la respiración, detener el movimiento de aquel alocado mundo que no dejaba de girar.

Deke sólo le separó más los muslos y le clavó la lengua a fondo mientras le exigía más.

—Otra vez.

Las sensaciones volvieron a invadirla con tal rapidez que su cuerpo no fue capaz de asimilar que la lengua de Deke estuviera acariciándole el clítoris de nuevo. Aquello era demasiado. Demasiado intenso para soportarlo.

—Oh... Espera. Ve más despacio.

—No —escupió Deke, levantando la cabeza de entre sus muslos con los labios mojados por sus fluidos—. Estás aquí para aprender a estar con dos hombres a la vez. Te advertí de que las cosas se pondrían muy calientes. Algunas veces serán rápidas y furiosas. Adáptate a ellas.

Sin dejar de acariciarle los pechos, Luc le dirigió una severa mirada a su primo.

—Tiene poca práctica. Podemos ir más despacio.

—¿Por qué? Ya es mayorcita. No hace más que decir que es una adulta. Dentro de cinco minutos podrá albergar tu polla en su culo. Y no mientas... sé lo mucho que lo deseas.

—Estoy seguro de que será muy satisfactorio, si es eso lo que Kimber quiere.

Deke le dirigió una mirada torva.

—Eres un presuntuoso bastardo que se oculta siempre tras esa imagen de niño bueno, el perfecto caballero frente a mis modales de cavernícola. Pero no olvides que yo estaba allí cuando te acostaste con aquella auxiliar de vuelo en Memphis el año pasado. Te la tiraste durante más de tres horas. ¿Acaso piensas que Kimber podría mantener el ritmo en una de tus maratónicas sesiones?

Kimber clavó los ojos en Luc mirándolo bajo una nueva luz. ¿El Luc tierno y amable? Él se sonrojó con aire de culpabilidad, confirmando de esa manera las afirmaciones de Deke.

—En ningún momento oí que ella se quejara. Además, tú también participaste.

—Una vez. El resto del tiempo fue toda tuya, colega. Y no es la primera vez que ella recibe ese tratamiento. Ni se te ocurra negar que tienes un lado oscuro. ¿Quieres conquistar a Kimber? Pues será mejor que le enseñes tu verdadero yo.

Luc tragó saliva.

—Kimber ya conoce mi verdadero yo. Siempre seré lo más tierno que pueda con ella.

Deke soltó un bufido.

—Tarde o temprano tendrás que mostrarle esos arrebatos mortales o no harás otra cosa que engañarla.

—Cállate.

Kimber observó el intercambio de palabras con asombro. Con cólera. Ambos le estaban ocultando cosas. ¿Existían también secretos entre ellos? Decir que estaba pasmada era quedarse corta.

Aclarándose la garganta, Kimber intervino.

—Luc, en serio, a mí...

—Éste es el trato —le dijo Deke a Kimber como si Luc no hubiera gruñido y ella no hubiera hablado—. Las mujeres disfrutan mucho con nosotros porque Luc tiene paciencia para hacerlas arder. Yo voy más rápido, pero me aseguro de que se corran varias veces. Y en algún momentó entre medias, Luc pierde la cabeza. —Deke le dirigió a Luc otra mirada aviesa.

—Cállate, primo.

—Cuando ese lado oscuro sale a luz, se dedica a follarlas durante más de tres horas seguidas. Más tiempo si pierde realmente el control. «No darse por vencido jamás». ¿No es ése tu lema? —Las amargas palabras resonaron en el aire.

Con la boca abierta, Kimber observó cómo Luc cogía a Deke por la camiseta y lo ponía en pie.

—La estás asustando.

—Estoy diciendo la verdad. Y debería estar asustada. Es virgen y está jugando con dos hombres experimentados. Casi me follo ese dulce sexo esta mañana sobre la mesa de la cocina mientras tú dormías.

Fue el turno de Luc de dirigirla una mirada aviesa.

—¿Estás bien, Kimber?

¿Qué podía decir ella? Kimber asintió con la cabeza. La vergüenza no hacía daño. Había sido una estupidez perder la cabeza en un momento de debilidad. No ocurriría de nuevo. O eso esperaba.

Deke se mofó.

—¿Acaso piensas que estuve a punto de forzarla? ¿De violarla?

—En condiciones normales, no pensaría eso, pero hoy estás de un humor imposible —gruñó Luc.

—De haberla follado, habría sido porque ella me excitó y luego no tuvo el control suficiente para decir que no. Fui yo quien se detuvo.

Luc no pareció impresionado.

—Tú no quieres la responsabilidad de poseer a una virgen.

—No quiero lastimar a Kimber y tengo muy poco control cuando estoy con ella. Todos lo sabemos. —Hizo una pausa—. ¿Está desatándose tu lado oscuro esta noche, primo?

Kimber observó cómo Luc soltaba la camisa de Deke y cerraba los ojos, negándose a mirar a nadie. Kimber tuvo la sensación de que Luc se avergonzaba de aquel comportamiento extremo que tenía en ocasiones. Por extraño que pareciera, a ella no le asustaba la respuesta de Luc; sólo se preguntaba por qué razón necesitaba desahogarse así, tan a fondo, con las mujeres.

—No —murmuró él al fin.

—Bien. Ya que tú posees la paciencia y no has bebido... —Deke metió la mano en el bolsillo y sacó un condón y un tubo de lubricante. Los lanzó sobre la mesita, justo delante de ella—. Ya sabes lo que teníamos previsto esta noche. Te toca. Sé suave y cortés, y todo eso. O lo haré yo. Y entonces, que el cielo nos ayude.

Luc soltó un tembloroso suspiro.

¿El señor Calmado? ¿El señor Jamás-pierdo-el-control? Guau... Allí había mucho más de lo que ella hubiera sospechado nunca. ¿Qué demonios pasaba allí? No quería respuestas a esas preguntas, no cuando sabía bien lo que significaban el condón y el lubricante.

—Muchachos, si ninguno está seguro...

—Sí que estoy seguro —la interrumpió Luc en voz baja—. Como Deke ha dicho con tan poca delicadeza, pero sin faltar a la verdad, esto forma parte de tu entrenamiento. Y uno de los dos tiene que hacerlo. Deke no está en condiciones. Sabes que ya hemos hablado del tema, ¿verdad?

Otra mirada a los artículos que había sobre la mesita no daba lugar a dudas. Pensar en lo que le iba a ocurrir —justo ahora— la alarmó y excitó a la vez. ¿Dolería? ¿Lograría aceptarlo?

No tenía importancia. Ése era el mundo de Jesse, parte de lo que Jesse quería. Estaba allí para aprender si podía aceptarlo, si podía lograrlo; eso era todo.

—Sexo anal —contestó ella al fin.

—Sí. —La voz de Luc, por lo general refinada como el brandy, tenía un leve tono ronco—. ¿Te parece bien?

—Es necesario para tomar a dos hombres a la vez. Es parte de lo que quiero conocer.

—¿Pero te parece bien probar esta noche? Es tarde y hemos...

—Ya habéis hablado sobre ello. Y estoy dispuesta. ¿Lo estás tú? —bajó la mirada a la entrepierna de los pantalones de Luc.

En el mismo momento que ella hablaba, la erección creció.

—Siempre estoy dispuesto cuando se trata de ti.

—Decidido entonces —dijo Deke, dejándose caer en el sofá situado perpendicularmente al de ella.

Kimber frunció el ceño cuando él se apoyó en el respaldo y le dirigió una sonrisa. Si Deke la deseaba tanto, ¿por qué no quería ser el primero en hacerlo? Le había dicho que tenía muy poco control sobre sí mismo cuando estaba con ella. ¿Pensaría acaso que se volvería un salvaje y la lastimaría? ¿O que la penetraría por el orificio equivocado?

—Eso parece. —Luc le dirigió a su primo una mirada desconcertada—. ¿Qué harás tú?

La mirada que Deke le dirigió a Kimber casi la hizo estremecerse hasta los huesos.

—Mirar.

Una palabra que provocó una oleada de ardiente anhelo en Kimber. Deke quería observar cómo Luc la tomaba analmente, pensaba disfrutar de cada momento mientras ella se contorsionaba de placer. Una rápida mirada hacia abajo le demostró que con sólo pensarlo, él ya estaba duro.

Pensar en el deseo de Deke era dolorosamente excitante. Su sexo se tensó y una nueva humedad anegó sus pliegues ya mojados.

—Al final, tendrás que participar —le señaló Luc a su primo.

—Al final. —Deke se recostó en el respaldo, cruzó los tobillos y colocó las manos detrás de la cabeza. Había que estar ciego para no ver la enorme erección que presionaba contra la bragueta de los vaqueros.

—Estoy preparado, así que ya puedes empezar.

Arrogante bastardo. Aunque fuera muy atractivo. Kimber pensó en alguna réplica mordaz, pero entonces Luc le tocó el brazo.

—¿Cariño?

Él le estaba preguntando si estaba preparada para eso, para él. No. Sí. Tal vez. Suspiró. Tenía curiosidad, pero estaba asustada. Necesitaba poder aceptar a un hombre analmente, pero le preocupaba que le doliera. Y si Deke no iba a tocarla, quería volverle loco, quería que se volviera tan loco por ella que no pudiera mantenerse alejado ni un segundo más.

Kimber sabía que aquella era una actitud estúpida e imprudente. Pero después de esa mañana en la mesa de la cocina, cuando él la había rechazado porque ella no había tenido la fuerza de voluntad suficiente para decir que no, él había echado mano de su autocontrol para detener aquel desastre. Estaba claro que Deke no la había deseado tanto como ella lo había

deseado a él. Sabía que él había hecho lo correcto, y en parte se lo agradecía. Pero no por eso dejaba de sentirse dolida.

¿Por qué la opinión de Deke tenía tanta importancia? Kimber estaba allí por Jesse. Por Jesse, maldición. No por Deke.

Pero él le había dicho que no esa mañana, y ahora había rechazado la oportunidad de ser el primero en tomarla analmente. Incluso la había entregado a Luc. Aquella duda no dejaba de atormentarla, pero estaba determinada a conseguir que él lamentara haber rechazado aquella oportunidad. Deke debía prepararse para un espectáculo infernal.

—Estoy preparada —le murmuró a Luc al oído, dirigiéndole una sonrisa que no sólo era descarada sino que decía «follame».

Por un momento, Luc sólo se la quedó mirando, como si no estuviera seguro de qué significaba su sonrisa o de qué hacer primero. Ella tomó la decisión por él.

Una extraña valentía, una femenina resolución —la pura necesidad de tentar a Deke— fluyó por ella cuando se agarró el dobladillo del top y se lo quitó por la cabeza, quedándose completamente desnuda ante Luc. Deke obtuvo una vista de perfil. Entonces, ella se pellizcó los pezones, asegurándose de que estuvieran duros.

—Estoy más que preparada. —Esperaba que esas palabras roncadas se clavaran directamente en la polla de Deke.

De lo que no cabía duda es de que si se clavaron en la de Luc. Pasmado, se dejó caer de rodillas.

—Siéntate en el sofá.

Dirigiéndole a Deke una mirada desafiante, Kimber se giró, hizo ondular las caderas y se acomodó en el sofá. Luego cruzó las piernas casi remilgadamente, imitando lo mejor que sabía una postura femenina, y ¿caso no era una suerte que de esa manera sus pezones quedaran a la altura de la cara de Luc?

Tirando con brusquedad de la goma elástica que le sujetaba el pelo negro como la medianoche, Luc la lanzó sobre la mesita. Mechones de pelo oscuro cayeron en torno a sus rasgos fuertes. Se quitó la camisa que cayó al suelo, exponiendo las tensas líneas de los anchos hombros, y los músculos de los brazos y abdomen que se ondulaban con cada respiración. Él estaba preparado sin lugar a dudas. Y era condenadamente atractivo. Kimber se estremeció.

—¿Qué más puedes quitarte? —se burló ella, bajando la mirada a los pantalones cortos de Luc—, tengo algo que podrías tocar si te desnudas del todo.

Kimber abrió las piernas para Luc —y sólo para Luc—, para que viera lo mojada e hinchada que estaba. Luc gimió, mirando fijamente los húmedos rizos.

Por el rabillo del ojo, Kimber vio cómo Deke se abría la cremallera de los pantalones y cogía su miembro hinchado en la mano. Comenzó a deslizar lentamente los dedos por cada largo centímetro, apretando la anchura en el duro puño sin apartar los ojos de ella. A Kimber le encantaba poder llevar al taciturno Deke al límite del deseo. Pero aun así no era suficiente.

De dónde había sacado a aquella pequeña arpía de su interior, no lo sabía, pero no iba a detenerla en ese momento.

—¿Quieres tocarme? —le preguntó a Luc, jugando con su clítoris y jadeando en respuesta.

—Sí —gimió él—. Haz eso otra vez.

—Desnúdate y lo haré.

Luc se quitó los pantalones cortos en menos de dos segundos para dejar a la vista un largo miembro con gruesas venas y un enorme glande purpúreo; Kimber intentó no echarse a reír. El poder que tenía sobre ellos era algo embriagador. Excitante. Al final, Luc o Deke —o ambos— la controlarían a ella. Pero en ese momento, ella los poseía a los dos.

—Muy bonito —murmuró ella.

La arpía que habitaba en su interior la indujo a deslizar un dedo en la boca y mojarse la yema. Con una sonrisa felina, llevó el dedo húmedo al miembro de Luc y frotó la saliva en el

glante junto con el fluido que se filtraba por la punta. El siseó, tensando los tendones del cuello mientras luchaba por mantener el control.

—Eres una niña muy traviesa —la reprendió Luc.

—¿Yo? —respondió Kimber con inocencia.

—Y muy desobediente. Súbete más la minifalda y tócate de nuevo. Quiero ver cómo lo haces.

Una sorprendente petición viniendo de Luc, normalmente tan caballeroso. Pero tras esa noche, Kimber sabía que había pasiones ocultas en aquel hombre. Definitivamente, pedirle que se masturbara para él —para ellos— la escandalizaba. Y también la excitaba.

Dejando la timidez a un lado, se recostó contra el respaldo del sofá y se levantó la falda lentamente, muy lentamente, sosteniéndola por encima de los muslos; Deke estaba sentado en el sofá de la derecha, pero podía ver lo suficiente de ella. Por las maldiciones entrecortadas que soltaba era evidente que estaba bastante frustrado.

Echando más leña al fuego, Kimber se contoneó sobre el trasero y gimió, cerrando los ojos y relamiéndose los labios.

—Ahora, Kimber.

Kimber abrió los ojos. Parpadeó. ¿Ese tono dominante venía de Luc? La expresión de ternura que siempre había en su cara había sido sustituida por un atisbo de severidad e impaciencia.

Luc la cogió por los muslos y no precisamente con delicadeza.

—¡Ahora!

¿Cuándo había conseguido Luc que se mojara por completo, y que una punzada de temor la llenara de una emoción que no lograba comprender? Arqueando las caderas hacia delante, bajó la mano a su sexo y se frotó el clítoris.

Por lo general, cuando estaba a solas, comenzaba trazando lentos círculos mientras tejía alguna fantasía en su mente. Esa noche no tenía necesidad de imaginar ninguna trama sexual. La estaba viviendo in situ.

Y en cuanto a los círculos lentos, ni hablar. Con dos miradas ardientes recorriendo cada centímetro de su cuerpo, acariciándole los pezones duros y deslizándose por el abdomen hasta su sexo húmedo, era imposible ir despacio.

Las sensaciones crecieron con rapidez cuando Kimber comenzó a acariciarse el clítoris. La ardiente presión se convirtió en una punzada dolorosa al observar cómo el miembro de Luc oscilaba arriba y abajo con cada ruda inspiración. Deke se inclinó hacia delante, buscando un mejor ángulo de visión, luego ensanchó las fosas nasales.

—Es increíble. Puedo oler desde aquí lo cerca que está de correrse.

Luc asintió débilmente con la cabeza.

—Detente.

El placer burbujeaba en el interior de Kimber, denso y agitado. Oyó hablar a Luc, diciéndole algo que ella no quería oír, así que lo ignoró.

—He dicho que te detengas. —Él la agarró por la muñeca.

Ella gimió ante la pérdida de la estimulación de la que él la había privado. Parpadeó un par de veces. Luc tenía la cara ruborizada. Sus dedos, largos y elegantes, le agarraban la muñeca con una fuerza sorprendente.

—No me presiones —le advirtió, pareciendo a punto de estallar—, estoy cerca de perder el control.

En otras palabras, si no quería que saciara su deseo en su culo durante las próximas tres horas, sería mejor que desistiera.

—Está bien —murmuró ella.

Él la soltó y asintió con la cabeza con una expresión agradecida.

—Levántate del sofá y arrodíllate en el suelo de espaldas a mí.

Kimber ni siquiera pensó en provocarlo. Simplemente lo hizo.

—Bien —la alabó mientras la agarraba por las caderas y se situaba detrás de ella.

Luego ella sintió la palma de su mano en su espalda —entre los omóplatos— empujándola suavemente.

—Inclínate hacia delante y apoya los codos en el sofá.

«Oh, Dios. Está sucediendo. Estaba ocurriendo realmente.

Kimber podía negarse. Sabía que podía. Pero entonces no lograría su propósito. Y en ese momento deseaba con desesperación lo que Luc iba a ofrecerle, deseaba que Deke lo viera y que se excitara con ello. No podía dar marcha atrás.

Tragando saliva, hizo lo que Luc le ordenaba. El olor a cuero y a su propia esencia flotaban en el ambiente. Luc la tranquilizó, acariciándole las caderas, levantándole la minifalda, manoseándole el trasero.

—Eres preciosa —le dijo mientras le acariciaba una de las nalgas con la palma de la mano—. Redonda y firme... con esta piel tan blanca. Y, en este momento, toda mía.

Ella gimió. Aquellas palabras y las caricias de Luc la excitaban todavía más.

—Esto será igual que con los vibradores, sólo que yo soy de carne y hueso. Y más grande que el último vibrador que albergaste.

Sí, era más grande, y no sólo un poco.

—¿Me va a doler?

—Iré con lentitud, intentaré que te duela lo menos posible.

—Es mejor de esta manera. Luc tiene más paciencia que yo, gatita. Me va a encantar oír tus gemidos.

Eso lo había dicho Deke.

Kimber lo miró con el ceño fruncido. Aquellos ojos azules ardían de pasión, sí, pero ahora también había en ellos una pizca de ternura. Le estaba diciendo que temía lastimarla si intentaba ser el primero en tomarla analmente, pero que estaría allí con ella, que no la había abandonado. Y Kimber leyó el deseo en sus rasgos. Quería ocupar el lugar de Luc.

Pensó de prisa mientras oía cómo Luc rasgaba el envoltorio metálico a sus espaldas. ¿Deke había renunciado a ser el primero porque quería que ella lo disfrutara? ¿Habría provocado a Luc con ese propósito?

—Notarás que esto está un poco frío y resbaladizo —le advirtió.

Un segundo después, Kimber sintió un dedo explorador en su ano, extendiendo el frío lubricante en su interior y en el fruncido agujero. Se estremeció.

Se sintió invadida por una duda repentina. A pesar de que Luc siempre era tierno con ella, no era un hombre pequeño. Quizá no podría albergarle. Quizá le haría demasiado daño. Quizá...

Luc le acarició las nalgas suavemente y luego se las separó.

—Relájate. Acuérdate de presionar cuando comience a penetrarte. No te dolerá. Iré muy despacio.

Se inclinó y le dio un beso en la cintura, y Kimber supo que él haría todo lo posible para hacerla gozar, para minimizar el dolor. Suspiró.

Luego lo sintió empujar con fuerza contra el ano. La penetró un poco, y el glande entró en ella. Podía sentir la presión, pero no le dolía. «Bien».

Agarrándola por las caderas, Luc susurró.

—Ahora, empuja con fuerza.

Kimber lo hizo, apretando los dientes. Luc presionó un par de veces, forzando el anillo de músculos que allí había.

Luc maldijo entre dientes y le clavó los dedos en las caderas. Kimber gimió ante la aguda sensación de dolor.

Al instante, Deke se colocó delante de ella en el sofá.

—Shh, te va a gustar, gatita.

—Maldición. Necesito empujar con más fuerza —dijo Luc.

Ella asintió débilmente con la cabeza. Deke le agarró las manos.

Kimber sintió que Luc se retiraba un poco, que la agarraba con más fuerza de las caderas y que volvía a penetrarla; su glande consiguió traspasar el resistente anillo de músculos. Ella soltó un grito ahogado cuando el dolor estalló en su interior, y luego, lentamente se disipó, siendo sustituido por una sensación de plenitud. Las terminaciones nerviosas se excitaron ante las nuevas posibilidades.

—¿Ya estás dentro? —murmuró ella.

—Sólo la mitad —graznó Luc—. Pero ya ha pasado lo más difícil. ¿Te gusta?

¿Le gustaba? Era una experiencia nueva, pero no estaba segura de si lo que sentía era dolor o placer, o un poco de ambos. Jamás había pensado en sentir placer en aquella abertura, pero, ¿le gustaba?

La mirada que dirigió a la cara de Deke acabó con sus dudas. Él estaba tenso de deseo y expectación. Parecía estar encantado de... ¿observarla? ¿O acaso estaba pensando que cuando le tocara el turno sería más fácil? De una u otra manera, el que ella se estuviera sometiendo a Luc, los complacía a los dos y excitaba a Deke. Ciertamente, aquello le gustaba y mucho.

—Me gusta. —Asintió con la cabeza—. Continúa.

—Maldición, eres muy estrecha, cariño —masculló Luc—. No voy a poder contenerme mucho más.

Kimber no tuvo la oportunidad de contestar, supuso que Luc tampoco lo necesitaba, no cuando volvió a empujar hacia delante de nuevo, introduciendo unos centímetros más de su miembro en su cuerpo. La presión se incrementó, y ella gimió, arqueando la espalda. Él se deslizó un poco más. Kimber jadeó.

—Casi está.

Con un último envite, mientras se aferraba frenéticamente a sus caderas y soltaba un gruñido, Luc se introdujo por completo en su ano.

Kimber soltó un gemido ante las repentinas y agudas sensaciones. No sentía ni placer, ni dolor, sino una mezcla de ambos. Una sensación extraña que le aflojaba las rodillas y la hacía sentirse completamente dominada.

Deke le apartó el pelo de la cara.

—Dios, ¡qué sexy eres! —Luego alzó la vista hacia Luc, y ella sintió que las miradas de ambos se encontraban a sus espaldas—. Follala.

Luc no contestó. Se retiró hasta el anillo de músculos, y luego volvió a introducirse por completo. La fricción hizo que Kimber jadeara. Volvió a sentir aquella sensación entre dolor y placer, plena y opresiva, que la hizo contorsionarse, echar la cabeza hacia atrás y aceptarlo por completo en su interior. Y sabía que volvería a hacerlo con gusto. Aquella plenitud la hacía sentir viva.

—Tócate el clítoris —dijo Luc con voz tensa—, quiero sentir cómo te corres.

Y se correría pronto. La novedad de aquello, y el éxtasis en la cara de Deke mientras observaba sus reacciones, la colmaban de placer, mientras que el miembro de Luc, con fuerza y suavidad, fue adquiriendo ritmo, conduciéndola lentamente al éxtasis.

Obedeciendo al instante, Kimber se tocó el clítoris con un dedo. No estaba sólo húmedo, sino que casi le goteaban los fluidos por los muslos. ¿Se había sentido alguna vez tan excitada? Deke y Luc le ofrecían poderosas razones para que Kimber perdiera el control. «Es asombroso», pensó ella sintiendo como el sexy chef empujaba de nuevo en su interior.

El clítoris le latió bajo los dedos, y se siguió frotando. Oleadas de placer la envolvieron como una telaraña, delicadas y absorbentes. Increíble. Kimber oyó un gemido, y se dio cuenta de que el sonido provenía de ella.

El dulce dolor que provocaba la invasión de Luc y los placenteros toques que se daba a sí misma estaban a punto de enviarla a la estratosfera.

—Está comenzando a palpar en torno a mi miembro.

—¿Te vas a correr, gatita? —le murmuró Deke al oído.

Kimber sólo pudo gemir y arquear un poco más la espalda mientras Luc la embestía profundamente y siseaba, clavándole los dedos en las caderas. La folló con fuerza. Las terminaciones nerviosas de Kimber estaban a punto de explotar. Dios, jamás había imaginado un placer que pudiera consumirla de esa manera.

—Chúpasela —le pidió Luc.

Deke levantó la vista y miró a Luc. Fuera lo que fuera lo que allí vio, lo tranquilizó. Cuando bajó la mirada hacia ella, en sus ojos azules asomaba una súplica. Tomó su erección en la mano y la acercó a su boca.

¡Sí! Poseída por delante y por detrás. Era... perfecto.

El ritmo de Luc era ahora profundo, lento y duro. Kimber aplicó el mismo ritmo. Sabía que a Deke le gustaría.

—¡Oh, sí! —gritó él con aprobación.

Los dedos de Kimber se paralizaron sobre su clítoris, y Luc acudió al rescate, apartando su mano y asumiendo el control.

«Oh, mucho mejor». Era condenadamente efectivo. La rampa hacia el éxtasis era cada vez más inclinada. La hacía girar, temblar, volar. Casi...

—Córrete, cariño.

Ella gimió en torno al miembro de Deke, y una explosión atravesó su cuerpo, desgarrándole el alma, sacudiéndola, deshaciéndola y volviéndola a rehacer. Atontada y asombrada, Kimber se dejó llevar por las convulsiones, por los ríos de candente placer que fluían por todo su cuerpo.

A sus espaldas, Luc se tensó, aferrándole las caderas de nuevo, y soltó un grito gutural.

Kimber se sintió jovial y triunfante. ¡Lo había conseguido! Y lo repetiría con gusto.

Pero aún no había terminado, le recordó Deke empujando en su boca.

Decidida a compartir su dicha, lo tomó profunda y lentamente con la lengua, chupándole, lamiéndole, friccionándolo con los dientes. Deke le ahuecó la cara con las manos.

—Genial, gatita. Chúpamela. Es tan jodidamente bueno.

Saber que podía provocarle esas sensaciones a Deke era embriagador. Quería que él se corriera, necesitaba saber que él también llegaba al éxtasis.

Luc se retiró de su trasero lentamente, con cuidado. Kimber gimió ante la extraña sensación de su retirada, ante el dolor que provocaba el repentino vacío.

Luego Luc se inclinó sobre su cuerpo y le depositó un beso en el hombro.

—No dejas de asombrarme. Ha sido increíble.

Sintió que Luc se ponía de pie a sus espaldas. Vagamente, lo oyó quitarse el condón y luego el ruido apagado de sus pasos cuando dejó la habitación.

Kimber se centró en Deke, en los musculosos muslos que tenía bajo los dedos y en el grueso tallo que acunaba con la lengua.

Al instante, Deke se puso tenso.

—¡Vuelve aquí de una puta vez!

Kimber levantó la cabeza, perpleja.

—Ya estoy aquí.

—Se lo decía a Luc —gruñó él.

Deke necesitaba a Luc... ¿para qué? No tenía duda de que Deke podría correrse sin él.

—Ahora voy —gritó Luc desde el otro extremo de la casa.

—Quiero que muevas el culo hasta aquí ahora mismo.

Luc no contestó. Deke cerró los puños y se puso en pie con rapidez y maldijo entre dientes. Kimber tuvo la horrible certeza de que allí pasaba algo raro.

«La curiosidad mató al gato».

—No le necesitamos —murmuró ella—, estoy más que dispuesta a rematar la faena sin él.

Los ojos de Deke abandonaron el umbral de la puerta para deslizarse ardientes por el cuerpo de Kimber. Ante la imagen de ella con sólo una minifalda, su miembro palpitó y se hinchó todavía más. Lanzó otra mirada frenética alrededor de la estancia.

—Maldita sea, ¡no! No hay más condones.

Intentando disimular la perplejidad de su cara, Kimber le cogió de la mano.

—Está bien. Siéntate. No necesitamos un condón. Yo terminaré...

—No. No sin Luc aquí. No quiero seguir si Luc no está en la habitación.

—¿Qué? —La sorpresa reverberó por todo su cuerpo. ¿Qué quería decir Deke en realidad? ¿Se estaba negando el placer a pesar de tener tenso cada músculo de su cuerpo sólo porque quería gritarle obscenidades a Luc?

—Estoy segura de que puedes correrte aunque Luc no esté en la habitación. No lo necesitamos.

—No, pero se supone que él te protegerá, te ayudará. Y si no vuelve aquí de una maldita vez, juro por Dios que voy a tumbarte en el suelo y a follarte.

Capítulo 7

«Tentador». Fue la primera palabra que le vino a la mente. Kimber jamás había considerado el sexo como nada del otro mundo, pero tras unos días con Deke y Luc, no podía pensar en otra cosa. En especial cuando Deke estaba ante ella con los pantalones bajados hasta los muslos y su grueso y dispuesto miembro delante de las narices.

«Qué estupidez». Fue la segunda palabra que irrumpió en su cabeza. No había ido allí para estar con él, sino para aprender cómo estar con Jesse. Pero no fue eso lo que hizo que se detuviera. Por alguna razón, Deke no quería sexo sin Luc en la habitación. Y a juzgar por la falta de sorpresa de Luc, no parecía que ésa fuera la primera vez que eso sucedía. Con lo cual, concluyó, Deke no tenía problemas con las vírgenes, si no con el sexo en general.

Kimber oyó el ruido del agua en las tuberías que indicaba que Luc se estaba duchando en el cuarto de baño, y supo que no regresaría, no con la suficiente rapidez para intervenir. Se encontraba a solas con Deke para resolver lo que parecía una situación muy espinosa. E iba a tener que improvisar.

—Inspira profundamente —le sugirió ella—. Podemos esperar a que regrese o continuar. Tú eliges.

—No me toques ahora. Lo lamentarás si lo haces.

Escupió las palabras rechinando los dientes y Kimber le creyó. Su control pendía de un hilo. Un movimiento equivocado y lo perdería.

¿Cómo era posible que esa misma mañana ella hubiera creído que era demasiado poco femenina para excitar a Deke? El se había apresurado a sacarla de su error, haciéndola sentir viva y femenina durante el proceso. Era asombroso cómo el paso de las horas y un poco de conversación podían cambiar la perspectiva de una persona.

Por desgracia, eso no le iba a servir de ayuda ahora.

—Tengo más autocontrol que esta mañana. Podremos resolver esto. Te diré que no si las cosas se ponen calientes.

Deke le enterró los dedos en el pelo. La indecisión y el deseo se reflejaban en su rostro tenso. Kimber sintió su áspero aliento en la mejilla.

—Gatita, ésa es una idea muy mala.

—Pues dime por qué. Quizá pueda ayudarte.

Deke cerró los puños sobre el pelo de Kimber. Frunció las cejas leonadas sobre aquellos ojos tan azules que en ese momento parecían casi negros. Parecía torturado física y mentalmente.

—A pesar de lo cabrón que he sido contigo, aún quieres ayudarme. Sí fuera un hombre mejor... —se detuvo, al parecer no quería terminar ese pensamiento—. No puedes ayudarme, gatita. Cavé mi propia tumba hace doce años.

Y se había enterrado emocionalmente desde entonces. Deke no lo dijo, pero tampoco hacía falta. Hubiera apostado lo que fuera a que no quería correrse sin Luc en la habitación por la misma razón que compartía a las mujeres. Algo le había ocurrido cuando era adolescente, algo que lo había cambiado todo.

—Dime qué ocurrió.

Él se rió y la miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Hablar del pasado no va a cambiar las cosas.

—¿Por qué no? He pasado algún tiempo a solas con Luc, y también me gustaría pasarlo contigo, sólo contigo. Pero eso, lo que sea, se interpone entre nosotros.

—Y siempre será así. Si un pequeño ejército de terapeutas no pudo solucionar el problema, que te sientes en mi regazo y me escuches hablar de mi pasado no va a arreglar las cosas. Lo único que conseguirás con eso es que me sienta tentado a hundirme en tu dulce sexo, pero no resucitará a los muertos.

Ella no comprendió la última frase del todo, pero sabía que de alguna manera, sexo y muerte estaban relacionados para él, y Deke se sentía responsable de algo parecido a alguna tragedia griega. Luc era su apoyo y su perro guardián desde entonces.

Con una maldición, Deke se metió el pene en los vaqueros y se subió bruscamente la cremallera. Luego se dirigió a la puerta.

—¡Alto! —gritó Kimber, sin saber aún qué diría, qué podía decir.

Por un momento, habría pensado que él no se detendría. Pero Deke se giró hacia ella.

—¿Qué? —Apenas fue un susurro, como si los gritos de los últimos minutos no hubieran existido.

Kimber sostuvo su mirada atormentada. La pena y la culpa asomaban en el rostro de Deke, en una imagen de total sufrimiento. Parecía necesitar alguien a quien cuidar, a quien abrazar.

Alguien que le diera una segunda oportunidad.

Ella tragó saliva, pero no apartó los ojos de él mientras lo inmovilizaba con una mirada solemne y se tumbaba de espaldas en el suelo. Se levantó la falda y abrió ligeramente las piernas, luego subió la mano por el abdomen hasta uno de los senos.

Aquellos ojos azules volvieron a la vida, y Kimber sonrió.

—Haz el amor conmigo.



«Cuatro palabras». Eso era todo lo que hacía falta para que Kimber envolviera su miembro y apretara. Había hecho lo mismo con los lóbregos sentimientos contra los que había estado luchado toda la tarde.

—En realidad, no quieres eso. —No se le ocurría un mejor argumento para no tomar lo que le ofrecía. Se había arrojado a sus pies, desnuda, exuberante, preciosa. Sólo Dios sabía lo dispuesto que estaba él a darle hasta el último aliento con tal de poseerla.

—Sí, lo quiero —murmuró ella.

—No seré tierno.

La sonrisa de Kimber decía que lo entendía.

—No estoy hecha de cristal.

Deke negó con la cabeza.

—Querías reservarte para Jesse.

—Quería ofrecerle mi virginidad a alguien a quien le importara.

—¿Qué te hace pensar que a mí sí me importa? —dijo Deke intentando sonar sarcástico y despectivo.

—Cosas que me has dicho. —Le cogió de la mano y comenzó a tirar de él hacia ella—. O, ahora mismo, tu mirada.

Cerrando los ojos, Deke intentó dejar la expresión neutra, dejando fuera de su vista cada centímetro desnudo de la piel de Kimber. Pero ella tiró con fuerza de él, y la imagen de su cuerpo desnudo regresó a su mente, una y otra vez, grabándosele a fuego en el cerebro. Maldita sea, no sólo era su cuerpo lo que le ponía duro. Si era sincero consigo mismo tenía que reconocer que aquella naturalidad con que ella excitaba su sexo y conmovía su corazón, lo volvía salvaje.

—Estás alucinando.

—Y tú mintiendo —susurró ella.

Él le dirigió una mirada airada.

—¿Por qué demonios te ofreces a mí?

—Quiero ayudarte.

—No quiero tu compasión —gruñó él.

La mirada de Kimber le hizo arder cuando se deslizó por su cuerpo antes de acabar clavada en sus ojos.

—No te compadezco. Sólo quiero que te sientas bien, pero reconozco que no estoy siendo totalmente altruista. Tú me haces sentir femenina, una mujer de verdad. Cuando estoy contigo, no me siento poco femenina, ni torpe ni inexperta. Me siento... deseada. Querida. Y deseo más. Creo que siempre he querido más de ti.

«Oh, demonios». Él habría podido rechazarla cuando había creído que le ofrecía su virginidad como una especie de curalotodo para sus carencias emocionales. Pero rechazándola ahora, le haría daño. Se aprovecharía de las inseguridades de Kimber para ocultar las suyas.

¿Pero acaso no era mejor herir sus sentimientos, a infringirle un daño físico permanente o... algo peor?

¿O, por el contrario, debería correr el riesgo? Kimber era mucho, más fuerte que Heather.

—Deke, cariño, no intentes protegerme. Soy una adulta, y sé lo que quiero. A ti. —Le apretó la mano—. Simplemente, déjame disfrutar.

Puede que ella pensara así, pero estaba equivocada. Maldita sea, no debería ceder.

Al final, Deke se dejó caer de rodillas entre las piernas abiertas de Kimber. Rebuscó frenéticamente en los bolsillos, en la cartera, rogando... ¡sí! Un condón. Uno lubricado. Con un suspiro entrecortado, lo tiró sobre la mesita.

—Prepárate.

Ella sonrió.

—Gracias a Dios.

Él asintió débilmente con la cabeza y luego se quitó la camisa.

Kimber deslizó los dedos con ansia por el abdomen de Deke. Una serie de estremecimientos le recorrieron el vientre, la espalda, la polla. Gimio. Su erección, tan condenadamente dura en ese momento, podría taladrar el metal. ¿Le quedaría realmente algo de sangre en el cerebro? Estaba convencido de que toda se le había concentrado en el pene.

Se bajó la cremallera de un tirón y liberó la erección de su confinamiento. Se sumergió en el paraíso que eran las manos de Kimber.

Ella lo acarició suavemente, provocándolo. Él no necesitaba más persuasión... ni deseo. Tenía que detener eso de alguna manera. Pero con la sangre hirviendo y el sentido común cegado por el deseo que dominaba sus sentidos, Deke no tenía ni idea de cómo impedir algo que anhelaba tanto.

Le tembló la mano cuando se bajó los pantalones hasta las caderas.

Cubrió a Kimber con su cuerpo y capturó su boca con un beso devorador, entre jadeos entrecortados y gemidos. Kimber le dio la bienvenida, le rodeó el cuello con los brazos y le acarició la espalda y los hombros, arqueando las caderas hacia él.

El condón estaba a sólo medio metro. Podía abrirlo, ponérselo, penetrarla... y verse envuelto por su dulce calidez; poseería una parte de ella que ningún hombre tendría jamás.

Sólo de pensarlo, se le contrajo el vientre de pura ansia voraz.

«Detente. ¡Detente ya!».

Deke interrumpió el beso y gimio al sentir la ansiosa boca de Kimber abriéndose paso hasta el hueco del cuello.

De alguna manera, consiguió bajar las manos y apretar su pene contra los húmedos y cálidos pliegues prohibidos de su sexo. Maldición, estaba mojada. Y muy caliente. Tan caliente que estaba a punto de hacerlo estallar en llamas. Y cuando Kimber se contoneó contra él... ¡Dios!

—Detenme —la voz de Deke sonó ronca y grave.

Todo lo que ella hizo fue sonreír y alzó las piernas, ciñéndolas en torno a sus caderas.

Deke comenzó a sudar por todo el cuerpo; la frente, la espalda, el pecho se le humedecieron. Kimber lo estaba matando lentamente, tentándole con todo lo que él quería y no debería tomar.

Incapaz de detenerse, se frotó contra ella, rozándole el clítoris con su longitud. El jadeo de Kimber fue directo a su miembro. No hacía falta tener mucha imaginación para imaginar a Kimber rodeándole con las piernas, arañándole la espalda, mientras la penetraba profundamente, sumergiéndose en su calor.

Deke tragó aire, luchando contra la visión. ¿Qué demonios le sucedía? En doce años, jamás se había sentido seriamente tentado de follar a una mujer él solo, ni en su sexo. Jamás había mantenido relaciones sexuales sin protección. Bueno, tenía el condón a medio metro, pero en ese momento, le suponía un esfuerzo hercúleo cogerlo y ponérselo.

Por no decir que necesitaría mucho más que ese esfuerzo y el doble de la fuerza de voluntad que tenía, levantarse y marcharse de allí.

¿Dónde demonios estaba Luc? Apoyándose en los brazos, bajó la mirada a una Kimber ruborizada que le daba la bienvenida. Estaba en graves problemas. Y sospechaba que si Luc estuviera allí, él sólo lo animaría a cometer una estupidez. «Algo inconcebible».

Apretando los dientes, retrocedió y cogió el condón. Ya estaba en el infierno. No merecía ni a Kimber ni a su inocencia. Pero allí estaba ella, yaciendo delante de él, y tenía que penetrarla —en algún lugar, como fuera— ya.

Pero si le arrebatara la virginidad, por mucho que ella lo deseara en ese momento, ¿no le arruinaría la vida?

Comenzó a ponerse el condón y volvió a mirar la dulce cara femenina. Kimber no tenía miedo, pero debería tenerlo. El control de Deke uendía de un hilo mientras le sujetaba las corvas y le echaba las piernas hacia atrás, levantándole las caderas.

La ardiente mirada masculina vagó por los pechos y los pezones hinchados de Kimber, por la suave piel de su vientre, por la carne roja y excitada de su sexo, por la fruncida piel recubierta de lubricante que protegía su ano, tanto más visible cuanto más le echaba las piernas hacia atrás.

—¿Deke? —dijo Luc desde la puerta.

Su primo le estaba preguntando qué pensaba hacer. Deke giró apenas la cabeza para buscar y sostener la negra mirada de Luc. ¿Qué coño podía decirle? ¿Que estaba muy tentado de romper todas las reglas? Kimber no era una mujer más. Si la poseía en ese momento, no pertenecería a ningún otro hombre, no habría nadie más que se responsabilizara si algo salía mal.

Al menos en ese momento, ella le pertenecía. Sólo a él.

—Yo me he ofrecido —aclaró Kimber suavemente—. Le he pedido que haga el amor conmigo. Quiero que sea el primero.

La sonrisa de Luc era condenadoramente cegadora cuando entró en la estancia, se sentó en el sofá y agarró la mano de Kimber.

—Un precioso regalo. No sé si Deke te lo habrá dicho, pero se siente honrado y excitado.

Deke le dirigió a su primo una mirada aviesa.

—No he aceptado.

Arqueando la ceja, Luc miró la postura en que se encontraban, la manera en que Kimber se abría, dándole la bienvenida a la polla de Deke que se erguía preparada hacia su sexo.

Deke soltó un suspiro tembloroso. De hecho, tampoco había rechazado la oferta de Kimber.

Tenía que hacer algo. «Ya». La necesidad que burbujeaba en su vientre estaba a punto de estallar. Un fiero deseo le recorrió el cuerpo que parecía haber descargado un torrente de adrenalina directamente a su pene. Tenía tal opresión en el pecho que le costaba trabajo respirar.

Intentando desterrar todas las voces, dudas y miedos que tenía en la cabeza, Deke cogió su miembro con la mano y se acercó más, cerrando los ojos.

«Suya». Kimber podía ser suya. En diez segundos.

Deke vaciló. Tragó saliva mientras pensaba a toda velocidad.

¿Y luego qué? ¿Una vez que la hubiera reclamado y tomado, qué ocurriría? Y si... No, ni siquiera podía pensarlo.

—¡Maldita sea! —gruñó.

Volvió a colocarla en la posición anterior, subiéndole las piernas de tal manera que ahora descansaban sobre sus hombros, se ubicó y comenzó a empujar...

En su ano.

Kimber soltó un grito ahogado de sorpresa y agrandó los ojos color avellana.

—¿Deke?

—¿Qué diablos haces? —gritó Luc.

Cada vez más tenso con cada centímetro que empujaba dentro del pasaje apretado de Kimber, con los tendones del cuello sobresaliendo, los músculos de los brazos temblando, asaltado por las asombrosas sensaciones de ser envuelto lentamente por la carne lubricada y apretada de Kimber, Deke apenas podía pronunciar una palabra.

—Estoy follándola por el culo. Estoy salvándole la vida.

Luc lo miró como si quisiera golpearle aunque no lo hizo. «Aquello también era jodidamente bueno». Cuanto más penetraba en el cuerpo de Kimber, más se le obnubilaba la mente. ¿Era un *gong* lo que sonaba a la par que su corazón? Kimber era como un puño caliente en torno a su polla, un puño cada vez más cerrado alrededor de su miembro.

—¡Deke! —gritó ella.

—Casi estoy dentro.

El sudor cubría ahora el cuerpo de Deke. El deseo de bombearla con un ritmo infernal durante mucho tiempo avasalló a Deke. Se contuvo, decidido a proceder con lentitud y disfrutar del paraíso que era estar dentro de Kimber.

Ella respiraba de manera entrecortada.

—Detente. No puedo tomar más.

—Por favor. Por favor, gatita. ¡Oh, Dios! —Se moriría si no podía hundirse por completo en ella.

Pero al ver que Kimber cerraba los ojos y hacia una mueca, se retiró un poco. Antes de que pudiera retirarse del todo, ella estiró las manos y lo agarró por los hombros. Bajando las piernas, ella se arqueó y se contorsionó. Incapaz de resistirse a cualquier cálida promesa de Kimber, Deke empujó con fuerza.

Se deslizó por completo en ella con un gemido largo y ronco.

—Gatita, sí. Ya está. Tómame. Toma todo lo que tengo para ti.

La cabeza de Kimber cayó hacia atrás con un quejido, su pelo castaño rojizo se extendió a su alrededor. Maldición, ella parecía una diosa tentadora y ardiente, una sirena atrayéndolo hacia el desastre, pero a él, realmente, le daba igual. Al menos moriría feliz, porque tras bombear en ella un par de veces, Deke se dio cuenta de que poseerla era una de las mejores experiencias de su vida.

Entonces Kimber comenzó a jugar con sus pezones y murmuró:

—Te siento en mi interior, tan duro. Sí. Oh... es como si fueras a romperme en dos. Pero ese dolor es... *guan*. —Kimber jadeó cuando él volvió a penetrarla violentamente—. Me haces sentir viva.

Fue decir eso y que él perdiera el control. Deke comenzó a bombear en ella como si fuera un salvaje, deleitándose con la dureza de su propio cuerpo, con la flexibilidad del de ella, con esos gemidos que Kimber emitía cada vez que él se hundía en su interior más y más profundamente. El deseo de correrse comenzó a vibrar en sus testículos. Santo Dios... él jamás había llegado al

climax con tal rapidez. Estaba orgulloso de aguantar veinte minutos o más, con Kimber no podía eludir el inevitable final tras sólo tres minutos.

La sangre siguió bajando rauda, inundándole la polla y aumentando su sensibilidad.

—Deke —imploró ella—, ponte de rodillas. Necesito sentir tus caricias...

«¿Qué?». Él no podía procesar las palabras de Kimber por los estremecimientos de placer que le bajaban por la espalda y el rugido ensordecedor que sentía en los oídos. La inminente pérdida de control era dulce y tan intensa que le estallarían la cabeza.

—Por favor —imploró de nuevo.

—Retírate y ponte de rodillas —ordenó Luc—. Arrodíllate y levanta sus caderas hacia ti.

Las palabras por fin llegaron a su mente. Se cambió de posición, negándose a perder el contacto.

—Luc. —Kimber lo miró, cogiéndose los pezones entre los dedos para tirar de ellos.

«Oh, maldición». Verla acariciarse los pezones lo llevó más cerca del climax, a un lugar donde era la necesidad quien decretaba cada envite.

Su primo se deslizó de rodillas en el suelo, al lado de ellos y ahuecó los pechos de Kimber con la palma de la mano, pellizcándole los pezones duros, rojos y apetecibles. Deke deseó inclinarse y succionarlos, pero no podía, no si quería seguir poseyéndola. Y tenía que seguir. Kimber era adictiva. Conociendo de primera mano lo celestial que era estar dentro de su culo, si volvía a ofrecerle su vagina, la poseería. Sin mediar palabra. Sin vacilaciones. Penetraría esos dulces y apretados pliegues y la reclamaría para él.

Luc se inclinó y succionó un pezón, y luego se dedicó al otro. Al mismo tiempo bajó la mano y mientras masajeara la dura protuberancia de su clítoris le hundió un par de dedos en la vagina.

—¡Sí! —gritó ella.

Al instante, Deke sintió cómo se apretaba en torno a él, como comenzaba a latir. Oh, mierda, no iba a poder contenerse mucho más, ni siquiera por dos segundos.

—Ahora, Deke. ¡Ahora! ¡Follame!

El hombre salvaje que habitaba en su interior se liberó y acabó con la última brizna de control. Clavándole los dedos en las caderas arremetió contra ella con un envite tras otro. Su polla se estremeció. Kimber gimió. Él intentó contenerse ante los ondeantes pulsos del cuerpo de Kimber, ante la palpitante estrechez de su pasaje.

Kimber gritó, y su cuerpo se convulsionó. Luego, con un rugido, Deke se sumergió en ella una última vez y alcanzó el orgasmo, estallando en un millón de pedazos mientras comenzaba a volar. Vio todo blanco... y la cara ruborizada de Kimber que gritaba extasiada.

A Deke le pareció que la eyaculación duraba eternamente, que el placer se multiplicaba hasta el infinito. Nunca había sido así. Se sentía como si flotara, como si aquellos eternos momentos de éxtasis fueran a durar para siempre con solo quedarse dentro de ella. Sin soltarla jamás.

Pero la realidad se entrometió con rapidez.

Deke se retiró lentamente, y en el momento que lo hizo, sintió un vacío en su interior, instándolo a penetrarla de nuevo, a hundirse en aquel cuerpo y a no salir jamás. Kimber era todo lo que necesitaba.

«Tómala. Reclámala. Quédatela».

¿Y luego qué? Ya había visto las consecuencias de un acto así. Lo había vivido. Y todavía tenía pesadillas por ello.

Con un estremecimiento, Deke retrocedió y se quitó el condón.

Cometió el error de mirar el rostro de Kimber. Ella le brindó una sonrisa vacilante que le encogió el corazón. Sandeces. Ella sólo quería saber si él estaba bien, si había estremecido su mundo.

No a lo primero y, absolutamente, sí a lo segundo.

Y si se quedaba con ella una hora más, Kimber ya no sonreiría. Estaría jodida... literalmente.

Ahora que había estado dentro de ella, mantenerse apartado de su sexo no iba a ser una opción. Si Kimber permanecía allí una hora más, acabaría tumbada sobre sus espaldas, con el miembro de Deke profundamente enterrado en su interior. Y eso sería un gran error.

Tener sexo con una virgen, incluso una tanta práctica como Kimber, conducía por lo general a una imagen de encaje blanco y toallas a juego con monograma. Conllevaba pena, dolor y sufrimiento. Pero ella no tenía manera de saberlo. Se había ofrecido a él de manera espontánea, y, de repente, tuvo un horrible presentimiento: ella sentía algo por él, quizá incluso creía que lo amaba. Probablemente pensaba que podía «curarle». Imposible. Deke no estaba preparado para proporcionarle el final feliz que ella merecía.

Deke suspiró. Dios, se sintió como si tuviera mil años cuando se puso en pie y se subió los pantalones de golpe. Aquello era la única arma que tenía para asegurarse de que no le arruinaría la vida.

Miró a su primo.

—Kimber es una auténtica tigresa, capaz de satisfacer a dos hombres sin apenas despeinarse. ¿Quién podía imaginar que bajo esa virginal fachada acechaba una mujer tan apasionada?

Kimber se puso rígida y se lo quedó mirando como si Deke se hubiera transformado en un alienígena con tres cabezas.

Luc frunció el ceño.

—Vigila tus palabras.

Oh, por supuesto que lo haría. Utilizaría las más crueles de su repertorio. Kimber no podía quedarse allí de ningún modo. No si quería seguir siendo virgen.

—Oh, no es mi intención ofenderte, gatita. Te agradezco que me ofrecieras tu virginidad, pero deberías reservarla para alguien a quien de veras le importes. Como sabes, no eres exactamente mi tipo.

Kimber parpadeó, intentando comprenderlo.

—Dijiste que me deseabas. Que me deseabas mucho.

Deke se encogió de hombros.

—Sí, pero ya he saciado mi deseo. He estado en tu boca, en tu culo. Te he comido el coño, te lo he penetrado con los dedos. Puedo vivir sin follarlo.

Dios, ¿había dicho alguna vez una mentira más grande?

El dolor asomó a los ojos de Kimber cuando recogió las ropas y se cubrió de las miradas masculinas. Esa expresión tormentosa provocó un enorme agujero en el pecho de Deke. ¡Maldición! Pero Kimber aún tenía que hacer las maletas, y él necesitaba que las hiciera ya.

—Sé que te dijimos que te quedaras con nosotros durante dos semanas, pero creo que ya estás preparada para cualquier cosa que Jesse quiera hacer contigo. Quiero decir que si lo que quieres es perfeccionar tus mamadas puedes quedarte para que nos corramos en tu boca más veces. O si lo que quieres es tener el culo más dilatado para aceptar una polla con más facilidad, podemos ayudarte. Pero si no..., no entiendo por qué deberías quedarte.

—¿Porque es hermosa y especial, y no otro simple cuerpo caliente? —gruñó Luc.

Deke les dirigió una mirada frívola.

—Claro. Por supuesto. Sólo pensé que ya habíamos conseguido nuestro propósito, al menos por mi parte. Creí que el sentimiento era mutuo.

—¿Mutuo? —Kimber se quedó boquiabierta—. ¡Si acabo de ofrecerte mi virginidad! Y dijiste que penetrar en mí sería como estar en el cielo.

—Algo que sólo demuestra tu inocencia. Cualquier tío con una erección como la que yo tenía hubiera dicho eso. —Deke se encogió de hombros—. Supongo que consideras que esa virginidad tuya es una especie de premio gordo, y estoy seguro de que así será para Jesse. A mí no

me gusta desvirgar a nadie. Es sucio, y siempre hay dolor, pero no la clase de dolor placentero. Las vírgenes no hacen más que quejarse y luego no suelen querer repetir, así que tienes que conformarte con su boca o su culo, hasta que también se quejan de eso...

—¡Cierra esa jodida boca! —Luc le agarró el brazo y se lo apretó. Parecía a punto de pegarle un puñetazo, y Deke acogió de buena gana la idea.

Se liberó con facilidad del agarre de su primo y observó cómo Kimber se ponía la ropa con la rapidez de alguien que trataba de escapar de un incendio.

—¿Es eso todo lo que soy para ti? ¿Cuándo me miras, sólo ves a una virgen?

—¿Ahora mismo? Sí. Ya he poseído las demás partes de ti. ¿Qué más me queda?

Kimber cerró los puños a los costados y se sonrojó llena de incredulidad.

—¿Qué ha sucedido con aquello de que lo importante de una mujer son sus impulsos, sus deseos y los fluidos sexuales que emanan de ella?

El extendió la mano para acariciarle, para tocarla, y no se sorprendió cuando ella se echó hacia atrás de un salto.

—No eres tonta. Sabes que me excitas. Pero en lo más profundo de tu ser eres demasiado inocente.

—Dices eso como si fuera algo malo.

—Me gustan las mujeres más provocativas —dijo en tono de disculpa—. Llevo un tiempo tras una *stripper*. Pregúntale a Luc, la conoce. Tiene unas tetas enormes. Ah... y usa ligeros. Es una tía muy sexy...

—Y tú no estás interesado en enseñarme más.

—¿Qué crees que te falta por saber? ¿Qué más quieres que te enseñemos?

Deke la observó mientras el rostro femenino reflejaba los pensamientos que le cruzaban por la mente, como si estuviera buscando algo que decir, algo con que hacerle tragar sus palabras.

Al final, Kimber soltó un suspiro.

—Estás intentando ahuyentarme porque te da miedo mi virginidad.

—¿Por qué? No va a perseguirme para morderme.

—Me estaba refiriendo a las emociones que te provoca —escupió ella—. ¿He dado en el clavo?

Luc se acercó a ella en silencio y le pasó el brazo por los hombros.

—Tienes razón, cariño. Es un asno y sería mucho mejor para todos que se callara de una vez.

—Escuchad los dos. Estoy siendo sincero. —Se volvió hacia Luc—. ¿Acaso no andaba detrás de Alyssa antes de que viniera Kimber?

—Aquí entre nosotros, a Alyssa no le gustas. Y a mí no me gusta ella.

—Contigo fuera de juego, Alyssa se fijará en mí. —Intentó brindarles una sonrisa radiante, lo que le resultó muy difícil cuando vio la expresión desolada de Kimber—. He oído que tiene el sexo rasurado. ¿Te imaginas?

Kimber se estremeció, las lágrimas le anegaron los ojos, amenazando con derramarse. Aunque él era el causante, no podía soportar verlas.

Se dio la vuelta para ahuecar los cojines del sofá, y se quedó sorprendido cuando Kimber le golpeó en el hombro. La miró y ella le dio un bofetón. Muy fuerte.

—Si todo eso que has dicho es cierto, eres un gilipollas de primera y yo desearía no haber venido nunca aquí. Si lo dices porque no eres capaz de permitir que se derrita ese sufrido corazón de hielo que tienes, no sólo eres un gilipollas, además eres un cobarde. A menos que logres superar el pasado, estarás solo el resto de tu vida, porque, algún día, Luc conocerá a una buena mujer, se casará con ella, y te abandonará para que te pudras solo en el infierno. Disfruta de tu sufrimiento, te lo tienes bien merecido.

Se dio la vuelta y se marchó. Victoria. Deke jamás se había sentido más miserable.

—Kimber —la llamó Luc corriendo tras la rizada melena de cabello castaño rojizo que caía sobre su espalda—. ¡Cariño!

Pero ella no vaciló; ni siquiera se detuvo. Salió de la *guarida*, cruzó la casa hasta la habitación de Luc y luego cerró la puerta de un portazo.

Deke se sobresaltó ante el sonido retumbante de la puerta, que rompió la tensa quietud.

—Estúpido hijo de perra —gruñó Luc—. Espero que estés satisfecho.

—No —dijo Deke duramente—. Pero es lo mejor.

—¿Para quién? ¡No para mí, desde luego! —dijo señalándose el pecho—. Kimber es lo mejor que nos ha ocurrido, y tú lo has jodido todo. ¿Y por qué? Porque la quieres y no quieres arriesgarte a descubrir a otra Heather. Kimber tiene razón, eres un cobarde.

Luc salió enfurecido de la estancia dirigiéndose a grandes zancadas hacia la habitación que compartía con Kimber.

Deke agachó la cabeza. Era un cobarde. Y odiaba serlo. Había llevado a cabo misiones por todo el planeta, asesinando generales hambrientos de poder en agujeros de mierda del tercer mundo, rescatando rehenes de terroristas fanáticos, desactivando bombas en el último segundo.

Y Kimber lo asustaba mucho más que todo eso.

—No, cariño. Por favor. No te vayas. —Oyó las palabras de súplica de Luc—. Deke es sólo un asno. Quédate conmigo. Te quiero. Yo...

—Luc, no funcionaría. Tengo que irme...

Las lágrimas presentes en su voz retorcieron las entrañas de Deke cuando oyó que ella recogía las llaves del coche del platito del vestíbulo y se dirigía a la puerta principal. Se dirigió a la esquina del vestíbulo y miró a escondidas.

—No te vayas —intentaba convencerla suavemente Luc.

—Explícame por qué está haciendo esto. —Se enjugó las lágrimas de las mejillas—. ¿Por qué siempre me presiona tanto? ¿Qué le pasa?

Deke se puso tenso. Maldición, esperaba que Luc no se pusiera a contar todos sus secretos para tranquilizar a Kimber y conseguir que se quedara. Entonces ella lo vería como el monstruo que era...

—Es un secreto de Deke, y sólo a él le corresponde contarlo —dijo Luc a regañadientes.

—Entonces no puedo quedarme —dijo Kimber, cruzando la puerta.

Luc la agarró del brazo.

—No te vayas. Por favor. Ignórale. Quédate conmigo.

—Deke no me quiere aquí. Ha sido evidente desde el principio, y no debería haberle impuesto mi presencia. He aprendido la lección. —Kimber le acarició el brazo, se puso de puntillas para besarle en la mejilla—. Gracias por todo lo que has hecho. Creo que sé lo suficiente para complacer a Jesse, y ése era el objetivo.

—Es una estrella del pop con una vida nómada y una reputación escandalosa. Tú eres la clase de chica que se merece tener una casa y amor. Estoy preocupado por ti y quiero...

Kimber interrumpió las palabras con un suave beso. Deke casi pudo saborear su pena y su dolor mientras los observaba. Luego ella contuvo un suspiro tembloroso.

—Luc, tengo que irme. A mí también me importas, pero no puedo quedarme. Me hace demasiado daño.

«Oh, maldición».

Kimber abrió la puerta y se volvió antes de salir. La mirada de ella se clavó en la de él y Deke se sintió como si un ariete le aplastara el pecho. Le ardía la mejilla donde ella lo había abofeteado, el último lugar donde lo había tocado. Ya no volvería a tocarlo más. Maldición, aquello no podía doler más.

Kimber no dijo una sola palabra. Sólo negó con la cabeza y salió, cerrando la puerta de un portazo.

A Deke le fallaron las rodillas y tuvo que apoyarse contra la pared, cerrando los ojos ante el infierno que se cernía sobre él.

Luc maldijo suavemente, una palabrota que Deke dudaba que su primo hubiera pronunciado en su vida.

No cabía duda de que se encontraba en graves problemas. Luc tenía derecho a estar enfadado y Kimber tenía derecho a odiarle.

Pero no podría odiarle más de lo que se odiaba a sí mismo.

Capítulo 8

Kimber se alisó una arruga de los vaqueros, se apartó el pelo por encima del hombro y luego llamó a la puerta.

Casi cinco años. Esos eran los años que habían pasado desde que había visto en persona a Jesse McCall. Lo había visto en docenas de fotos. Habían hablado por teléfono, se habían escrito cientos de correos electrónicos. Habían compartido intimidades durante años, como lo que había supuesto para Kimber crecer sin la influencia femenina tras la muerte de su madre, o lo duro que había sido para él haber alcanzando de repente el estrellato. Los difíciles estudios de Kimber. La agenda apretada de Jesse. Los deseos de ella. Los sueños de él.

Kimber había planeado durante meses irse a vivir con él y de esa manera averiguar si podrían pasar juntos el resto de sus vidas.

Ahora, se encontraba ante su puerta llena de sentimientos encontrados, sin tener muy claro lo que le reservaba el futuro. Llevaba mucho tiempo queriendo estar con él.

Pero Deke, sus angustias y necesidades, su ansia y su rechazo, la habían cautivado.

Kimber sintió un nudo en el estómago. Intentó contenerlo, esperando volver al estado de entumecimiento en que había estado envuelta durante las últimas cuarenta y ocho horas.

«Deja la mente en blanco. Respira hondo. Tranquilízate. Pero, ¿sería eso suficiente alguna vez?».

Kimber había esperado, días después de que abandonase el Este de Tejas, que Deke la llamara para disculparse, que le rogara que regresase, que le diría lo mucho que lamentaba haberla humillado. Dios, se había pasado las horas llorando... Jesse había sido lo último en lo que había pensado.

Pero Deke no se había puesto en contacto con ella. Sólo había habido un silencio infernal y absoluto. Luc sí había llamado para interesarse por ella, y había tratado de convencerla de que regresara. Incluso había llegado a implorar. Pero Deke no iba a rogarle que volviera. Según él, lo único que sentía por ella era algo a nivel químico. Kimber no se lo creía. Se habían acercado demasiado a nivel afectivo. Deke se comportaba de esa manera para intentar protegerla de algo que Kimber no comprendía al tiempo que se protegía a sí mismo. Después de que él le hubiera arrojado a la cara el ofrecimiento de su virginidad, anunciando que bebía los vientos por una bailarina de *striptease*, había sido un verdadero infierno descubrir que, en realidad, ella le amaba.

Apartó a un lado esos pensamientos y el dolor que le oprimía el pecho al oír pasos que se acercaban a la puerta. Volvió a inspirar profundamente. El bendito entumecimiento comenzó a invadirla de nuevo.

Deke esperaba que ella siguiera adelante. Y allí estaba Kimber, ante la puerta de Jesse, decidida a llevar a cabo su plan. Aún adoraba a Luc, pero tenía que superar lo de Deke y labrarse un porvenir. ¿Qué más podía hacer?

Se abrió la puerta de aquella habitación de hotel. Un desconocido con una sonrisa juvenil apareció ante ella. Pelo ondulado. Ojos azules. Habría sido un auténtico niño de papá si no fuera por el enorme tatuaje de calavera que cubría su bíceps, del lápiz de ojos negro y del aro que colgaba de su nariz.

—Hola, vengo a ver a Jesse.

El joven extendió la mano, pálida y elegante.

—Debes de ser Kimber. Yo soy Ryan. Soy el vocalista de apoyo y autor de algunas canciones.

Ella le estrechó la mano.

—Oh, sí. Jesse te ha mencionado en muchas ocasiones. Es un placer conocerte.

La mirada de Ryan vagó sobre ella con una sutil apreciación.

—A ti también te ha mencionado. Decía que eras una chica muy guapa, pero veo que se equivocaba. Te has convertido en una mujer preciosa, se va a quedar sorprendido.

Brindándole una sonrisa nerviosa, Kimber observó la estancia. Era una suite. Estaba decorada en tonos pastel con muy buen gusto, con una vista estupenda de Houston.

—Gracias, ¿está Jesse aquí?

—Está a punto de salir de la ducha. Me pidió que te recibiera ya que salió un poco tarde de los ensayos y tuvo que acudir a una entrevista inesperada en la radio. —Ryan se encogió de hombros—. Gajes del oficio.

—Por supuesto.

Kimber intentó no sentirse decepcionada ni moverse con nerviosismo. Seguramente Jesse la habría recibido personalmente si hubiera podido. Aun así, también era cierto que ella había estado esperando durante cinco años y que necesitaba con urgencia un amigo. ¿Acaso no podía esperar toda esa gente diez minutos?

—Pasa y siéntate —la invitó Ryan—. ¿Te gustaría beber algo?

Señaló el minibar medio vacío. Había desaparecido la mayor parte de los botellines de bebidas alcohólicas. El estante de refrescos estaba casi lleno.

Kimber negó con la cabeza mientras se dejaba caer sobre el sofá de color chocolate. Por un momento, se había sentido tentada de buscar consuelo en una copa de whisky, pero ya había seguido ese camino la semana pasada y lo único que había conseguido con eso era una buena resaca.

—Nada, muchas gracias.

Ryan se sentó a su lado.

—Jesse ha hablado tanto de ti que es casi como si te conociera. Siempre presume de lo amable y dulce que eres.

Kimber frunció el ceño. No era una santa. Sólo había que ver las cosas que había hecho con Deke y Luc. Mirándolo retrospectivamente, no sólo había estado con ellos para aprender para Jesse. Ni para saber si le gustaba ser compartida. Al percatarse de que su falta de experiencia era un problema y que la solución la encontraría con Deke, ella había saltado —literalmente— para ir a verle. Para satisfacer una oscura fascinación que sentía por el duro soldado desde que era lo suficientemente mayor para comprenderla y demasiado joven para satisfacerla.

—Puede que Jesse haya exagerado un poco.

—¿Quién? ¿Jesse? No. Cuenta las cosas tal como son. Créeme, nunca prodiga alabanzas a alguien que no se lo merezca.

—Ya veo. —Pero lo cierto es que no veía nada

El Jesse que ella había conocido aquel verano especial, había sido un joven optimista que miraba el futuro con esperanza. Pero también era cierto que en los últimos años había parecido un poco más escéptico con las personas. Menos confiado. Puede que fuera una consecuencia de la fama o de tener que proteger su identidad y privacidad. Kimber suponía que todas esas cosas acabarían por afectar a cualquiera.

—Me alegra conocer a uno de los amigos de Jesse. Sé que sois íntimos amigos —le dijo, esperando descubrir exactamente qué papel jugaba Ryan en la vida de Jesse.

—Es probable que te dijera que he formado parte de la banda los últimos tres años. —Se inclinó hacia ella y clavó la mirada en sus ojos—. Lo compartimos todo.

«Incluyendo a las mujeres». Así que era con él con quien Jesse hacía los *ménages*. Los ojos azul claro de Ryan indicaron la importancia de la información sin decir palabra. En lo que a Jesse

y a él respectaba, Kimber no tenía ni idea de su acuerdo, pero ella comprendió el mensaje implícito del joven. Y por su mirada sabía que él esperaba con ansia entrar en acción.

Era una idea inquietante. ¿Quería Jesse que ella hiciera el amor con una persona que apenas conocía y que ni siquiera estaba segura de si le gustaba? Hizo una mueca. ¿Acaso ella no era diferente de las demás mujeres para Jesse? ¿Más especial? Al menos eso era lo que siempre le había dicho.

Pero eso no era su problema. En cambio Deke y Luc... eran otra historia. La habían cautivado. Sí, pasar aquel tiempo con ellos le había mostrado de primera mano lo excitante que era ser compartida. Kimber tenía la certeza de que a Jesse le gustaba la excitación y las emociones prohibidas. Y Dios sabía que, tras aquellos días con los primos, ella lo comprendía mejor que nadie. Pero ahora, la idea de que otra persona la tocara le resultaba nauseabunda. Cuando Ryan la examinó con aquel aire especulador Kimber se apartó instintivamente y casi vomitó la comida.

Una parte de ella le gritaba que huyera. La parte más práctica, sin embargo, le recordaba que no tenía futuro con Luc y Deke. Tenía que seguir adelante. Durante años había planeado estar con Jesse. Estaba dispuesta a averiguar si aquella relación tenía futuro. Tal vez su primer amor pudiera ayudarla a recobrase de ese último error.

—Sé a qué te refieres —murmuró ella.

La sonrisa de Ryan se desvaneció, llevándose consigo la apariencia juvenil. Arqueó una ceja.

—¿En serio?

—Puede que la última imagen que Jesse tenga de mí sea la de una chica inocente de diecisiete años, pero ya no soy tan inocente, te aseguro que he crecido.

—Y yo diría que estás más hermosa si cabe —resonó una voz desde detrás de ella.

Kimber se volvió. «¿Jesse?»

Desde donde ella estaba, podía ver que no había cambiado mucho. Alto, con el pelo oscuro, largo y suelto, de piel morena, ojos negros y un cuerpo de infarto tal como evidenciaban la camiseta negra y los vaqueros. Ése era Jesse.

Ella saltó del sofá al mismo tiempo que él se movía hacia ella.

Cuando la envolvió en aquel enorme abrazo, con sus firmes y delgados brazos, ella se hundió contra él... igual que había hecho aquel verano que habían pasado juntos. La cabeza de Kimber ya no quedaba justo bajo su barbilla, pero la besó en los labios con la misma ternura de siempre. Ella esperó, pero... ¿adonde había ido aquel temblor que siempre habían provocado sus besos? La sonrisa que él le brindó no parecía sincera.

Quizá sólo estaba cansado. Y distraído. Dios sabía lo preocupada que había estado ella desde que había abandonado a Deke y a Luc. Y habían pasado cinco años desde la última vez que había visto a Jesse. Las cosas habían cambiado. La gente cambiaba. Volverían a empezar de nuevo. Jesse y ella conectarían.

Abrigar esperanzas de que Deke la llamara, se disculpara y que le pidiera que regresara con ellos era una estupidez.

—¡Dios! —Jesse dio un paso atrás, sosteniéndola a una distancia prudencial y la miró fijamente—. Estás guapísima.

—Tú también.

Él hizo un gesto con la mano para descartar el cumplido.

—Es fácil cuando tienes un estilista, un entrenador personal, un *chef* bla, bla, bla. Pero siéntate. Es un placer volver a verte. —La empujó hacia el sofá y ella se sentó a su lado—. Hace un par de semanas que no sé nada de ti, ¿qué tal tu padre?

—Ya conoces al coronel. Siempre está ocupado. Siempre corriendo de un lado para otro. Anda recorriendo el mundo. Volverá a casa la semana que viene para unas mini vacaciones. Hace más de un año que no se toma unas.

Jesse asintió con la cabeza.

—Ese hombre nunca para. ¿Te acuerdas de aquella semana que pasamos en el lago cuando tuvo que protegerme durante todo el verano?

«¿Te acuerdas de...?». Era eso lo que había hecho que Jesse y Kimber se enamoraran y hubieran comenzado a hablar sobre la posibilidad de un futuro juntos.

Nada había cambiado desde entonces. Y a la vez todo era distinto. Jesse había acabado adoptando un estilo de vida salvaje según los periódicos sensacionalistas. Y ahora, era Deke quien ocupaba los pensamientos de Kimber. Era por él por lo que sentía un constante nudo de dolor en el estómago. Allí sentada al lado de Jesse, con Ryan mirándolos, una pregunta irrumpió en su mente: ¿incluso si lograra expulsar de su corazón a Deke y a Luc, podría encajar en la vida de Jesse?

Detalles tales como saber que Jesse había acabado atraído por los *ménages* —y con qué mujeres andaba— deberían de molestarla. Y así había sido unas semanas antes. Pero tras haber estado con Deke y con Luc, no había pensado mucho en el asunto. Ciertamente, no podía esperar que Jesse fuera célibe después de tanto tiempo sin verlo. Y ella tenía sus propios problemas.

Además, la última vez que Jesse y ella habían hablado, él le había dicho que estaba preparado para renunciar a sus días de fiestas. Más que preparado. Kimber no estaba exactamente segura de qué había querido decir con eso. ¿Se refería a los *ménages*? Fuera como fuese, Kimber tenía que olvidarse de Deke y Luc si quería estar con Jesse y averiguar si podían tener un futuro juntos.

—Claro que me acuerdo —murmuró ella—, tengo muy buenos recuerdos de esa semana.

—Sabes que mi intención era obligar a tu padre a tomarse unas vacaciones. —Jesse tuvo la cortesía de parecer avergonzado.

¿En serio? Ella había pensado —había esperado—, que hubiera sido una táctica para pasar más tiempo con ella.

Kimber le recordó con acritud:

—Lo único que hizo fue quejarse durante toda la semana de que la cabaña era un blanco seguro y que cualquier fanático psicópata podía dispararte con un rifle de gran potencia desde una barquita en el lago y liquidarte en el acto.

Jesse puso los ojos en blanco.

—Bueno, jamás dominó con maestría el difícil arte de relajarse.

—Pues no ha cambiado.

—¿Aún sigues preparando los exámenes de enfermería?

Ella negó con la cabeza.

—Ayer acabé el último. Una vez que obtenga los resultados, tendré que decidir dónde iré a trabajar. Tengo que considerar un par de ofertas, pero depende de si apruebo los exámenes o no.

—Seguro que lo harás. —Jesse frunció el ceño—. ¿Cuándo sabrás si has aprobado? ¿Pronto?

—En seis semanas. —Kimber se encogió de hombros—, hasta entonces no tendré los resultados.

Por un momento, atisbo en el rostro de Jesse una expresión pensativa.

—Eso nos da algo de tiempo...

Un duro y repentino golpe en la puerta sobresaltó a Kimber. Jesse y ella se volvieron hacia el sonido mientras Ryan abría la puerta de la suite. Un hombre mayor vestido con un abrigo informal de color camel y una almidonada camisa blanca entró en la estancia. Cuando se acercó a la luz, Kimber pudo observar que tenía el pelo entrecano. La papada desfiguraba un poco lo que otrora fuera el rostro de un hombre delgado.

Tenía el ceño fruncido.

—Jesse, la prensa estará aquí en una hora. No lo olviden. —Dirigió una mirada afilada al minibar medio vacío.

—Y, maldita sea, ni se te ocurra aparecer borracho. Huelen esa mierda a un kilómetro de distancia y tu reputación no es precisamente buena.

—Cal —dijo Jesse—. Mi agente. El alma de las fiestas.

Ni siquiera un sordo podría ignorar el tono sarcástico de Jesse.

Cal le respondió con un tono brusco y gruñón:

—Mi deber es mantenerte apartado de la autodestrucción. Sin mí, serías una vieja gloria del pasado.

—Gracias por los ánimos, papi.

Su agente dirigió aquella penetrante mirada azul hacia ella.

—No hemos sido presentados.

No fue un saludo cálido, pero tampoco despectivo. Kimber no sabía qué pensar de él, ya que ella también era de la opinión de que Jesse tenía que controlar más la bebida. Aunque si hubiera sido ella la que lo hubiera amonestado, lo habría hecho con más delicadeza.

Se puso en pie y le tendió la mano.

—No, no hemos sido presentados. Soy Kimber Edgington.

El inexpresivo rostro de Cal mientras le estrechaba la mano le dijo a Kimber que él jamás había oído hablar de ella. Algo extraño. Por otra parte, Jesse había contratado al veterano profesional hacía unos dieciocho meses y sabía que Jesse y Cal no eran amigos; su relación era estrictamente profesional.

—Hace años que conozco a Jesse. Somos viejos amigos.

—Y como tenemos unos días libres, Kimber y yo vamos a ponernos al día —intervino Jesse, colocándose al lado de ella y pasándole un brazo por los hombros.

—Pues recuerda cuáles son tus prioridades, Romeo. Ya tenemos de sobra con el nuevo álbum y la próxima gira —dijo Cal frunciendo el ceño.

—Ya lo sé. —Jesse empujó a Cal hacia la puerta—. Estaré abajo dentro de una hora. Gracias por recordármelo. Ha sido un placer verte, pero adiós.

Kimber frunció el ceño.

—¿Vas a hacer una gira?

—Primero tenemos que terminar el trabajo en los estudios. Haremos una pequeña gira por Estados Unidos; sólo visitaremos diez ciudades —la tranquilizó, mientras seguía empujando a Cal—. Vendrás conmigo, ¿verdad? Dijiste que pasarías, al menos, unas semanas conmigo, ¿qué importancia tiene dónde estemos?

—Esta joven es una distracción innecesaria —dijo Cal, deteniéndose en la puerta—. No encaja con la imagen que hemos vendido a la prensa. Un niño malo con la voz de un ángel. Cosas como ésa es lo que hacen vender discos. Si sale a la luz que llevas a tu novia contigo en la gira, el álbum no se venderá.

—Como no te esfumes en los próximos diez segundos, no daré ni una sola rueda de prensa en las primeras tres ciudades.

Con el ceño fruncido, Cal salió como un ciclón, cerrando la puerta de un portazo.

Jesse se apoyó contra la puerta con un gemido.

—Tiene buenas ideas, pero es tan cuadrado que me vuelve loco. Así que... vendrás conmigo a la gira, ¿no?

Kimber había ajustado su agenda para poder estar con él. Pero ¿una gira? La situación entre ellos era ahora un poco embarazosa. Y tener a Cal y a Ryan pululando a su alrededor no ayudaba mucho precisamente. O... ¿quizá pensaba así porque era incapaz de apartar a Deke de sus pensamientos?

¿Lamentaría él haberla rechazado e insultado? ¿La estaría echando de menos? Incluso en ese momento, Kimber ardía en deseos de coger el móvil y llamar a Luc para preguntarle por aquel militar testarudo. Pero, ¿para qué? Aunque Deke la quisiera, jamás lo reconocería. Por alguna razón, ella le hacía sentir vulnerable y él no podía tolerarlo.

Y maldición, eso dolía.

Kimber se aclaró la garganta mientras intentaba ordenar las ideas.

—Antes tendré que asegurarme de que no tengo ningún otro compromiso pendiente, pero creo que podré ir.

—Genial. —Jesse se encogió de hombros y la condujo de vuelta al sofá, dejándose caer en él y colocándola a ella en su regazo.

—La verdad es que no quiero que te vayas. Llevo mucho tiempo queriendo estar contigo. Eres justo lo que necesito, nena. Sin ti a mi lado, puedo llegar a ser un chico muy malo —dijo brindándole una sonrisa capaz de iluminar un estadio.

Eso era justo lo que la prensa decía de él. Con esa atractiva apariencia acompañada de dinero y fama, Jesse había caído de lleno en el sexo, las drogas y el rock'n'roll, en ese orden. Era extraño estar sentada en su regazo, sólo podía preguntarse cuántas mujeres más habían estado sobre sus muslos y qué había pasado después. De cualquier manera, estaba claro que no la excitaba como Deke, ni la hacía sentirse cómoda como Luc.

—¿Acaso pretendes que cambie tus malas costumbres?

Él le cogió la mano y le acarició la palma con el pulgar.

—Eres una influencia positiva. Mi talismán. Mi conciencia.

«¿Qué?». La última vez que habían hablado ella no era lo suficientemente salvaje para vivir con él ¿y ahora era su conciencia?

—No frunzas el ceño —dijo él—. Es algo bueno.

Ryan miró el reloj.

—Ha negado el momento de ir a ver a Jimmy para que dé su jodida opinión sobre las canciones del nuevo álbum.

—Jimmy es mi productor —le aclaró Jesse a Kimber—. Entreten al toro por mí, ¿vale? Quiero estar a solas con Kimber.

La mirada de Ryan se deslizó sobre ella hasta detenerse en sus pechos. De alguna manera, se sintió tocada sin permiso. Casi violada. Sintió un escalofrío. Si era él el tercer miembro de los *ménages* de Jesse, y si ella iba a mantener ese tipo de relación con él, tendría que decirle que se buscara a alguien cuya mirada no le hiciera sentir la necesidad de vomitar.

—Claro —dijo Ryan—, necesito tomar un reconstituyente antes de irme. —Examinó el minibar y sacó un par de botelünes de licor. Abrió uno y se lo bebió a morro en unos segundos—. ¿Quieres?

Jesse miró los botelünes que Ryan tenía en las manos y luego a Kimber. Ella echó una ojeada discreta al reloj. Eran sólo las dos de la tarde y ¿ya andaban bebiendo alcohol? ¿Y a morro?

Kimber sintió la mirada de Jesse sobre ella, y cuando levantó la vista, él le dirigió a Ryan una mirada de advertencia.

—No, aún es pronto.

—Tío, siempre dices que en algún lugar del mundo ya han dado las cinco.

Con un encogimiento de hombros, Jesse frunció los labios y apartó la mirada. Luego le dirigió a una sonrisa radiante.

—¿Ves?, es Kimber. Ella tiene una influencia positiva en mi vida. ¿Te das cuenta de lo buena que eres para mí, nena?

Jesse le apretó la mano. Kimber le devolvió el apretón casi en un acto reflejo, pero las palabras de él resonaron en su mente. «¿Por qué soy buena para él?» ¿Cuándo se había convertido ella en algo bueno y ventajoso?

—No puedo esperar a conocerla mejor. —Ryan le lanzó a Kimber una sonrisa ardiente y se despidió de Jesse con una palmada en el hombro, añadiendo—: reserva el trasero para mí.

A pesar del tono bajo de Ryan, Kimber no pudo evitar oírlo. Y se enfadó. Aquel imbécil estaba dando por sentado algo para lo que ella aún no había dado su consentimiento. Deke había sido su amante en compañía de Luc, cierto, pero había sido imposible no adorar a Luc. Era todo

encanto y sofisticación. Un seductor innato, dulce y excitante. Y Deke... ella había confiado en él desde el primer momento a pesar de que podía comportarse como un auténtico bastardo y decir las cosas más horribles y maliciosas con el único fin de apartar de su lado a las personas que le amaban.

—Piérdete —Jesse le señaló a Ryan la puerta con el dedo.

El músico, con cuatro botellines en la mano y su tatuaje de calavera, abandonó la habitación unos momentos después. Kimber soltó un suspiro de alivio.

—No le hagas caso. A veces es un idiota.

Kimber no se lo discutió.

—Me ha dicho que lo compartís todo. Es el otro hombre de tus *ménages*, ¿no?

Jesse se removió con inquietud bajo la escrutadora mirada de Kimber.

—¿Cómo es que sabes eso?

—Cuando me dijiste que vivías de una manera poco ortodoxa que no podría soportar, leí la prensa sensacionalista, hice algunas preguntas y encontré la respuesta.

—Ah, nena. —La rodeó con sus brazos y depositó un beso amistoso en sus labios—. No haría eso contigo. Esas chicas no son importantes. Ryan y Cal pueden asegurarte que todas esas cosas que ocurren en las giras son insignificantes. Y que alguien como yo puede encontrar... aburrido. Algo tan común como cepillarse los dientes un par de veces al día.

«¿Dos veces al día?». ¿Con una desconocida? ¿Y le resultaba aburrido?

—No me mires así. No lo digo por herirte. Sólo soy honesto. Pero tú... eres importante para mí. Contigo, nunca me aburriré. He pensado mucho sobre ello, y jamás te compartiré. Eres demasiado dulce. Demasiado buena. Y quiero que sigas siendo así.

Eran unos pensamientos preciosos. Pero ella no era una santa ni nada parecido. Y ¿qué pasaría si él se aburría?

Frunciendo el ceño, Kimber se deslizó en el sofá al lado de él.

—No soy tan dulce. Y no soy totalmente inocente. Después de saber sobre tu inclinación por compartir a las mujeres, fui a ver a alguien que también lo hace. Ese hombre y su primo me han... estado enseñando.

Jesse se quedó boquiabierto.

—¿Te han estado enseñando? ¿Has permitido que te follaran...?

—No —le interrumpió—. Ya te dije que vendría a ti siendo virgen y lo sigo siendo.

Sólo porque Deke no la había aceptado. Maldición, volvía a sentir aquel dolor de estómago otra vez, y cada vez era peor. Se recostó en el respaldo, respiró hondo, pero seguía doliendo. Se suponía que el tiempo lo curaba todo, pero aquel dolor no se aliviaba ni desaparecía.

Kimber no se había ofrecido a Deke porque hubiera sentido lástima por él. Como si su virginidad fuera un premio de consuelo. La única cosa que Kimber había deseado aquella noche había sido sanarle, conectar con él. Amarle. De alguna manera, a pesar de las horribles palabras que luego le había dicho él, una parte de ella —una gran parte— había esperado que Deke aceptara su oferta y que se hubiera acostado con ella. Sospechaba que si él hubiera tomado su virginidad, habría podido ayudarlo a nivel emocional.

Pero ahora jamás lo sabría.

Jesse soltó un suspiro de alivio.

—¿Así que sólo hablaron contigo?

—Me tocaron. Y aprendí a tocarlos. —No pensaba mentir.

Lo que sí que no le diría era que estaba enamorada de otro hombre.

Una expresión feroz atravesó el rostro moreno de Jesse.

—¿Cómo te tocaron exactamente?

—De la manera necesaria para que yo comprendiera el placer que se obtiene al ser compartida y poder ofrecértelo a ti. Jamás he esperado que cambies tu sexualidad por mí. Así que intenté adaptarme.

«Y todo gracias a un fascinante y terco soldado con el que al final he acabado quemándome».

La respuesta pareció aplacarlos.

—Eso es... genial. Eres una mujer asombrosa. Pero tú no eres como una de esas putas, una de esas chicas tontas que tengo a mi alrededor todo el tiempo. Jamás he tenido intención de compartírte. Ni con Ryan ni con nadie. Si te convierto en una chica mala, ¿cómo podrías ser mi tabla de salvación?

Aunque parecía hablar medio en broma, Kimber no le veía la gracia. Tenía que conseguir que él se deshiciera de esa imagen de Virgen María que tenía de ella.

—Gracias por no querer compartirme con Ryan.

Jesse se incorporó y la atrajo hacia él.

—Eres mía, nena. Hemos pasado demasiados años manteniendo una relación a medias. Eres la única que realmente me conoce. Eres la única que me importa lo suficiente para intentar cambiar.

—No te he pedido que cambies por mí.

—Pero yo sí quiero hacerlo por ti. Por ti, quiero ser un hombre mejor. Y lo soy cuando estoy contigo.

Sus palabras eran conmovedoras, pero estaba confundido. ¿Por qué pensaba Jesse que tenía que cambiar? ¿Desde cuándo pensaba así? ¿Y por qué la veía a ella como una meta a alcanzar?

—Quizá podamos llegar a un acuerdo. Tú intentas ser un poco mejor, y yo intento ser un poco menos inocente. Quizá resulte.

Él vaciló.

—¿A qué te refieres con eso de ser un poco menos inocente?

—No tengo pensado seguir siendo virgen toda mi vida.

¿Por qué no ofrecerle su inocencia a Jesse? Llevaba años reservándose para él. Y Deke ya la había rechazado a pesar de lo mucho que la deseaba.

Jesse no respondió de inmediato.

—Y me parece lógico, pero tengo un plan. Sólo necesito que me des un poco de tiempo. Todo irá bien, nena. Ya verás —dijo con aquella sonrisa que con tanta frecuencia brindaba a las cámaras.

No era su verdadera sonrisa. Su auténtica sonrisa, que ella recordaba de aquel verano juntos, era picara y asimétrica. Era picara y torcida. Aquélla, sin embargo, era simétrica y falsa. Kimber frunció el ceño.

—Corta el rollo, Jesse, y dime exactamente qué plan es ése.

—No. No te lo voy a decir. Tengo que pensarlo bien. Ven a la gira y ya lo descubrirás.

—¿Cuándo nos vamos? —Tras cinco años de espera y un corazón roto, ¿por qué seguir dejando su relación en suspenso? Kimber quería seguir con su vida, hallar la manera de ser feliz de una vez.

Y olvidar a Deke. Él era parte del pasado. La había ahuyentado, así que Kimber seguiría adelante, esperando que pronto Jesse y ella encontraran el camino adecuado.

—Dentro de una semana. —Le sostuvo las manos—. Estaré encantado de tenerte conmigo y que me ayudes a mantener el control. Todo será diferente. Te sorprenderás, ya verás. Haré que la espera merezca la pena.



—¿Dónde estás? —le preguntó su padre por teléfono esa misma noche.

Acurrucada en el sofá de la suite de Jesse mientras la banda ensayaba, Kimber sujetaba con fuerza el móvil.

—Estoy en Houston, papá. Con Jesse. Estará en Estados Unidos durante unos meses y vamos a pasar algún tiempo juntos.

Su padre guardó silencio un rato.

—¿Sabes lo que dice la prensa de él? ¿De su vida sexual?

El coronel seguía siendo su padre a pesar de que hacía ya tiempo que ella había dejado de ser una niña.

—Sí, papá. Ya hemos hablado de ello. —Era el momento de cambiar de tema antes de que él preguntara qué había querido decir con eso, antes de que le preguntara dónde (y con quién) había estado antes de ir a Houston—. ¿Dónde estás tú?

—Espero que tengas cuidado —le dijo él, ignorando la pregunta.

Eso por intentar cambiar de tema.

—Eso haré. Ahora ya soy toda una mujer.

—Sí. —El escupió las palabras, como si odiase admitirlo—. Al volver la vista atrás, me pregunto si tus hermanos y yo no te habremos sobreprotegido después de que tu madre muriera. ¿Conoces la clase de vida que lleva alguien como Jesse?

Oh, por supuesto. Había aprendido lo suficiente de Deke y Luc, incluyendo el dolor.

—Por favor, no te preocupes. Hiciste un gran trabajo ejerciendo de padre y de madre a la vez. Logan y Hunter fueron los típicos hermanos sobreprotectores que me espantaron todas mis citas y se burlaron de mí cada vez que me maquillaba, pero, créeme, no estoy tan traumatizada. Me las arreglaré.

La risa ronca de su padre le enterneció el corazón.

—Conozco a Jesse desde hace mucho tiempo —continuó ella—. Llevamos años esperando una oportunidad. Sólo tenemos que aprovecharla.

—No te veo como seguidora de una superestrella. —El tono desaprobador de su padre no podía ser más evidente.

Kimber tampoco se veía de esa guisa, la verdad. ¿Podría vivir la vida nómada de Jesse? ¿Podría permitir las largas ausencias de él con su banda para vivir como siempre lo había hecho? Incluso aunque él quisiera cambiar, llevaría su tiempo. ¿Y si, algún día, tras llevar años casados se daban cuenta de que aquello no funcionaba?

¿Podría ella dejar de amar a Deke? ¿De quererlo? ¿De desearlo? ¿Podría aceptar a otra persona? ¿Cómo era posible que un hombre destrozara todos sus planes en tan sólo unos días?

—No soy una *groupie*. Y ésta es nuestra oportunidad de conocernos bien. Deja que lo intente.

—No me gusta. Jesse solía ser un buen chico, pero por lo que he oído de él... creo que será un error.

Kimber sintió un nudo en el estómago. Su padre estaba convencido de lo que decía. Aunque el coronel llevaba años sin ver a Jesse, sólo había oído cosas de él. No era lo mismo.

—Pues será mi error.

Su padre suspiró.

—Sí, es cierto. Pero ten cuidado, y en más de un sentido.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora mismo voy a tomar el avión a casa desde Tailandia. Cuando llegue a Estados Unidos quiero comprobar que tus hermanos y tú estáis bien.

—¿Todavía te están amenazando?

—Sí. Me siguen enviando unos e-mails espeluznantes y me dejan mensajes amenazadores en todos lados. No sé quién es, pero va en serio. Ya sabes cómo son estos chiflados, y jamás amenazan en vano. Y éste te ha mencionado a ti, y me ha dicho que te hará daño para hacérmelo a mí.

—Eso no es nada nuevo y jamás me ha ocurrido nada.

—Siempre hay una primera vez. Este psicópata parece muy tenaz, así que me sentiré mucho mejor si no vas sola a ningún lado. Recuerda tus clases de autodefensa. ¿Podría convencerte para que lleves un arma?

Un escalofrío de inquietud la atravesó, afilado como una cuchilla de afeitar e imposible de ignorar. Algunos pirados dedicaban sus vidas a esperar que sus presas se relajaran y bajaran la guardia. ¿Quién sabía cómo sería ese tío?

—No tengo permiso de armas. Pero estaré bien. Siempre estoy rodeada de gente.

Su padre gruñó al teléfono, como si quisiera decir algo más, pero supiera que sería perder el tiempo.

—Entonces, ¿vendrás a visitar a tu anciano padre cuando esté en casa?

—La gira de Jesse se detendrá en Dallas la segunda noche. Me pasaré por casa cuando estemos allí. Estoy deseando verte.

—Yo también. Cuídate, nena. Te he echado mucho de menos.

Llevaba años sin llamarla así. Hacía mucho tiempo que no se dirigía a ella con ningún término cariñoso.

—¿Me estás ocultando algo?

Él vaciló.

—No, sólo quiero que tengas cuidado.

Capítulo 9

—¿Qué tal los ensayos? —le preguntó Kimber a Jesse cuando éste entró en la suite del hotel a media tarde casi una semana más tarde.

Iba sin camisa y con el largo pelo mojado por la ducha reciente. Con una toalla en la mano y una botella de agua en la otra, recorrió la estancia con gracia perezosa. Los músculos de sus hombros se movían sinuosamente cada vez que se frotaba el pelo con la toalla, y la nuez le oscilaba arriba y abajo al beber el agua. Sus rasgos perfectamente simétricos esbozaron una sonrisa igual de simétrica.

En los últimos cinco años, Jesse había madurado definitivamente. No era sólo un niño bonito, sino que se había convertido en un hombre realmente guapo. No era de extrañar que su rostro apareciera en posters, vallas publicitarias y portadas del mundo entero. Tras largos años de comunicarse con él sin verlo, Kimber estaba aturdida de nuevo por su belleza.

Le gustaba mirarle. Sólo mirarle. No sentía ningún impulso de tocarle. Por el contrario, se moría por ver unos ojos azul oscuro, un pelo cortado al uno, una tensa mandíbula cuadrada y una dura cara llena de lujuria por ella.

Maldita sea, tenía que dejar de pensar en Deke. Eso no la ayudaba en absoluto. «¡Céntrate, Kimber!». Lo que sí que la ayudaría sería sentir el ardiente deseo de estar desnuda con Jesse, el mismo deseo que sentía cuando Deke la miraba o Luc la besaba tan tiernamente. Pero ese deseo de revolcarse y acostarse con Jesse seguía sin aparecer. En los últimos días incluso había sentido alguna chispa por él, brillantes y fugaces como el flash de una cámara, que luego desaparecían.

Pero nada más.

Y parecía que tampoco Jesse se hubiera sentido lleno de deseo por ella. La había besado dulcemente todas las mañanas y tiernamente cada noche, y luego se había ido a la cama, dejándola a ella sola en la suya. Gracias a Dios.

Pero Kimber no podía evitar preguntarse si había algo malo en ella para que ningún hombre quisiera tomar su virginidad.

Confundida por todo ello, Kimber sacudió la cabeza.

Pero ahí no acababa todo. En tan sólo unos días, Deke, un hombre del que se había jurado a sí misma no enamorarse, había irrumpido en su corazón y se había instalado en lo más profundo de él. Se sentía como una tonta. Amar y echar de menos a un hombre que jamás correspondería a sus sentimientos era una insensatez. Jesse había estado en sus sueños, en sus planes, durante mucho tiempo. Se suponía que iban a compartir la vida. Ciertamente él ya no era el mismo adolescente despreocupado y alegre que ella recordaba. Pero ella tampoco era la misma mujer. Ya no lo veía todo de color de rosa. Y mucho se temía que Jesse no tenía lo que ella necesitaba.

—El ensayo ha sido la misma jodienda de siempre. —Hizo una mueca como si recordara que ella estaba allí—. Tampoco es que me sorprendiera. No todo el mundo puso el máximo empeño en hacer su trabajo. Los gilipollas tenían resaca. —Puso los ojos en blanco—. Para colmo tenía la prensa encima todo el rato. Parece que no tienen otra cosa que hacer que sacarme en las noticias cada vez que toso. Ojalá no me siguieran a todas partes, pero Cal no hace más que animarlos. Todo por mi imagen.

—Seguro que sus intenciones son buenas. El concierto de esta noche será genial, ya lo verás. —Kimber se esforzó en parecer comprensiva, como una amiga debería serlo. Pero no estaba familiarizada con el lado gruñón de Jesse.

—Cal sólo busca llenarse los bolsillos. Es un avaro hijo de perra. Si no fuera uno de los mejores en su trabajo, le habría dado una patada en el culo hace tiempo. Actúa como si yo necesitara un jodido padre que me mantuviera a raya.

Kimber no había visto demasiado a Cal, pero sí lo suficiente como para saber que aquel hombre consideraba su deber evitar que Jesse se autodestruyera.

—Está tratando de ayudarte.

—Lo único que hace es fastidiarme.

—Pues sólo tienes tres alternativas. O lo despides. O te aguantas. O le pides que sea más amable contigo.

Aquello interrumpió la acalorada perorata de Jesse.

—Maldición, tú sí que eres lista. Te pareces a tu padre, no tienes pelos en la lengua. Sabía que había una razón para que te invitara a la gira conmigo.

Jesse esbozó una sonrisa, y parte de la tensión desapareció de su cara, luego la abrazó y la besó en la frente. Kimber se esforzó por disfrutar de su calidez, pero las palabras de Jesse aún le rondaban en la cabeza, distrayéndola. Y aunque él era muy atractivo, ella sentía que no se encontraba en el lugar adecuado.

Y sabía por qué. «Condenados Deke y su terquedad».

Kimber se apartó del abrazo.

—Entonces, ¿está todo listo para el concierto?

—Bueno, al final sí. El local es estupendo. Lo cierto es que estoy esperándolo con ansia.

La mirada que Jesse le dirigió la desconcertaba. Era reservada, nerviosa, ansiosa, tierna. «Interesante...»

—¿Porque da inicio a la gira?

—No. Es este concierto en concreto. Estoy algo nervioso.

Kimber sonrió y le cogió de la mano, recordándose a sí misma que Jesse necesitaba un amigo. En realidad, eso es lo que ella era para él. Por lo que había visto, ni Ryan ni Cal ejercían esa función. No era de extrañar que estuviera enfadado. Ni que sintiera inquieto por ese concierto. Como amiga suya, Kimber podría ayudarle a tener confianza.

—Estoy segura de que el primer concierto de una gira es excitante. Todas las entradas están vendidas. Los fans llenarán el foro. Te adoran. No tienes de qué preocuparte.

—Oh, no me preocupo por eso. A veces, pienso que podría cantar *Mary tiene un corderito*, y todos me animarían de la misma manera. —Se rió con sarcasmo—. Es una locura.

—¿Entonces qué sucede?

—Ya lo verás.

El sonsonete iba acompañado de una extraña mirada. Definitivamente, Jesse tenía un secreto. Se traía algo entre manos.

—¿Qué estás planeando?

—Tendrás que esperar a esta noche para descubrirlo.

—Lo estoy deseando. —Pero en realidad no era así. Un temor que no comprendía le revolvió el estómago. Las sorpresas no siempre eran buenas.

—¿De qué se trata?

—Mmm, te aseguro que te gustará. —¿Estaba él enfadado porque ella no estaba saltando como una loca tratando de averiguar el secreto?

—Espero que así sea.

Él la miró fijamente, aquellos ojos oscuros y penetrantes parecían ansiosos y confusos.

Ella suspiró.

—¿Qué sucede?

—Nada.

Una negativa directa. ¡Qué hombre tan caprichoso! Pasaba del júbilo a la tristeza, de la travesura al mutismo, en un santiamén. Y por lo que Kimber había podido ver, todos tenían que adaptarse a su estado de ánimo. Jesse estaba acostumbrado a que todo el mundo estuviera pendiente de él. Se parecía muy poco a su padre y a sus hermanos que sólo tenían tres modalidades: trabajo, risa y cólera... en ese orden. Jesse, sin embargo, era todo un mapa emocional.

—¿Qué ha sucedido con el Jesse que conocía? —La pregunta se le escapó antes de poder detenerla.

Jesse clavó la mirada en ella.

—¿A qué te refieres?

Kimber contuvo el deseo de removerse inquieta y apartó la mirada. Pero no habían mantenido una conversación sincera en la última semana. Vana y superficial, sí. Jesse le había preguntado por su familia, por sus estudios, y se había interesado ligeramente por sus planes de futuro. Por otra parte, ella tampoco se había mostrado muy comunicativa. No podía soltarle de buenas a primeras que no podía pensar en el futuro cuando ni su corazón sabía lo que quería. Además, él parecía absorto en esa gira y no había abierto su corazón a Kimber. Algunos días, apenas le hablaba.

A diferencia de Deke, que siempre se comunicaba con ella incluso con una simple mirada. Le decía las cosas a la cara, quisiera ella o no escucharlo.

—Creo que ya sabes lo que quiero decir —murmuró ella, esforzándose por apartar de sus pensamientos al duro guardaespaldas—. Has... cambiado.

—Tú también. Eres más confiada, madura y endiabladamente sexy.—Se inclinó hacia ella y depositó un beso tierno en sus labios—. Cuando estoy contigo, me siento más yo mismo, más centrado. Supongo que lleva un tiempo acostumbrarse a no andar de fiesta todo el rato.

Quizá fuera cierto. ¿Quién sabía? De alguna manera, Kimber tenía la sensación de estar hablando con un desconocido.

—No estoy aquí para cambiar tu vida.

—Necesito cambiarla y sé que tú eres la clave. Recuerdo ese verano que pasé contigo y con tu padre, y recuerdo las cosas que hablamos, que hicimos. Encontramos maneras sencillas y buenas de divertirnos. —Hizo una pausa, y un destello hizo brillar sus ojos oscuros—. Oye, ¿sabes qué tengo en DVD?

Aquella sonrisa de Jesse destilaba travesura. Y un atisbo de felicidad. Una sonrisa de verdad. La primera que le había visto en una semana.

Kimber se relajó y le devolvió la sonrisa.

—¿*American Pie*?

—Sí. Y aún tengo unas cuantas horas libres antes de tener que pisar el escenario, ¿quieres...?

¿Ver juntos la película que les había hecho llorar de risa aquel verano?

—Claro.

—Espera un momento.

Se inclinó sobre el respaldo del sofá y agarró el teléfono. En unos segundos había pedido palomitas al servicio de habitaciones. Para cuando encontró el DVD, supo conectarlo a la televisión de plasma de la suite y dio don el menú en la pantalla, llegaron las palomitas.

Durante más de una hora, se rieron de las travesuras de aquellos cuatro adolescentes del instituto que lo único que querían era perder su virginidad la noche del baile de graduación.

—Mira esto. —Jesse cogió un puñado de palomitas y las lanzó al aire tratando de cogerlas con la boca abierta.

No lo consiguió y le golpearon la mejilla, provocando la risa de Kimber.

—Asombroso.

—Bueno, hace mucho que no practico. Y me sale mejor con los M&M's.

Ella le dio un golpecito en el hombro.

—Excusas, excusas.

—Veamos si tú lo haces mejor.

Arqueando una ceja, Kimber cogió un puñado de palomitas y lo lanzó al aire. La mayoría aterrizó en su lengua. Le dirigió a Jesse una sonrisa engreída.

—Fanfarrona —murmuró él, pero le pasó el brazo por los hombros mientras se acomodaban para ver el resto de la película.

Y realmente estuvieron cómodos, pero en plan amistoso.

Cuando la película finalizó, Jesse apagó la televisión y el reproductor de DVD con una enorme sonrisa.

—Esa película siempre me recuerda el verano que pasamos juntos. No creo haber pasado otro mejor. Sin presiones. Sin admiradores. Sin fiestas. Sólo me divertía.

—Yo también me divertí mucho ese verano.

En el aire se respiraba la esperanza del primer amor. En aquel tiempo, habían sido inocentes —nunca habían ido más allá de los besos—, pero cada uno de ellos había parecido ardiente y prohibido. Y dulce. Y Jesse había comprado ese DVD porque le recordaba a ella, y lo había llevado siempre consigo. Verlo juntos de nuevo había sido como una explosión.

Pero, ¿había servido para que Jesse recuperara el lazo afectivo que habían compartido una vez o sólo le había hecho recordar un pasado más feliz? ¿Estaba interesado en ella de verdad, o al igual que el DVD era sólo un recuerdo de un tiempo mejor?

¿Y por qué seguía ella allí, dándole falsas esperanzas a Jesse, cuando estaba claro que era Deke el dueño de su corazón? ¿Cuando añoraba los momentos de tranquilidad que pasaba con Luc?

Alguien llamó a la puerta de la suite. Sin esperar una respuesta, el visitante metió la llave en la cerradura y entró en la habitación. «Ryan».

El músico les dirigió a ambos una mueca sufrida.

—Vaya, os he vuelto a pillar vestidos. Menudo par de tórtolos.

Oh, ese hombre era insufrible, pensó Kimber. Siempre decía lo que le pasaba por la mente sin importarle si sus palabras ofendían a alguien o no.

—Estábamos viendo una película —Kimber se esforzó por sonar cortés.

—Yo preferiría que empezara a menearos para hacer una película digna de verse —dijo, dirigiéndole a Kimber una mirada lasciva.

De acuerdo, aquel tío se había ganado el puesto más alto en la lista negra de Kimber.

La irritación de la joven debió de ser evidente, pues Jesse le dirigió a Ryan una mirada de advertencia.

—A pesar de lo mucho que te gustan las películas caseras, olvídate de hacer una. ¿Qué quieres?

—Falta una hora para el concierto, tíos. Sólo vengo a recordároslo.

Jesse se miró el reloj, luego suspiró.

—De vuelta a la realidad. —Dirigió una mirada de anhelo al mini-bar—. ¿Debería beber algo antes del concierto?

«¿Beber algo antes del concierto?».

—Creo que no deberías, pero es sólo mi opinión personal.

—Es para soltarme un poco —dijo en tono defensivo.

—Tú decides, pero apuesto lo que quieras a que no lo necesitas.

Ryan se acercó al minibar y sacó un montón de botellines.

—Pareces una vieja carroza. Lo que necesitas es un buen polvo. Y no me importará ayudarte.

Antes de que Kimber pudiera despellejarlo vivo con su lengua viperina o que Jesse pudiera ponerlo en su sitio, Ryan salió de la habitación. «Bastardo».

—Lo siento —masculló Jesse.

—Echas de menos tu antigua vida —dijo ella, dándose cuenta de que era verdad.

—Necesito dejar de vivir de esta manera. No puedo seguir despertándome cada dos por tres al lado de Ryan y de una mujer cuyo nombre no conozco. Necesito que me ayudes.

Sus ojos oscuros estaban llenos de esperanza, vergüenza y cólera.

Campanas de alarma resonaron en la cabeza de Kimber. Incluso aunque ella lograra sentir algo más que pena por él, Jesse sólo la quería para que lo ayudara a salvarse. No la quería de verdad. Y ella no podía rescatar a alguien que no estaba dispuesto a rescatarse a sí mismo.

Dios, ¡qué confundida estaba! Jesse lo había sido todo para ella —o al menos, eso creía— hasta que conoció a Deke y a Luc. Hasta que perdió su corazón. Había volcado sus sueños y esperanzas en Jesse. Pero en ese momento, estaba claro que ella no encajaba allí.

—Por favor, ayúdame. —Le agarró las manos y la acercó a su cuerpo.

Kimber olía a champú de frutas y piel limpia, y ese aroma inundó las fosas nasales de Jesse cuando cubrió la boca de Kimber con la suya. Con suavidad. Como una pincelada o el aleteo de una mariposa. Dulcemente, como si estuviera espolvoreándole la boca con azúcar. Pero cuando él la urgió a separar los labios y deslizó la lengua dentro, ella saboreó el sabor acre de la desesperación e intentó apartarse.

En vez de soltarla, Jesse la apretó contra su cuerpo. Enterró los dedos en sus cabellos y se aferró a las largas hebras mientras profundizaba el beso. Kimber lo empujó con discreción. Él se resistió, ahondando el beso todavía más. Parecía querer tomar algo de ella, y lo intentaba con todas sus fuerzas. Pero él no daba nada a cambio. Pensaba que ella tenía algo que él necesitaba.

Kimber no lo tenía. No deseaba a Jesse. Su beso no la hacía derretirse ni arder de deseo. No podía poner el corazón en ello. Jesse era un amigo, pero nada más. Y se lo diría tras el concierto.

Con rapidez, ella interrumpió el beso. Él se apartó con un suspiro de pesar.

—Será mejor que me vista —dijo con voz quebrada—. Y tú también. Ponte algo especial.

Con otra sonrisa fugaz, a medias entre la excitación y la ansiedad,

Jesse pasó por su lado, se metió en su dormitorio y cerró la puerta tras de sí.

¿Qué demonios pensaba hacer ese hombre?



El rugido del estadio y los decibelios de la música habían dado a Kimber dolor de cabeza. Llevaba más de dos horas sentada entre bastidores, observando el concierto inaugural e intentando ignorar a las *groupies* que perseguían servilmente a Jesse. En ese momento, estaba mirando cómo Jesse y su grupo ponían fin al concierto, tocando aquella mezcla ecléctica llena de cólera y emoción, con una pizca de clasicismo. Jesse era el cantante perfecto de mirada expresiva que no sólo se creía cada palabra que cantaba, sino que las sentía, tanto si la canción trataba de arrastrarse sobre cloacas inmundas o de vivir un amor eterno.

No dejaba de ser gracioso que se sintiera más excitada oyendo a Jesse cantar que besándole. Odiaba admitir por qué, no quería considerar las razones por las que su cuerpo había comenzado a latir desesperadamente. O por qué tenía sueños —unos asombrosos sueños eróticos— que giraban en torno a Deke y Luc.

Kimber los echaba de menos a los dos, pero lo que realmente deseaba era poder rodear a Deke con sus brazos y curarle. Si era sincera consigo misma, también quería que él la viera como algo más que una virgen, como una mujer con la que podía reírse, sonreír, vivir... Anhelaba poder decirle que le amaba. Y con el mismo anhelo deseaba oírle decir que él también la amaba a ella.

«Eso no va a ocurrir».

Kimber aceptó los hechos con un suspiro. Su futuro, el mismo que ella había trazado, había desaparecido.

Suspirando de nuevo, observó distraídamente cómo Jesse tiraba la toalla con la que se había secado el sudor hacia el gentío, compuesto en su mayor parte por jovencitas. Algunas estaban con los pechos al aire, que oscilaban de arriba abajo mientras bañaban bajo los focos. Él sonrió y las saludó.

Dios, ella no encajaba allí. Iba a tener que decírselo. Y marcharse.

—Kimber.

Su nombre. Alguien acaba de decir su nombre. De gritarlo. Parpadeó. Jesse la miraba y le indicaba que se acercara a él.

¿Acaso quería que subiera al escenario? ¿Delante de todo el mundo?

Jesse volvió a hacerle señas con un gesto más categórico.

«¿Qué diablos...?». Con un encogimiento de hombros, se levantó de la silla y subió al escenario. Se apagaron los focos. La multitud guardó silencio.

Con el micrófono en la mano, Jesse sonrió y dijo:

—Es genial haber regresado a Houston, mi ciudad natal. —La multitud hizo una ovación cuando él pasó el brazo por los hombros de Kimber y la estrechó contra su cuerpo, besándola en la sien.

Con la cabeza dándole vueltas, Kimber miró al gentío y casi perdió el equilibrio. Si bien los brillantes focos del escenario le impedían ver al público, había visto el tamaño del recinto poco antes del comienzo del concierto y sabía que allí había miles de personas. ¿Por qué la había abrazado delante de toda esa gente? Ella no iba a cantar.

—Es el lugar perfecto —murmuró Jesse dirigiéndose a la multitud con el tono de alguien que va a contarle un secreto a un amigo—, para presentaros a mi novia de siempre, Kimber, la chica con la que voy a casarme.

Capítulo 10

Deke extendió el periódico de la mañana sobre la mesa de la cocina, mientras se tomaba una taza de café.

—¿Alguna noticia interesante? —preguntó Luc en tono tenso.

Ésas eran las primeras palabras corteses que su primo le dirigía en una semana.

Sin sentarse en la silla, separó las páginas del periódico, dejando a un lado las secciones que menos le gustaban. De esa manera centraría la atención en algo que no fuera la ausencia de Kimber y en cómo eso le carcomía la cordura. No iba a tener suerte, en especial cuando el titular de la página de sociedad era: «Jesse McCall comprometido!!».

Debajo había una foto en blanco y negro de Kimber con McCall, rodeándola con un brazo, junto a un encabezamiento que decía que Jesse había informado a los fans que habían acudido al concierto de la noche anterior que se iba a casar con su novia de siempre, Kimber Edgington.

«Jodido hijo de perra!».

La taza de café se deslizó entre los dedos entumecidos de Deke y cayó al suelo.

Luc se dio la vuelta.

—¿Qué diablos te pasa? Limpia ese maldito café...

—¿Y qué coño importa ese jodido café?

Le mostró a Luc los titulares del periódico.

Tras una rápida ojeada, Luc se hundió en una silla a su lado y maldijo entre dientes.

—¡Maldición! Tú la has empujado a ello. Tú la echaste de aquí.

Luc arrojó el periódico encima de la mesa al tiempo que le lanzaba una mirada airada. Deke clavó la suya en la foto de McCall y Kimber. Las preguntas que se agolpaban en su mente lo estaban matando. ¿Se habría acostado ella con aquel niño bonito? Era más que probable. Y era igual de probable que McCall la hubiera compartido con alguien, que hubiera observado cómo algún desconocido se la beneficiaba hasta llevarla al orgasmo.

Pero lo que más daño le hacía era preguntarse si ella amaba realmente a Jesse. Y Deke conocía a Kimber. Tenía que creerse enamorada de aquel bastardo para estar dispuesta a casarse con él.

Ante ese pensamiento, se le aflojaron las rodillas y se encontró sentado en la silla. Kimber se iba a casar con otro. Estaba enamorada de otro hombre.

«¡Demonios, no!»

Pero ésa era la realidad, y le desgarraba las entrañas como si le estuvieran clavando mil cuchillas de afeitar. McCall se había declarado y ella le había dicho que sí. Jesse era feliz. Sólo había que ver la sonrisa que lucía en la foto. Kimber estaba de perfil y no podía verle la cara, pero tenía que ser feliz también. Ésa era la materialización de su sueño más anhelado.

Y él... Maldición, él había estado hecho polvo desde que ella se había ido arrancándole el corazón con sus lágrimas.

—Jamás fue nuestra —logró graznar—. Y esto lo prueba.

—Kimber se hubiera quedado si te hubieras comportado decentemente con ella. Incluso te ofreció...

—No podía arrebatarte la virginidad. No me pertenecía a mí, ni tampoco ella.

El que la chica y su virginidad pertenecieran a aquel cantante que sonreía desde el periódico no le hacía la más mínima gracia. Más bien le hacía desear hacer pedazos a McCall con sus propias manos, e inflingirle el máximo dolor posible.

Dios sabía que en el ejército le habían enseñado a hacerlo.

Luc le señaló con un dedo acusador.

—Le hiciste creer que no nos pertenecía. Si hubieras admitido tus sentimientos y hubieras hecho el amor con ella...

—Vale, ¿entonces qué? ¿Cuánto tiempo hubiera pasado antes de que hiciera una barbaridad como con Heather?

—Kimber no es Heather —insistió Luc—. Kimber es más fuerte y hubiera sobrevivido. Creo que te amaba.

«Vaya ironía». Esa posibilidad hizo que la alegría estallara en su pecho, mientras que el temor le retorció y le arrancaba las entrañas. Maldición, era un auténtico bastardo. La quería, pero no podía tenerla. Si Kimber se hubiera quedado, hubiera sido sólo cuestión de tiempo que hubiera tomado su virginidad. Demasiados riesgos. Demasiadas cosas en juego. Había tomado la decisión correcta.

Pero era una agonía.

—¿Y entonces qué? —contraatacó Deke—. ¿Se habría casado con uno de nosotros? ¿Por qué coño continúas aferrado a esa estúpida fantasía? —Fulminó a su primo con la mirada—. ¿Qué crees que pasaría... después? Sé que quieres que tenga un montón de bebés nuestros y que vivamos felices por siempre jamás. Y ya sabes lo que siento al respecto. Además, ninguna mujer quiere acostarse con dos hombres cada noche, preguntándose cuál de los dos es el padre de sus hijos. ¿Crees que jamás aparecerían los celos en esa relación? Luc, es sólo una fantasía.

—No es más fantasía que el hecho de creer que puedes pasarte el resto de tu vida tirándote a un montón de putas anónimas. Yo quiero algo más. —Su voz se convirtió en un susurro—. Y sé que tú también lo quieres; lo querías con Kimber.

Mierda, Luc lo conocía demasiado bien.

—Kimber se ha ido. Y no hay más que discutir.

—¿Y no crees que deberíamos luchar por ella? —Luc parecía incrédulo.

—¿Cómo? Kimber va a casarse con una superestrella por la que lleva colgada cinco años. No creo que vaya a dejarla ahora sólo porque nosotros llamemos a su puerta. Tenemos que seguir adelante con nuestra vida.

Las palabras parecieron noquear a Luc.

—¿Es así como quieres que sean las cosas? —le espetó—. ¿Quieres fingir que ella nunca estuvo aquí y que no nos importa?

—Sólo fuimos sus tutores. Punto.

—Yo la adoro. Y tú también. De hecho, creo que tú la amas.

Deke vaciló.

—No es verdad.

—Mentiroso. Por eso te portaste tan mal con ella. Sabía que podía hacerte vulnerable y obligarte a enfrentarte a ese pasado que te está destruyendo.

—Vete a la mierda, ¿vale?

—Así es como solucionas las cosas, ¿verdad? Cuando todo lo demás falla, le gritas a Luc. ¿Sabes qué?, tienes razón. Sigamos adelante con nuestra vida. —Luc atravesó la cocina. Enfurecido, cogió el inalámbrico y salió de la estancia.

¿Qué demonios pensaba hacer su primo? A Deke casi no le importaba dada la furia que le burbujeaba en el vientre. Y ese dolor... era como fuego ácido sobre su piel, ante el pensamiento de Kimber en la cama de McCall, en su vida. Pero lo superaría.

Tenía que hacerlo. ¿Qué otra opción tenía?

Cinco minutos más tarde, Luc regresó a la cocina y le brindó una sonrisa presuntuosa.

—Espero que no hayas hecho planes para hoy.

—No, es domingo. ¿Qué es lo que tienes en mente?

—He llamado a Alyssa Deveraux y me la he camelado. La he convencido para que se acueste con nosotros. Hemos quedado a las tres. Vístete.

Con un giro brusco, Luc salió de la cocina y enfiló por el pasillo. Un momento después, el ruido del agua corriendo le dijo a Deke que su querido primo estaba en la ducha.

Y mientras él se había quedado mudo, sin saber qué decir.

«Maldita sea». Alyssa Deveraux. El bomboncito rubio que poseía aquel club de *striptease*, la de las medias con ligeros sexys y picardías que hacía babear a los hombres, iba a acostarse con ellos. Tras ser el blanco de su lengua afilada y su más que evidente desdén, había aceptado hacerlo con ellos. Por Luc, por supuesto. Siempre había deseado a su primo. Pero como gratificación, él también conseguiría sumergirse en aquel dorado y apetecible cuerpo. Penetrar con su pene ese ardiente coño, repentinamente dispuesto.

Deke bajó la mirada hacia su pene, pero para su sorpresa seguía sin dar muestras de excitación bajo el pantalón del pijama.

Por la sorpresa. Tenía que ser por la sorpresa. Alyssa era un auténtico sueño húmedo. En cuanto la tuviera cerca, enterraría la cara en esas deliciosas tetas y se sentiría más que excitado. Más que preparado.

«¿Verdad que sí?».



Cuatro horas después, Luc aparcaba en una zona residencial de Lafayette, Louisiana, delante de una pequeña casa blanca, llena de encanto sureño, con rosales en el jardín.

Deke miró a su primo con el ceño fruncido.

—¿No has quedado con ella en las Sirenas Sexys?

—Me dijo que viniéramos aquí —Luc salió del coche, sin añadir nada más.

Deke lo siguió con las palmas de las manos húmedas de sudor.

¿Cuánto tiempo hacía que tenía fantasías sobre poseer a Alyssa Devereaux? Por lo menos un par de años, desde que su socio y amigo, Jack Colé, se la había presentado. Hasta entonces, había intentado seducirla repetidas veces. Intentar dominarla no le había llevado a ninguna parte. El inexistente encanto de Deke hacía que lo rechazara aun antes de abrir la boca. Discutir le había despojado de cualquier oportunidad con ella. Por lo general, sólo el sonido de su nombre lo ponía duro.

Pero hoy... bueno, su cuerpo aún no daba señales de vida. Su falta de excitación tenía que deberse sin duda a las importantes preguntas sin respuesta que le rondaban la mente. ¿Qué demonios le habría dicho Luc a Alyssa para convencerla de eso? ¿Y qué había ocurrido para que Luc que había sostenido que no le interesaba Alyssa, estuviera tan deseoso de estar con ella?

«¿Por qué?».

Deke no tenía respuestas para ninguna de esas preguntas mientras recorría el camino de adoquines bordeado por macizos de flores de vistosos colores.

—Preciosas azaleas —murmuró Luc mientras tocaba el timbre.

«¿Qué coño es una azalea?» ¿Por qué le sudaban las manos?

Alyssa abrió la puerta vestida con una falda negra con una abertura hasta el muslo y un top de encaje sin hombros que mostraba el nacimiento de sus pechos.

—Hola, chicos. Entrad.

Deke vaciló, pero entró detrás de Luc y recorrió el lugar con la mirada. La casa estaba decorada en tonos verdes salpicados de amarillo con matices de color tierra por todos lados. Parecía una de esas casas que se veían en los libros de filosofía zen. Como una foto en blanco y negro de la naturaleza. Toda ella rezumaba paz.

—Gracias por invitarnos —dijo Luc—. Un lugar precioso.

Alyssa sonrió.

Deke tragó saliva.

—Gracias. Compré la casa hace unos meses. Estaba hecha un desastre, pero la he estado arreglando.

—Pues te ha quedado genial —le dijo Luc con aprobación.

¿Dónde estaba su voz? Deke no conseguía encontrarla.

¿Y ahora qué? ¿Se sentarían a tomar un té helado educadamente o simplemente se dedicarían a follar?

—¿Queréis beber algo? ¿Té, refrescos, café? —Alyssa le brindó a Luc una mirada ardiente mientras se llevaba la mano al pecho y jugueteaba con la suave piel de su escote.

—No, gracias. —Nadie pudo ignorar la repentina tensión en la voz de Luc, ni cómo sus ojos siguieron el movimiento de la mano femenina sobre los pechos.

Luc estaba tenso y duro, y parecía más que dispuesto a pasar a la acción. Deke observó fijamente a Alyssa buscando alguna reacción, algún interés por muy remoto que fuera. Cualquier cosa.

La cara de Kimber irrumpió en su mente, sonrojada de placer, cubierta de lágrimas, mirándolo dulcemente cuando le ofreció su inocencia.

Y él la había rechazado. Como un tonto, un estúpido, había dejado que se fuera. No, la había empujado a irse. La había arrojado en brazos de McCall con el que pronto se casaría. ¿Y qué le había quedado a él? Su jodida soledad. Pero Kimber estaría mejor así. Tenía que centrarse en eso.

—¿Deke? —Alyssa le dirigió una mirada de curiosidad.

Era la mirada más agradable que le hubiera dirigido nunca. Por lo general, lo único que le ofrecía era un absoluto desdén.

—¿Quieres beber algo? —lo apremió.

Deke tenía que escoger. ¿Bebida o sexo?

—¿No me vas a llamar musculitos, ni saco de esteroides?

Ella le lanzó una mirada de sorpresa.

—Hoy no.

«Interesante».

—Mmm, me encantará tomar algo. Lo que tengas por ahí.

Ella asintió con la cabeza. Mejor dicho, sacudió la cabeza de arriba abajo nerviosamente, luego respiró hondo y pareció obligarse a entrar en la cocina meneando las caderas de una manera que en sí misma era una invitación. Le sirvió un vaso de té helado y se lo ofreció.

A Alyssa le temblaron las manos cuando les hizo señas para que se sentaran en el sofá de la salita.

Deke tomó asiento. Alyssa se sentó a medio metro de él y dejó entrever por la abertura de la falda unos atrevidos ligeros de seda negros y unas medias transparentes. Luc se sentó al lado de ella y dejó caer la mano sobre el muslo expuesto. A la mujer se le disparó el pulso del cuello.

«¿Qué coño pasaba allí?».

—Llevas mandándome a la mierda tres años. ¿Por qué de repente accedes a esto?

Alyssa parpadeó, aquellos hermosos ojos azules adquirieron un tono gris humo, su dorado cutis se ruborizó. Para ser una stripper que había visto el lado malo de la vida, parecía una joven pura y dulce.

—¿Has cambiado de idea?

La ronca voz de Alyssa le sacudió. Era increíblemente sexy. Apabullante. De ojos suaves, labios plenos que formaban tentadores pucheros, pechos que, según sospechaba, eran más de origen artificial que divino, pero sin duda seductores. Bajando la mirada al trozo de muslo que quedaba al descubierto comenzó a sentir una leve reacción más abajo del cinturón.

—No he cambiado de idea.

Alyssa se giró hacia Luc, esperando su respuesta.

—Yo tampoco voy a cambiar de idea. Cerró la mano sobre su muslo, subiéndola por debajo de la falda, hasta que la posó sobre las húmedas bragas negras.

—Bien. —Alyssa exhaló la palabra.

—Deke —lo llamó Luc—. Bésala, quítale el top.

Alyssa lo detuvo, alarmada.

—Yo... ¿no prefieres ir antes al dormitorio?

Luc se puso de pie y se quitó los zapatos, y luego, bruscamente, la camisa.

—Eso para el final.

—Oh. —Ella parecía aturdida y ni siquiera la habían tocado.

Luego Luc le dirigió a su primo una mirada expectante. «Cierto. Bésala, quítale el top».

Suspirando profundamente, Deke extendió la mano y desabrochó los botones del top de Alyssa. Maldición, le temblaban las manos cuando abrió la prenda, revelando unos pechos generosos apenas cubiertos por un sujetador sin tirantes. Unos hermosos pechos dorados. Hubiera apostado lo que fuera a que ella hacía *topless*.

Le quitó el top y lo dejó en el sofá, a su lado. No quería arrugárselo. Parecía delicado.

—Deke —le espetó Luc—. Bésala.

Alyssa lo miró, con los ojos azules llenos de incertidumbre, pero aun así enfebrecidos. Luc la giró hacia su primo, y luego la besó en el lateral del cuello, colocándole una mano en la parte inferior de un pecho. Sus pezones se pusieron duros como guijarros en el mismo momento en que la tocó.

Bajo sus labios, la postura de Alyssa perdió rigidez. Cerró los ojos y gimió.

—Hueles bien —murmuró Luc mientras le desabrochaba el sujetador con un movimiento rápido de la muñeca—. A sol y pecado.

Los senos de Alyssa eran preciosos. Firmes, maduros, apetitosos. Si eran falsos, eran una buena imitación.

Ella apoyó la cabeza en el hombro de Luc, jadeando cuando éste le pasó el pulgar por los duros y sonrojados pezones.

En realidad, era excitante observarlos. Luc con el pelo oscuro, la piel bronceada, acariciando la piel pálida de Alyssa, apartándole el pelo rubio platino de la tersa nuca para poder aspirar su olor. Ver cómo la joven se estremecía entre los brazos de su primo lo endureció. Por fin.

Luc deslizó una mano bajo la abertura de la falda, subiéndosela más arriba, y rozó la seda negra que cubría el monte de Venus. Alyssa jadeó, tembló y gimió.

—Bésala.

Que Luc repitiera su orden fue como un jarro de agua fría para Deke. Aquello no tenía sentido. Alyssa era la personificación del sexo. Llevaba años queriendo tirársela. Y la tenía allí mismo, con los pechos desnudos, entregada y muy excitada.

«No es Kimber».

Ignorando la insidiosa vocecita que protestaba en su mente, Deke se inclinó hacia delante y cubrió la boca de Alyssa con la suya, instándola desesperadamente a que la abriera para él. La lengua femenina bailó con la suya, lenta y perezosa, sin duda sabría cómo hacer una buena mamada. La mujer sabía a picante sexualidad.

Pero él quería saborear la dulce inocencia de Kimber. Vaciló. Quería saborear su deseo.

Alyssa era toda una tentación. Hermosa. Experimentada y capaz de hacer pecar al hombre más puritano. Pero por alguna condenada razón, él no quería seguir ese camino. Tocarla era... extraño. Equivocado. Como si estuviera traicionando algo. «A alguien».

Los ojos color avellana de Kimber, llenos de lágrimas, aparecieron en su mente.

Una ardiente frustración, la sensación de estar haciendo algo incorrecto cayó como una losa sobre él. «¡Maldita sea!». Se apartó bruscamente de Alyssa.

Luc apenas se dio cuenta. Su primo sentó a Alyssa sobre su regazo. Le metió los dedos entre los cabellos y dirigió la boca femenina hacia la suya para hundirse profundamente en ella. Como si no le importara volver a respirar en su vida.

«¿Qué demonios...?»

Alyssa rodeó el cuello de Luc con los brazos y se removió en su regazo. Era evidente que ella le había hecho sentir algo porque Luc gruñó, la levantó en volandas y la montó a horcajadas sobre él; luego la frotó contra su miembro. Cuando ella echó la cabeza hacia atrás, una cascada de pelo rubio platino cayó sobre el regazo de Deke. Luc bajó la boca y cerró los labios sobre uno de los pezones. No estaba jugueteando. No había juegos en esa caricia. Sólo fiero deseo.

—¡Luc! ¡Sí!

¿Cuál fue la respuesta de su primo? Simplemente dedicó sus atenciones al otro pecho y, cerrando los dedos con fuerza en los cabellos femeninos, tiró de ellos como si pensara imponer su voluntad sobre ella.

—¿Tus pezones están duros para mí? —exigió saber Luc, clavando los ojos en ella como si fueran las únicas personas de la estancia. Como si ella fuera la única persona del planeta.

—Sí, están duros para ti —murmuró ella, frotándolos contra su torso, rotando las caderas y frotándose de nuevo contra su pene—. Y también estoy mojada por ti. Siéntelo...

Alyssa se mostró encantada de desatar los lazos que aseguraban el tanga a sus caderas. Se contoneó y a continuación, la diminuta prenda negra cayó al suelo.

El pálido y fino vello estaba pulcramente recortado sobre el monte de Venus. Por lo que pudo observar Deke, el resto del sexo femenino estaba desprovisto de vello.

La lujuria ardió en los ojos de Luc, que no se apartaban de su sexo mientras la tendía sobre su regazo, de manera que la cabeza femenina descansara sobre el regazo de Deke.

La mirada de Alyssa, desconcertada y nublada, buscó la de él.

Estaba excitada. Muy excitada. Y Luc era el artífice. Los dos se habían olvidado de que él estaba allí, y ahora ella le preguntaba con la mirada si se pensaba unir a la fiesta.

Ella era muy sexy y le estaba ofreciendo su sexo. «¡Demonios, sí!».

Pero cuando extendió la mano, no pudo obligarse a tocarla y la dejó caer a un lado.

¿Qué demonios le pasaba? Había deseado a Alyssa durante años. Una mirada a aquel cuerpo femenino le dijo que ella era más hermosa que cualquier modelo. Como la protagonista de cualquier página central, felina como una gata en celo.

Y él no sentía nada.

La mirada de Deke se encontró con la de ella y negó con la cabeza. «No».

Por muy deseable que fuera, él ya no sentía interés por ella. Estaba excitado físicamente, por supuesto. Observar cómo Luc la devoraba y cómo ella disfrutaba de cada minuto era algo excitante.

Pero él quería aferrarse a unos cabellos castaño rojizos. Era una piel pálida e inocente la que sus manos querían tocar. Deseaba ahogarse en unos ojos color avellana mientras reclamaba y se hundía en el cuerpo femenino.

Deke cerró los ojos, deseando poder apartar de su mente la imagen de Kimber y el hecho de que iba a casarse con McCall. «Imposible».

Un profundo jadeo femenino captó la atención de Deke. Las manos de Luc habían abierto los pliegues del sexo de Alyssa, y le estaba frotando el clítoris con el pulgar siguiendo un ritmo ligero e irregular.

—Estás mojada —murmuró él con aprobación—. Pero no lo suficiente para lo que voy a hacerte.

—¿Y qué piensas hacer, gran hombre? —Alyssa jadeó la pregunta, provocando a Luc—. ¿Qué es lo que quieres? Quizá no esté dispuesta.

Una ráfaga de oscura determinación atravesó el rostro moreno de Luc.

—Estarás dispuesta para eso, y para mucho más. Voy a estar duro para ti durante toda la tarde. Durante toda la noche. No me apartaré de ti. No voy a dejar ningún centímetro de tu cuerpo sin tocar.

—Y yo me aseguraré de ello —murmuró ella, abriendo más las piernas y arqueando las caderas hacia Luc.

Él siguió pasándole el pulgar por el clítoris lenta y repetidamente. Alyssa tenía los pezones erguidos, rojos e implorantes mientras su cuerpo se tensaba y movía la cabeza de un lado a otro.

—¡Luc! —gritó ella. Arqueó la espalda y soltó un largo gemido cuando alcanzó el climax.

Ante la imagen que ella ofrecía, su primo perdió cualquier rastro de normalidad, de amabilidad, de contención.

Deke sabía con exactitud dónde acabaría todo aquello. Alyssa estaba a punto de liberar el lado oscuro de Luc, de disfrutar de una de las maratónicas sesiones sexuales de su primo. Y parecía más que dispuesta.

—Soy toda tuya —se ofreció Alyssa con una ardiente mirada—. Permaneceré mojada, te mantendré duro, te daré más de lo que puedas imaginar.

Con un gruñido, Luc arrancó la falda de Alyssa, dejándola completamente desnuda salvo por aquellas medias tan sexys y los ligueros de encaje. Luc inspiró profundamente cuando bajó la mirada. Su miembro presionaba contra los vaqueros. Se bajó la cremallera bruscamente, deseando deshacerse de los pantalones que lo constreñían. Se los bajó por los muslos junto con la ropa interior. Cuando su pene saltó libre, la agarró por las caderas y se dispuso a penetrarla.

Deke metió la mano en el bolsillo y sacó un condón.

—Luc.

Su primo alzó la cabeza de repente. Tenía una mirada oscura y salvaje. Fiera. Incontrolada. Indomable.

Con rapidez, Deke le pasó el pequeño envase metálico a su primo y dejó un puñado en la mesita de café.

Luc asintió débilmente con la cabeza y se abalanzó sobre Alyssa, ansioso por sumergirse en su cuerpo. Ella ladeó la cabeza y le dirigió a Deke una mirada ardiente. Quizá fuera una invitación. Quizá no. A Deke no le importaba.

Se puso de pie y se dirigió a la puerta. Se detuvo y los observó el tiempo suficiente para ver cómo Luc se ubicaba entre las piernas de ella, para apreciar los músculos de sus brazos cuando la inmovilizó sobre el sofá y ella le rodeó las caderas con las piernas dándole la bienvenida, sonriente.

Deke cerró la puerta, dispuesto a buscar el bar más cercano mientras los gemidos femeninos surcaban el aire.



—¿Qué quieres beber? —preguntó a Deke una camarera con una sonrisa descarada y un par de pantalones cortos bastante ceñidos.

—Dos whiskis dobles. Sin hielo.

Lo brusco de su orden debió de ser evidente. La joven se giró y se alejó con rapidez. Deke rezó para que no tardara en regresar y poder emborracharse mientras analizaba su condenada vida.

La menuda camarera no tardó mucho en regresar con su pedido y un platito lleno de galletitas saladas. Deke apartó el aperitivo y fue directo a por el primer trago. El alcohol hizo que le ardiera la garganta en su camino al estómago. Un fuego explosivo, un pesado calor se filtró por sus venas, y le dio la bienvenida. ¿Cómo podía aceptar el hecho de que acababa de rechazar

echarle un polvo a Alyssa Devereaux porque sólo deseaba a una mujer que no iba a regresar nunca?

Sacó del bolsillo de los vaqueros el recorte del periódico. La sonrisa engreída de McCall se burlaba de él desde la imagen en blanco y negro. Kimber estaba junto al cantante, con su brazo sobre los hombros, mirándole. ¿Qué decía su expresión? ¿Era de adoración? ¿De excitación? ¿Acaso importaba?

«No». Pero Deke se preguntaba cómo era posible que Kimber lo hubiera mirado con tanta ternura, cómo podía haberse ofrecido tan dulcemente a él, para luego, tres semanas después, aceptar casarse con otro hombre.

La única respuesta posible se le clavó como un puñal en el corazón. Kimber no le había amado. Sólo se había ofrecido a él movida por la compasión.

Por desgracia, por más que se lo negara a Luc, Deke sabía que se había colgado por Kimber. Siempre la había deseado, incluso cuando ella tenía diecisiete años y él había hecho lo correcto. Incluso tres semanas antes, él había hecho lo mejor para ella, aunque le había costado un mundo hacerlo.

Pero se había* dejado guiar por sus miedos, y había tomado la decisión más prudente. La correcta.

Y ella se había ido.

En aquel momento, Deke deseaba haber sido un imprudente y haber cedido a la ardiente necesidad que había ardido como lava líquida en sus venas, aquella que lo había instado a tomarla y a hacerla suya. Si lo hubiera hecho, ella estaría ahora en la cama con Luc y con él, rodeándolo con sus piernas, tensándose en torno a su miembro mientras gritaba de placer. Y él no estaría en un bar de Lafayette, duro y dolorido, preguntándose cómo Kimber podía casarse con un gilipollas como McCall. Preguntándose qué iba a hacer sin ella.

¿Y si Kimber se hubiera quedado con ellos? ¿Y si se hubieran cumplido sus peores temores? No «si» sino cuándo. Si ella se hubiera quedado, eso habría ocurrido sin duda. Luc habría insistido en que se lo contara todo. ¿Cómo habría reaccionado ella?

Deke se tomó el segundo whisky y se reclinó en la silla. Sólo cuando tenía la mente ligeramente confusa se permitía pensar en Heather.

Era una chica complicada. Apenas tenía dieciséis años. Era pura alegría cuando la vida la sonreía, y muy desdichada cuando la pateaba. A menudo, Heather había mostrado ambas facetas el mismo día. Deke había intentando resistirse, pero no había podido evitar sentirse atraído por ella, por alguien cuya vida era una enorme bola de sentimientos, alguien que pensaba que había que experimentarlo todo sin restricciones.

Al final, esa volatilidad suya había sido su ruina.

Soltó el vaso de whisky sobre la mesa y con un gesto pidió la cuenta. La joven de la sonrisa descarada se apresuró a traerla, tomó el dinero y se largó.

Sintiéndose viejo a pesar de tener sólo veintinueve años, Deke se levantó y salió al húmedo aire del atardecer. Soplaba una ügera brisa. El verano lo envolvía con su empalagosa fragancia. El dolor le retorció las entrañas.

Kimber no era Heather. Ella controlaba mejor sus emociones, cierto, y era mucho más madura. Estaba herida. Deke lo había notado la noche que la había alejado de él con aquellas viles palabras. Kimber había estado protegida, no como Heather. No había sufrido lo peor de la vida gracias al coronel y a sus hermanos. Pero, ¿qué haría Kimber si se encontrara de repente en la misma situación que Heather?

Deke no lo sabía. E incluso aunque sintiera aquella opresión en el pecho durante el resto de su vida, debería estar agradecido de no haber corrido el riesgo de averiguar la respuesta de la manera más dura.

Eran casi las nueve cuando Deke se sentó tras el volante del jeep de Luc. Su primo ya estaba dentro, sombrío y agotado.

—¿Estás seguro de que no quieres quedarte toda la noche? —preguntó Deke.

Luc se giró mirando a través de la oscuridad la casa silenciosa.

—No.

—¿Estás bien?

Asintiendo con la cabeza, Luc posó las manos sobre los muslos.

Luc parecía completamente exhausto tanto física como emocionalmente. Deke conocía el placer de acostarse con una mujer hermosa. Sin embargo, podía comprender a Luc, como si sus largos maratones sexuales fueran intentos de desterrar algunos demonios interiores y no sólo la búsqueda extrema del placer físico.

—Bueno —Luc vaciló—, ¿llevas mucho tiempo esperando?

—Un rato —dijo Deke encogiéndose de hombros—. Pero no importa.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. —Deke se centró en la carretera para evadir la pregunta. Su respuesta sólo haría que Luc cayera en una espiral de culpabilidad innecesaria.

—¿Cuánto tiempo? —La desolada exigencia en su voz resonó en el jeep suspirando, Deke contestó. De cualquier manera, Luc lo averiguaría tarde o temprano. —Unas dos horas. —Lo que hacen un total de ¿cuánto? ¿Tres o cuatro horas? Maldita sea.

Incluso bajo la luz de las farolas, Deke podía ver la vergüenza que cubría los elegantes rasgos de su primo.

—Deja de torturarte, primo. Parecía una mujer satisfecha.

Luc la había hecho enloquecer, había llevado a la mujer a orz;M;~ ; hasta que sus gritos casi echaron abajo las paredes.

Luc le dirigió una mirada penetrante.

—¿Te lo ha dicho Alyssa?

—No. Se quedó dormida después de que la bañases. Pero por lo poco que pude oír antes deduje que se durmió con una sonrisa en los labios. ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Lo sabes perfectamente bien. Ya ha ocurrido antes. —Luc se pasó la mano por el despeinado cabello oscuro—. Perdí la cabeza.

—¿Por qué sigues torturándote? Esto no ocurre cada vez que mantienes relaciones sexuales. Ni tan a menudo como crees. Además, parecía como si Alyssa hubiera disfrutado mucho.

Luc asintió a regañadientes.

—Porque esta vez sentí una necesidad más fuerte. Alyssa es asombrosa. Me sentí... no sé. Conectado... o algo así. No puedo explicarlo. —Suspiró e hizo una mueca—. En realidad me hubiera gustado haber tenido más control. A Alyssa la noté un poco estrecha. Me comentó que llevaba casi dos años sin mantener relaciones sexuales.

—¿En serio? ¿Y por qué nos ha invitado a su casa para que nos acostemos con ella?

Tras vacilar, Luc negó con la cabeza.

—No importa. Mañana le enviaré flores y eso será todo.

—¿No piensas volver a verla? —No era algo que sorprendiera a Deke. A Luc no le gustaba que le recordaran que había perdido el control de esa manera.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Aún estás caliente por ella? —Luc ladeó la cabeza y le dirigió a Deke una mirada ladina—. ¿Acaso piensas echarle un polvo si regresamos por aquí?

—No. —Deke frunció el ceño como si una luz se hubiera encendido de repente en su cabeza—. Por eso me has traído aquí, ¿verdad? Sabías que no me acostaría con ella.

—Lo sospechaba. Quería probarlo. Si hubieras tocado a Alyssa, habría sabido que no estás enamorado de Kimber.

Maldita sea, ahora sí que había cavado su propia tumba. Luc había conseguido la prueba que necesitaba. Lo había presionado para que recapacitara e intentara recuperar a Kimber. Y lo había hecho de manera implacable.

Capítulo 11

Tras el concierto, la suite estaba abarrotada. Los miembros del grupo, la prensa, los músicos, las *groupies*... había toda clase de gente en aquella habitación que tan sólo dos horas antes le había parecido enorme. El alcohol corría a raudales. Rayas de polvo blanco cubrían una mesita de café de cristal. Una joven, probablemente menor, estaba arrodillada ante ella, esnifando por la nariz. A su alrededor, un puñado de invitados aguardaba su turno. En la esquina, Ryan sostenía a una rubia ebria en el regazo. Los pezones de la joven presionaron contra una ceñida blusa turquesa cuando Ryan se los acarició con una mano. La otra mano la había deslizado bajo la minifalda para apartar el tanga a un lado y jugar con su sexo a la vista de todo el mundo. Kimber apartó la mirada cuando él se desabrochó los pantalones de cuero.

«¿Así era como vivía Jesse?».

A Kimber le palpitaba la cabeza. Gente que no conocía la paraba para felicitarla por su compromiso. Compromiso que la había cogido de improviso hacía sólo unas horas y con el que no estaba de acuerdo.

No quería herir los sentimientos de Jesse, pero era incapaz de vivir de esa manera.

Se abrió la puerta de la suite y Jesse entró sin prisa alguna y con una sonrisa radiante y perfectamente simétrica en su cara. La pequeña multitud lo vitoreó. Ryan hizo una pausa en el vaivén que mantenía con la rubia para saludarle con la mano. A espaldas de Jesse, Cal frunció el ceño al percatarse de la escena y susurró algo al oído de Jesse, provocando que la sonrisa de éste se tornara feroz, y que se girara hacia él con los puños cerrados.

«Mmm, fuera lo que fuese lo que Cal le había dicho, a Jesse no le había gustado».

Ambos intercambiaron unas palabras. Palabras malsonantes, supuso Kimber por el lenguaje corporal. Luego Jesse se apartó.

Y se dirigió hacia ella.

—Hola, nena. —Forzó una nueva sonrisa y le agarró del brazo, levantándola del sofá y cogiéndola entre sus brazos—. Vayamos fuera y apartémonos de todo esto.

Como había estado esperando la oportunidad para hablar con Jesse, ella no se resistió cuando él la tomó de la mano y la condujo al otro lado de la habitación. Se encaminaron hacia la puerta corredera para salir al balcón, pasando prácticamente por encima del último tío que se estaba metiendo una raya y tropezándose con un Ryan en pleno movimiento.

—¿A dónde vas, hombre? —preguntó Ryan, luego volvió a penetrar a la rubia para que lo cabalgara de nuevo—. No te vayas muy lejos, esta chica está que arde.

La mirada de Jesse se deslizó sobre ellos. Ryan le había quitado la blusa a la chica y sus pechos desnudos rebotaban con cada envite que él prodigaba a aquel cuerpo flexible. La joven estaba ruborizada, tenía los ojos turbios y medio cerrados. Y parecía muy colocada.

—¿Sí...? ¿Por qué no te buscas un dormitorio? Cal me echará una buena bronca si sigues tirándotela delante de todo el mundo.

—No te preocupes y únete a nosotros, hombre. Su coño está bien apretado, y quiere otra polla en su culo virgen, lo está reservando para ti.

Kimber dio un paso atrás instintivamente. Estaba bastante segura de que la rubia no estaba en su sano juicio en ese momento y lo más probable era que ni siquiera supiera lo que quería.

Tras mirar furtivamente a Kimber, Jesse negó con la cabeza.

—Voy a salir al balcón con Kimber, hermano. Búscate un dormitorio.

Ryan puso los ojos en blanco y se quejó, pero se puso en pie y levantó a la rubia, manteniéndola empalada en su miembro y obligándola a rodearle con las piernas.

Dios, no podía quedarse allí de ninguna manera. Kimber negó con la cabeza.

Cuando la puerta de la suite se cerró a sus espaldas, los envolvió el aire húmedo del verano, cálido y agitado.

Jesse le pasó el brazo por los hombros y suspiró.

—Me alegra que estés aquí.

—Tenemos que hablar. —Kimber se giró hacia él con una mirada muy seria—. El anuncio de compromiso me ha cogido totalmente por sorpresa. Yo... pensaba que me preguntarías primero.

Jesse se encogió de hombros y dijo:

—Ya habíamos hablado de ello. Di por hecho que te gustaría.

Algo en la cara de Kimber debió de haber mostrado su sorpresa y su rechazo, porque Jesse la cogió de las manos y la atrajo hacia él—. Haremos que funcione. Te necesito, nena. Sabes que es cierto. No quiero volver a eso... —Hizo un gesto amplio con la mano a la fiesta que se desarrollaba a sus espaldas.

Kimber siguió el movimiento con la mirada. Alguien abrió otra botella de champán. Las rayas de cocaína habían desaparecido, y en su lugar había tres montadores de equipo que rodeaban a una chica apenas mayor de edad, que estaba a gatas sobre la mesa, con un pene en la boca, un hombre debajo devorándole los pezones, y otro por detrás, penetrándole el sexo con duros envites castigadores. Kimber se quedó paralizada, preguntándose cuánto de eso recordaría la chica por la mañana.

—Ya ves, sería uno de esos tíos si no fuera por ti.

Kimber palideció.

—¿Por qué? Olvídate de esto. Di que no. No necesitas mi ayuda para eso.

—¡Claro que sí! Sin ti soy débil. Pero quiero ser mejor para ti. No quiero decepcionarte. No quiero corromperte.

«¿Corromperla?». Antes de que Kimber pudiera responder, Jesse la estrechó contra su cuerpo y la silenció con un beso desesperado y hambriento. Su lengua azotó la suya, enredándose con ella, dominándola. Casi forzándola.

Kimber no se excitó ni lo más mínimo.

Se apartó bruscamente de él.

—¡Paral!

Jesse se aferró a sus brazos con fuerza. Su ceño dio paso a algo muy parecido al llanto.

—No te alejes de mí. Por favor. Desde que estás aquí, hay algo que te preocupa. Algo que te detiene, que se interpone como una pared entre nosotros. ¿Qué es lo que te ocurre? He intentado darte tiempo... ser paciente, pero...

«Deke. Maldito sea». Incluso Jesse, tan apático y egocéntrico como era, se había dado cuenta de donde estaba su corazón. Y su cuerpo.

—Jesse, no es tan sencillo. Ocurrieron algunas cosas antes de que viniera aquí. Esos hombres que me enseñaron lo que eran los ménages, me han calado hondo. Uno de ellos... —hizo una pausa y frunció el ceño— no he podido dejar de pensar en él.

—Entonces este matrimonio nos vendrá bien a los dos. Pero tienes que darme una oportunidad. Puedo ayudarte igual que tú puedes ayudarme a mí.

Kimber negó con la cabeza.

—Si de algo me he dado cuenta en los últimos días, es de que no te quiero de esa manera. Eres un amigo...

—¡Jodida amistad! ¿Sabes cuántas mujeres matarían por ser mi esposa? Las tengo haciendo cola después de los conciertos sólo para que me las tire. O para que mire cómo se las tira otra

persona. O las dos cosas a la vez. Te estoy diciendo que voy a renunciar a todo eso por ti, ¿y tú me dices que sólo me quieres como amigo?

Al parecer había herido sus sentimientos, quizá debería de habérselo dicho de otra manera.

—No era mi intención contrariarte. Significas mucho para mí. Soy yo. No creo que esté hecha para esta vida. ¿Acaso no deseas una esposa a la que amar y con la que vivir a solas?

Él soltó un suspiro.

—Puede que algún día. Sólo quiero que me des una oportunidad. Realmente puedo ayudarte a que te olvides de tu... tutor. Puede que creas que él es bueno, pero yo puedo ser mejor. Nena, sé mucho sobre cómo complacer a una mujer. Puedo convertirte en mantequilla, hacer que te derritas a mis pies, y luego lamerte hasta que grites de placer. Déjame intentarlo. Por favor.

Él dirigió una mirada furtiva a la función que se desarrollaba dentro. La jovencita todavía era penetrada por un hombre, pero ahora, el que le devoraba los pechos se había deslizado por debajo de ella y había desplazado la boca a su clítoris, que succionaba como si fuera un exquisito manjar.

Kimber bajó la mirada y observó que cuanto más desenfundada era la escena que se desarrollaba dentro, más duro se ponía Jesse. Puede que su cabeza quisiera apartarse de esa vida, pero su pene opinaba lo contrario.

De repente, un ceñudo Cal se detuvo delante del cristal, bloqueándoles la vista. Jesse maldijo entre dientes y dio un paso atrás, permitiendo que su agente abriera la puerta y saliera fuera.

—El periodista de *People* está esperando en la suite. Deshazte de él antes de que saque una foto de esa orgía que hay ahí detrás. Se está congregando una multitud en torno a ellos. ¿Estás sobrio?

—No he bebido ni una gota. —Jesse sonaba amargado.

—¿No has fumado, esnifado...?

—No.

—Entonces sal, busca a ese periodista, y aprovecha la oportunidad. La fama es inconstante y fugaz.

—Se me ocurre una palabra mucho más gráfica para eso.

—Me has contratado para hacer de ti una megaestrella. Yo cumplo con mi trabajo. Ve a cumplir con el tuyo.

Jesse apretó los dientes y se apartó el pelo oscuro de la cara.

—Vamos, Kimber —la instó, extendiendo la mano hacia ella.

Cal lo detuvo, con la boca tensa por la cólera apenas reprimida.

—Ve solo. Haz que el periodista se centre en tu carrera, no en tu romance. No es esa la imagen que hemos estado vendiendo a la prensa. Procura evitar mencionar tu compromiso todo lo que puedas.

Jesse le dirigió a Kimber una mirada de pesar.

—Eres un auténtico bastardo, Cal.

El hombre le brindó una sonrisa llena de dientes afilados, artificiales y blancos. Lo único que le faltaba era el tema principal de Tiburón.

—Para eso me pagas.

Mascullando, Jesse agarró la puerta y la abrió bruscamente, luego desapareció en el interior.

Un embarazoso silencio cayó sobre el balcón. Cal la miraba fijamente, y Kimber le sostuvo la mirada, preguntándose por qué demonios parecía estar acusándola de algo sin ni siquiera abrir la boca.

—Gracias por intentar ayudar a Jesse —dijo ella finalmente—. Sé que él no lo aprecia como a ti te gustaría, pero...

—Eres una chica agradable, no deberías estar aquí. Él va a echar a perder tu vida, y definitivamente, tú vas a arruinar su imagen. Dime cuánto quieres y adonde quieres ir. Yo me encargaré de todo.

—¿¡Qué! —¿Estaba intentando sobornarla?

—No seas estúpida. —La voz del agente era agresiva—. No tienes sitio aquí. Tu lugar no está con Jesse. ¿Cuánto quieres por poner fin al compromiso y largarte?

Kimber ya tenía planeado marcharse, pero no de esa manera. Le dirigió a Cal una mirada de incredulidad.

—¿Estás intentando comprarme?

Cal la miró con sus fríos ojos azules.

—Te ofrezco dinero para que regreses a tu hogar, para ahorrarte una gran cantidad de sufrimiento y humillación pública.

—No quiero dinero —insistió ella. Aunque no tenía intención de casarse con Jesse, no estaba dispuesta a darle a Cal la satisfacción de saberlo—. Como Jesse ha dicho, eres un auténtico bastardo. Esto es algo entre él y yo, y lo que decidamos hacer con nuestras vidas es asunto nuestro.

—Este compromiso va a arruinar su carrera. Está a punto de salir su nuevo álbum. Queremos que el público se centre en la música y en el misterio que hay tras un hombre que vive la vida a tope. No queremos que la gente se pregunte si te vas a casar vestida de Vera Wang o lo hábil que eres en la cama para haberlo cazado y llevado al altar. No arruines su carrera.

—No decidas por él. Es un adulto...

—Que piensa con la polla. Si no quieres dinero, por tu bien, sé lista y desaparece antes de que lo lamente —gruñó Cal antes de regresar al interior.

Temblando de cólera, Kimber esperó hasta que desapareció de su vista antes volver a abrir la pesada puerta de cristal y acceder al caos ahora enfriado por el aire acondicionado. Una mirada a su alrededor bastó para ver que la fiesta aún seguía en auge aunque el cuarteto del suelo había acabado finalmente la función y yacían en un montón jadeante en el suelo. De hecho, parecía como si la chica se hubiera desmayado. Una hermosa *groupie* de sedosos rizos oscuros se mojó la camisa con champán como si fuera la participante de un concurso de camisetas mojadas. El empalagoso olor de la marihuana que flotaba en el aire la hizo toser. Un segundo después, un objeto surcó volando la habitación y cayó a quince centímetros de sus pies. Un bongo. «Genial».

Suspirando buscó a Jesse con la mirada. Esperaba que hubiera terminado con el periodista, tenía que hablar con él. Sobre el futuro, sobre ese matrimonio que no iba a llevarse a cabo. Además tenía que advertirle sobre Cal, aunque probablemente ya sabría que su agente era un manipulador hijo de perra, pero por si acaso...

Maldita sea, ¿dónde diablos se había metido Jesse?

Tal vez fuera mejor que no lo encontrara de inmediato. Así tendría tiempo de hacer el equipaje. Luego podría hablar con él, le dejaría muy claro cuáles eran sus sentimientos y se iría. Lo único que esperaba era que Jesse no viera su marcha como una posible desertión sobre todo cuando parecía necesitarla con tanta desesperación. Si era posible, quería seguir siendo su amiga. Pero no podía mentirle a Jesse y decirle que quería ser su esposa.

Aquello ya no era posible. De alguna manera Deke había atrapado su corazón y se negaba a soltarlo.

Entró en su dormitorio. Para su sorpresa, lo encontró vacío. Había esperado ver a unos completos desconocidos haciendo algo desagradable en su cama. Pero encontrarse sola fue una bendición.

Lanzando la ropa y los artículos personales en la maleta, Kimber preparó mentalmente un discurso. Le diría a Jesse que estaba preocupada por él, le recomendaría que buscara un buen psicólogo. Le sugeriría que se deshiciera de Ryan y de Cal, que sólo sacaban lo peor de él. Y se ofrecería a ser el hombro en el que apoyarse mientras intentaba limpiar su vida.

Con una última mirada a su alrededor, Kimber se percató de que lo había guardado todo. Sólo le faltaba recoger el cepillo de dientes del cuarto de baño, y encarar su última tarea. Cuando volviera a abrir la maleta, estaría en casa de su padre. Pasaría un par de semanas con el coronel antes de que él se marchara a su próxima misión, y luego regresaría a su apartamento y resolvería qué hacer con el resto de su vida.

Suspirando, negó con la cabeza. Nada había resultado como esperaba. Las rápidas enseñanzas de Deke y su primo sólo habían dejado en evidencia una profunda fascinación por el militar y que abriera su corazón a aquel hombre de la misma manera que él había cerrado el suyo a ella. Y respecto a Jesse, sí, finalmente había llegado la tan ansiada propuesta matrimonial, pero ella ya no la deseaba.

Haciendo rodar su maleta detrás de ella, Kimber escudriñó la sala principal de la suite. Mucha gente, pero seguía sin ver a Jesse.

Volviendo al pasillo, abrió la puerta del dormitorio principal... Y se detuvo en seco, con la mandíbula desencajada.

Ryan estaba penetrando la boca de la rubia con movimientos lentos y perezosos. Ella retorció las caderas de un lado a otro, luego sostuvo el miembro de Ryan con la mano para poder girar la cabeza y lanzar una mirada salvaje por encima del hombro en dirección a... Jesse, que estaba arrodillado detrás de ella, bebiendo a morro de una botella de Jack Daniel's, mientras enterraba su polla profundamente dentro de aquel ano, virgen hasta ese momento, con una ferocidad apabullante.

«Oh, Dios...». Se quedó paralizada por la sorpresa. Helada. Mareada. Tenía que salir de allí. Ya.

Antes de que pudiera desaparecer y dejar atrás aquel infierno, Jesse la vio y abandonó el culo de la rubia, lanzando la botella al suelo mientras soltaba una sarta de maldiciones.

Kimber no esperó a ver si se ponía algo encima o si la perseguía con el miembro cubierto sólo por un condón.

Logró llegar al vestíbulo de la suite antes de que él la alcanzase, con una toalla blanca alrededor de la cintura, y la empujara hacia la habitación vacía que había sido su dormitorio.

—Maldición, nena. Eh... Yo...

—No digas nada. —Kimber cerró los ojos, pero todavía seguía viendo la escena en su mente.

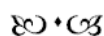
—Lo siento. Esto no significa nada. ¡Ella no significa nada!

Kimber pudo vislumbrar cómo sería su futuro. Si acababa casándose con Jesse, tenía el presentimiento de que oíría muchas veces esas palabras. Y que él realmente se las creería. Pero ella no podía cambiar a un hombre que, en el fondo, no quería abandonar su manera salvaje de vivir. Ya lo haría cuando estuviera preparado, y Kimber sólo esperaba que no la odiara mientras llegaba ese momento.

—Eso significa algo. —Kimber atravesó la puerta del dormitorio con la maleta—. Quiere decir que lo nuestro no puede ser y que me marchó.

—No. No la amo. ¡Ni siquiera sé su nombre! Estaba excitado y ella estaba disponible. No quería traicionar tu confianza. Porque te... te necesito.

—No, eso no es cierto —lo contradijo—. Lo que tú necesitas es mirarte al espejo y decidir cómo quieres vivir la vida. Y es mejor que lo hagas solo. Llámame si realmente quieres cambiar y te ayudaré como amiga. Pero no seré tu muleta, y tampoco seré tu esposa. —Se puso de puntillas para besarle en la mejilla—. No estoy enfadada contigo, pero tengo que irme. Adiós.



Tres días más tarde, sonaba el móvil de Kimber. Otra vez. Kimber levantó la cabeza del sofá en la salita de la casa de su padre donde estaba echando un sueñecito. Eran las cuatro de la

tarde. Genial, habían pasado ocho minutos desde la última vez que había sonado el teléfono. Una rápida ojeada al identificador de llamadas le reveló la identidad de alguien que no conocía.

«Maldita sea».

Negando con la cabeza, apretó el botón y dijo:

—Sin comentarios.

—¿Periodistas? —preguntó su padre cuando ella volvió a cerrar de golpe el teléfono. \

—Supongo. No les dejo hablar lo suficiente para averiguarlo.

—No habrás recibido ninguna amenaza por el móvil, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y tú?

Su padre se frotó la nuca, rígida por la tensión.

—En los últimos tres días recibí un mensaje de voz y un fax. Es un gilipollas pirado. Pero no sé qué nivel de chaladura tiene.

—¿Estás preocupado?

El coronel vaciló, hizo una mueca y se encogió de hombros. Al final, declaró:

—Sí. Tengo el presentimiento de que este hombre va en serio. Así que quiero que tengas mucho cuidado cuando salgas de casa.

Kimber se enderezó. Su padre casi nunca se preocupaba. Tenía cuidado, eso sí. Pero que estuviera preocupado... era una mala señal. Muy mala.

—¿Qué te dice en los mensajes?

—Oh, lo típico. Que le he destrozado la vida y que ya ha llegado el momento de pagar. Que se perdió la infancia de su hija... bla, bla, bla.

—¿Y no tienes ni idea de quién puede ser?

Su padre negó con la cabeza.

—Podrían ser una docena de pirados. Recuerda que llevo en este negocio casi quince años. Así que si recibes alguna llamada amenazadora, dímelo. Aunque creó que lo mejor sería que desconectaras el teléfono.

Antes de que ella pudiera contestarle, el móvil volvió a sonar. Otro número desconocido.

—Sin comentarios. —Kimber suspiró y negó con la cabeza. ¿Cómo habían conseguido los reporteros su número de teléfono?

—Lo dicho, es mejor que apagues el móvil. Esa gente va a seguir llamándote todos los días mientras sepan que contestas. —Su padre sonaba tan irritado como ella.

—Lo sé.

—Entonces apágalo. ¿O acaso estás esperando que te llame Jesse?

Kimber hizo una mueca. Lo cierto es que no quería hablar de ese tema con su padre.

—Papá...

—Sé que volvió a llamarte ayer por la noche. Y por lo poco que pude oír, te suplicaba que volvieras.

Habían pasado tres días desde el anuncio de su compromiso y de la marcha de Kimber. Desde entonces, él la había llamado día y noche, casi tan a menudo como los periodistas que pretendían conseguir información sobre su relación con el cantante y la razón de que ya no hiciera la gira con él. La noche anterior, la había llamado borracho como una cuba, admitiendo que estaba durmiendo con otra joven cuyo nombre desconocía y que se sentía fatal.

—Dejará de llamar.

—Kimber, cariño, bajo esa fachada dura que Logan y Hunter intentaron doblegar cuando eras niña, tienes un corazón de oro —le dijo con afecto. Allí estaba esa parte de su padre que sólo le mostraba a ella y que siempre había logrado que se sintiera amada—. Tienes que decirle a ese joven que debe seguir adelante con su vida. Y mostrarte firme.

—Lo hago, pero las cosas no son tan sencillas. Necesita una amiga. Y eso es lo que soy en este momento.

—No puedes salvarlo de sí mismo.

—Eso ya se lo he dicho.

—¿Es por eso por lo que no apagas el teléfono?

No, no lo apagaba porque había tomado una decisión. Estar con Jesse le había mostrado la diferencia entre un simple enamoramiento y el amor verdadero, entre los sueños de una chica y las necesidades de una mujer. Kimber ya no era una chica, y quería a Deke. Luc era también parte de su vida, y estaba a gusto con ambos. Era allí donde estaba su sitio. Todos lo sabían, excepto Deke que la había apartado de su lado. El tiempo y la perspectiva la habían ayudado a comprender que Deke no había querido decir realmente las palabras horribles que le había escupido aquella noche. Pero ella sólo se había dejado llevar por el dolor y había salido disparada. «Estúpida reacción emocional».

Pero a pesar de todos sus razonamientos, Kimber no se decidía a llamarlos. Si era Deke quien contestaba y la rechazaba... no, no podría soportar el dolor que eso le provocaría. Ya la había hecho sufrir bastante. Pero Luc llamaría, pronto. Y por eso Kimber había dejado encendido el móvil. Querría saber lo que pasaba entre Jesse y ella. Y cuando ella le dijera que todo se había acabado, quizá él se lo contara a Deke. Quizá eso cambiaría las cosas...

Hizo una mueca. Dios, eso sí que sonaba retorcido. Si Kimber quería que sucediera algo, iba a tener que dar el primer paso. Lo sabía. Y por eso había ido a ver a un médico para que le recetara la pildora que había comenzado a tomar dos días antes. Por eso había dejado un mensaje en el móvil de Luc, diciéndole que quería hablar con él.

—A propósito, ¿quién demonios es Luc? —le preguntó su padre.

Kimber alzó la cabeza de golpe.

—¿Quién te ha hablado de él?

—Cuando por fin apagaste el teléfono ayer por la noche, llamó al fijo para preguntar si estabas bien. ¿Qué diablos le importa a él y de qué lo conoces?

—Es Luc Traverson, el *chef*.

—¿El que escribe esos libros de cocina? ¿Cómo lo has conocido?

—Es primo de Deke Trenton. —No le dijo más. No se atrevía. Aunque su padre acabaría sabiéndolo de todos modos.

El coronel entrecerró los ojos.

—No me has dicho aún cómo lo conociste.

—Papá, no tiene importancia.

—Chorradas. Es la razón por la que no apagas el móvil a pesar del acoso al que te someten los periodistas, ¿no? ¿Por qué? No has podido conocer a Luc mientras estabas en la facultad.

Kimber fingió un inusitado interés por lo que estaban emitiendo en televisión, deseando con desesperación que algo fascinante apareciera en pantalla y distrajera a su padre. Pero un anuncio de cerveza, a pesar de la rubia de grandes pechos, no iba a conseguirlo.

—Sólo has podido conocerlo mediante Deke. ¿Por qué demonios has visto a Deke? Siempre ha estado colgado por ti y por eso se comportaba con tanta dureza contigo. Hace años le dije que si se le ocurría ponerte la mano encima, le cortaría las pelotas.

¿Por qué eso no la sorprendía? Ojalá hubiera sido ésa la razón de que Deke no quisiera hacer el amor con ella, pero sabía que no podía engañarse.

—Conoces las inclinaciones sexuales de Deke, ¿verdad?

Kimber hizo una mueca. «Allá vamos...».

—Por supuesto que lo sabes. Antes de irte con Jesse, decidiste hablar del tema con Deke, ¿no? ¿O hiciste algo más que hablar?

—Papá, ya no tengo diecisiete años.

—¡Maldición! —el coronel suspiró, pasándose los dedos por el pelo canoso. Incluso a los cuarenta y ocho años parecía un guerrero. Se paseó por la salita como un animal enjaulado. Su

padre era un hombre de acción y toda esa chachara debía de superarle. Kimber trató de ocultar una sonrisa.

—No le veo la gracia —gruñó.

Estaba claro que no le divertía nada saber que ella se había visto con Deke y que, posiblemente, había participado en un *ménage*.

—No he dicho que la tenga.

La cara de Jesse apareció en la pantalla como parte de un reportaje en un popular programa de cotilleos.

Después apareció la de ella.

—Oh, Dios mío. —Kimber clavó la mirada en la imagen de ellos dos tras el concierto, poco después del anuncio del compromiso con Jesse. Cogió el mando y subió el volumen. ¿Qué demonios pasaba ahora?

Nada bueno, eso estaba claro. En la pantalla apareció la cara de otra mujer. Una cría. Con el pelo rubio teñido y lágrimas de cocodrilo. Algo le ese rostro le resultaba familiar... La joven aseguraba ser la amante de Jesse desde hacía algún tiempo y estar embarazada de él.

De repente, Kimber la recordó.

—Está mintiendo —murmuró Kimber—. Jesse la conoció la noche que me fui. Los encontré a él y a uno de los miembros de su banda manteniendo relaciones sexuales con ella. Jesse ni siquiera sabía su nombre.

—¿Se acostó con ella después de anunciar a todo el mundo que iba a casarse contigo? —refunfuñó su padre.

Ella asintió con la cabeza, pendiente de las siguientes palabras del locutor.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Para qué? —preguntó ella—. No puedes resolver mis problemas. Es cosa mía.

El coronel suspiró.

El periodista hizo un comentario sobre una serie de fotos de Jesse, luego salió de nuevo la rubia teñida.

—Jesse McCall es el padre de mi hijo —lloriqueó—. El anuncio de su compromiso con Kimber Edgington fue toda una sorpresa para mí.

Más lágrimas fingidas. A Kimber se le revolvió el estómago. Luego emitieron un viderj casero y subido de tono en el que salían Jesse y la chica. A pesar de que sus cuerpos eran poco más que un borrón, estaba claro que estaban desnudos. Kimber sabía que era Jesse porque el dormitorio de la imagen era el mismo que él había tenido en la suite del hotel de Houston, y además se veía la marca de nacimiento que tenía en el hombro. Al parecer, Ryan, a quien le gustaban las películas porno caseras, había filmado aquélla. En el video, la joven estaba tendida en la cama, sobre la espalda, con las piernas abiertas. Jesse, de espalda a la cámara, se ubicaba entre ellas.

Kimber se dio cuenta con rapidez de que aquello debía de haber ocurrido justo después de que ella los hubiera pillado en plena faena. Sacudió la cabeza.

La cámara volvió a enfocar a la rubia teñida.

—Su repentino interés por estar con otra mujer ha sido totalmente inesperado y demoledor. Mi hijo necesita un padre...

¿Podría ponerse todavía peor?

El programa emitió entonces un fragmento de Jesse en el sofá de un programa de entrevistas nocturno. El presentador le dirigía una sonrisa sardónica.

—Habíanos de tu prometida. ¿Sabe ella que tu amante está embarazada de ti?

—La chica del video no es mi amante. Cuando eres una celebridad, la gente intenta aprovecharse de ti —Jesse hizo un gesto con la mano para quitarle importancia a la pregunta del presentador—. En este momento, sólo quiero centrarme en mi prometida.

Kimber se estremeció. Maldición, le había dicho que no iba a casarse con él. ¿Por qué no lo aceptaba?

Jesse siguió hablando.

—Ya sabes qué ocurre cuando uno conoce a la mujer de su vida, colega. Y Kimber, definitivamente, lo es.

El periodista, que llevaba varios años felizmente casado, asintió con la cabeza.

—¿Y qué puedes decirnos sobre los rumores que apuntan a que tu prometida abandonó la gira la misma noche en que te declaraste?

—Quería pasar un tiempo con su familia antes de la boda. La prensa no ha hecho más que exagerar las cosas. El resto es, simplemente, un malentendido. —La boca de Jesse tembló ligeramente. Era probable que nadie más, aparte de ella, lo hubiera notado.

—Yo no llamo a acostarme con otra mujer un malentendido —gruñó su padre, que parecía a punto de cargarse la televisión.

Pasándose la mano por aquel pelo largo que era su marca personal, Jesse esbozó otra sonrisa.

—Kimber volverá. ¿Verdad, cariño? Te echo de menos.

Luego interpretó algunos versos de una canción, una que ella imaginó que él había compuesto ex profeso, con una melodía pegadiza y una letra que hablaba de lo mucho que la necesitaba. Terminaba con una súplica para que regresara.

Kimber se estremeció de nuevo.

El programa volvió a emitir una imagen de la «amante embarazada», hablando en una rueda de prensa. Sorprendentemente, la chica va no lloraba.

—Jesse McCall no es el padre de mi hijo. Soy una gran admiradora suya, pero no lo conozco. Lamento mucho que mi deseo de atraer su atención le haya podido causar problemas.

«¿Qué?».

—Está mintiendo de nuevo. Sí que conoce a Jesse. Son ellos dos los que salen en el video.

Cal, el agente de Jesse, fue el siguiente en aparecer. Decir que su expresión era sombría cuando le pidieron que comentara la aparición de Jesse en el programa de entrevistas era ser demasiado generoso.

Kimber cayó en la cuenta entonces de que si Cal había intentado sobornarla a ella para que se fuera, habría hecho lo mismo con aquella chica que, al parecer, había intentado chantajearle con aquel video casero de Ryan.

En la televisión, Cal se aclaró la garganta.

—La vida privada de Jesse McCall es eso, privada. Ahora mismo, estamos centrados en el próximo álbum y en la gira que...

—¿Sigue la señorita Edgington con Jesse? ¿O ha roto el compromiso?

—Sin comentarios. Ofreceremos un segundo concierto en Atlanta. Las entradas se pondrán a la venta el sábado. Eso es lo que debería de interesar a sus seguidores.

—Jesse dijo que se iba a casar. ¿Sigue la boda en pie?

—Lo único que sé es que el nuevo álbum estará próximamente a la venta y que Jesse está centrado en él —espetó Cal.

Oh, estaba enfadado. Cualquier cosa que apartara la atención de la prensa de la música de Jesse y la centrara en su vida personal no complacía a Cal.

Luego volvió a salir el presentador, diciendo con una voz lo más morbosa posible que la verdad aún estaba por verse y pidiéndole a los espectadores que permanecieran en sintonía hasta el final del programa.

Kimber se recostó en el sofá. ¿Cómo era posible que no se hubiera enterado antes de todo ese desastre? Lo cierto es que había estado demasiado ocupada tomando decisiones y trazando planes durante los dos últimos días para perder el tiempo viendo la televisión.

Negó con la cabeza. «¡Menudo lío!». Dios, necesitaba tomar el aire. Todo aquello debía terminar de una vez.

Apagando el televisor con el mando, Kimber se levantó del sofá, agarró el móvil y se dirigió al estudio de su padre.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a poner fin a esta locura de Jesse.

Entró en el despacho y se dejó caer en el sillón tras el escritorio, encendió el ordenador y esperó. Tras meter la contraseña, abrió el navegador de Internet y entró en su cuenta de correo electrónico.

Luego comenzó a escribir. Unos minutos y unas cuantas miradas inquisitivas de su padre más tarde, le preguntó al coronel:

—¿Qué te parece esto?

El señor McCall y yo hemos decidido terminar nuestro compromiso debido a que ambos estamos centrados en nuestras respectivas carreras. Todavía soy una gran admiradora y amiga de Jesse, y le deseo lo mejor del mundo. Ahora, sólo pido un poco de privacidad para seguir adelante con mi vida.

—Suená bien —aprobó su padre—. ¿A quién se lo vas a enviar?

Kimber vaciló. Buena pregunta. ¿Cuál sería la forma más rápida de que esa noticia llegara a Deke y a Luc, y a los reporteros para que dejaran de molestarla?

Repentinamente, Kimber sonrió.

—A todo el mundo.

Le llevó casi una hora, pero envió el comunicado a todos los periódicos cuyo correo electrónico pudo encontrar.



Dos horas más tarde, Kimber estaba sentada en el patio trasero, disfrutando de la puesta de sol a pesar del calor del verano, cuando su móvil sonó por enésima vez, mostrando finalmente el nombre y el número que había esperado ver.

—¿Luc?

—Hola, cariño. ¿Es realmente tuyo el comunicado que ha salido en las noticias sobre la ruptura de tu compromiso?

Así que lo había visto. Y su voz sonaba esperanzada. Kimber sonrió.

—Sí.

Lía pregunta era si Deke también lo había visto.

—¿Cuándo lo decidiste?

Kimber esbozó una sonrisa irónica.

—La misma noche que anunció a todo el mundo que nos íbamos a casar sin declararse primero.

—¿No se declaró?

—Habíamos hablado de eso en el pasado, así que supuso que el asunto seguía en pie... Te llamé ayer para contarte mis planes.

—Odio haberme perdido tu llamada. Tuve que hacer un viaje rápido.

Ante la mención del viaje, él había sonado... distraído. No, trastornado. «Mmm, ahí pasaba algo».

—¿Va todo bien?

—Sí —dijo Luc finalmente, tras vacilar un momento—. Ocurrió algo en Lousiana... No es importante. Lo único importante es que tú hayas roto el compromiso. Dime, ¿me llamaste porque quieres volver con nosotros?

Kimber se mordió los labios y se preparó para oír lo peor. Luc le daría la bienvenida, pero Deke...

—Sí. Esperaba poder decírtelo a ti primero... —Se le puso un nudo en el estómago, un montón de ellos. Quedarse allí sentada y preocupada no iba a solucionar nada—. Y que luego tú se lo dijeras a Deke y vieras su reacción.

—Deke vio la noticia sobre tu compromiso. —Luc vaciló de nuevo, pero esta vez más tiempo—. Estaba furioso. Creyó que tú le habías dicho que sí a Jesse, que te habías acostado con él. Que estabas enamorada de él.

Si Deke se había puesto furioso, quería decir que ella le importaba, ¿no?

—¿Cómo crees que reaccionará cuando descubra que nada de eso es cierto?

—¿Nada de eso? ¿No estabas enamorada de Jesse?

—Pensé que lo estaba, antes de estar con vosotros dos. Ahora me doy cuenta de que sólo era un enamoramiento de colegiala como Deke me aseguró.

—¿No te has acostado con Jesse?

—No. En realidad, para ser sincera, no sentí ningún deseo de hacerlo. Jesse quería que yo fuera la «chica buena» que lo salvara de una vida depravada, pero no era el hombre que yo imaginaba. No le quiero de esa manera.

—Oh, cariño. —La felicidad de Luc vibró a través de la línea telefónica—. No sabes lo aliviado que me siento. Lo aliviado que se sentirá Deke.

—¿De veras?

—Sí, aunque él, por supuesto, no lo admitirá. —Kimber pudo notar la ironía en la voz de Luc.

—¿Crees que me dará la bienvenida si regreso? —Kimber se puso de pie y se acercó al porche. No podía permanecer sentada, esperando la respuesta. Se estaba jugando su futuro.

—No será capaz de decirte que no. Creo que ha lamentado más de mil veces haberte apartado de su lado —Luc hizo una pausa—, pero tiene miedo.

—¿Se siente emocionalmente vulnerable ante mí? —Kimber contuvo el aliento mientras esperaba la respuesta. No quería que Deke se sintiera amenazado. Pero hasta que ella supiera exactamente qué era lo que le impedía avanzar en su relación con ella, iba a tener que pasar al ataque.

—En parte sí —suspiró Luc—. Mira, Deke acaba de cerrar el grifo de la ducha, así que no puedo seguir hablando durante mucho más tiempo. Pero él tiene claro que si regresas, va a querer hacer el amor contigo... en el sentido más amplio de la palabra.

—Eso espero.

—Sí, pero es complicado. Deke no estará bien hasta que te cuente su historia. Pero eso tiene que salir de él.

—Lo entiendo. —Kimber lo odiaba, pero lo respetaba.

—¿Volverás mañana con nosotros? —La voz de Luc decía que la quería allí ya.

Allí sentada bajo el sol poniente de Tejas, resultaba increíble pensar que cuando ese mismo sol volviera a salir por la mañana, ella estaría de vuelta con Deke y Luc, en sus brazos y en sus vidas. Si Deke lo permitía.

—Me encantaría. Pero espero que...

Kimber jamás terminó la frase. Sintió una enorme explosión a sus espaldas. La fuerza de la estampida la arrojó sobre las tablas del suelo del viejo porche de su padre, raspándole las manos y las rodillas. El teléfono salió disparado de su mano. Un calor tan fuerte como mil soles le abrasó la espalda. La tierra tembló bajo su cuerpo.

Se giró sobre sí misma a tiempo de ver cómo la casa se convertía en una enorme bola de fuego.

—¡Papá!

Capítulo 12

Dos horas después, Kimber se paseaba de un lado para otro en la fría sala de espera de un hospital, mordiéndose las uñas. Dios, le temblaba todo el cuerpo. Dirigió otra mirada de preocupación hacia el quirófano donde habían metido a su padre.

Aún no había salido nadie para decirle si su padre iba a vivir o... No, mejor no pensar en eso. «Respira profundamente. Tranquilízate. Reza».

Ése era un buen consejo, pero no podía dejar de revivir aquel terrible momento. Había pasado de estar sentada en el porche hablando con Luc, a ver cómo la casa de su padre estallaba con él dentro. El fuego se había propagado por todo el lugar, pero no pensó en ello hasta más tarde. En aquel momento, nada la habría impedido entrar en la casa, donde encontró a su padre inconsciente y a punto de ser devorado por las llamas. Al ver que el picaporte de la puerta estaba demasiado caliente para tocarlo, había arrojado una silla por la puerta de cristal de la parte trasera de la casa y luego había arrastrado a su padre al patio.

Los bomberos que habían respondido a la emergencia le habían dicho que su padre no habría sobrevivido si ella no hubiera actuado con rapidez, salvándolo de aquel infierno creciente. Pero aun así estaba herido de gravedad. ¿Y si después de todo había llegado demasiado tarde para salvarlo?

Kimber paseó la mirada por la larga hilera de sillas vacías de la sala de espera, por la alfombra de color parduzco y por las polvorientas plantas artificiales de seda. No, no podía sentarse, no podía dejar de moverse.

No podía dejar de preocuparse.

«Maldición, ¿qué había provocado esa explosión?».

A sus espaldas, oyó el siseo de las puertas automáticas al abrirse. Distraída, se giró.

Luc entró corriendo. Parecía apurado y preocupado, recorrió la estancia con la mirada y suspiró aliviado cuando su frenética mirada cayó sobre ella. Feliz de verle, sintió el escozor de las lágrimas cuando él se dirigió con rapidez hacia ella, y la envolvió entre sus brazos firmes y cálidos.

Apoyando la mejilla en su hombro, inspiró profundamente, respirando por fin, sintiéndose benditamente dichosa por un momento. Luego Kimber abrió los ojos.

«¡Deke!».

Estaba de pie, detrás de Luc, con los ojos azules llenos de preocupación, y una expresión cercana al pánico. La recorrió con la mirada. Quería asegurarse de que estaba viva, a la vez que le ofrecía su apoyo.

Sus miradas se encontraron, y Kimber sintió el impacto de sus ojos con tal fuerza, que se le fue formando un nudo en el estómago hasta que apenas pudo respirar.

Deke había venido. Había dejado sus diferencias a un lado, y había ido con ella.

Las lágrimas resbalaron por las mejillas, negras por el hollín, de Kimber. Al verlas, Deke hizo una mueca, como si verla tan afectada fuera casi físicamente doloroso para él.

Kimber le tendió una mano. Él se la agarró y luego tiró de ella para arrancarla de los brazos de Luc y meterla entre los suyos. Ella se apretó contra su sólido tórax y él le rodeó la cintura con un brazo firme. Permanecieron allí de pie, cuerpo contra cuerpo. Los rítmicos latidos del corazón de Deke la conmovieron, y lo rodeó con sus brazos hasta que ni una brizna de aire se interpuso entre ellos. La fuerza de Deke la envolvió, igual que su olor, a tierra, a lluvia, a hombre.

—Gatita —masculló él contra su pelo. La voz ronca por la preocupación atravesó los sentidos de Kimber.

Levantó la barbilla, y la mirada de Luc atrajo la suya, desviando la atención de Kimber de su primo.

—¿Estás bien?

Deke dio un paso atrás y la observó con renovada atención.

Ella asintió con la cabeza.

—Estoy bien, pero mi padre...

Kimber no pudo acabar la frase sin desmoronarse. Un nuevo aluvión de lágrimas resbaló por sus mejillas, escaldadas y tiznadas, y no pudo reprimir el sollozo que le salió del alma.

Intentó ser fuerte, pero fracasó. La realidad de la situación la hizo deshacerse en lágrimas. Deke la estrechó tiernamente contra su ancho pecho otra vez. Luc le acarició el pelo y le murmuró palabras de consuelo.

—Shh... —Ambos intentaron tranquilizarla, y Kimber no pudo determinar quién decía qué. Pero no importaba. Con ellos allí, finalmente comenzaba a creer que las cosas saldrían bien.

—Me alegro de que estéis aquí. Gracias.

—No podríamos estar en otro lugar —murmuró Luc, luego le besó la coronilla.

Deke la llevó hasta una silla y se sentó con ella en su regazo. Luc se sentó a su lado. Ambos hombres la miraron con ternura. La alegría que sintió aligeró su carga momentáneamente, y su corazón se llenó de una sensación agrisada. Más lágrimas resbalaron por su cara, y Luc se las enjugó con el pulgar. Los brazos de Deke se tensaron alrededor de ella.

—¿Qué ha sucedido? —la apremió.

Preguntas. Kimber sabía que era así como actuaban los militares. Querían respuestas. Tenían que valorar la situación para luego actuar en consecuencia. No obtendría nada más de él hasta que Deke supiera a qué se enfrentaba y que todo el mundo estaba a salvo. Kimber tuvo que levantar la cabeza y responderle.

Inspiró temblorosamente.

—No lo sé. Hubo una ex-explotación de algún tipo...

Kimber quería contestarle, pero no sabía las respuestas, ¡maldita sea! ¿Qué había sucedido? ¿Y dónde diablos se habían metido los médicos? ¿Por qué nadie la informaba sobre el estado su padre?

Pasándole suavemente la mano de arriba abajo por la espalda, Deke la tranquilizó.

—Después de que Luc oyera la explosión por el teléfono, y que tú no contestaras, salimos pitando a casa de tu padre. Uno de los bomberos es un viejo amigo mío. Nos dijo que entraste en la casa y sacaste a tu padre.

Ella asintió con la cabeza.

—Oh, Dios mío —masculló Luc—. Ese lugar debía de estar envuelto en llamas.

—Tenía que hacerlo.

—Lo sé. —La voz grave de Deke fue suave, como una caricia—. Es una suerte que salieras de una pieza. ¿Cómo está tu padre?

—Está en el quirófano. Sigo sin saber nada de él. No sé...

—¿Cuándo comiste por última vez? —preguntó Luc.

¿Quién podía recordarlo? Dios, sólo de pensar en la comida se le revolvía el estómago.

—No tengo hambre.

Luc frunció el ceño.

—¿Un refresco? ¿Café?

Kimber negó con la cabeza. No le apetecía nada ahora. No podría digerir nada con el estómago revuelto.

Deke le sujetó la cara entre las manos, atrayendo su atención de nuevo.

—¿Dónde están tus hermanos?

Kimber frunció el ceño y tragó saliva. Le dolía la garganta. Respirar humo le había dejado las entrañas en carne viva, como si hubiera bebido trementina. Le dolían los pulmones, pero ese dolor no era nada comparado con el que sufría su padre. Ya había sido examinada por los médicos y la habían dejado marchar.

—No lo sé. Creo que Hunter está fuera del país en una misión. Logan... me llamó hace unos días para preguntarme sobre el compromiso, pero no me dijo dónde estaba.

Los tensos brazos de Deke se cerraron a su alrededor con fiereza.

—¿Has llamado a Logan desde la explosión?

«No». Ni siquiera se le había ocurrido. Pero la vida de su padre pendía de un hilo en aquel momento. En cuanto había puesto al coronel a salvo, habían llegado los bomberos. Luego había acudido la policía. Le habían hecho preguntas —montones de ellas— mientras estabilizaban a su padre para meterlo en la ambulancia. Ella había ido con él, sujetándole la mano, esperando que de alguna manera supiera que, aunque no vivían cerca, él todavía era su padre, su único padre, y ella le quería. Luego en el hospital había tenido que rellenar los formularios y responder a más preguntas. Entonces comenzó la espera, los tensos momentos de temor que casi acabaron con su compostura.

—¿Gatita? —la apremió Deke.

—No sé donde está mi móvil. Supongo que se habrá roto. No sé...

—Está bien. Yo llamaré a Logan. Ahora relájate. —La besó en la frente, luego se puso en pie y la depositó en el regazo de Luc como si ella fuera más valiosa que una pieza centenaria de porcelana china.

Kimber observó cómo Deke sacaba el móvil y se apartaba de ellos.

Durante un largo rato, Luc no hizo más que abrazarla, y ella agradeció su calidez y ternura, mientras la ansiedad seguía royéndole las entrañas. ¿Cuánto tiempo más tardarían los médicos en decir algo? Necesitaba saber cómo estaba su padre. Tenía que saberlo ya o se volvería loca. «Dios, y sí... No». No pensaría en eso. Se negaba a hacerlo.

—Nos sentimos muy aliviados de que estés bien —murmuró Luc contra su mejilla, interrumpiendo su debate interior—. Se me detuvo el corazón cuando oí la explosión. No sabía si habías resultado herida.

—No lo entiendo... No sé qué sucedió.

Deke regresó entonces y se sentó en la silla junto a ellos.

—Logan estará aquí en quince minutos. Él se encargará de avisar a Hunter.

Kimber soltó un suspiro de alivio.

—Oh, bien. Gracias a Dios. Logan y papá se llevan muy bien..:

Con ternura, Luc le enjugó las nuevas lágrimas que ella no era consciente de haber derramado.

—Lo sé, cariño.

—Kimber. —Unas enormes manos, cálidas y firmes, tomaron las suyas. Deke.

Ella parpadeó, se lo quedó mirando fijamente, absorbiendo la imagen de él, la seguridad que transmitía.

—Necesito que te concentres —le exigió él—. Los bomberos nos han dicho que la explosión no fue un accidente. No fue una fuga de gas ni nada por el estilo. Ha sido provocado.

«¿Provocado?».

—¿Qué estás diciendo? ¿Fue deliberado?

—Muy deliberado. Lo que estalló fue una bomba.

A Kimber se le desencajó la mandíbula. Miles de pensamientos se agolparon en su mente, pero no podía retener ninguno el tiempo suficiente para expresarlo en palabras. «¿Una bomba?». No tenía sentido. ¿Quién? ¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Quién había sido el gilipollas que la había puesto?

«Y que además quería veros muertos», susurró una voz en la mordaz en su cabeza.

—Cuando viniste a vernos la primera vez, mencionaste que alguien había estado amenazando a tu padre —la apremió Deke.

Muda y aturdida, ella asintió con la cabeza.

—¿Sabes por qué?

Ella frunció el ceño, intentando recordar.

—No con exactitud. Sólo sé que hay un psicópata que mi padre capturó y puso a buen recaudo, que estaba amargado porque no había visto crecer a su hija.

—¿Te amenazó a ti?

Kimber vaciló, hizo una pausa para pensar.

—Papá me dijo que ese hombre me había mencionado. Mi padre pensaba que ese tío quería hacerme daño.

Luc y Deke intercambiaron una mirada grave y al instante asintieron con la cabeza.

—En cuanto llegue Logan —dijó Deke—, te vienes con nosotros.

—¿Con vosotros?

—Nos iremos lejos de aquí. A alguna parte donde ese retorcido hijo de perra, que probablemente haya volado la casa de tu padre, no te encuentre. A algún lugar remoto y seguro.

Kimber entendía su lógica, pero...

—Mi padre me necesita aquí. No puedo marcharme.

—Logan se quedará aquí, nos mantendrá al tanto de todo, pero hasta que sepamos a quién y a qué nos enfrentamos...

—Es mi padre. Tengo que saber si va a recuperarse. Tengo que hablar con los médicos. No puedo largarme así porque sí. Logan tiene la sensibilidad de una apisonadora y papá me echará en falta.

Deke hizo una mueca sombría.

—Puede que te quiera aquí, pero también querrá que estés segura y a salvo. Estás alterada y no piensas con claridad. Y eso te convierte en una presa fácil de ese bastardo enfermizo que quiere matarte. No dejaré que eso suceda.

Kimber se apoyó aturdida contra Luc. ¿Sería posible que ella fuera un objetivo en el complot de ese psicópata contra su padre? No tenía demasiado sentido. En todos los años que su padre llevaba en ese negocio, jamás había tenido un roce serio con un criminal vengativo. Muchas amenazas sí, y algunos incidentes menores, pero nada como eso.

Pero, como su padre decía con frecuencia, siempre había una primera vez.

Si el coronel, que sabía cómo protegerse y trabajaba, precisamente, protegiendo a los demás, estaba en un quirófano luchando por su vida, ¿tenía Kimber alguna posibilidad contra ese hombre si iba tras ella? Ninguna. Pero ¿cómo podía abandonar a su padre en los que podían ser los últimos momentos de su vida?

—Pero...

—No hay peros que valgan. —Parecía como si a Deke se le hubiera acabado la paciencia. Le metió los dedos en el pelo y le alzó la cabeza, obligándola a mirarle a los ojos—. Te voy a sacar de aquí. Y punto. No es negociable. No vas a discutir, ni a intentar convencerme, ni a escaparte.

Su espíritu rebelde se alzó en su interior ansioso por tomar la palabra. La lógica lo aplastó. La explosión había sido causada por una bomba. Alguien había amenazado a su padre. Si ese psicópata había puesto una bomba, quería decir que era sofisticado y que lo había hecho cuando la casa estaba llena de gente. Quería decir que probablemente vigilaba la casa. Y que él sabía que ella estaba allí.

Probablemente había considerado que cargársela era un extra. O quizá fuera su objetivo. Su padre jamás querría que ella se pusiera a sí misma en peligro.

Kimber suspiró largamente cuando dijo:

—Está bien.

Luc la rodeó con los brazos y apoyó la mejilla contra su espalda. Deke se puso tenso, tiró del pelo de Kimber, maldijo entre dientes y le dio un beso rudo y posesivo en la boca.

En ese momento, se abrieron las puertas del hospital. Kimber vio que Logan irrumpía en el interior y escudriñaba la sala de espera.

Cuando los vio, se detuvo.

Kimber se libró del abrazo de Deke y saltó del regazo de Luc. Pero Logan había visto suficiente. Decir que estaba furioso no alcanzaba a describir la expresión que llameaba en sus ojos.

Tragando saliva, se acercó a ella y la agarró del brazo, apartándola de Deke y Luc.

—¿Se sabe algo de papá? —dijo con voz tensa y entrecortada.

«Maldita sea». Parecía estar conteniendo su temperamento salvaje. Y lo haría, pero no por mucho tiempo.

Kimber se negó a avergonzarse. No era una niña, y no iba a tratarla como si lo fuera.

—Nada, aún estamos esperando.

—¿Cuánto tiempo lleva en el quirófano?

Kimber se encogió de hombros. El tiempo carecía de sentido desde la explosión.

—Calculo que alrededor de una hora.

—Deke me dijo que estalló una bomba en casa.

—Eso han dicho los bomberos.

—¿Fuiste tú la que sacó a papá de allí?

¿Estaba complacido o enfadado? Podía ser cualquiera de las dos cosas, ya que Logan era la persona más imprevisible que conocía.

—Sí —dijo desafiándolo con la mirada.

—Maldita estupidez —escupió su hermano mientras la envolvía en un abrazo fraternal—, maldita valentía. Bien hecho, hermanita.

—Tenía que hacerlo. Tú habrías hecho lo mismo.

Logan sabía que no podría discutirle eso, así que ni lo intentó.

—¿Te ha examinado un médico?

—Estoy bien. Tengo dos puntos en el brazo y tres en la pierna. Son simples arañazos...

—Me alegro de que no estés herida.

Su hermano levantó la mirada hacia Deke y Luc y les saludó con la cabeza. Controlado. Contenido. Engañoso. Logan podía ser un auténtico hijo de perra cuando quería.

—Bueno —continuó—. Cambiando de tema... ¿qué coño haces con esos dos?

Como el tono de Logan estaba teñido de ira, Deke se levantó y se colocó detrás de Kimber. Ella sintió su enorme cuerpo y su calor en la espalda. Mirándolo por encima del hombro, observó cómo sostenía la mirada enfurecida de su hermano. En una respuesta silenciosa, Deke le rodeó la cintura con un brazo marcándola como suya y los ojos de Logan ardieron de nuevo.

Pasó un par de enfermeras por el pasillo cercano, era obvio que estaban en medio de un cambio de turno, y se detuvieron para observar la escena que se desarrollaba en la sala.

«Genial. Ahora tenían público». Antes de que las cosas explotaran, Kimber levantó las manos para detener a su hermano.

—Éste no es el lugar ni el momento adecuados para montar una escena.

—Sólo me preocupo por ti, hermanita. —Levantó la mirada hacia Deke—. ¿No quieres contarle de qué manera te tiras a las mujeres? ¿O tendré que hacerlo yo?

Si las enfermeras no les hubieran dedicado su atención antes, ahora lo harían.

Deke se tensó a sus espaldas, y Kimber supo que necesitaba aclarar la situación en ese momento.

—Logan, baja la voz. Ya sé todo eso.

Su hermano la miró como si hubiera perdido el juicio.

—Entonces, ¿por qué demonios les dejas tocar?

—¡Maldición! —gruñó Deke a sus espaldas—. No tienes que...

—Deja que me ocupe yo de esto. Por favor.

Deke vaciló, luego se rindió... a regañadientes. Kimber suspiró. No quería tener que lidiar con eso ahora. No estaba segura de que su padre fuera a sobrevivir, y estaba demasiado cansada. Pero ella conocía a su hermano mejor que nadie y sabía cómo conseguir que se mantuviera al margen.

—Sé por experiencia, cómo se tira a las mujeres —le espetó en voz baja—. Y no creo que sea asunto tuyo. Soy una mujer adulta, y tomo mis propias decisiones. Puedes aceptarlo o no. Pero no quiero volver a oír ni una sola palabra más del asunto.

Logan se quedó boquiabierto.

—¿Te acuestas con... los dos?

Su actitud puritana fue la gota que colmó el vaso.

—No me vengas ahora con que te has comportado como un santo toda tu vida. He oído muchas cosas de ti durante los últimos años, así que varhos a dejarlo estar.

Durante largo rato, él no habló. ¿Qué iba a decir de todas maneras? Kimber había oído rumores durante años de que él era un amo dominante, con un talento especial para utilizar el látigo y conseguir que una mujer pidiera más. Sería mejor para él que no dijera ni una maldita palabra.

Logan tensó la mandíbula.

—Hace tan sólo tres días estabas comprometida con otra persona.

—Pero ahora no lo estoy.

La respuesta le inquietó, pero dejó de discutir. En su lugar dirigió a Luc, y luego a Deke, una mirada cargada de veneno.

—Si le hacéis daño a mi hermana, juro que os despellejaré vivos y luego os dejaré morir desangrados.

—No es nuestra intención hacer daño a tu hermana —dijo Luc, levantándose y, apartando a Kimber de Logan y Deke, la envolvió en un abrazo protector—. Nunca.

—Y cada minuto que estamos aquí discutiendo, es un minuto más que ella sigue corriendo peligro —gruñó Deke,

—¿Qué diablos quieres decir con eso? —exigió Logan.

—Hay muchas probabilidades de que el gilipollas que hizo volar la casa del coronel esté tratando de hacerle daño a tu hermana. Nos la vamos a llevar lejos para mantenerla a salvo.

Logan pareció a punto de protestar.

Deke no se lo permitió.

—Sabes que puedo protegerla. Es mi trabajo.

Su hermano respiró hondo, luego le dirigió una expresión lacónica.

—¿Es eso lo que quieres?

—¿Puedes ocuparte de papá, y mantenerme al tanto hasta que esto se solucione?

La miró como si quisiera decir que no. Pero no pudo faltar a la verdad.

—Sí.

—Entonces sí. Debería irme con ellos. Ese psicópata hizo explotar la casa de papá. Creo que sabía que yo estaba allí. Por la manera en que ha estado amenazando a papá, no va a abandonar, no hasta que lo atrapen.

Después de un momento, Logan asintió bruscamente con la cabeza, luego se giró hacia Deke.

—¿Me tendrás al tanto?

—Sí.

—¿Señorita Edgington?

Kimber se sobresaltó al oír su nombre desde el otro extremo de la sala. Se giró con rapidez. Un médico bastante joven se aproximó a ellos con los hombros encorvados. Parecía exhausto. Kimber sintió que se le encogía estómago. «Oh Dios, Oh Dios, Oh Dios».

Kimber cruzó la sala a toda velocidad. El pelotón de testosterona la siguió.

—Mi padre... ¿Está...?

El doctor miró a Luc, a Deke y a Logan, y luego a ella, preguntando en silencio si podía hablar con libertad delante de los hombres.

—Sí —dijo ella con impaciencia—. Son mi hermano y mis... novios. —Con franqueza, a ella no le importaba lo que el médico pensara—. Díganos.

Durante un momento, el médico pareció sorprendido, luego su expresión se suavizó.

—Ha sufrido una conmoción cerebral. Hemos conseguido detener las hemorragias internas. Esperamos que no se hayan producido más daños. Es un hombre fuerte, y ése es el motivo de que haya sobrevivido a la operación. No ha entrado en *shock*, ni ha caído en coma, y eso es una buena señal. Estamos tratando de mantenerle estable, pero las próximas veinticuatro horas serán cruciales. Hasta entonces no sabremos nada más.



—¡Deke!

Aquella voz gritando su nombre lo sacó de su ensimismamiento al atardecer del día siguiente. Deke salió de la barca, subió al embarcadero, débilmente iluminado y se giró para encontrarse con Morgan Colé, con su pelo rojizo y una enorme sonrisa.

Él le devolvió la sonrisa mientras ella se acercaba y se inclinó para besarla en la mejilla.

—Hola, muñeca.

—Me alegro de verte. Jack me ha dicho que tienes que proteger a alguien. ¿Un amigo, tal vez?

Kimber era mucho más que eso. Lo había comprendido mientras se encontraba a cientos de kilómetros de Tejas, preguntándose si ella estaría viva o muerta, y la verdad lo había golpeado como un puño.

Pero ante Morgan, se encogió de hombros.

—Algo así. ¿Anda Jack por aquí?

—Está dentro encendiendo los generadores y la alarma. —Le puso la mano en el brazo intentando reconfortarlo—. Sabes que la cabaña de Jack es uno de los lugares más seguros del mundo, ¿verdad?

Deke asintió ligeramente con la cabeza.

—Sí. Nadie en su sano juicio se atrevería a meterse en los pantanos a menos que conozca bien el lugar.

—No, si no quiere convertirse en la cena de los caimanes —convino Morgan, rodeándole el cuello con los brazos y dándole un abrazo—. Estaréis a salvo.

Maldita sea, eso esperaba. Deke no quería pensar en las alternativas, no quería volver a sentir el sudor frío del terror mientras se preguntaba si algún chiflado bastardo había matado a Kimber.

Ni sentit aquel doloroso vacío en el pecho al pensar que ella podría haberse ido para siempre.

Sólo pensar en poner nombre a las emociones que esos síntomas indicaban le hacía sudar.

—Hola, pervertido —gritó Jack, saliendo de la cabaña—. Aparta las manos de mi esposa. No volverás a tener la oportunidad de tirártela de nuevo.

A sus espaldas, Deke oyó cómo Luc ayudaba a Kimber a subir al embarcadero. Se percató de que ella había contenido el aliento, sorprendida.

«¡Maldición!». Deke cerró los ojos, mientras un sentimiento de vergüenza lo inundaba. Era la primera vez que lo sentía en años. En aquel momento saber que Kimber descubriría de primera mano en qué se había convertido su vida... De repente, odió alguna de las decisiones que había tomado.

—Jack! —Morgan reprendió con dureza a su marido y por su rostro cruzaron distintos tonos de rubor, desde la vergüenza a la ira.

—Oh, lo siento. —Jack le palmeó el hombro con una expresión contrita—. He metido la pata.

—Pues sí —gruñó Deke. ¿Qué se le iba a hacer? Después de todo, Jack no sabía que la persona que tenía que proteger era una mujer. Y aún no había visto a Kimber cuando había abierto la boca. A fin de cuentas, nada de aquello era culpa de Jack, y Deke lo sabía.

Era culpa suya.

Jack extendió la mano hacia Kimber, ayudándola a mantener el equilibrio cuando ella puso los pies en el pequeño embarcadero de madera.

—Bienvenida, señorita. Sé que está usted pasando por un mal momento, pero Deke es uno de los mejores guardaespaldas que conozco. No hay lugar más seguro que éste, en medio de la nada, con él.

Asintiendo con renuencia y con los ojos muy abiertos, Kimber estrechó la mano de Jack. Luego él la sujetó por el codo para guiarla al, porche de la casa, iluminado, en la húmeda tarde de verano, por una sola bombilla de sesenta vatios.

—Gracias —dijo ella finalmente.

Jack estrechó la mano de Luc brevemente, luego acompañó a Kimber al interior. Deke observó cómo entraban en la cabaña y se preguntó qué ocurriría a partir de ese momento. Ahora que había conseguido que Kimber estuviera fuera de las garras del psicópata que había puesto la bomba, tendría que enfrentarse a varios hechos. Que ella le importaba mucho más de lo que debería. Que parecía haber roto su compromiso, con lo cual su hambrienta polla no había tardado en comunicarle a su bien dispuesta mente que ella era un blanco legítimo. Que Luc y él iba a estar recluidos en esa cabaña con ella durante días, tal vez semanas. Que deseaba a Kimber más de lo que había deseado a nada o a nadie en su vida.

«Estoy abocado al desastre».

Pasándose la mano sobre el rostro cansado, Deke se movió a regañadientes hacia la puerta de la cabaña. Lo retuvo una suave mano en el antebrazo. Morgan.

Había habido un tiempo en el que Deke se había preguntado si no estaría medio enamorado de aquella vivaz pelirroja, si bien ella era de Jack, con el que llevaba casada tres meses. En el pasado, cuando entraba en alguna estancia donde estaba Morgan y ella lo provocaba, él sentía inmediatamente el mordisco del deseo.

Hacía unos minutos, mientras observaba la sorpresa y la cautela de Kimber, se había olvidado de que Morgan estaba en el mismo lugar que él.

Y eso lo decía todo, aunque él no quisiera saberlo.

—Dios, lamento que Jack haya abierto la boca. Esa chica es mucho más que una amiga para ti, ¿no?

Él apartó los ojos de la inquisitiva mirada de Morgan.

—No importa.

—Claro que importa. ¿Estás enamorado de esa joven?

—No puedo.

—No quieres, que es distinto, pero ¿estás enamorado de ella?

Deke maldijo entre dientes, negándose incluso a pensar en la respuesta.

Maldición, ¿por qué insistía Morgan en sacar eso a colación? Deke prefería que le ataran un alambre de púas en las pelotas que ponerse a pensar en ello.

—Pareces a punto de vomitar, así que lo tomaré como un sí —dijo ella secamente—. ¿Sabe que Luc y tú...?

—Claro que lo sabe. —Deke tragó saliva—. Y tengo que dejar de pensar en Kimber. No está bien lo que deseo.

—Si lo recuerdas, yo pensaba lo mismo de Jack no hace mucho, pero luego él resultó ser exactamente lo que necesitaba.

Cierto, pero él no iba a tener un final feliz. Había vivido lo suficiente para saber que los cuentos de hadas podían acabar convirtiéndose en auténticas pesadillas en un abrir y cerrar de ojos.

—No soy lo que ella necesita. —Ni por asomo. Suspiró—. Puede que consiga resistir unas horas, con un poco de voluntad, unos días. Pero ese bastardo que la ha amenazado ha conseguido arrinconarnos aquí, por lo que probablemente no seguirá siendo virgen mucho más tiempo. Y una vez que eso ocurra, la destruiré.

La sorpresa atravesó la dulce cara pecosa de Morgan.

—O podría suceder todo lo contrario. Si tu corazón te ha guiado hasta ella, es por una razón. Quizá sólo deberías ver a dónde te lleva.



Kimber se despertó tras dormir unas horas en la única cama de la cabaña, acurrucada contra el cálido cuerpo de Luc. Deke no estaba a la vista. La noche anterior, como todas las que había pasado con ellos en Tejas, él había dormido en otra parte.

No es que se hubiera distanciado. Simplemente estaba asustado. Algo, tal vez su instinto femenino, se lo decía. No la evitaría de esa manera si no estuviera reprimiendo las ganas de abrazarla.

Deseó saber por qué lo hacía y qué podía hacer al respecto.

Pero ahora que la habían llevado a mitad de ninguna parte, supuso que tendría tiempo de sobra para averiguarlo.

En cuanto pudiera tranquilizarse. En cuanto tuviera noticias sobre su padre.

Jack Colé, el dueño de la cabaña, les había explicado la noche anterior que allí en el pantano no había cobertura para los móviles, pero que podían usar el teléfono de la cabaña.

Apartándose de Luc, que protestó con un gruñido entre sueños, Kimber se levantó y se dirigió a la cocina. La luz grisácea del amanecer se filtraba por las enormes ventanas panorámicas de la cabaña. Deke no estaba en el sofá en que había insistido en dormir la noche anterior. Pero lo vio en el porche, mirando al pantano, con un café en la mano. Un ceño fruncido dominaba los ángulos afilados de su cara.

Kimber suspiró. «Más tarde». Tendría que hablar con él entonces, su corazón no iba a permitir que se olvidara del problema, pero lo primero era lo primero.

Descolgando el teléfono, marcó el número del móvil de Logan. Su hermano contestó al primer timbrado.

—¿Kimber?

—Hola, Logan.

—¿Estás bien?

—Genial. ¿Cómo está papá?

—Por ahora sigue estable, gracias a Dios. Las heridas que tiene habrían matado a un hombre más débil, pero ha superado las primeras horas críticas. Los médicos se muestran moderadamente optimistas.

Kimber soltó un enorme suspiro de alivio.

—Oh, ésas son muy buenas noticias. Geniales. He pasado toda la noche preocupada.

—No era necesario. Deke me llamó hace unas horas para comprobar el estado de papá. ¿No te lo ha dicho?

—Estaba... —no iba a admitir delante de su hermano que Deke hacía todo lo posible para evitarla— dormida.

—¿Dónde estás exactamente? No aparece tu número en el identificador de llamadas.

—En alguna parte de Lousiana. En medio de los pantanos. Es todo lo que sé.

—Deke dijo algo parecido cuando hablé con él. Cariño, sé que no es asunto mío, sé que no debo tratarte como si fueras una adolescente, pero tengo que saberlo. ¿Estarás bien con esos dos?

¿Y quién lo sabía? Todo dependía de si Deke decidía romperle el corazón de una vez por todas. Las lágrimas hicieron que le escocieran los ojos, y los cerró con fuerza. Se sentía dolida y crispada, y estaba cansada de que aquel hombre se negara a quererla y no le dijera por qué.

—Genial. Si hay algún cambio en el estado de papá, llámame aquí.

—Mensaje recibido. Y llámame si necesitas algo. Lo que sea.

Estaba claro que le estaba ofreciendo consejo, pero era imposible para ella aceptarlo. Tras darle las gracias, colgó el teléfono. Observó que incluso sus suspiros eran temblorosos. Esa semana había sido muy intensa. Y aún no había acabado.

—¿Va todo bien?

Luc. Kimber se giró para mirarle. Despeinado por el sueño, parecía tan sexy que el corazón de Kimber se derritió como el chocolate bajo el sol. De nuevo, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Sí —consiguió decir sorbiendo por la nariz.

—Vuelve a la cama, cariño. Necesitas dormir.

Quizá. Pero no creía que ésa fuera la cura para sus preocupaciones.

—¿Podrías abrazarme?

La expresión de él se suavizó.

—Siempre.

Cogiéndola de la mano, la llevó de vuelta al dormitorio en penumbra, la tumbó encima de las sábanas blancas y la atrajo contra su cuerpo para abrazarla. En esa posición, pecho contra pecho, con las piernas enredadas, Kimber no podía ignorar su erección.

Se puso tensa.

—No voy a tocarte —le prometió—. A no ser que quieras que lo haga.

Relajándose de nuevo contra él, Kimber no pudo ocultar su alivio. No era por Luc. El era sexy y dulce. En la cama era fascinante. Había una intensidad en él que muy rara vez dejaba salir a la superficie. No tenía doblez. Por supuesto que ocultaba cosas, pero resultaban demasiado obvias. Dios sabía que podía conseguir que ella se derritiera, que ardiera, que se retorciera de placer.

Pero en aquel momento, Kimber tenía a otro hombre en mente.

—Estás pensando en vez de dormir —dijo Luc besándola en la sien—. ¿Qué te preocupa?

Kimber vaciló. ¿Hablar sobre Deke y sus sentimientos hacia él heriría los sentimientos de Luc?

—Vale, rellenaré los espacios en blanco —dijo él ante su silencio—. Por tu conversación telefónica, deduzco que tu padre se va a poner bien, ¿no es cierto?

—Creo que sí. Es un gran alivio.

—Bien. La siguiente cosa en tu lista de preocupaciones es ese lío con Jesse. Pero le has dejado tú, no fue él quien te dejó. Si pusiste fin al compromiso, ha sido porque no le amas. Y no parece que te haya afectado la ruptura.

—Para nada. Vive de una manera... simplemente, yo no podría vivir así. No tardé mucho en darme cuenta de que él no me ama. Ama la idea que tiene de mí. Piensa que mi pureza e inocencia podrían salvarlo de su descontrolada existencia como estrella del pop.

—Y tú te diste cuenta a tiempo. Chica lista. —La besó con ternura en la boca, casi como si la elogiara por ello—. Así que en cuanto los reporteros tengan a la vista otra noticia, dejarán de acosarte.

—Probablemente.

—Tampoco te preocupa la reacción de Logan cuando nos vio a Deke y a mí contigo en el hospital. Le dijiste que tu vida personal no era asunto suyo. Eres demasiado inteligente para dejar que te haga sentir culpable.

—El parece haberlo asumido. Más o menos se ha disculpado esta mañana.

Luc asintió con la cabeza, rozándole suavemente la cara con sus cabellos.

—Dudo que las notas de los exámenes de enfermería te tengan al borde de las lágrimas.

—No —admitió ella, intentando no llorar.

—Así que lo que no quieres decirme es que amas a Deke porque temes herir mis sentimientos.

Kimber alzó una mirada sorprendida hacia la sonrisa indulgente de Luc. Sin duda era un hombre muy perspicaz.

—Está bien. Lo conoces desde hace más tiempo. Es lógico que te hayas enamorado de él primero. Con el tiempo, acabarás por amarme a mí también. Por ahora, considero que tus sentimientos por Deke son una buena señal.

—¡Ni por asomo! —comenzó a llorar contra el pecho de Luc—. Mis sentimientos no importan. En cuanto superé la crisis inicial por la explosión, Deke volvió a comportarse como siempre. Incluso se niega a estar en la misma habitación que yo. ¿Qué le pasa a ese hombre?

—Ya sabes que te desea. Y estoy completamente seguro de que también te ama.

Dios, cómo deseaba que eso fuera cierto. Pero desear algo no hacía que se convirtiera en realidad, y ella aún tenía que luchar a brazo partido con el abismo que él se había propuesto mantener entre ellos.

—Creo que le importo. Pero no va a hacer nada al respecto. Hay algo... miedo tal vez, que se lo impide.

Luc asintió con la cabeza.

—Sí, pero tú puedes obligarle a enfrentarse a ello y superarlo.

¿Se habría vuelto Luc estúpido?

—¿Cómo? No sé lo que...

—No es necesario que lo sepas —le aseguró—. Él te lo dirá. Oblígalo a hacer el amor contigo y, antes de que te des cuenta, te lo contará todo.

—Pero no puedo obligarle a hacer el amor conmigo. —Más lágrimas le anegaron los ojos, y Kimber negó con la cabeza. Maldita sea, odiaba llorar. No era su estilo. Pero jamás había tenido una semana tan emocional—. Me ofrecí a él casi desnuda y le rogué que hiciera el amor conmigo. No lo hizo. Su voluntad es más fuerte que su deseo.

Luc depositó otro beso suave y tranquilizador sobre los labios de Kimber.

—No es cierto. Es sólo que está... obsesionado.

—Ya. ¡Con mi virginidad! —Suspiró y se enjugó las lágrimas que le rodaban por las mejillas—. Quizá, si ya no fuera virgen... puede que si tú quisieras...

Él gimió. —Oh, me estás matando, cariño. Acabarás conmigo. —Como para demostrar que tenía razón, Luc rodó sobre sí mismo y presionó su erección contra ella—. Me encantaría ser el primero y me sentiría muy honrado... no sabes cuánto. Pero creo que Deke lo necesita más que yo.

Kimber abrió la boca para preguntar, pero él le puso un dedo sobre los labios para silenciarla.

—De nuevo, es algo que sabrás cuando conozcas su historia.

—Entonces estamos abocados al fracaso —masculló ella—, porque no va a ceder.

—Lo hará. Creo que ya está a punto de hacerlo.

Luc permaneció en silencio y se apoyó en los codos mirándola con una expresión solemne.

—En el momento que le conté a Deke lo sucedido, cogió las llaves del coche y salió disparado hacia la puerta. Tuve que correr tras él para poder subirme al Hummer antes de que lo sacara del garaje. Durante todo el trayecto a casa de tu padre no hizo más que llamar por teléfono, maldecir y rezar. Condujo por lo menos a ciento cincuenta por hora, y sujetaba el volante con tanta fuerza que me sorprendió ver que aún circulaba sangre por sus dedos. Llegué a pensar que iba a darle un infarto antes de que llegáramos y descubriéramos que estabas ilesa.

¿Qué quería decir con eso? Kimber miró a Luc desde debajo de las pestañas, pensando a toda prisa. Para ella, eso indicaba que le importaba. Bueno, que le importaba mucho. Pero ¿cuánto?

—Jamás le había visto así —añadió Luc.

Luc estaba tratando de decirle que Deke la amaba. ¿Por qué? Le parecía descabellado, sobre todo porque ni el propio Deke se lo diría nunca.

—Vamos a imaginar por un momento que él...

—... te ama —terminó Luc por ella, interrumpiendo su titubeo—. Créeme.

—Me parece que sólo el tiempo y la paciencia podrá resolver este dilema.

—Quizá no —respondió Luc, pasándose el pulgar por el labio inferior—. Tengo una idea, pero es arriesgada. Correremos un gran riesgo —admitió él—. Para que todo salga bien, tendrás que confiar en mí por completo.

—Eso ya lo hago. Pero seguro que sería más fácil que me contaras su secreto y que fingiera que no lo sé.

—No podrías fingir ante algo así. Además, eso no ayudaría a Deke a superarlo, y necesita hacerlo.

Kimber se moría de curiosidad, pero se mostró conforme.

—Vale. Si acepto tu idea, tendré que confiar en ti, ¿Qué más?

Una pequeña sonrisa. Otro tierno beso.

—Tendrás que comprometerte por completo. Y deberás estar dispuesta a enfrentarte a las consecuencias si no pica el anzuelo.

La gravedad de las palabras de Luc le puso a Kimber un nudo en el estómago. Hablaba totalmente en serio.

Kimber soltó un tembloroso suspiro.

—¿Nos podría salir el tiro por la culata?

La expresión de Luc decía que no quería admitir la verdad, pero no iba a mentir.

—Sí.

—Pero ¿crees que esto lo ayudará a superar su miedo a estar conmigo?

Durante un largo momento, Luc permaneció en silencio.

—No es seguro, pero creo que será nuestra mejor opción.

Luc no estaba presionándola, pero Kimber estaba segura de que él esperaba que ella aceptara su gran idea.

—Si hago esto, ¿qué esperas para ti? Deke me dijo una vez que querías casarte y tener niños.

—Culpable. —Tuvo la elegancia de brindarle una tímida sonrisa—. Me encantarían esas cosas, y creo que encajarías perfectamente en nuestras vidas. Pero si al final resulta que no es así, al menos habrás ayudado a Deke a curarse. Además de ser mi primo, es mi mejor amigo.

Y no hacía falta decir que quería a Deke de las dos maneras: como familiar y como amigo. La preocupación y el afecto le suavizaban la oscura mirada. Kimber no necesitó pensárselo dos veces.

—Cuéntame los detalles y pongámonos manos a la obra.

Capítulo 13

La tarde de verano había convertido el escondrijo de Jack en el pantano en un horno. Deke tenía la camiseta pegada a la piel. Había mucha humedad y hacía calor. Muchísimo calor.

Y no sólo por el clima.

Ya fuera por el calor o porque quisiera volverle loco, Kimber rondaba por la cocina con una bata blanca muy corta, de una tela tan fina que era casi transparente. El pelo castaño rojizo le caía sobre la espalda en suaves ondas que imploraban ser acariciadas por sus dedos. Kimber vestía aquella ropa con aire despreocupado y provocador. Y eran esas mismas cualidades las que la impulsaban a mirarlo fijamente en ese momento. La mitad de su ser quería evitarla como a la peste, pero la otra mitad, quería enseñarle con exactitud por qué debería dejar de pavonearse delante de él y empezar a tenerle miedo. Mucho miedo.

Por desgracia, Kimber no sólo era única, atrevida y lista. Era, además, muy apetitosa. Su aroma a melocotón y a canela lo tentaba cada vez que estaba cerca de ella. Lo ponía duro y hambriento.

Y minaba su resolución.

Soltando un tembloroso suspiro, se dirigió a la sala para evitar la mirada insinuante de Kimber y la tentación que ella representaba. Pasarían días o semanas hasta que Jack o Logan descubrieran quién le había puesto la bomba al coronel. Y hasta entonces, por seguridad, Deke sabía que Kimber, Luc y él no abandonarían ese lugar.

La risa repentina y dulce de Kimber resonó en la cabaña y atrajo de nuevo la atención de Deke, engrosando su miembro. Resistir el deseo de mirarla era imposible.

Soltando una imprecación, Deke se volvió hacia ella. Estaba hablando con Luc, que, sin camisa y sonriente, estaba picando algo que Deke suponía formaría parte de la cena. Kimber absorbía extasiada cada palabra, coqueteando con él, deslizando su mirada por los hombros poderosos y los pectorales bien definidos de su primo.

En respuesta, Luc le acarició el cuello con la nariz y le susurró algo al oído. Kimber se estremeció y se apretó contra él.

¡Maldición! No necesitaba eso...

Pero se estaba mintiendo a sí mismo. Sí que lo necesitaba... necesitaba tener sexo con ella. En verdad era Kimber quien no lo necesitaba. Le correspondía a Deke actuar como un adulto responsable y ejercer un poco de control sobre su cuerpo. De esa manera la salvaría de sí misma y de algo que ella sólo entendía a medias.

Deke se giró y encendió el televisor, decidido a olvidarse de aquella dolorosa erección que clamaba por ella. Fuera lo que fuese lo que quisieran hacer Kimber y Luc, podían hacerlo solos. No era asunto suyo. Si querían implicarse más el uno con el otro, pues allá ellos.

Valientes palabras. Pero mientras emitían *Seinfeld* en la tele, Deke no dejó de mirar por encima del hombro. Luc y Kimber juntos... no estaba bien. Le revolvió el estómago y lo llenaba de furia. Las mismas viejas mentiras que se había dicho a sí mismo durante tanto tiempo ya no funcionaban.

Luc terminó de cortar aquellas cosas verdes que había estado transformando en algo comestible, y las echó en una fuente. La metió en la nevera, luego cerró el electrodoméstico con un golpe de caderas mientras le brindaba a Kimber una sonrisa provocativa.

Y por si eso no hubiera sido suficiente para que Deke quisiera romper algo, Luc la envolvió entre sus brazos, acariciándole la suave curva de las caderas. Luego la besó, primero un ligero roce de los labios en el cuello femenino, luego amoldando su boca a la de ella. Kimber se derritió contra él, arqueando la cabeza hacia la mano que se la sostenía, y ofreciéndole la grácil curva de la garganta. Luc bajó los labios a la tentadora piel y se la mordisqueó. Ella gimió entre sus brazos.

A Deke le dolieron los testículos. Le dolió el pecho. Incluso le dolieron los dedos. Bajó la mirada para ver que estaba prácticamente rompiendo el mando de la tele. Al mirar la pantalla observó que había terminado *Seinfeld* y comenzado *Friends*. ¿Cuándo había ocurrido eso?

Maldición, no podía soportarlo. Con una imprecación, Deke apagó la televisión y se puso en pie. Abrió la boca para decir... ¿qué?

No, no qué decir, sino qué hacer.

Entraría en la cocina, cogería a Kimber entre sus brazos y la llevaría al dormitorio. Se recreó en aquella fantasía. Deke quería hacerla gozar, observar cómo lo tomaba. Todo eso... y mucho más. Quería más que cualquier otra cosa en el mundo penetrarla profundamente, tomar una parte de ella que Kimber no le había ofrecido a ningún otro hombre y quedarse allí.

Quería reclamarla.

Ante esa idea, la sangre abandonó su cabeza y se dirigió a su miembro. Maldita sea, la lujuria le golpeó en el pecho con fuerza, casi no podía respirar. Entre un jadeo y otro, su miembro se endureció hasta el punto de poder pulverizar un bloque de hormigón armado, y su débil determinación cedió lo suficiente como para permitir que eróticas imágenes de sí mismo penetrando el apretado sexo de Kimber y bombeando en ella sin piedad le invadieran la mente.

«¡No, ni hablar!».

Pero el deseo era ya incontenible. Había crecido hasta convertirse en una necesidad. Tenía que tocarla. Tenía que saber que, costara lo que costase, iba a dejar su marca en ella de la misma manera que ella la había dejado en él. ¿Cuándo había ocurrido eso? ¿Y por qué?

Destrozado, hambriento y jadeante, siguió con la mirada clavada en Luc y Kimber que compartían húmedos besos en la cocina, animando a su calenturienta mente.

Entonces, Luc echó más leña al fuego deslizándose una mano por la barbilla de Kimber, por su clavícula, y metiéndola bajo la bata blanca. Rozándole la suave piel, Luc apartó lentamente la tela a un lado y dejó el hombro al descubierto, ofreciéndole a Deke una buena vista del pecho de Kimber, y del pezón duro y enrojecido.

La poca sangre que le quedaba en el cerebro se unió en una oleada a la que ya estaba en su miembro.

Luc pasó el pulgar por el prominente pezón, excitándolo y apaciguándolo a la vez. Kimber jadeó, moviéndose para acercarse a él hasta que sus muslos se rozaron.

Dios, lo que daría él por estar allí con ella, estrechándola contra su cuerpo, metiéndole la lengua en la boca, poseyendo la de ella, dulce y rosada, mientras la despojaba de la bata.

Dio un paso adelante.

Ninguno de los otros dos pareció darse cuenta. Luc siguió a lo suyo, deslizándose las yemas de los dedos por el seno desnudo de Kimber y luego bajó una mano hasta su cadera. Después movió la otra mano y dejó el otro hombro al descubierto. Kimber tenía ahora ambos senos desnudos. Un par de exuberantes pezones que suplicaban una atención que Deke se moría por proporcionar. Luc los ignoró, dedicándose a tirar con suavidad del cinturón que todavía ceñía la bata a la cintura femenina. No lo desanudó, sino que lo utilizó para acercarla más hacia él. Con un grácil balanceo, Kimber relajó su cuerpo contra el de Luc y levantó su boca rosada para darle un beso.

Incluso de perfil, el deseo que suavizaba los rasgos femeninos le sentó como un puñetazo en el estómago.

El sudor humedeció los pectorales y la espalda de Deke. Maldición, sólo con mirar a aquella mujer quedaba noqueado. Observar cómo el deseo la inundaba, cómo se ruborizaba su cuerpo, hacía que Deke perdiera la cordura.

Luc dio un paso atrás y se dejó caer en una de las sillas de la cocina, aferrando las caderas de Kimber con ambas manos y haciendo que casi desaparecieran de su vista. Maldición, algunas veces llegaba a olvidarse de lo menuda que era. Era una mujer frágil. Debería de considerarla casi intocable.

Pero no lo hacía.

Por encima de uno de sus hombros desnudos, Kimber le dirigió a él una mirada coqueta. «¡Bang!». Aquella mirada le había engrosado el miembro antes siquiera de que ella bajara los párpados y volviera a subirlos.

Y, sin embargo, aquel deseo no era sólo sexo. Había habido muchos momentos en su vida en que se había sentido muy excitado. Pero aquello era diferente. Era algo nuevo. Y le daba un miedo mortal.

Los ojos de Kimber y Deke se fundieron y la electricidad que crepitó entre ellos le golpeó y le atravesó el cuerpo. Luego sintió otra sacudida cuando ella le miró las pelotas. Esa sensación lo golpeó de nuevo en el pecho y se intensificó cuando ella se mordisqueó el labio inferior mostrando una apariencia tímida e insegura. Excitada.

Luego Luc la sentó en su regazo, y le dio un largo y profundo beso, murmurando algo contra su boca, haciendo que Deke se sintiera crispado, enojado y anhelante.

¡A la mierda con todo! Dio un par de pasos más hacia ellos.

Al verlo, Luc hizo girar a Kimber en su regazo de manera que la espalda femenina se reclinara contra su tórax. Ahora ambos miraban a Deke. ¿Luc sabía que los había estado observando? El reto que brillaba en los ojos de su primo para que dejara de ser un mero espectador lo decía todo.

La mirada de Kimber era igualmente una muda invitación. Deke se detuvo en seco.

Aquello estaba mal. Muy mal. Lo habían provocado, le habían tendido una trampa. Si bien sabía que debería darse la vuelta y marcharse, aquellas miradas habían provocado un auténtico infierno en sus entrañas y no pudo mover ni un músculo.

La velocidad a la que Luc deshizo el lazo del cinturón que rodeaba la delgada cintura de Kimber sólo podía llamarse «tortura prolongada». Sin ninguna prisa, su primo tiró del cinturón con una lentitud exasperante. Arrastró la tira de seda por las rodillas de Kimber y la deslizó bajo el dobladillo de la bata hasta que ella jadeó y se le irguieron los pezones. Las areolas estaban oscuras, arrugadas y eran muy tentadoras.

—¿Continúo? —le preguntó Luc, desatando con manos firmes el último nudo que sujetaba el cinturón en su sitio.

Deke tragó saliva. Si Luc seguía, Kimber se quedaría desnuda por completo. Dejaría el cuerpo femenino expuesto a su hambrienta mirada.

Accesible al toque controlado de Luc.

Nadie dijo nada, nadie respiró ni se movió. Pero uno de los dedos de Luc se deslizó lentamente entre las piernas de Kimber por encima de la tela para acariciar ligeramente lo que tenía que ser la sensible zona próxima al clítoris.

Deke le dirigió a su primo una mirada inquisitiva. ¿Qué diablos pretendía hacer? ¿Qué debería hacer él? Luc le respondió con una sonrisa y arqueando una ceja. Mientras tanto, continuaba moviendo el dedo en círculos justo encima del sexo de Kimber.

El silencio se extendió entre ellos sólo interrumpido por la respiración jadeante de Kimber. Con lentitud, Luc apartó el dedo y cogió el cinturón con ambas manos.

Era imposible no fijarse en el pequeño círculo de tela mojada donde había estado el dedo de Luc.

Ese pequeño punto dejaba a las claras lo mojada que tenía que estar Kimber. Aquella húmeda visión casi lo hizo caer de rodillas.

—¿Continúo? —Las manos de Luc tiraron un poquito más del cinturón de la bata.

Deke supo que iría al infierno por eso.

—Sí.

Con una brillante sonrisa de triunfo y un erótico movimiento de sus manos, Luc se libró del cinturón y abrió la tela de la bata, dejándola caer a los costados de Kimber.

Y ella se mostró ante él completa y sorprendentemente desnuda.

Deke no pudo más que mirarla boquiabierto al sentir el impacto de la desnuda belleza femenina en su cuerpo, endureciéndolo y tensándolo, antes de que Luc aferrara sus muslos y los separara suavemente, abriendo las piernas de Kimber. Ella soltó otro suspiro entrecortado cuando Deke alcanzó a ver su sexo.

«Jugoso, hinchado, maduro. Perfecto».

Ella era una auténtica diosa lasciva mientras Luc pasaba la yema del dedo por el interior de su pierna y se detenía para frotar la tersa piel donde se unían el muslo y el torso. Si Luc movía el dedo apenas unos centímetros más tocaría sus pliegues mojados y el suave vello rojizo y ya no habría nada más que lascivas intenciones entre ellos.

«Oh, Dios...».

Luc llevó la otra mano a su vientre, y la subió lenta, muy lentamente hasta ahuecarle un pecho y azotar el tenso pezón de nuevo con el pulgar.

Deke apretó los puños e intentó apartar la mirada de la escena que se desarrollaba ante él. Puede que si se diera la vuelta no viera esa imagen en su mente. Dios sabía que si seguía observándolos, se uniría a ellos.

Y una vez que lo hiciera...

No, no podía pensar en poner a Kimber sobre sus espaldas, seguro que ella estaría mojada, y...

—Mírala —lo invitó Luc, con voz ronca.

Deke tragó saliva. Dios, ¿qué podía hacer él salvo mirarla fijamente y desear poseerla? ¿Qué más podría mirar que no fuera la mujer que deseaba sobre todas las cosas?

Quiso cerrar los ojos para desterrar ese tipo de pensamientos de su mente, pero no quería huir de la verdad si con ello se perdía un solo instante de ella, entregada y sensual. Tan condenadamente hermosa y valiente.

No obstante, si Kimber supiera la verdad, estaría aterrorizada.

«Díselo», lo apremió su miedo. «Merece saber por qué no puedes estar con ella».

—¿Estás mirándome? —le dijo ella con voz juguetona y sensual.

¿Por qué seguían tentándolo, poniéndole un cebo a la fiera salvaje que habitaba en su interior? ¿Por qué tentaban al destino?

—Ya me conoces. —Deke se aclaró la garganta, pero sabía que seguiría sonando como si tuviera arena en la laringe.

«¿Por qué no puedes poseerla?», le preguntó una vocecita interior. «Lo que sucedió con Heather no tiene por qué suceder de nuevo».

Puede que no. Deke no lastimaría a Kimber a propósito por nada del mundo. ¿Y si tenía cuidado? Luc estaría allí, sería responsable. Él mismo insistiría en que lo fuera... por si acaso.

«Maravillosa racionalización».

—Siéntela —lo tentó Luc.

—Por favor —jadeó Kimber, separando los muslos un poco más.

Sus pliegues brillaban mojados, rosados y necesitados.

Deke estaba más que dispuesto a darle lo que deseaba.

Aun así, no podía saltar sobre ella. Antes tenía que decidir si la apartaba de él o si dejaba que entrara de lleno en su vida de forma permanente. Pensar en lastimarla, en meter la pata hasta el fondo, lo llenaba de temor.

Se sentía como si estuviera sentado sobre una bomba de relojería a punto de estallar. Tenía que tomar una decisión ya. Apartarla de nuevo de su lado con palabras odiosas, herir sus tiernos sentimientos y destrozarla, no era una opción. Haber visto una vez el efecto de sus palabras en ella casi lo había matado.

Abrazarla con toda la lujuria que sentía en su interior, dar rienda suelta a todos los sentimientos que poseía era lo que Deke quería sobre todas las cosas. Sentía que esos impulsos inundaban su cuerpo como si fueran el combustible de un cohete a punto de despegar. Potentes. Imparables. Ni siquiera debería pensar en ella y en el deseo ardiente que provocaba en él. Si la tocaba no sólo perdería el control sino que éste estallaría en mil pedazos.

El pecho de Deke subió y bajó con su respiración jadeante y excitada. Las palmas de las manos le hormiguearon por el deseo de aceptar la invitación de Luc a pesar de saber que una vez que la tocara, la poseería. Sería irrevocable.

—Si no la tocas, la perderás...

Y, recordándole exactamente lo que estaba desaprovechando, Luc deslizó la mano por el interior del muslo de Kimber, trazando perezosos círculos sobre su sexo hasta que muy lentamente se sumergió en él. Deke observó cómo el ansioso cuerpo de Kimber se tragaba ese dedo, y no pudo evitar la idea de que aquel dedo penetraba profundamente en el húmedo calor que podría acogerlo a él.

Con un gemido, ella apoyó la cabeza contra el hombro de Luc y se arqueó. Deke observó cómo su primo le metía aquel dedo en el sexo, follándola lentamente, antes de añadir otro y reanudar el mismo ritmo pausado.

En su regazo, Kimber se contorsionó y presionó contra sus dedos. Luc le respondió deslizándole la mano con la que le manoseaba el seno hacia la cadera, para luego profundizar entre sus rizos resbaladizos, jugueteando con el nudo de nervios oculto entre aquellos preciosos muslos, abiertos sin remisión. Sin piedad.

Una ligera presión, unos cuantos movimientos circulares con esos largos y sensibles dedos, y Kimber jadeó, se contorsionó, se sonrojó y gimió.

El deseo atravesó a Deke, lo arrasó. Estaba preparado para lanzarse y estallar.

«Dios, sería increíble follarla». El pensamiento de que ella enfocaría toda esa energía en su miembro, en su satisfacción, era muy erótico. Pero no era justo dejarse llevar sólo por su deseo. Necesitaba darle placer a esa mujer tanto como respirar. Sería la manera de expresar todos aquellos extraños e incesantes sentimientos sin tener que decir una palabra.

Deke dio otro paso hacia ellos, acercándose lentamente a la cocina.

Kimber, al borde del orgasmo, gimió y meneó las caderas bajo las caricias de Luc. Él la mantuvo en ese punto con total maestría, llevándola con pericia hasta el borde del precipicio para retroceder cada vez que su cuerpo estaba a punto de alcanzar la cúspide. Tras un breve respiro, Luc volvía a enardecerla de nuevo.

Perplejo, observó cómo Luc utilizaba las manos para conducirla al clímax, y luego negárselo otra vez. Una y otra vez, y otra vez más. Diez minutos más tarde, Kimber tenía el cuerpo tenso y ruborizado. Incluso después de un breve descanso, con que Luc sólo deslizara un dedo en su interior o le rozara el clítoris, Kimber volvía a debatirse entre el cielo y el infierno una vez más.

Maldición, aquello lo estaba matando. Deke acomodó la sensible longitud de su miembro endurecido en los vaqueros. Incluso el más leve roce le hacía gemir.

Los ojos color avellana de Kimber estaban totalmente abiertos, con las pupilas dilatadas, dominados por un tono verdoso, implorantes.

—Deke, tócame...

Esas palabras fueron como un mazazo. Deke cerró los ojos, intentando bloquear la imagen que tenía ante sí, pero el olor de Kimber, a canela y a melocotones frescos, dulces y maduros, lo sedujo. El aliento entrecortado de Kimber y la manera extasiada en que decía su nombre, mientras Luc la llevaba al límite otra vez... era casi imposible de soportar. Apretó los puños y se dio cuenta de que estaba temblando. Temblando como un jodido adolescente.

—Deke —lo llamó Luc de nuevo, con una voz burlona y desafiante.

Deke abrió los ojos lentamente. Su ardiente mirada se deslizó por las mejillas arreboladas de Kimber hasta el pecho, que subía y bajaba con rapidez. Su excitante recorrido visual continuó por la estrecha cintura, por las suaves curvas de las caderas. A continuación dedicó toda su atención a los pliegues resbaladizos e hinchados. Aquel lugar que Luc orientaba en su dirección para que él no pudiera perderse ningún detalle.

El bastardo de su primo había previsto aquello. Pero eso no hacía que Kimber lo excitara menos o que fuera más fácil resistirse a ella.

—Luc, para —gruñó Deke.

Su primo continuó como si no lo hubiera escuchado.

—Saboréala.

¡Maldición! A Deke casi se le aflojaron las rodillas ante la sugerencia. Toda esa dulce necesidad sólo para él, cálida en su lengua... Saber que él podría darle placer, que con unos meros lametazos hambrientos ella se rendiría a él, que le ofrecería el sabroso néctar de su ser, fue suficiente para que le latiera la polla y para que se le tensaran los testículos.

Sintió un vuelco en el corazón.

¿Cómo podía un hombre luchar contra algo así?

Casi la había perdido dos veces en las últimas semanas, primero con Jesse McCall, luego por la bomba de un psicópata. Las pruebas de aquello último eran visibles en el cuerpo femenino en forma de puntos y magulladuras. Si ahora se alejaba de nuevo, ¿volvería a tener otra oportunidad con ella o por el contrario la ruptura sería para siempre?

Aquella posibilidad era demasiado dolorosa.

—Por favor, saboréame —le imploró Kimber con suavidad, apartando los dedos de Luc y pasando sus propios dedos por su brillante sexo.

Luego levanto un dedo mojado hacia él como un manjar tentador.

Antes de poder respirar o pensar, Deke dio un paso más y se dejó caer de rodillas. Le aferró la muñeca con fuerza y se metió aquel dedo en la boca, succionándolo como un hombre poseído. Gimió al degustar aquel sabor almizcleño que no había podido olvidar.

Fresco, salado y dulce a la vez, delicado. Incluso después de horas el gusto a almizcle de su sexo, de su piel, permanecía en su lengua. Era tan... suyo. Era perfecto.

Deke la sujetó por las caderas, ansioso por atraer a Kimber hacia él y hundirse en ella como si fuera un postre exquisito.

—No. —Luc le rozó de nuevo el clítoris y luego le cubrió el monte de Venus, negando a su primo el sabor del néctar de Kimber.

Deke apretó los dientes, observando cómo Luc presionaba el sexo de Kimber rítmicamente hasta que ella se aferró a los brazos de la silla de la cocina y gimió por alcanzar un climax que el chef le negó de nuevo.

—Fóllala. —Ahí estaba el nuevo reto de Luc.

«El último».

Deke levantó la cabeza de golpe. Luc lo decía en serio. Completamente en serio.

Observó a su primo durante un instante. Luc no sugería nada que Deke no hubiera pensado y ansiado hacer más de lo que su limitado vocabulario de cavernícola fuera capaz de expresar en ese momento.

—Por favor... ¡Oh, por favor! —suplicó Kimber interrumpiendo sus pensamientos, con voz estrangulada—. Te necesito.

Soltando el aliento, Deke no hizo más que mirarla fijamente mientras le imploraba. La cabeza le daba vueltas. Quería darle lo que necesitaba. Todo lo que necesitara. Dios lo sabía, pero...

—Ahora —le instó Luc—, o lo haré yo.

Deke se agarró con desesperación a la silla.

—Luc...

—Fóllala —insistió—, o lo haré yo.

«Oh, maldición». Sintió un estremecimiento.

Inspirando profundamente, Deke volvió a mirar a Kimber. No podía ignorar los implorantes y sinuosos movimientos de la mujer que ruborizada de pies a cabeza lo observaba con una mirada ardiente y entornada.

—No es eso lo que ella quiere.

—¿Y qué crees que quiere en este estado? Necesita correrse. Me he asegurado de ello.

—Debería de tener la mente despejada para acceder a esto. Tal y como está ahora...

—Kimber dijo que sí antes de que entráramos en la cocina. Antes de que le pusiera un dedo encima. Quiere que hagamos el amor con ella. La única pregunta aquí es, ¿cuál de los dos lo hará primero?

Luc acababa de acorralarlo. Santo Dios, ¿por qué? No había duda de que él había tenido muchas veces la fantasía en la que la follaban juntos. «¡Maldito fuera Luc!». Pero Deke no se hacía ilusiones. Si no tomaba él a Kimber, lo haría Luc.

—¿Quién va a ser? —le presionó su primo.

—Estoy pensando. —¿Pero qué había que pensar? Si Kimber ya había dicho que sí, y si Luc pensaba tirársela si él se negaba, ¿cómo podía decir que no cuando lo que más quería era ser su primer amante y reclamarla para sí?

—Tienes treinta segundos.

—No me presiones, cabrón.

—Demasiado tarde.

—¿Por qué coño estás haciendo esto? ¿Por qué no dejas simplemente que las cosas vayan a su ritmo? Deja que la haga correrse con la boca. Eso la aliviaría.

Luc se burló de él.

—Hoy sí, pero ¿qué pasará mañana? ¿Y pasado mañana? Es una mujer que se merece disfrutar de una sexualidad plena y feliz. Ya lo he hablado con ella. Está tomando la pildora y está preparada. Más que preparada. Está empapando mis dedos. Ambos le importamos. Y los dos la adoramos.

Deke comenzó a sudar.

—Lo que estás sugiriendo es... permanente.

—Que es exactamente lo que tú deseas. Lo que yo deseo. No permitas que el miedo que sientes lo estropee todo.

Deke cerró los ojos con fuerza por un momento, pero eso no impidió que reconociera la verdad.

—Has planeado todo esto, hijo de perra. Me has estado forzando desde el principio.

—Empezaba a preguntarme si seríamos viejos antes de que encontraras el valor suficiente para hacer el amor con ella. —Luc miró el reloj—. Ahora lo sabré. Han terminado tus treinta segundos.

Deke no dijo nada mientras las palabras de Luc retumbaban en su cabeza. Kimber merecía disfrutar de una sexualidad plena y eso incluía..., bueno... sexo completo. Kimber quería eso. No era menor de edad ni emocionalmente inestable. Y a él le importaba ella más de lo que quería admitir. Si Kimber volvía a desaparecer de su vida, su ausencia lo destrozaría.

Pero ¿qué podía ofrecerle él además de un pasado traumático un presente paranoico y un futuro donde la mayor parte de la gente los vería como unos depravados?

Luc estaba ahora impaciente. Colocó a Kimber encima de la vieja mesa redonda de la cocina y se deshizo de los vaqueros, arrojándolos al suelo. Se ubicó entre la V que formaban las piernas abiertas de Kimber, la agarró de las caderas y se sujetó el miembro.

—¿Qué demonios estás haciendo? —dijo Deke empujando a Luc y apartándolo de Kimber—. ¿Es su primera vez y pretendes mantener relaciones sexuales sobre la mesa de la cocina?

Luc se encogió de hombros.

—Bueno, me la llevaré a la cama y la follaré allí.

Deke observó atónito cómo Luc le tendía la mano a Kimber. Ella vaciló y levantó unos inquisitivos ojos muy abiertos en dirección a él.

¿Quieres ser el primero? Le preguntaba con la mirada. ¿Te importo? ¿Necesitaba Deke estar ya dentro de ella? ¿Quería ser el primer hombre en hundirse en su cuerpo y tomar una parte de ella que ningún otro hombre tendría jamás?

«Sí, sí, sí y sí».

—¡Ni lo sueñes! —gruñó Deke. Luego levantó a Kimber de la mesa, y la estrechó contra su cuerpo. Ella le envolvió automáticamente la cintura con las piernas mientras la boca masculina se amoldaba a la de ella y la saboreaba desesperadamente con la lengua. Quiso sumergirse en ella y rodearla con sus brazos, mientras la sostenía con una mano bajo el trasero desnudo. El dulce jugo de su sexo goteó sobre su muñeca y la tela de los vaqueros.

Era condenadamente bueno que estuviera tan mojada. Iba a necesitar toda esa lubricación.

Dentro del oscuro dormitorio, Deke apartó la mosquitera y la depositó en la cama. Era perfecta. Bella y radiante, igual que la propia cama, delgada y con sugerentes curvas.

—¿Estás segura, gatita? —le preguntó con voz áspera y ronca.

Kimber asintió con la cabeza sin dejar de removerse.

—Sí. Por favor. Ya.

—¿Estás hablando tú o el deseo? Luc te ha llevado a un punto...

—Deseo esto, te deseo. Ya lo hacía antes de que él me pusiera la mano encima. Por favor —susurró ella, deslizando su propia mano entre sus piernas para acariciarse el clítoris y llevándolo a él cerca de la locura.

Deke sintió que se le aflojaban las rodillas a la vez que su erección latía con aprobación, pero la agarró de la muñeca y se la apartó. Quería ser él quien la hiciera llegar al orgasmo. El y su dolorida polla.

Deke tragó saliva. «Joder». Iba a hacerlo. Iba a olvidarse de todo lo demás y a hacer el amor con Kimber. A poseerla. A ser su primer amante. A reclamarla. No podría impedirlo, no quería evitarlo.

—Te dije todas aquellas cosas horribles para que te fueras, pero no sentía lo que dije.

—Lo sé. Te perdono.

La respiración de Deke era jadeante. ¿De verdad era ella tan maravillosa como para entender que no había querido decir aquellas cosas? No se la merecía, y esperaba no destrozarle la vida. Pero no podía negarse más a lo que todos querían. Y no era simplemente su cuerpo lo que necesitaba, sino la intimidad. Necesitaba sentirse tan unido a ella como sólo podían estarlo dos personas.

—Gracias. —Miró a Luc, con el corazón latiendo más rápido que un M60—. ¿Me das un condón?

—No. —Fue Kimber la que lo dijo. La palabra resonó en la habitación.

—Está tomando la pildora —le recordó Luc.

Deke se volvió hacia ella, se la quedó mirando fijamente y no pudo evitar darle un beso húmedo y devorador en la boca, ni de rozarle el erecto pezón con el pulgar.

—¿De veras?

Kimber se arqueó bajo su caricia.

—Fui a ver a un médico después de dejar a Jesse. Esperaba que ocurriera esto.

Esa información le hizo hervir la sangre y querer gritar de alegría. «A salvo». Ella estaba a salvo. ¡Bendita fuera! La recompensó con una caricia en el otro pecho. Ella le respondió con un gemido. No sólo podría hundirse profundamente en ella, sino que podría hacerlo sin protección.

«No seas tonto», le gritó una parte de su mente. La pildora no era totalmente segura.

—Dame un condón —le dijo a Luc—. Es sólo por seguridad. —Luego le pasó la mano a Kimber por el pelo—. No quiero que te pase nada.

—No quiero que nada se interponga entre nosotros. Por favor...

«Oh, cielos». Sería algo estúpido, alocado e impulsivo. Pero algo en el interior de Deke comenzó a hacer erupción, gritando un «cielos, sí», al pensar en estar dentro de ella sin que nada se interpusiera entre ellos. Deseaba tener a Kimber de una manera en que no había tenido a otra mujer. La pildora era más efectiva que los condones, y sabía por experiencia, que los condones no eran infalibles.

Deke no podía apartar la mirada de ella. Ahora observaba fijamente los puntos y los moretones que tenía. Le recordaban que podría haberla perdido antes de haberla reclamado siquiera. Eso sí habría sido una jodida ironía. La necesitaba. Y tenía que poseerla de la manera más elemental posible.

—Gatita —le dijo con voz ronca—. Te prometo que estoy sano. Suelo hacerme reconocimientos médicos con regularidad. Siempre he tomado precauciones. Yo nunca... —tragó saliva—. Estás segura conmigo.

—Lo sé. —Sonriendo, Kimber extendió la mano y pasó la yema de los dedos suavemente por la espalda de Deke. Él se estremeció y contuvo la respiración—. Entonces, yo también seré la primera para ti.

Como si ella quisiera reclamarlo a él. El deseo de Deke se acrecentó, invadió su mente y le hizo abandonar cualquier pensamiento racional. Todo lo que haría esa noche sería puro instinto. Todo corazón.

—Así es. —Se bajó de golpe los vaqueros por las caderas, y subió lentamente a la cama, tumbándose a su lado.

Inclinándose y zambulléndose en el paraíso que era la boca de Kimber, Deke degustó su sabor único y limpio. El beso fue brusco y exigente. Sin palabras, ella le dijo que esperaba que se lo diera todo, que no se reservara nada para él.

¿Cómo, con todo lo que la deseaba, con todo lo que la quería, podría contenerse? Kimber ya había demostrado ser lo suficientemente fuerte para satisfacer sus necesidades en otras variantes del sexo. Sería perfecto.

Cuando la tomó de la nuca para profundizar el beso, Deke sintió que Luc subía a la cama y se situaba al otro lado de Kimber.

Interrumpió el beso, luego clavó la mirada en Luc. Abrió la boca y la cerró de golpe.

¿Cómo podía haberse olvidado de su primo? Él, que no se había acostado solo con una mujer en doce años, a pesar de todo, se había olvidado. Y ahora tenía que recordarse a sí mismo que no sería el único amante de Kimber, sino que también lo sería Luc.

Esa idea provocó en él una sensación de rechazo absoluto. Deke apartó a un lado su instinto, intentado imponer un poco de lógica a su mente cegada por la lujuria. Necesitaba que Luc estuviera allí.

Estaba dispuesto a sumergirse en Kimber sin que hubiera entre ellos una barrera de látex. Oh, Dios... se moría por sentir su carne desnuda rodeándole. Pero no estaba dispuesto a olvidar todas las precauciones. No podía ser el único responsable. Por si acaso...

Aquel miedo que albergaba en su interior le recordaba que tenía que compartirla. Tenía que ignorar aquella parte de sí mismo que se rebelaba. No podía ser el único con el que ella hiciera el amor.

Apartando esos pensamientos de su mente, observó cómo Luc rodeaba uno de los rígidos pezones de Kimber con la lengua. Él se dedicó al otro, humedeciéndolo, pellizcándolo con los dientes, satisfecho con la rápida respuesta de Kimber que separó automáticamente los muslos.

Deke deslizó una mano reverentemente por la suave piel del vientre de Kimber y siguió bajando hacia su sexo. Un refugio mojado, empapado e hinchado. Ella jadeó ante el primer toque.

Bajo los dedos de Deke, el tenso clítoris palpitó. Dios, estaba más que preparada. Era bueno saberlo, Deke se encontraba en el mismo estado.

Deslizó lentamente un dedo en su interior. Su canal era muy estrecho. «Oh, Dios... demasiado estrecho». Jadeó. El cuerpo de Kimber se cerró en torno a su dedo, implorando en silencio. Añadiendo un segundo dedo, los introdujo más profundamente. Menos mal que se había corrido ya dos veces ese día, o hubiera explotado nada más entrar en ese cálido nido vacío.

Pero cuando introdujera su gran erección en su cuerpo, iba a lastimarla. Deke odiaba aquello. Hizo un movimiento de tijera con los dedos, intentando dilatarla para minimizar el dolor.

—Más —le exigió ella.

Sosteniéndole la mirada, clavó los ojos en Kimber. Ella no estaba hablando con Luc, que se dedicaba a lamer y succionar sus pezones como si fueran un pirulí o como si su boca fuera una aspiradora. Hablaba con él.

—¿Más adentro? —preguntó Deke roncamente mientras empujaba los dedos en su interior hasta la empuñadura.

Jadeando mientras movía la cabeza de un lado a otro, negando y asintiendo a la vez, ella le respondió:

—Más adentro. Mucho más. Quiero estar llena de ti.

Deke casi se mareó ante su jadeante respuesta, absolutamente honesta.

—Quiero llenarte, gatita. Creo que no he querido nada más en la vida.

—Estás haciendo lo que tienes que hacer —murmuró Luc, trazando un sendero de besos por la barbilla de Kimber.

Los pezones que había dejado desatendidos estaban rojos. No había otra manera de describirlos. Hinchados. Bien trabajados. Muy duros. Estarían muy sensibles por la mañana, pero dado que Kimber se arqueaba hacia Luc e intentaba conducir su cabeza de vuelta hacia ellos, ahora no los sentía así.

Lo único que ella sentía era que estaba lista.

Levantándose de la cama, Deke se puso de pie a su lado, y acariciándole los muslos y las caderas, la acercó al borde de la cama, haciendo que le rodeara las caderas con los muslos.

—¿Deke?

Él se inclinó y depositó un suave beso en su vientre.

—No voy a irme. En esta posición, puedo controlar mejor el ángulo y la presión. Si te duele demasiado, podré retirarme.

O al menos, esperaba poder hacerlo. Aunque lo que en realidad quería era arremeter contra ella como el toro embestía un capote rojo.

Deke inspiró profundamente, reteniendo el aire e intentando centrarse.

—Un poco de dolor no me hará daño.

—También dejo sitio para que Luc se dedique a otras partes de tu cuerpo. —Indicó con los dedos las líneas de su torso, y luego los bajó, deteniéndose para describir unos círculos en el clítoris de Kimber—. Confía en mí. Al final de la noche, te sentirás bien follada.

Kimber enlazó las piernas en torno a su cintura, atrapándolo entre ellas.

—¿Me lo prometes?

Aquellas burlonas palabras lo atravesaron y se clavaron directamente en su miembro. Deke levantó la mirada al techo, intentando conservar su autocontrol. También quería que Kimber se sintiera bien amada.

—Sí—graznó—. Oh, sí.

Ella le respondió con una sonrisa radiante que sólo incrementó el deseo que sentía. El control de Deke se evaporó.

Cogiéndose el rígido pene con la mano, lo guió a la pequeña e hinchada abertura. Ella era menuda. Y él no era un hombre pequeño. Iba a tener que hacer fuerza para penetrarla. Aquel pensamiento provocó otra nueva oleada de sudor.

Deke se inclinó hacia adelante un poco e introdujo el glande en el interior de Kimber. «Oh, maldita sea. Era tan caliente y estrecha». Bajo él, Kimber se movió con agitación, arqueándose, forzándolo a penetrarla un poco más. Agarrándola de las caderas, se introdujo un centímetro más.

Hasta tropezar con su himen.

—No te detengas —le imploró ella.

Deke no hubiera podido detenerse aunque hubiera querido. Pero un millón de pensamientos cruzaron por su mente. ¿Y sí... la lastimaba demasiado? ¿Y si a ella no le gustaba la intensa sensación de sentirlo en su interior? ¿Y si no estaba tan preparada como pensaba?

O peor todavía, ¿y si volvía a repetirse la misma historia?

—Estás pensando demasiado —murmuró Luc—. La quieres. Y a menos que me equivoque, la amas. Está protegida y yo estoy aquí. No podría ser más perfecto de lo que es.

Eso puso fin a todas sus reservas. Luc tenía razón. Preocuparse por el dolor o la preparación de Kimber —incluso por el futuro— no era más que una excusa.

Tras doce años, había llegado el momento de darse otra oportunidad.

Capítulo 14

Deke agarró la cadera de Kimber con la mano izquierda. La derecha, la deslizó hasta su sexo donde comenzó a trazar suaves y lentos círculos, rozando con la yema de los dedos el brote de su clítoris. La acarició hasta que ella se quedó sin aliento. Hasta que se aferró a las sábanas y un nuevo rubor le cubrió la piel pálida.

Tras habersele negado el clímax tantas veces, ella comenzó a implorar.

—Por favor, Deke. Ahora. Dios, ahora...

Volvía a estar a punto de correrse. Deke no iba a impedirselo esta vez.

Colocó las manos sobre sus muslos abiertos, los separó aún más, y, apretando los dientes, empujó con fuerza en su interior.

El canal de Kimber cedió lentamente. Aunque Deke sentía el latido de su corazón en los oídos, el grito femenino se abrió paso en su mente. Pero no había vuelta atrás. Se deslizó dentro de ella. Luego la agarró por las caderas, las alzó hacia él e inclinándose sobre ella, introdujo su miembro un poco más.

Por fin, estaba dentro. Por completo.

Estremeciéndose, Deke se dio cuenta de que jamás se había sentido tan bien con una mujer. Era como estar en... casa. Antes de Kimber, no lo había echado de menos. Ahora, de una manera primitiva y elemental, Deke supo que ella era suya.

Bajo él, ella se retorció sobre las sábanas blancas y lo observó con los ojos color avellana ahora verdes y brillantes por las lágrimas no derramadas. Quizás debería de haber ido un poco más despacio. La culpa ante su dolor lo inundó.

—Lo siento —gimió él.

—Ahora es cuando viene la mejor parte, ¿verdad? —jadeó ella—. Ni se te ocurra detenerte ahora.

Kimber debía de haber perdido el juicio si pensaba que él podría retirarse en ese momento. Pero estaba resuelto a aliviar su dolor.

Obligándose a permanecer inmóvil, a pesar de todo el esfuerzo que le costó, Deke hizo girar de nuevo las yemas de sus dedos sobre el clítoris de Kimber, aliviándola y enardeciéndola al mismo tiempo. Le llevó un momento conseguirlo, como si el cuerpo femenino se hubiera replegado ante la invasión de su miembro. A Deke le hervían los testículos mientras mantenía su miembro envuelto en aquella funda, pero no se movió ni un centímetro. Luc pareció comprender su propósito y se dispuso a ayudarlo acariciando los pezones de Kimber y besándola profundamente en la boca.

Poco después, Deke sintió cómo ella se tensaba en torno a él, apretándolo todavía más. Se estremeció y jadeó. La explosión era inminente. Maldición, era asombrosa. Deke quería que Kimber se corriera ahora... por si acaso el resto del coito era demasiado doloroso esa primera vez.

Bajo sus dedos, los sollozos femeninos se convirtieron en gemidos. Los gemidos en súplicas, y, por fin, las súplicas en un grito espectacular de liberación cuando todo su cuerpo se arqueó hacia él, y su sexo lo apretó con un agarre desesperado, casi robándole el control y el semen.

Dios, era hermosa así unida a él, despojada de cualquier brizna de control ante el placer...

Deke se tensó ante la promesa de éxtasis que tentaba a su pene. Apenas logró controlarse. Pero había esperado demasiado tiempo a estar dentro de Kimber para correrse a la primera de cambio. Ella había esperado demasiado para su primera vez y no iba a dejar que todo acabara en un santiamén. De alguna manera, tenía que conseguir que aquella primera vez fuera especial para ella. Memorable. Incluso aunque ella los abandonara después de que pasara el peligro, él quería que lo recordara. Quería formar parte de su corazón como ella formaba parte del suyo.

Cuando los estremecimientos del orgasmo remitieron y las paredes de su sexo lo acariciaron con lentas palpitations, Deke se retiró un poco, hasta que sólo el glande permaneció en el interior de la vagina, y luego volvió a penetrarla. Comenzó a marcar un ritmo lento y suave, pensado para deslumbrarla. Ella respondió desde el principio a sus caricias, jadeando, ciñéndose en torno a él, mirándolo con los ojos llenos de admiración.

—Deke. Tú... er... ¡Oh, Dios mío! —jadeó ella—. Ese roce es...

—Eso es, gatita. —Él también lo sentía. Sin el látex entre ellos, el roce piel contra piel los recompensaba con las sensaciones más asombrosas. Pero no se trataba sólo de algo físico; él podía sentir a Kimber en todas partes, de todas las maneras posibles, dentro y fuera y quería que ella también lo sintiera.

No creía que fuera fácil conseguir que ella se corriera de nuevo. Normalmente las vírgenes no alcanzaban el orgasmo en el primer coito. Kimber acababa de tener un climax mortífero. Pero él siguió intentándolo... deslizándose lentamente su glande desnudo por las paredes vaginales, rozándolo contra su cerviz mientras ella lo acogía en su interior.

Iba a intentar con todas sus fuerzas que ella alcanzara un último estallido de placer.

Doblando las rodillas, Deke se aseguró de que el extremo de su pene rozara contra la pared superior de la vagina de Kimber, deslizándolo suavemente hasta que ella contuvo el aliento, hasta que se tensó en torno a él. Había encontrado su punto G. «¡Te tengo!», pensó él con una sonrisa.

—¿Quieres volver a correrse? —preguntó él, aguijoneando aquel nudo de nervios.

Ella asintió débilmente con la cabeza y se volvió a tensar en torno a él.

—¿Lo harás conmigo?

Cuando él se sumergió de nuevo, el roce casi lo hizo poner los ojos en blanco.

—Oh, por supuesto.

Luc le acarició a Kimber las húmedas mejillas, apartándole con suavidad el pelo de la sien. Se acomodó a su lado y, enterrando la cara en su cuello, comenzó a provocarla con sus palabras.

—Eres asombrosa —le murmuró al oído—. Quiero que te abras. Has aceptado cada centímetro de Deke a la perfección. Quiero ver cómo te corres de nuevo. ¿Puedes hacerlo por mí? La mera visión me pone a cien. No quiero ni imaginar qué provoca en Deke.

Cielos, su primo era muy bueno para estimular la imaginación de una mujer. Un mental frenesí de deseo siempre se traducía en un éxtasis corporal. Pero por si acaso, Luc apartó los dedos de Deke de su clítoris y los reemplazó con los suyos.

—Aaaahhh —gimió Kimber, moviendo la cabeza frenéticamente de una manera que decía que estaba camino de alcanzar el orgasmo de nuevo.

Demonios, Luc incluso lo había provocado a él. Eso y ver cómo su grueso pene desaparecía en el interior de Kimber, cómo ella se dilataba para él, tomándole por completo. Mientras miraba cómo su miembro penetraba en el cuerpo femenino, Deke supo que ella lo acogía de buen grado porque él le importaba.

Aquel pensamiento casi lo hizo explotar.

—¿Te gusta sentirlo dentro de ti, cariño? ¿Te gusta sentirte llena?

Ella asintió frenéticamente con la cabeza mientras él volvía a rozarle el punto G con su pene y Luc continuaba acariciándole el pequeño brote del clítoris. Kimber le agarró el brazo, cogió a Luc por el pelo y gimió.

—Me encanta observar cuánto te gusta esto, tan entregada y excitada —masculló Luc.

Deke tragó saliva, intentando detener la creciente necesidad de correrse y centró su atención en Kimber, en su cuerpo, en las señales que emitía. Parecía estar llegando al climax. Ojalá no tardará mucho. «Por favor...».

—Cuando estás a punto de correrte, tus pezones están preciosos, enrojecidos y duros. — Luc se inclinó sobre ellos, los mordisqueó y los succionó, con un ritmo lento y metódico, como si no tuviera otra cosa que hacer en todo el día.

Kimber latió en torno al miembro de Deke, se tensó con fuerza.

Ella buscó la mirada de él, implorando con aquellos ojos color avellana, cerca del pánico.

Deke la animó.

—Sí, gatita. Eso es. Córrete por mí. Quiero sentirte...

—Bésame —le rogó ella.

Tras una rápida mirada a Luc, que asintió con la cabeza, Deke se inclinó y apoyó su vientre sobre el de ella. Luego se rozaron sus pechos. El contacto fue ardiente, y Deke contuvo el aliento ante las impactantes sensaciones. Luego asaltó sus labios, fusionando sus bocas. «Oh, demonios...». Era caliente por dentro y por fuera. El sudor cubría ambos cuerpos, produciendo fricción en cada punto de contacto. Aquello pezones duros se deslizaron por su torso, y ella jadeó entrecortadamente.

Deke movió su cuerpo con la misma violencia que su boca, aferrándose a las caderas de Kimber con cada posesivo envite. Ella le rodeó con las piernas y lo atrajo todavía más profundamente en su interior. Él se estrelló contra ella una y otra vez. Y otra. Retorciéndose, Kimber gimió con fuerza. La sangre corrió por sus venas. Los corazones latieron a un mismo ritmo desesperado.

Kimber gritó en su boca. Su cuerpo se convulsionó bajo él, y Deke la apretó con fuerza, bombeando en aquella apretada funda rítmicamente y sin piedad.

Luego, una luz ardiente y cegadora lo envolvió, consumiendo todo su cuerpo. La bola de fuego descendió desde la base de su espalda hasta sus testículos que se tensaron y estremecieron con una fuerza que lo dejó sin aliento. Inmediatamente después, un sublime placer estalló en su miembro, y algo se abrió paso en su pecho cuando se vertió en ella, inundándola con su pasión, con su semen. Algo que se parecía sospechosamente al amor.



La luz del amanecer entraba por una pequeña ventana a la izquierda. Kimber parpadeó, y miró a su alrededor del dormitorio desconocido. Una cama antigua, un tocador igual de antiguo, una enorme mecedora vacía en una esquina...

Luego lo recordó todo. Louisiana. La bomba. Su padre. La cabaña de Jack Colé. La noche anterior. Deke penetrando en su cuerpo. Luc observando cada instante mientras la alentaba con sus palabras provocativas.

Después de eso, Kimber no recordaba nada más.

—Buenos días —le murmuró Luc al oído.

Él se acurrucó más cerca, el calor emanaba de él como de un horno. Algo en la manera de saludarla, en la manera en que la rodeó con los brazos y la acercó a su cuerpo, le dijo a Kimber que Luc se había despertado excitado y preparado para algo más que un saludo casual.

—Hola. —Kimber ocultó su cara con timidez.

Era una locura sentir vergüenza después de todo lo que había hecho con él.

—¿Has dormido bien? —Le depositó unos suaves besos en el cuello, en la curva de la garganta, en la curva de sus pechos.

—Mmm, como un tronco. ¿Y tú?

Luc se acercó todavía más hasta que la parte delantera de su cuerpo estuvo pegada contra el costado de Kimber. La acerada longitud de su erección presionó contra la cadera femenina en una pregunta silenciosa.

—No tan bien.

¿De veras? Luc solía dormir bien, en especial después de... oh, él no se había corrido la noche anterior. Ella había hecho el amor con Deke y luego se había quedado dormida.

—No llegué a hacer nada contigo, ¿verdad? Te dejé...

—¿Con los testículos azules? —Luc sonrió, haciéndole saber que estaba bien.

—Lo siento.

Con otra sonrisa sensual y un roce del pulgar sobre sus pezones, ligeramente doloridos, Luc dijo bromeando:

—¿Estás dispuesta a resarcirme? Es decir, si te apetece.

Kimber vaciló al saber que Luc quería hacer el amor con ella. ¿Cómo se sentiría ella si aceptaba? ¿Cómo se sentiría Deke?

Kimber había sabido desde el principio que iban a compartirla. Deke y Luc jamás habían indicado otra cosa. Si sus intenciones hubieran cambiado, Deke hubiera echado a su primo del dormitorio la noche anterior, ¿no?

Aun así, Kimber vaciló. La noche anterior no sólo había habido sexo entre Deke y ella. Y no era la única que se había dado cuenta. Deke la había poseído con sentimiento y pasión. Y no había negado que la amara. ¿La convertía eso en amante exclusiva de él?

Y si así fuera, ¿por qué era Luc el hombre que estaba ahora tumbado a su lado, en especial cuando Deke sabía que su primo siempre se despertaba excitado?

En vista de eso, Kimber dudaba que lo de mantener una relación a tres bandas hubiera cambiado.

Además, Deke parecía querer que Luc estuviera con ellos, casi como si fuera su red de seguridad. Si ella quería tranquilizar a Deke y alentarle para que le abriera el corazón y le contara sus secretos, decirle que no a Luc no era una sabia elección.

No es que fuera un sacrificio. Puede que Kimber amara a Deke con todo su corazón, incluso era posible que lo amara cuando tenía diecisiete años y apenas era capaz de manejar las demandas que Deke provocaba en su cuerpo ni la fuerza de sus sentimientos. Pero permitir que Luc siguiera allí, era un pequeño precio a pagar, si con eso conseguía que Deke permaneciera con ella. Además, ella adoraba a aquel chef tan sexy y caliente. Su manejo de las palabras —y de las manos— era, sencillamente, sublime.

Kimber se contoneó, cambió de posición, para observar cómo se sentía.

—Estoy dolorida, pero no demasiado. Si eres suave...

—Por ti, cariño, sí.

—Mmm, antes necesito hacer una visita rápida al cuarto de baño. —Definitivamente sentía cada una de las diez horas de sueño en la vejiga llena.

—Por supuesto. Te estaré esperando. Con impaciencia —bromeó él—, pero esperaré.

Ella depositó un beso de agradecimiento en su mejilla y rodó al lado contrario con la intención de salir de la cama y atravesar el pasillo hacia el pequeño cuarto de baño.

Pero se tropezó con Deke.

Ahora estaba despierto, pero allí, enredado entre las sábanas, parecía somnoliento.

El corazón de Kimber dio un vuelco.

—¿Has dormido aquí?

Deke se puso tenso.

—Sí.

Kimber no pudo contener una sonrisa de oreja a oreja.

—¿A mi lado?

—Sí. —Porque no había querido separarse de ella, decía su mirada.

Eso era nuevo. Era la primera vez que dormía con ella. Como... si hubiera dado un poquito más de sí mismo.

Kimber no se detuvo, no cuestionó su deseo, sólo lo abrazó y le plantó un suave beso en la boca. La conexión que había surgido en la intimidad de la noche anterior, surgió entre ellos una vez más, rápida y audaz. Él la rodeó con sus brazos y la colocó encima de él, sobre una saludable erección. Cuando la apretó contra ella, el sexo de Kimber volvió a la vida.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—¿Y tú?

Los ojos azules se veían preocupados y tormentosos ante la pregunta.

Ella intentó preguntárselo con otras palabras.

—¿Si Luc y yo...?

Él lanzó una rápida mirada a su primo mientras le acariciaba la espalda. En ese instante, ella percibió vacilación, luego resignación.

—Sí. Luc y yo compartimos. No es ningún secreto.

Puede que no hubiera sido un secreto, pero no parecía gustarle que ella mantuviera relaciones con Luc. Quería presionar un poco más a Deke, pero la llamada de la naturaleza la reclamaba de manera insistente.

Mientras se ponía la bata blanca y atravesaba el pasillo en dirección al baño, donde se encargó de sus necesidades y de cepillarse los dientes, Kimber consideró la reacción de Deke. Parecía no estar seguro de querer compartirla pero se sentía obligado a ello por alguna razón que ella no podía entender.

Quería hablarlo con él. Luc había estado convencido de que si ella persuadía a Deke para que hiciera el amor con ella, éste le contaría todo su pasado. Pero sabía por intuición femenina — y por haber estado viviendo con militares toda su vida— que no iba a ser tan fácil. Los agentes de las fuerzas especiales estaban entrenados para no divulgar información clasificada bajo ningún tipo de coacción o tortura. Ni siquiera utilizando su mejor arma, conseguiría que Deke se fuera de la lengua.

¿Y ahora qué? Kimber negó con la cabeza. Parecía que no podía hacer otra cosa que dejarse llevar y ver cómo terminaba todo. No era su estrategia favorita. El coronel siempre había sido partidario de los planes cuidadosos, pero a veces, a grandes males, grandes remedios...

Guardó el cepillo de dientes y volvió a recorrer el pasillo. Luc estaba tumbado en medio de la cama como una pacha esperando a la mujer que le proporcionaría placer. No resultaba difícil imaginarlo como algún tipo de príncipe del desierto con aquel cabello largo y oscuro, los ojos de color chocolate entornados de aquella manera intrigante, y toda esa piel dorada.

—Ven aquí, cariño —murmuró él, abriendo los brazos.

Kimber sintió un pequeño estremecimiento producido en parte por el afecto y en parte por el deseo. Un deseo pujante. A Kimber le gustaba Luc, sencillamente lo adoraba. Pero, ¿llegaría a amarle alguna vez con el mismo fuego incontrolado, con la misma pasión arrolladora que sentía por Deke?

Entro en la habitación con vacilación. Sintió a Deke en la esquina, se giró y lo observó, vigilante y silencioso.

Kimber le tendió la mano. Él se la cogió y tragó saliva.

—Deke, si no quieres...

—Luc lleva toda la noche esperando esto, esperándote a ti. Te necesita. Dios sabe que yo no lo tocaré.

Kimber sonrió ante aquella tentativa de humor, pero podía ver que se sentía desgarrado por eso. ¿Por qué la compartía? ¿Por deber? ¿Por lealtad? Sencillamente, no lo comprendía.

Y si le preguntaba, sabía que no le respondería.

—Supongo que entonces es cosa mía.

Soltando la mano de Deke, se subió a la cama, donde Luc la recibió con un suave beso. Con una tierna caricia, él le ahuecó la cabeza con la palma de la mano y la deslizó por su cuello y su hombro.

—Eres tan suave, cariño. Voy a ser muy cuidadoso contigo.

«Dulce». Era la palabra que mejor describía a Luc. Kimber le acarició la cara.

—Suena muy bien.

Él le dio otro beso, un poco más largo que el anterior, un intercambio de alientos, un suave roce de labios, y de lenguas. Unos minutos más tarde, Kimber levantó la cabeza y se dio cuenta de que, sólo con un beso, el corazón le latía como un pelotón militar de marcha por el campo. Y que su sexo ya estaba... mojado.

Pero faltaba algo.

Miró a Deke.

—¿Vienes?

No pasó ni un instante antes de que él diese dos enormes zancadas y saltase en la cama a su lado.

—Tomaré eso como un sí.

Deke la empujó para que se tumbara sobre la espalda y cubrió su boca en un beso arrollador y ardiente... rápido, intenso, voraz. Luego la hizo girar hacia Luc, arrancó la sábana de un tirón y la instó a tomar el miembro de su primo.

—Succiónale. Con suavidad. Juega con él. Pero no dejes que se corra.

Deke impartió las órdenes con la cara inexpresiva y dura como el granito. Kimber quería conocer las razones de su insistencia y su reticencia, pero Deke no se las diría ahora, y ella lo sabía. Además, Kimber quería mantener a Luc a su lado, no sólo porque eso era lo que quería Deke, sino porque, si bien Deke poseía su corazón, Luc era un magnífico amante.

Pero tampoco estaba dispuesta a permitir que Deke tomara el mando. Quería que él también la tocara.

—¿Y tú qué vas a hacer? —lo desafió, pasándose la lengua por los labios.

—Anoche, Luc casi te llevó al borde de la locura antes de que yo te poseyera. Ahora vas a devolverle el favor.

Antes de que Kimber pudiera responderle, Deke la empujó hacia abajo. Luc le deslizó la mano en el pelo y la atrajo hacia sí, urgiéndola hacia su expectante erección.

Después de haber oído sin querer cómo Ryan y Jesse discutían los méritos de una buena mamada, Kimber tenía algunos conocimientos más para avivar el fuego de Luc.

Sonriendo, le pasó los dedos por el interior de los muslos, desrizándolos lentamente hacia sus testículos. Él gimíó cuando Kimber bajó la mano hacia ellos, levantándolos y ahuecándolos. Restregando con suavidad el pulgar por la tersa superficie, centró su atención en la tensa longitud de su erección. Era enorme. No se podía negar que estaba bien dotado. En eso, era evidente su parentesco con Deke. En eso y en que siempre estaba duro. El glande de Luc estaba tan hinchado que parecía una ciruela, púrpura y deliciosa.

Kimber deslizó la punta de la lengua a lo largo del pene, desde la base al glande, lamiendo todo el recorrido y encontrando un sensible lugar en la parte inferior que lo hizo jadear. Entretanto, buscó la piel suave de debajo de los testículos y presionó allí.

Luc contuvo el aliento y casi dio un brinco.

—Santo Dios...

Mientras él intentaba dominarse, Kimber sintió a Deke observándolos por encima de su hombro. Para comprobar si era así, pasó la punta de la lengua a lo largo del miembro de Luc, y Deke cerró los puños sobre ella.

Finalmente, Deke la puso de rodillas y le arrancó la bata, cubriéndole la espalda con su cuerpo. Fue imposible ignorar el duro torso que se apretó contra su espalda y la dura y desnuda erección que se pegó a su trasero.

—Kimber, cariño. —Debajo de ella, Luc arqueó las caderas hacia su lengua azuzadora—. Tómame con la boca.

—Pronto —se burló ella, depositando una lluvia de besos sobre su vientre y pasándole las yemas de los dedos por los muslos y las caderas. Al llegar al abdomen, trazó la forma de su miembro con la lengua.

Luc aspiró de forma audible.

—Vas a hacerme pagar por lo de anoche, ¿verdad?

No era una pregunta; Luc conocía la respuesta. Kimber sabía que no tenía ni un pelo de tonto.

Aun así, ella sí se hizo la tonta.

—¿A qué te refieres? Deke ha dicho que juegue contigo.

Kimber deslizó el dedo a lo largo de su miembro sin ejercer presión. Él rechinó los dientes e intentó contenerse.

—Maldición, pero no que me vuelvas loco.

—Oh, ¿quieres correrte? —le preguntó ella, retrocediendo.

—Estaría bien —masculló él.

—Seguro. Pero ayer por la noche casi me llevaste al climax ocho veces para luego dejarme con las ganas, así que tengo todo el derecho del mundo a tomarme la revancha. Aún te quedan siete.

Ante esas palabras, Luc salió de la neblina sensual en que se encontraba y abrió los ojos. Oscura, hambrienta, insondable, centró la mirada en ella y le prometió vengarse si continuaba por ese camino.

¿Acaso no la había sometido ya a la peor de las torturas? La elocuente mirada masculina decía que no. Kimber se estremeció.

Luc le metió los dedos en el pelo y se lo agarró con un puño.

—No juegues conmigo, cariño. No podré ser suave y delicado si haces eso.

A sus espaldas, Deke se movió, instándola a bajar la cabeza otra vez.

—Sólo succiónale profundamente. Yo te diré cuándo debes detenerte. Si te apartas antes de tiempo, descubrirás que Luc se queda corto comparado conmigo en lo que se refiere a negarte el orgasmo.

Kimber no dudó ni por un momento de que Deke cumpliría esa amenaza de buen grado.

Relamiéndose los labios, le brindó a Luc una mirada ardiente y tomó su miembro en la boca, conduciéndolo hasta su garganta.

Entre aplacado y excitado, Luc la alentó con gemidos y palabras de ánimo. Ella quedó satisfecha del resultado cuando una capa de sudor le cubrió el pecho y él comenzó a follarle la boca con unos lentos envites de caderas.

Vaya, aquel hombre era, sencillamente, delicioso.

Pero Deke no se conformó con solo mirar. Por supuesto que no.

Todavía detrás de ella, volvió a cubrirle la espalda con su pecho y le acarició los pechos, tomando los sensibilizados pezones entre el pulgar y el índice, y pellizcándolo suavemente. El cálido aliento de Deke en su cuello la hizo temblar.

Luego él comenzó a hablar.

—Sigue succionándole y siénteme... aquí.

«Aquí» resultó ser la palma de su mano cubriéndole el sexo, presionándole el clítoris con ella. Su sexo se inundó de deseo. Y, al instante, estuvo tan mojada que casi goteó.

Con manos ansiosas, le separó más las rodillas, y comenzó a trabajarla con los dedos.

—Podría seguir tocándote hasta que te corrieras —le gruñó Deke al oído—, pero contigo voy a poner en práctica otra cosa. Voy a rodear con firmeza tu clítoris, luego voy a tocarlo suavemente con la yema del dedo. Tan suavemente que te preguntarás si lo has imaginado. ¿Me

equivoco? —se lo demostró mientras hablaba. Ante su gemido, él continuó—: Luego voy a atraparlo entre dos dedos y a frotarlo lentamente.

Y así lo hizo. Kimber se quedó sin aliento. Una sensación nueva la atravesó cuando él atrapó su clítoris entre los dedos índice y corazón y lo acarició por los lados, friccionándola hasta que prendió fuego a todo su cuerpo.

—Ahora, voy a empezar de nuevo y, de paso, acariciaré el resto de este ardiente coñito húmedo. Pero no lo suficiente para que te corras.

Durante los siguientes minutos, él demostró lo mortalmente efectiva que era su técnica. Con un grito, ella se retorció cada vez que él cambiaba de toque. Cada vez que sabía que ella estaba a un par de caricias de correrse, cambiaba de tercio, y hacía vagar sus dedos por otro lugar hasta conducirla a la locura.

Cuanto más excitada estaba Kimber, más voraz era con el miembro de Luc. Gimió en torno a la gruesa erección, pasándole la lengua por el glande hinchado, curvando los dedos en la base y apretándolos. Luego jugaba con sus testículos, pasándole un dedo por debajo y restregando sus pezones por la superficie.

—Lo haces muy bien, cariño. —Luc parecía sudoroso y estupefacto—. ¿Dónde demonios has aprendido eso?

Kimber no contestó. No podía. Además, no quería dejar de lamer cada delicioso centímetro de Luc.

El atractivo y sexy *chef* inspiró profundamente.

—No sigas. No puedo soportarlo más.

Eso le pasaba a ella también.

Deke seguía moviendo sus manos, cambiando la presión de su toque, acariciando en aquella ocasión el nudo hipersensible de su clítoris. Un ligero y lento roce de la yema del dedo masculino sobre su piel la llevó al límite otra vez. Oh... el placer era cada vez más intenso, estaba a punto de acabar con ella. Se acercaba un orgasmo atronador. Kimber jadeó y se retorció, soltando el miembro de Luc.

En cuanto ella hizo eso, Deke aligeró sus caricias electrizantes. Lágrimas de frustración —y de necesidad— se agolparon en los ojos de Kimber.

—¡No! —gimió ella.

—Sí —la contradujo Luc, cogiéndola con insistente fuerza del pelo y obligándola a encontrar su hambrienta mirada—. No puedo esperar a sentir cómo te corres en torno a mí.

La agarró de las caderas y la aproximó hacia él, apartándola bruscamente del agarre de Deke y montándola a horcajadas sobre su anhelante erección.

Cuando Luc la empujó hacia abajo, arqueó a la vez las caderas, deslizándose dentro de ella. Y de golpe, Kimber se sintió completamente colmada con aquella carne increíblemente dura.

Él soltó un prolongado y ronco gemido. Y siguió penetrándola, hasta que ella hubiera jurado que podía sentirlo en las amígdalas. El sexo de Kimber estaba definitivamente dilatado ante esa penetración, casi al borde del dolor.

Encima de él, ella gimió, se tensó, haciendo fuerza con los muslos para detener la profunda embestida. Ambos fueron en su rescate levantándola ligeramente.

—¿Estás dolorida? —murmuró Luc.

Ella asintió débilmente con la cabeza.

—Un poco.

A sus espaldas, Deke la instó a bajar de nuevo sobre el miembro de Luc mientras la besaba en el hombro.

—Sólo duele un poco al principio, pero puedes tomarlo, gatita. Acéptalo entero. Quiero ver cómo te corres.

Antes de que ella pudiera siquiera contestar, le exploró con la punta de los dedos los pliegues mojados, y apretó su clítoris anhelante.

Luc se hundió hasta el fondo al mismo tiempo que Deke le presionaba el clitoris. Su grito se convirtió en un gemido cuando Luc apretó su miembro contra la sensible cara anterior de su vagina. Deke la acarició levemente con los dedos. La llevaban casi al borde del éxtasis para a continuación retirarse a la vez en perfecta sincronía.

—Más duro. Ahora. ¡Más!

Apretando los dientes, Luc entró en ella de nuevo, llenándola lentamente, rozando el glande sobre su sensible punto G. Deke se tomó su tiempo describiendo lentos círculos sobre el único lugar que la haría estallar en mil pedazos.

El deseo crepitante se convirtió en ardor. La presión en una necesidad imparable. Todo se juntó, se concentró. Kimber comenzó a jadear, sujetándose a los hombros de Luc para apoyarse y agradeciendo el soporte que ofrecía el brazo de Deke en su cintura cuando las sensaciones la hicieron subir todavía más.

Luego comenzó a volar, ingrávida y jadeante. Subió, y siguió subiendo hasta que explotó en un calor ardiente. Kimber se estremeció, y su cuerpo se cerró firmemente en torno al miembro, duro y tenso, que Luc enterraba en su cuerpo mientras que aquel intenso placer palpitante se extendía a través de su cuerpo como una inyección de alcohol puro.

Tras unos minutos, Kimber regresó a la tierra. Con los ojos cerrados, luchó por recobrar la respiración. Estaba cubierta de sudor.

Dios, estaba cansada. Rendida. No creía tener fuerzas para más. Otro orgasmo como ése y perdería el conocimiento.

Pero el roce del duro miembro masculino que llenaba su sexo, que se apretaba contra su cerviz la hizo regresar con una boqueada. Luc apretaba los dientes y se aferraba a sus caderas. No había terminado.

Casi con desesperación, Deke empujó la espalda de Kimber. Ella cayó sobre el pecho de Luc, y éste la agarró y la urgió a separar los labios para enredar su lengua con la de él, dominando su boca con un beso voraz.

Antes de que ella pudiera siquiera responder al asalto de Luc, Deke comenzó a moverse, indagando en su entrada trasera con un par de dedos lubricados. La prohibida sensación de ese acto envió nuevas oleadas de deseo a los lugares adecuados. Terminaciones nerviosas que ella había creído dormidas se excitaron. Se sintió llena, por delante y detrás, dilatada, tensa.

Estaba claro que tampoco Deke había terminado con ella.

Echando la cabeza hacia atrás, ofreció la garganta a Luc. Él aprovechó la ocasión y le mordisqueó el cuello hasta alcanzar el lóbulo de su oreja con los dientes, haciéndola estremecer con su cálido aliento sobre el hombro.

Oyó una especie de rasgadura. Oh, Dios, conocía el sonido. Deke estaba abriendo un condón. Deke no podía estar pensando en...

La pecaminosa sonrisa de Luc le dijo que Deke sí lo hacía.

—Estáte quieta, cariño. —Luc la agarró por las caderas para asegurarse de que lo hiciera.

—Pero Deke... Va a...

—Va a follarte mientras Luc te folla —le gruñó Deke al oído, con aquel tono ronco que hizo que se estremeciera—. Bienvenida a los auténticos *ménages*, gatita. Prepárate para conocer qué significa tener un orgasmo múltiple.

La ardiente promesa de su tono hizo que otro violento despliegue de deseo detonara en su vientre, en su sexo, esparciéndose como un río de lava por sus piernas, por sus pezones. Pero eso no fue todo. El deseo se mezcló con la ansiedad. Tomarles a los dos a la vez implicaba no sólo éxtasis sino dolor.

—No te tenses —susurró Luc, tranquilizándola.

Era fácil para él decirlo. No estaba a punto de ser penetrado por dos sitios distintos... a la vez.

—El condón está lubricado para facilitar la penetración. Deke te tomará lenta y suavemente. Tú sólo debes relajarte.

A Kimber se le cubrió la espalda de sudor. Deke comenzó a indagar en su entrada trasera, deslizando el glande en su interior.

—Empuja hacia mí. —Su voz no era más que un duro jadeo.

Ella lo hizo, mientras él la agarraba por los hombros y comenzaba a penetrar en el tenso anillo de músculos... y más allá.

Tras una punzada inicial de dolor, Kimber se quedó sin aliento. Luego Deke comenzó a presionar, estimulando prohibidas terminaciones nerviosas que de repente cobraron vida. Al fin, Deke estuvo completamente enterrado dentro de su recto.

Oh, Dios, se sentía completamente llena con aquellas dos duras erecciones. Tan empalada, que con sólo respirar profundamente se acrecentaba esa sensación de desbordamiento.

Sólo una fina pared de tejidos separaba los dos miembros y ella intentó imaginar qué sentiría cuando comenzaran a moverse. ¿Fricción? Seguro. ¿Placer? Condenadamente intenso.

—¿Puedes soportarlo? —Por el tono áspero y ronco de Deke, era innegable el tenso control que ejercía sobre sí mismo.

Antes de que ella pudiera siquiera contestar, ambos se dispusieron a conseguir que la respuesta fuera un sí; Deke trazó un sendero de dulces besos desde el cuello al hombro y jugueteó con su clítoris mientras que Luc la besaba en la garganta y le rozaba los sensibilizados pezones.

No había lugar donde no la tocaran, donde no la hicieran arder con un intenso placer que inundaba su cuerpo de pies a cabeza, ahogando sus miedos.

Pero no se movían.

Kimber frunció el ceño, preguntándose porqué. Luego se dio cuenta de que esperaban su respuesta. Tenían que ser un infierno contenerse —no es que no se lo merecieran por jugar con ella hasta casi tenerla a un suspiro de perder el juicio—, pero sabía no se moverían hasta que ella les diera luz verde. Ese tipo de consideraciones —como atravesar Tejas al pensar que estaba herida o que podría necesitarlos después de la explosión— le decían a Kimber cuánto les importaba.

Contoneó las caderas. Sus terminaciones nerviosas brincaron prácticamente al ritmo del chachachá. Un atisbo del placer que estaba por venir le atravesó los sentidos, y Kimber supo que no podría esperar más para disfrutar de esa experiencia.

—Puedo soportarlo. ¿Acaso no estáis preparados ya, chicos?

—Yo que tú no me burlaría. —La voz de Luc sonaba tensa.

Kimber contoneó las caderas de nuevo y le dirigió una sonrisa insinuante. Él siseó en respuesta.

—Dejaré de burlarme si comenzáis a follar de una vez.

—Trato hecho —gruñó Deke, a la vez que se retiraba para luego zambullirse en su ano con una embestida asesina a la vez que le pellizcaba el clítoris.

Kimber gritó, pero se interrumpió cuando la boca de Luc cubrió la suya mientras se retiraba lentamente de su vagina, provocando una fantástica fricción en el momento que Deke se introducía en su recto. Luego cambiaron las tornas, Deke se retiró y Luc, arqueó las caderas, llenando su hinchada vagina con cada centímetro de su miembro.

Repitieron el proceso una y otra vez, sin dejar de mover sus bocas, sus dedos y sus miembros implacables.

La trabajaron como una máquina bien engrasada. Era obvio que habían hecho eso antes, que lo habían hecho montones de veces. Que sabían con exactitud cómo moverse para incrementar al máximo el placer de ella. Un placer que se preveía muchísimo mejor que cuando sólo la poseía uno. Iba a suceder algo... extraordinario.

Al cabo de unos minutos, la sensación la abrumó. Todo su cuerpo comenzó a estremecerse mientras el palpito entre sus piernas comenzaba a crecer, a incrementarse, a multiplicarse más rápido de lo que ella podía soportar. Casi se le detuvo la respiración mientras empleaba todas sus energías para moverse con ellos y canalizaba la oleada de intenso placer que la embargaba.

—Estás a punto de correrte —le murmuró Luc en el oído—. Me muero por sentirte otra vez mientras lo haces.

No, era ella la que se moría. Punto. Se sentía abrumada, avasallada. Las sensaciones eran cada vez más intensas, casi aterradoras. Todo su cuerpo se centraba en el ardiente ritmo que marcaban los dos miembros que asaltaban su cuerpo, en los insistentes dedos que la acariciaban y pellizcaban, en el aliento de esas dos bocas masculinas que la lamían, la mordían... le exigían todo.

—No vas a aguantar más que nosotros, gatita —le prometió Deke.

Luc la penetró tan profundamente, que ella pudo sentirlo rozándole la matriz; una nueva oleada de chispas ardientes mermó su autocontrol. Deke le pellizcó suavemente el clítoris con el pulgar y el índice y luego se lo frotó suavemente por los lados, lo que definitivamente acabó con su control.

La sensación la propulsó directamente a las estrellas. Todo su cuerpo se estremeció con intensas sacudidas, su vientre convulsionó, su sexo se contrajo y el placer incendió todo su ser. Llegó hasta un reino más allá de su imaginación. Le ardía la garganta, y se dio cuenta de golpe de que era porque no podía dejar de gritar. El orgasmo era siempre una experiencia fabulosa, pero eso no era un simple orgasmo, era el mayor éxtasis que había experimentado en su vida y que amenazaba con consumirla mientras el placer se derramaba por todo su cuerpo.

—¡Oh, Dios... Maldición! Yo...

No fue necesario que Luc terminara la frase para que Kimber supiera que él estaba a punto de seguirla en el clímax.

—¡No! Contente —le gruñó Deke a su primo—. Hemos esperado demasiado para dejarnos llevar como un par de adolescentes.

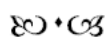
Tras llegar a la cima, el orgasmo de Kimber remitió suavemente. Una dulce languidez se extendió por sus miembros.

Luc no fue tan afortunado. Al tiempo que recuperaba la consciencia, ella observó con fascinación cómo él se tensaba, se estremecía conteniendo el aliento, y luchaba con los ojos y los puños cerrados para no dejarse llevar. Los tendones de su cuello parecían a punto de estallar. Kimber jamás había sentido su miembro tan duro en su interior.

Al final, él soltó un tembloroso suspiro.

—Bastardo.

—Con tal de que te contengas y la sigas penetrando hasta que se vuelva a correr, puedes llamarme lo que quieras.



—¿Otra vez? —jadeó Kimber—. Deke, no creo que pueda...

—Claro que puedes. Conozco tu cuerpo. Eres como un coche de carreras. En cuanto tienes el motor caliente, es fácil ponerte a tope repetidamente. Lo difícil es conseguir que tu motor ronronee la primera vez.

Y él estaba condenadamente decidido a conseguir que el motor de Kimber ronroneara como nunca. Quizás ella lamentara más tarde su decisión de ofrecerle su virginidad o de permitir que la compartieran, pero hasta entonces, él tenía la intención de poseerla cada vez que pudiera y de proporcionarle tanto placer que no hubiera lugar para arrepentimientos.

Quizá encontrara la forma de conservarla para sí cuando la verdad saliera a la luz. Quizá...

Sabiendo que Luc estaba a punto de perder el autocontrol y que el suyo propio no resistiría mucho más, Deke comenzó a poner a punto el cuerpo de Kimber. Luc lo imitó. Con cada envite, apretaba los dientes, luchando contra las aplastantes sensaciones. Jamás se había sentido tan duro y engrosado. Sus penetraciones se hicieron profundas. Y Luc... seguía manteniendo el ritmo, pero ahora padecía una tortuosa necesidad, y no se sentía tan gentil como lo había sido. Deke esperaba que aquello actuara a su favor.

Cuando comenzaron a moverse de nuevo, Kimber respondió con suaves gemidos y dulces «ahs», como si estuviera bajo un agradable sol primaveral disfrutando de una preciosa tarde. Como si pensara que el sexo era cálido y agradable. Nada del otro mundo.

Lo que era totalmente inaceptable. Había llegado el momento de subir la temperatura.

Deke se inclinó sobre la espalda de Kimber y una vez más exploró con los dedos la piel resbaladiza de su clítoris. Al igual que antes, utilizó aquella presión cambiante: un ligero toque en el nudo, una fricción lateral y luego describió duros círculos en la parte superior. En sólo un par de segundos, el cuerpo de Kimber se tensó. Su clítoris se hinchó, endureciéndose, y dejó escapar un jadeo. «Ah, sí. Dios mío. Sí».

Kimber se contorsionó, intentando albergarlos a Luc y a él más profundamente en la sedosa perfección de su cuerpo. Se movió con ellos mientras Deke deslizaba cada duro centímetro de su pene en aquella electrizante y cálida zona del interior femenino que suplicaba ser acariciado. Y a pesar de que Luc se clavaba las uñas en las palmas, estaba, sin duda, manteniendo el mismo nivel que su primo.

Kimber se opuso a las apabullantes sensaciones que inundaban su cuerpo, pero Deke no estaba dispuesto a permitirselo. Él quería que se ahogara en el placer.

—No sabes cuántas veces te he imaginado entre nosotros, follándote hasta que el deseo se convertía en placer, y el placer en un descomunal orgasmo —le murmuró Deke al oído—. No ha sido suficiente con una vez. Permítenos disfrutarlo otra vez. Llévanos contigo.

Kimber lo miró por encima del hombro. Tenía la cara ruborizada. Sus ojos color avellana parecían desenfocados. Tenía las pupilas dilatadas. Estaba llena de necesidad. Era hermosa.

El sudor goteaba por las sienes de Kimber, resbalaba por su pecho. Las entrañas de Deke ardieron de determinación. Maldición, ella se iba a volver a correr. No se daría por vencido hasta que lo hiciera.

—Maldita sea —jadeó Luc—Jamás había sentido el pene tan hinchado, jamás había sentido tanto la fricción con tu miembro. Y Kimber me aprieta con la fuerza de un puño. Estoy volviéndome loco.

—Y va a ser todavía mejor. Déjate llevar y dale todo lo que tienes para ella.

La mirada de alivio en la cara de Luc hubiera sido cómica si Deke hubiera estado en disposición de centrarse en algo que no fuera penetrar a Kimber una y otra vez, instándola a rendirse por completo.

Luc la agarró por las caderas, Deke por la cintura. Se movieron con un ritmo sincronizado que los conduciría directamente al clímax.

Pero aquello era más que un orgasmo. La noche anterior, mientras penetraba el sexo de Kimber, las sensaciones habían sido diferentes a cualquier otra cosa que él hubiera sentido. El había estado tenso, como un soldado en una misión vital. Abrumado. Y no todas las sensaciones habían estado en su pene.

Kimber había tocado su corazón, y todo lo que sentía allí se extendía por su cuerpo, mezclándose con el placer físico que ella le proporcionaba.

Aquel momento no era diferente. Pero sí más intenso. «Santo cielo». Estar enterrado en ella, exponiendo su corazón, era condenadamente peligroso; igual que caminar por una cuerda floja sobre un pantano lleno de caimanes hambrientos. E iba a ser más intenso cada vez que la tocara. Algún día...

Ella se tensó en torno a él, apartándolo de aquellos pensamientos, mientras le exigía:

—Más. Por favor. ¡Deprisa!

La última brizna de control estaba cediendo. Con la siguiente embestida salvaje de Luc, Deke supo que a su primo le ocurría lo mismo. La llenó una vez más, esperando que con cada estocada en su interior, con cada duro envite de su cuerpo, Kimber sintiera aquello como algo más que un acto de lujuria. Que supiera cuánto significaba ella para él, ya que expresarlo en palabras le daba miedo.

Su respiración comenzó a acelerarse hasta que se convirtió en jadeos. Kimber tembló y se preparó para lo que venía, agarrándose con fuerza a los hombros de Luc.

Deke sintió que ella comenzaba a correrse, que se apretaba en torno a su polla un momento antes de comenzar a gritar. Aferrándose a la sábana, Kimber empujó hacia él, y con aquel canal ordeñándolo con fuerza, Deke tuvo que obligarse a seguir moviéndose.

Echando hacia atrás la cabeza y gritando, Luc se dejó llevar, perdiendo el control por completo.

Oír cómo su primo llegaba al orgasmo, y el ronco gemido que resonó en la habitación, abrió un nuevo agujero en el autocontrol de Deke. En sus testículos, la necesidad de correrse se acrecentó con cada embestida de su carne en la de Kimber. Maldición, no iba a poder contenerse más...

Al final, Kimber comenzó a gritar tras soltar un largo gemido de rendición. Deke se deleitó en él, se ahogó en la total aceptación de éxtasis que ellos le daban.

Y se dejó llevar, soltando todo lo que era y tenía en el interior de Kimber mientras el placer lo atravesaba e impactaba directamente en su corazón. Si su incapacidad de tirarse a Alyssa no hubiera sido ya una enorme pista, lo que sentía en aquel momento no habría dejado lugar a dudas.

Para bien o para mal. Para siempre, amaba a Kimber.

Y Deke sabía que si ella se marchaba en aquel momento —o si su pesadilla cobraba vida—, sin duda lo mataría.

Capítulo 15

Deke se tomó una taza de café en silencio, escuchando el sonido de la ducha en el baño, el agua correr sobre la piel desnuda de Kimber, antes de caer sobre la porcelana. En el otro extremo de la mesa, Luc miraba por la ventana los primeros rayos de sol brillando sobre el pantano.

Una vez que había pasado la noche y el deseo había remitido temporalmente. .. era cuando comenzaban los remordimientos. El pesar.

Y era mortal. Lo había jodido todo. De eso no cabía duda. Pero no había podido mantenerse alejado de Kimber ni un minuto más. A los veintinueve años, finalmente, se había enamorado. Y ella era ahora suya.

«Que Dios la ayude».

Miró a su primo y suspiró. Bueno, Kimber era suya y de Luc. Y dada la obsesión de Luc por preñarla y la suya por impedirlo, su pasado acabaría por salir a la luz, salpicándolo todo de mierda.

«¿Y luego qué?».

—Has hecho lo que debías —dijo Luc de repente.

—¿Hacer el amor con Kimber? —Deke se encogió de hombros—. El tiempo lo dirá. Yo no lo creo, pero te aseguro que me encantaría equivocarme.

—Ella te ama.

—Eso no será de mucha ayuda cuando descubra la verdad.

—Lo que le pasó a Heather no fue culpa tuya.

Por supuesto que sí, o por lo menos en gran parte. Todo el mundo lo sabía. El padre de Heather, ciertamente, lo había culpado a él. Lo había acosado y acusado. Él se lo había tomado con frialdad. Se lo merecía. Sólo Luc había opinado de manera diferente.

Cierto, se requería a dos para bañar un tango, pero Heather... no había sido capaz de pensar con claridad. Kimber no parecía capaz de llegar a ese extremo, pero bajo determinadas circunstancias... ¿quién podía saberlo? Con los años, él se había dado cuenta de que la guerra mostraba lo imprevisibles que podían llegar a ser los soldados. Lo mismo que sucedía con los civiles en las batallas de la vida diaria.

—Ya hemos hablado de esto antes. No quiero volver a darle más vueltas al tema.

Luc apretó los dientes.

—Vas a tener que superarlo antes de que te atrape de nuevo y destruya lo que tenemos con Kimber. Ella no es otra chica insignificante más. Con ella tienes que darle todo.

—¿Y qué coño se supone que debo hacer? ¿Ponerme de rodillas y declararme?

—El tiempo pondrá las cosas en su lugar.

Deke estuvo a punto de decirle que se declarase él si quería, pero tras la noche anterior, se lo pensó dos veces. Luc lo haría sin dudar, y si Deke no quería que Kimber perteneciera a su primo ante los ojos de la ley, era mejor guardar silencio. Compartirla con él ya era suficientemente duro. Necesario para mantener una aparente normalidad, pero una puta. Si además tenía que verla casada con Luc... Deke tragó saliva, luchando contra el inoportuno dolor que le aplastó el pecho.

—Para empezar —continuó Luc—, creo que deberías contárselo todo.

—¿Acaso te has vuelto loco? Se va a enterar de todas maneras, y lo más probable es que salga huyendo. Llámame estúpido si quieres, pero prefiero posponer lo inevitable.

—Hasta que no lo hagas, continuarás conteniéndote con ella, y eso le hará daño.

—No me contuve anoche.

—No hablo sólo de sexo. No quieres decirle que la amas. Ella ha renunciado a muchas cosas por estar contigo: a los años de creer que amaba a Jesse, a su orgullo, a su virginidad, mientras que tú no quieres contarle ni el más pequeño secreto.

Deke se puso en pie, su silla arañó el suelo de madera cuando la empujó hacia atrás.

—Que te jodan.

Luc alzó las manos en señal de rendición.

—Será tu funeral. Pero déjame que te diga que si ella nos abandona no será por lo ocurrido en el pasado. Será por no haber confiado en ella lo suficiente para decírselo, por no creer que fuera lo suficientemente fuerte para saber que no iba a sufrir el mismo destino que Heather.

Cerrando los puños con fuerza, Deke dio un paso hacia su entrometido primo. Luc se quedó inmóvil, en respuesta a su reto. Deke no se había peleado con él en doce años. En aquel momento, no sabía si sería capaz de detenerse y evitar derribar de un golpe a aquel hijo de perra.

Oyeron cómo se cerraba el grifo de la ducha, y el agua dejó de correr por las tuberías.

Los dos hombres permanecieron quietos, mirándose con fiereza.

—Será mejor que no me provoques —le advirtió Deke.

—Sí, señor Fuerzas Especiales, ya sé que conoces veinte maneras de matarme con tus propias manos. Pero si quieres darme una patada en el trasero por intentar ser honesto y meterte algo de sentido común en esa cabezota que tienes...

—¿Quieres hablar de honestidad y sentido común? Bien. Dime por qué no le devolviste la llamada a Alyssa Devereaux. Está claro que quiere hablar contigo, pero la evitas para no tener que enfrentarte al hecho de que perdiste tu precioso autocontrol con ella.

—Alyssa no es el tema de esta conversación —escupió Luc.

—Es una comparación. Sigúeme el juego. ¿Por qué no quieres explicarle a Alyssa la razón por la que te comportaste como un cavernícola con ella durante seis horas?

—Seré honesto con Alyssa tan pronto como tú lo seas con Kimber.

—No te metas en mis asuntos.

—Pues no te metas tú en los míos —replicó Luc—. ¿No quieres hacer el amor con Kimber tú solo?

Eso era un golpe bajo. «Bastardo».

—Podría subirme ahora mismo a ese bote de ahí fuera e irme a casa, dejándote a solas con ella durante horas. Días...

Y su marcha haría a Deke responsable de todo lo que sucediera.

—Para. —Contuvo un nuevo deseo de golpear la cara de Luc y tragó saliva—. Por Dios" para. No estoy preparado para decirle nada.

—No esperes que Kimber vaya a tener una paciencia infinita contigo. Se ha ofrecido a ti, se ha desnudado ante ti. Si no le das lo mismo, se irá.

En lo más profundo de su ser, Deke temía —sabía— que Luc tenía razón.

Se oyó el sonido de la puerta del cuarto de baño en el pasillo. Kimber apareció al momento.

—Os he oído gritar, ¿ocurre algo?

Deke miró a Luc, que se calló y cruzó la cocina hacia ella.

—Es la tele —masculló su primo, luego le besó la mejilla fresca por la reciente ducha antes de salir al porche trasero.

Dejando solo a Deke con Kimber.

Durante largos momentos, ninguno de los dos dijo nada. El silencio se extendió hasta volverse espeso. Ella lanzó una mirada suspicaz al televisor, dejando claro que no se había creído las palabras de Luc. Pero no dijo nada.

—¿Hay más café?

Mascullando un sí, Deke se giró y le sirvió uno. Añadió dos terrones de azúcar y un poco de leche.

—¿Lo recuerdas? —Kimber sonrió. Parecía... emocionada.

Dios, ¿cómo sería disfrutar del calor de aquella sonrisa todos los días? ¿Saber que ella reservaba tal belleza para él y nadie más?

Lo que era un problema.

Él se encogió de hombros.

—Ya sabes que nosotros, los tipos de las Fuerzas Especiales, tenemos que prestar atención a los detalles. Algunas veces pueden salvarnos la vida.

La sonrisa de Kimber desapareció.

—Por supuesto.

Mierda, sin duda sabía cómo meter la pata. Acababa de compararla con un terrorista en vez de tratarla como a una novia. «Mejor».

Ella tomó la taza, dio un sorbo, se sentó en la silla que Luc acababa de dejar libre y se retiró a su propio mundo. Y Deke no pudo soportar aquel silencio, como si lo de ayer por la noche y lo de esa misma mañana no hubieran significado nada. Si lo miraba desde la perspectiva de ella, probablemente estaría esperando intimidad y afecto. O, como mínimo, ternura.

Hasta ese momento, Deke no había sido realmente capaz de darle nada de eso. Y dudaba que fuera capaz de hacerlo a largo plazo. Se odió por ello. Pero lo intentaría por ella. Lo cierto era que hacer algo más que follar y echarla de menos iba a llevar su tiempo.

Él suspiró y se acercó a ella, sin tener muy claro qué hacer.

Kimber levantó la mirada cuando él se acercó; el asombro y la cautela se reflejaron en su rostro cuando él invadió su espacio personal.

—¿Qué pasa?

Deke no dijo nada, sólo se inclinó y la cogió en sus brazos. Se sentó en una silla cercana y la depositó en su regazo. Le apartó el pelo húmedo de la cara y ella levantó la mirada a la suya.

—Conversar no es lo mío. Yo... —¿Cómo podía resumir la confusión que sentía con las palabras adecuadas?—. Me encantó estar contigo anoche.

Le depositó un suave beso en la boca, muy orgulloso de sí mismo. Había sonado perfecto.

Kimber se escabulló de sus brazos.

—Si te gustó tanto, ¿por qué te opusiste a ello de esa manera?

¿Cómo era posible que las mujeres hicieran eso? En sólo dos segundos, conseguían que te olvidaras de las palabras de amor y te hundieras en la miseria.

—Gatita, ahora no.

—Sí, ahora. A pesar de mi limitada experiencia, entiendo que compartir la cama durante doce horas no me da derecho a exigir nada, pero sé que te pasó algo. Y quiero saber qué es.

—Eso es parte del pasado. No tiene importancia.

Ella se apartó de su regazo.

—La tiene, puesto que te ha impedido acostarte conmigo hasta anoche. Está claro que es algo importante y que no ha quedado en el pasado.

«Demonios», él no quería hablar de eso, y menos sin Luc.

—Porque soy un idiota con nobles principios y no quería arrebatarte tu virginidad sin estar realmente seguro. ¿No podemos seguir como hasta ahora sin tener que hurgar en el pasado?

Deke intentó agarrarla de nuevo. Ella retrocedió.

—No. Lo que sea que no quieres contarme es la causa por la que no querías hacer el amor conmigo. Es la razón por la que te tiraste a la hermosa esposa de Jack Colé.

Deke sintió cómo se ruborizaba.

—Bueno, en realidad eso fue una petición de Jack. Yo no...

—Pero Jack pensó en ti porque tú sólo practicas *ménages*. Y esa misteriosa razón es la causa. Y se interpone entre nosotros, y quiero saber por qué.

Maldición, ella había dado en clavo. ¿Cuándo había encajado Kimber las piezas? Puede que fuera más joven y menos experimentada, pero sabía calar a la gente.

—Vayamos paso a paso, ¿vale? —suspiró él—. Ahora estoy aquí contigo. No voy a ir a ningún lado. ¿Cómo era aquella frase de película? Primero tienes que decirme «hola». Pues esto es exactamente igual. Sé que soy testarudo e intransigente, pero estamos juntos. Por ahora, es todo lo que cuenta.

Kimber se cruzó de brazos y apretó los labios. Ese no era el punto y final de la conversación, ni mucho menos, pero haría una retirada táctica por el momento. Deke soltó un enorme suspiro.

—Bien.

No estaba bien, pero él esperaba conseguir que se olvidara del tema. Si le contaba todo lo relativo a aquel estúpido error, ella saldría corriendo.

Con paso cauteloso, Deke acortó la distancia entre ellos y la envolvió con sus brazos. Ella permaneció rígida, con los brazos todavía cruzados. Estaba claro que Kimber había aprendido a pelear bajo sus propios términos. No podría oponerse a él físicamente, pero Deke apostaría lo que fuera a que su testaruda voluntad era un más que digno adversario.

Él ignoró su resistencia y, simplemente, la abrazó. Le acarició suavemente la espalda, la besó en la frente, en la boca, en el cuello. Era como estar en el séptimo cielo. No podía recordar cuándo había sido la última vez que había besado a una mujer sin intentar tirársela a los diez minutos. Sólo seguir allí, respirando su perfume, su esencia, era un placer.

—Peleea sucio —masculló ella, ladeando la cabeza para facilitarle el acceso al cuello.

—Esto no es una pelea. Es un placer. ¿Te importa? —le deslizó el pulgar por el labio inferior.

Antes de que ella pudiera contestarle, sonó el teléfono. Deke dio un brinco. Sólo podía haber dos personas al otro lado de la línea, y ambos representaban noticias sobre la explosión y sus secuelas.

—¿Diga? —ladró Deke al teléfono.

—Deke. —Era Logan. Su voz sonaba tensa.

Girándose, Deke contuvo una maldición.

—Sí, soy yo.

—No es nada bueno —suspiró—. Kimber...

—Dímelo.

Logan le contó lo que sucedía y Deke no pudo reprimir una palabrota.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Kimber.

—Se lo contaré —prometió Deke.

Tras una larga pausa, Logan replicó:

—Gracias. ¿Hay noticias de Jack?

—Todavía no. ¿Y la policía ha averiguado algo?

—¿Contarme qué? —exigió saber Kimber.

Deke negó con la cabeza hacia ella. Prestaría toda su atención a Kimber cuando le diera las noticias.

—Nada en concreto —contestó Logan—. Muchas preguntas. Ninguna respuesta. Pero es muy raro. Nadie ha hecho preguntas en el hospital. Nada sospechoso. Sin embargo, ha habido un montón de llamadas telefónicas de un hombre que quiere saber dónde está Kimber. Intenté averiguar quién era, rastreeé la llamada, pero no fui capaz de localizarle. Es demasiado listo.

El miedo se extendió como una fría oleada por el pecho de Deke. Aquel psicópata no había intentado atacar al coronel en el hospital. Por el contrario, parecía estar obsesionado con Kimber.

Puede que fuera alguien de la prensa en busca de una exclusiva sobre la ex de Jesse y la última tragedia. Pero ¿haber llamado la misma persona una y otra vez?

—Maldita sea —masculló Deke—. Llámanos si hay algún cambio.

—Lo haré. Dale un beso a Kimber de mi parte.

—Encantado.

Luego colgó el teléfono.

—¿Qué demonios ha pasado? —Kimber parecía enfadada y desesperada. No iba a poder distraerla y no lo dejaría en paz hasta que supiera lo que ocurría.

Deke la tomó de la mano y la llevó a una silla, luego se sentó con ella en el regazo. Inspiró profundamente. ¿Cómo se lo iba a decir?

—Dime lo que sea. Oh, Dios mío... —le tembló la voz—. Mi padre. No me digas que...

—No. No, gatita. Está vivo. —Le besó la palma de la mano, intentando suavizar la noticia—. Ayer le hicieron nuevas pruebas y se dieron cuenta de que tenía alojado un cuerpo extraño en la parte posterior de la cabeza, que le estaba causando hinchazón. Tuvieron que operarle esta mañana, y tuvo una crisis. Ha entrado en coma.

Kimber se derrumbó. No había otra manera de describirlo. Las lágrimas anegaron aquellos ojos color avellana, y Deke se encontró deseando aliviar su sufrimiento de alguna manera. Con gusto, se habría echado aquel peso sobre sus hombros para que no tuviera que soportarlo ella. Pero la vida no funcionaba de esa manera.

La envolvió entre sus brazos y dejó que llorara sobre su pecho, pero ella lo sorprendió cuando se puso en pie al instante y se enjugó las lágrimas.

—Tenemos que ir al hospital ahora mismo.

Deke se quedó paralizado.

—Gatita, sé que estás preocupada, pero no podemos hacer eso sin antes planearlo con mucho cuidado. Sigue habiendo un psicópata suelto por ahí que quizá vaya tras de ti...

—¡Eso no importa! Mi padre podría morir y yo quiero estar allí para despedirme.

—Nadie ha dicho que se vaya a morir.

—¡Está en coma! Puede que no sea médico, pero en la escuela de enfermería he aprendido que eso no es nada bueno, y que algunas personas pueden morir.

El tono sarcástico era comprensible, pero no ayudaba.

Deke le dijo con suavidad:

—Pero hay otras personas que se recuperan por completo.

—No voy a correr el riesgo de no volver a verlo con vida. —Se quitó la bata en medio de la cocina y se dirigió al dormitorio.

Deke observó el balanceo de su trasero desnudo cuando ella se retiró al dormitorio en penumbra y comenzó a hurgar entre las sábanas buscando su ropa. El entró en la habitación y le arrancó la camisa y la ropa interior de las manos.

—No vas a ir a ningún lado, y mucho menos sola.

—Puedes apostar que sí. No vas a detenerme.

—Si tengo que tumbarte en esa cama y atarte a ella para que no seas el blanco de ese maníaco, te aseguro que lo haré.

Kimber se dirigió a la puerta.

—Ya soy mayorcita, y tomo mis propias decisiones. No eres mi dueño.

Deke la agarró por el brazo y la estrechó contra su cuerpo.

—Te recuerdo que anoche te reclamé. Tomé lo que no le habías ofrecido a nadie más. Según mis reglas, eso te hace mía. Y no voy a dejar que seas el blanco de nadie. Aquí escondida estás a salvo. Y vas a seguir estándolo.

—Eres un hijo de p... ¿Qué coño haces?

Deke la arrastró por el dormitorio hasta la cama. Kimber no escuchaba, no iba a razonar.

La lanzó sobre el colchón y la sujetó allí con toda la suavidad que pudo, pero sin dejar que se soltara. Iba a protegerla, incluso de sí misma.

—Mantenerte a salvo.

Lanzó una rápida mirada a su alrededor pero fue inútil. «¡Maldición!».

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Luc, observando la escena con una expresión horrorizada.

Deke le contó lo de la llamada telefónica.

—Y ahora nuestra Florence Nightingale cree que va a ir al hospital a verlo.

—Eres un gilipollas —gritó Kimber, retorciéndose para soltarse de sus manos—. Luc...

—Cariño, tiene razón. Llama a Logan. Dile que ponga el teléfono en el oído a tu padre y así podrás hablarle. Pero no puedes salir de aquí y exponerte al peligro.

—¿Así que ahora soy vuestra prisionera?

—No es esa nuestra intención, pero si quieres considerarlo de esa manera... —Tener que negarle algo preocupaba a Deke, pero no pensaba dar marcha atrás—. Sea como sea, te vas a quedar aquí.

—Lo siento, cariño, pero estoy de acuerdo con él. —Luc cruzó los brazos sobre el pecho, y Deke agradeció el apoyo—. Prométenos que te quedarás aquí hasta que podamos idear un plan, y te dejaremos libre.

Kimber apretó los labios con terquedad y no dijo nada.

—Sabes que en cuanto le demos la espalda, va a intentar escaparse.

Luc vaciló, miró a Kimber y asintió con la cabeza.

—Eso parece...

Pero a Deke se le ocurrió una idea. La cabaña de Jack estaba muy bien equipada.

—Sujétala.

Luc le dirigió una mirada llena de curiosidad, pero atravesó la estancia para sujetar las muñecas de Kimber. Se montó a horcajadas sobre ella cuando Deke se dirigió a la puerta.

—Puede que no haya sido militar, pero eso no quiere decir que no haya aprendido algunos trucos —le advirtió Luc—. No voy a dejar que te escapes.

Satisfecho al ver que la dejaba en buenas manos, Deke sacó un juego de llaves del bolsillo del pantalón y abrió la puerta de la habitación secreta de Jack al final del pasillo. Pasó junto al ordenador y el escritorio, hacia una puerta que había al fondo de la estancia, y la abrió.

Aquel lugar era un paraíso para un amo dominante, allí podía encontrarse todo tipo de juguetitos, desde látigos y consoladores hasta ataduras.

Cogió un par de esposas de terciopelo y algunas cintas de seda para los delicados tobillos de Kimber. Se detuvo ante unas pinzas para pezones.

«Céntrate —se dijo a sí mismo—. Piensa en su seguridad. Ahora mismo, Kimber está demasiado enfadada para andar con juegucitos sexuales».

Se metió algunos juguetes en los bolsillos, pensando que los utilizaría más tarde, y volvió a recorrer el pasillo para ver que no había cambiado nada. Kimber estaba acordándose de toda la ascendencia de Luc y de su propia virilidad con algunas palabrotas que seguramente había oído a sus hermanos a lo largo de su vida. A Luc no parecía afectarle.

—Lamento que pienses eso, cariño. Pero ¿qué clase de persona sería yo si me importaran más tus insultos que tu seguridad?

Atravesando el dormitorio a toda velocidad, Deke se colocó al lado de Kimber, tomó las muñecas que sujetaba su primo y la esposó a la cama en menos de dos segundos. Pronto descubrió que las cintas de seda tenían la longitud adecuada para atarle los tobillos a los gruesos postes de la antigua cama con las piernas abiertas.

Sólo cuando Kimber estuvo totalmente atada en la cama, Deke se percató de que también estaba completamente desnuda.

Y a su merced.

Deke jamás había sentido inclinación por las artes de la Dominación y sumisión; podía practicarlas o no. Pero en aquel momento, la idea comenzó a rondarle la cabeza. Reprimió sus impulsos.

—Ya está —dijo él, paseando la mirada por los pechos femeninos. Eran muy hermosos, y el recuerdo de lo sensibles que eran los pezones lo... «¡Maldición!, tema que centrarse»—. No me gusta la idea de salir de este escondrijo, pero comprendo lo que sientes. Encontraré una manera segura de que puedas ir a ver a tu padre. Dame un par de días.

—¿Y qué pasa si no aguanta tanto? Por favor... —Levantó la mirada hacia él que se sintió desgarrado por dentro—. ¿No podemos ir ahora?

Ojalá pudiera decirle que sí. Pero no podía ceder a los deseos de Kimber por parecer un buen tío. Su trabajo —su responsabilidad— era cuidar de ella.

—No, pero iremos en cuanto sea posible. Te lo prometo.

—Pero...

—Gatita, sabes que si tu padre estuviera consciente, estaría de acuerdo conmigo.

Ella suspiró con resignación.

—Por favor, arréglalo todo lo antes posible.

Deke salió de la habitación. Maldita sea, no quería hacer aquello, pero Kimber adoraba al coronel. Negarle eso sería hacerle daño, y él no podía hacerlo. Con un suspiro, cogió el teléfono y llamó a Jack, a Logan y a otros amigos. A los cinco minutos regresó.

Al entrar en el dormitorio, observó que Kimber ya no estaba atada, sino envuelta entre los brazos de Luc, escuchando sus tranquilizadoras palabras.

Deke no pudo evitar deslizar la mirada por ella, con unos ojos —estaba seguro de ello— llenos de lujuria. Maldición, tenía que apartar la mente del sexo y dedicarse a protegerla.

—Jack y Logan se pondrán en contacto con nosotros pronto. Irás a ver a tu padre. Idearemos un plan, te lo prometo. —La besó en la boca suavemente.

Con un gemido, ella abrió los labios y se arqueó hacia él. Deke vaciló, sorprendido. Luego aceptó el beso que le ofrecía Kimber y saboreó su agradecimiento, así como su desesperación.

Al cabo de un rato, levantó la cabeza.

—¿Kimber?

—Abrázame, por favor.

Las lágrimas que anegaban sus ojos hicieron pedazos el corazón de Deke. No se le daba bien eso de consolar, pero ¿cómo podía decirle que no? ¿Por qué debería hacerlo cuando tenía la excusa perfecta para estar cerca de ella?

Él se relajó a su lado, enterrando la cara en su cuello mientras le rodeaba la cintura con un brazo.

—Aquí estoy.

—Tócame.

Si la tocaba más, acabaría manoseándole todo el cuerpo, y su mente —junto con toda la sangre de su cuerpo— descendería directamente a su miembro. Pero Kimber necesitaba que la reconfortara, así que se limitó a acariciarla con ternura. O al menos lo intentó. Deke no se consideraba precisamente un cruce entre un osito de peluche y un amigo. Se perdió en aquellos ojos, en el perfume femenino, en esa piel suave y excitante. No podía estar cerca de ella sin ponerse duro. Se sintió como un auténtico perverso y cerró los ojos.

—Deke —murmuró ella.

—¿Sí, gatita?

—Haz que desaparezcan mis preocupaciones por un rato. Por favor. —Arqueó sus caderas hacia él—. Ámame.

«Dios, qué tentación». La idea de acostarse con ella era el paraíso. Deke tragó saliva.

—Kimber, cariño...

—Sé lo que te estoy pidiendo. Tócame. Sé que puedes conseguirlo. Sé que puedes conseguir que me olvide de todo.

Al otro lado de la cama, Deke observó a Luc. Su primo no dijo ni una palabra, pero se puso duro al instante.

Kimber también lo observó.

—Ves, me deseáis.

«Siempre». Pero ella debía de estar dolorida, y sólo un auténtico canalla se aprovecharía de una mujer en esa situación, ¿no? Por otra parte..., distraerla podría apartarla de sus preocupaciones.

Bien, y lo más seguro era que él estuviera racionalizando la situación porque ella estaba desnuda y se ponía duro cada vez que la miraba.

Pero tenía que elegir entre el sexo o verla llorar, preocupada y aterrizar por algo que no podía controlar.

Deke votaba por el sexo.

Sin mediar palabras, se desnudó. No tuvo que levantar la vista para ver que su primo también hacía lo mismo; el susurro de las ropas lo decía todo.

—Gatita, si es esto lo que quieres, te acariciaré y te penetraré hasta que no recuerdes ni tu nombre.

Deke se tumbó en la cama y rodó hasta situarse sobre ella. La miró fijamente. Estaba hermosísima a pesar de su mirada afligida. El dolor de Kimber le oprimió el pecho.

Luc gateó al otro lado de la cama, y colocó su mano sobre uno de los pechos de Kimber.

—Necesito esto, te necesito.

—Lo sabemos. Necesitas sentirte viva, cariño. Nosotros nos ocuparemos de que así sea.

Tras decir eso, Luc deslizó los pulgares sobre los pezones, que se endurecieron y enrojecieron. Hermosos y seductores, eran una imagen irresistible.

Hubo una carrera por ver cuál de los dos conseguía chupar primero aquellos brotes tentadores. Deke creyó haber ganado. Sobre todo cuando ella contuvo el aliento y se arqueó hacia ellos.

Sus pobres pezones tenían que estar doloridos. Y él intentó ser suave. Era algo difícil cuando aquellos dulces brotes se ponían cada vez más duros contra sus lenguas. Cada vez que los lamían, succionaban o pellizcaban con los dientes, se endurecían más.

—Qué gusto —gimió ella.

Sí, su voz había perdido su suavidad. Era ronca, un poco áspera. «Perfecta».

Pero a pesar de lo mucho que le gustaban las duras bayas de sus pechos, se moría de ganas por degustar su verdadero sabor.

Bajando la mirada por su cuerpo, se sorprendió al ver la mano de Luc entre sus muslos y a Kimber arquear las caderas en busca del toque provocador de su primo. Poniéndose duro al instante, observó cómo ella comenzaba a jadear. Aquella respiración entrecortada llenó la habitación. Luc continuó tentándola, rozándole el clítoris, hundiendo los dedos en su canal, acariciando los pliegues de su sexo, explorando el interior de su sexo para frotar sin piedad su punto G.

Deke olió su esencia: melocotones, azúcar moreno, almizcle. Lo condujo a la locura. La impaciencia pudo con él.

—Deprisa, déjame lamerla, conseguiré que se corra.

Sin interrumpirse, Luc arqueó una ceja.

—Me estoy divirtiendo.

—No se trata de ti.

—Tampoco se trata de ti. Se trata de conseguir que se olvide de todo.

—Oh, confía en mí. Lo haré.

Luc se interrumpió. Kimber gimió y se retorció.

—¿Quieres volver a estar en su interior?

«No, maldita sea».

—Entre otras cosas —contestó Deke.

—¡Dejad de hablar y hacedlo de una vez! —les exigió ella entre jadeos.

Su primo acató su orden y volvió a aplicarse a la tarea. Deke lo observó, excitado hasta lo indecible. Dios, era preciosa. Esas mejillas sonrosadas, aquellos labios ligeramente separados, los ojos entrecerrados por la pasión. Los hombres habían escrito sonetos sobre mujeres como ella, y ahora podía comprender por qué. Kimber no era simplemente hermosa, era también una mujer de armas tomar. Sabía lo que quería. Era algo que Deke respetaba. La entendía. Además no temía la profesión de él... ni le pedía que lo dejara. Él había conocido a ambos tipos de mujeres antes y no podía soportarlas. Kimber era... simplemente ella misma, no se arredraba ante nada. Por supuesto, tenía sus momentos emocionales, pero no se dejaba llevar por los nervios. Su mujer era como acero revestido de seda.

Y sí, era suya.

Deke se inclinó sobre ella y saqueó su boca con un beso desesperado. Kimber abrió los labios para él y gimió. Sus labios vibraron con el sonido. Su erección palpitó en respuesta.

La impaciencia de saborearla con la lengua volvió a bombardearlo de nuevo. Interrumpió el beso y le murmuró al oído:

—Córrete para Luc, gatita.

Ella asintió débilmente con la cabeza y levantó las caderas, estaba cerca de alcanzar el climax, pero no lo suficiente.

—¿Te duele el deseo que sientes? ¿Estás ardiendo? —le preguntó Deke—. Ya veo que sí —respondió por ella—. Pues en el momento en que dejes de correrte, voy a bajar a tu sexo y a tomarte con la boca. Él sólo está consiguiendo que estés mojada y jugosa para mí —le mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Una vez que esté allí, vas a darme más de ese néctar, ¿verdad?

—Sí, ¡sí! —gritó Kimber mientras su cuerpo se elevaba hacia el climax. Echó la cabeza hacia atrás, arqueando el cuello; las enrojecidas cimas de sus pechos se irguieron en el aire mientras gemía con satisfacción.

Luc asaltó al instante sus pezones, chupándolos y mordisqueándolos.

Sólo para asegurarse de que Kimber no pensaba en sus problemas, Deke metió la mano en el bolsillo y sacó las pinzas para pezones que hizo bailar delante de la cara de Luc.

—¿Sabes qué es esto?

Luc las observó fijamente con una mirada voraz y se las arrebató a Deke de la mano lleno de excitación, como un niño con un juguete nuevo.

—Ya me parecía a mí que lo sabrías. —Deke le brindó a su primo una amplia sonrisa.

Luego comenzó a lamer el cuerpo de Kimber.

No jugó con ella ni la hizo esperar. Le ahorró el sufrimiento. O quizá se lo ahorró a sí mismo, que estaba ansioso por paladear de nuevo su dulce sabor y oír aquellos jadeos ininterrumpidos que ella emitía cuando se sentía arrebatada por el deseo.

Arrodillándose ante ella, Deke la abrió con los pulgares y se hundió en aquel espeso néctar femenino. «Mmm». La tomó con la boca; manteniéndole separados los muslos, empujando los hombros entre sus piernas con cada arremetida de su lengua. En aquel momento, la vida no podía ser mejor.

De repente, ella se puso rígida y jadeó... y no sólo de placer. Con una mirada turbia, levantó la cabeza para ver que Luc le había colocado las pinzas en los pezones.

—No son tan dolorosas como parecen —la tranquilizó Luc—. Espera unos minutos.

Deke miró a su primo a regañadientes, luego volvió a centrar su atención en Kimber.

—¿Te hacen demasiado daño, gatita?

Kimber tenía la mirada perdida, dilatada... llena de deseo. La vio morderse el labio, conteniendo un grito.

—¿Gatita?

—Penétrame —dijo entre jadeos—. Penétrame ya.

Deke frunció el ceño, luego le pasó la lengua por la entrada de la vagina y el clítoris.

—Pero aún no estás preparada para...

—¡Ya!

Kimber era más exigente cuanto más excitada estaba. A Deke le encantaba.

Gateando encima de la cama, se alzó sobre el cuerpo femenino y se deslizó en ella con un golpe certero que la hizo lanzar un largo y sonoro gemido, un sonido que le tensó los testículos. Al parecer provocó la misma reacción en Luc, pues lo oyó maldecir.

—Sííí. —Kimber le dirigió una mirada que decía «fóllame sin parar».

Deke estaba más que encantado de complacerla.

Antes de poder dedicarse por entero a la tarea, ella le brindó a Luc aquella mirada exigente.

—Ven aquí —le dijo Kimber a su primo señalando un lugar en el colchón junto a ella.

Luc se acercó con rapidez... y ella le recompensó girando la cabeza, abriendo la boca y conduciendo su miembro al fondo de su garganta.

La imagen consiguió que Deke se sintiera invadido por el deseo y el resentimiento. El rostro lleno de éxtasis de su primo no era algo que él pudiera ignorar.

Deke sabía con exactitud por qué le gustaba compartir a las mujeres. Pero no por primera vez, se preguntó por qué le gustaba a Luc. Por qué no hacía el amor —por qué no follaba— él solo con una mujer. Pero llevaba años diciéndole que jamás se casaría con una, que no quería tener una mujer para él solo. Quería que fueran tres, y había estado buscando a la mujer que los complementaran a los dos. «¿Por qué?».

Kimber gimió.

—Tómala —le ordenó Luc—. Llénala.

Dios, la voz de su primo era solemne, casi como si... significara que para él era algo más que sexo fantástico.

¿Estaría Luc también enamorado de Kimber?

No sería de extrañar. Pero Deke no podía pensar en eso ahora, no cuando ella arqueaba las caderas hacia él, oprimiéndolo en su interior, transformando la necesidad que sentía en el pene en un deseo puro y líquido.

Deke se retiró y volvió a zambullirse en ella, extasiado ante la sensación de ella en torno a su miembro. Maldición, era sedosa y perfecta. Jamás había sentido algo así, algo como ella. Y apostaría su alma a que jamás lo haría en el futuro.

Deke le dio todo, todo lo que tenía... bombeándola, llenándola, embistiéndola. El deseo comenzó a inundarlo, tensándole los testículos. Apretó los dientes. Quería que ella se corriera primero, maldita sea. Si tenía que morderse la lengua para asegurarse de que ella alcanzaba antes la satisfacción, lo haría.

Luc enterró los dedos en el pelo de Kimber. Por el ángulo en que tenía la cabeza, tenía que estar doüéndole el cuello, pero ella sólo siguió succionándole.

—Sí. Sí. ¡Dios mío, sí! —Luc comenzó a gemir.

Deke entendía perfectamente lo que sentía.

Kimber también gimió, se arqueó hacia él, se cerró en torno a su miembro y las paredes de su vagina comenzaron a contraerse.

Oh, santa madre de... no pudo contener la gigantesca oleada de sensaciones que atravesaron sus sentidos, dejándolo indefenso. La penetró de nuevo hasta el fondo con un solo propósito. Y ella le salió al encuentro.

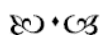
A pesar de estar él mismo al borde de la locura, Luc observó cómo ella contenía el aliento y temblaba. Cuando Kimber comenzó a estremecerse, le liberó los pezones.

Y Kimber comenzó a gritar.

Luego su sexo se convulsionó en torno a su miembro de una manera que no había sentido antes; no lo inducía a correrse, se lo exigía. Deke se rindió... se disolvió en ella, en la necesidad, en el amor.

En algún lugar distante, oyó el grito de satisfacción de Luc, y Deke se sintió desesperado, decidido a llenarla hasta el fondo. La penetró brutalmente y derramó las últimas gotas de su semen en el fondo de su vientre.

Dándole hasta su alma.



Dos horas después, Kimber estaba en el dormitorio, enfurruñada. Se daba cuenta de que ésa no era la actitud más madura. Pensaría con madurez: estaba preocupada por su padre y enfadada porque Luc y Deke se negaban a llevarla a verlo.

Vale, puede que aquellos hombres tuvieran razón, ir corriendo al hospital podría ser peligroso. Pero ahora que ya no la estaban entreteniendo, la realidad atacaba de nuevo y estaba asustada. El coronel era su padre. Tras hablar con Logan, volvió a sentirse asustada. Aterrada no sólo de perder al único padre que le quedaba y que ella tanto quería, sino de experimentar la misma pesadilla que había tenido todas las noches tras la explosión, preocupada de que alguien la estuviera persiguiendo.

Y, sin embargo, aquello no cambiaba nada. Quería ir al hospital para ver a su padre. Quería mirarle, tocarle y despedirse de él... por si acaso.

Deke y Luc apenas la dejaban ir al baño sin que uno de ellos la acompañara.

Para empeorar las cosas, no podía odiarlos por hacer lo que hacían. Sabía que sólo pensaban en su seguridad. Al igual que habían sabido cómo proporcionarle un placer tan increíble. Después de eso, Deke la había envuelto entre sus brazos y la había abrazado hasta que ella le dijo que la soltara, llena de cólera, frustración y miedo.

¿Cómo podía enfadarse tanto por que Deke quisiera tomar precauciones antes de llevarla al hospital?

—¿Quieres comer algo? —le dijo Luc suavemente desde la puerta del dormitorio.

—No.

Entró con paso arrastrado en la habitación y le puso las manos con suavidad sobre los hombros.

—Cariño, tienes que comer algo. Te saltaste el desayuno.

—Me olvidé.

Luc se aclaró la garganta.

—Llevas un rato molesta. Me partes el corazón. Vas a acabar con este pobre anciano.

«Anciano». Kimber soltó un bufido. Bueno, puede que tuviera más de treinta y cinco años, pero era un encanto.

—Te haré una manzana flameada con brandy para el postre.

Oh, aquel hombre sabía jugar sucio. Pero ella no se iba a dejar embaucar. Además, cada vez' que pensaba en su padre tumbado en una cama del hospital, conectado a tubos y monitores, su estómago vacío se rebelaba. No quería ni imaginar los resultados si se ponía a comer los succulentos manjares de Luc.

Negó tercamente con la cabeza.

Oyó pasos. Se giró para ver a Deke empujando a su primo a un lado. El puso los brazos en jarras.

—Este es el trato. Comerás algo, aunque sea algo ligero para que mantengas las fuerzas, y luego hablaremos.

—¿Sobre qué? Ya hemos hablado hoy, dos veces, en el lenguaje que mejor entiendes: follando.

Deke contuvo una sonrisa.

—Si lo que pretendías era insultarme, has fallado. Me siento halagado.

—Era lo que se podía esperar de ti —masculló ella.

—Ves, Morgan, ya te lo dije, Kimber es una terrible compañía.

Kimber giró la cabeza con tanta rapidez que casi se mareó. Sí, allí estaba Morgan Colé, la esposa de uno de los mejores amigos de Deke, una mujer que ella sabía que él se había llevado a la cama. ¿Y Deke pensaba que ella querría la compañía de Morgan? Aunque no supiera que su hombre y aquella hermosa pelirroja habían jugado a los ménages, habría sentido resentimiento contra ella. Era hermosa, curvilínea, muy femenina, sin olvidar que era una celebridad y que sabía vestir muy bien. Seguramente sería lista y ocurrente, y admirada por cada hombre que conocía.

En algunas ocasiones, la vida era una mierda.

—Que te den —murmuró.

—¿Dónde? —preguntó Deke—. No importa. Me hago una ligera idea.

Kimber gimió.

—Vete.

Por el rabillo del ojo, Kimber vio a Morgan.

El le susurró a la pelirroja:

—Lo más probable es que no quiera jugar a disfrazarse contigo para ir al hospital.

«¿Al hospital?».

Se puso en pie y corrió hacia él.

—¿Has dicho ir al... ?

Deke la agarró y la interrumpió con un beso duro en la boca.

—Al hospital. Sí. Ya lo he arreglado todo, pero hay reglas —le advirtió.

Kimber asintió con impaciencia. No le importaba cuáles fueran. Iba a ver a su padre. Le cogería de la mano, hablaría con él, lo besaría en la mejilla, y esperaría con todo su ser a que su presencia allí le ayudara en algo.

—Lo que sea.

—Ah, es una respuesta interesante. La reservaré para más adelante —dijo, guiñándole el ojo—. Morgan te ayudará a disfrazarte. Ha traído una peluca, maquillaje y ropa adecuada. Nos iremos después de que se ponga el sol. Si alguien te pregunta algo, debes decir que vas a visitar a una amiga que acaba de dar a luz. Dispondrás de quince minutos, ni uno más. Yo estaré allí. Logan y Jack, también. Puede que también esté Hunter, ha llegado hace poco de una misión secreta. Pero no puedes desviarte del plan. No te lo permitiremos. No vamos a dejar que te ocurra nada. ¿Entendido?

—Sí. —Las lágrimas anegaron sus ojos, y, a la vez, el profundo amor que sentía por él le oprimió el pecho. Estaba dispuesto a dejarla ir al hospital a pesar de estar claramente preocupado por ella. Dios, estaba locamente enamorada de aquel hombre. ¿Le abriría en algún momento aquella parte de su alma, de su pasado? ¿Alguna vez le devolvería su amor?

Kimber no se consideraba una cobarde, pero aquella era una pregunta de la que no estaba segura de querer saber la respuesta.

Capítulo 16

Vestida con una peluca corta de color castaño y ropas conservadoras que parecían salidas del catálogo de Land's End, Kimber entró en el hospital acompañada de Morgan. Jack y Deke las seguían, camuflados en las sombras, pero lo suficientemente cerca como para arrancar los brazos a quien se metiera con ellas.

Estaba segura de que se estaban pasando. No, estaban siendo paranoicos. ¿Quién querría hacerle daño y por qué? Sí, era extraño que alguien hubiera estado llamándola desde un teléfono imposible de localizar, negándose a dejar mensajes, pero ¿por qué tenía que ser un acosador? La verdad era que su padre tenía muchos más enemigos de los que ella pensaba. Y si alguien quería hacerle daño a ella, ¿por qué hacer explotar la casa de su padre? Aquellas llamadas tenían que ser de alguno de aquellos jodidos papasas deseosos de airear más trapos sucios de Jesse.

Pero por la tranquilidad de Deke y para ver a su padre, Kimber se había prestado a formar parte de aquella pantomima.

A Jack y a Deke no se les escapaba nada. «Nada en absoluto». Kimber estaba acostumbrada a tener hombres así a su alrededor, pero ellos... no le sorprendería el hecho de que tomaran nota del número de calzado del ordenanza o de la marca de los fluorescentes del techo.

Al parecer, habían consultado los planos del hospital por adelantado o algo por el estilo. Tras entrar en el edificio, fueron directamente a la sala de maternidad, luego se metieron en una escalera de servicio y cogieron el único ascensor de personal. Momentos después, salieron a un pasillo sólo para personal autorizado donde esperaban un guarda de seguridad que estrechó la mano de Deke.

Luego accedieron a un corto pasillo que daba a la habitación de su padre.

Kimber casi se desmoronó ante la imagen.

Él parecía tan... frágil. Todavía conservaba los músculos y el bronceado del verano, pero parecía pequeño con todos los monitores, tubos y máquinas que rodeaban aquella cama estéril y cuyos pitidos ahogaban su respiración débil. Su pelo canoso había sido rapado por completo. Parecía como si no fuera su padre, no había movido ni un músculo en los dos minutos que ella llevaba mirándolo.

—Venga, gatita —susurró Deke, desrizándole el brazo protectoramente alrededor de los hombros—. Lo haremos juntos.

La condujo a la única silla de la habitación. Kimber vio que Jack cerraba la puerta y se quedaba fuera, bien para hacer guardia o para darles privacidad. Morgan acompañó a su marido, dejando a Kimber y a Deke a solas con el coronel. Deke se sentó y la atrajo hacia su regazo.

Kimber no lloraba. Eso sólo disgustaría al coronel si estuviera consciente. Y no le haría ningún bien, no importaba lo mucho que deseara echarse a llorar. Así que extendió el brazo para tomar la mano laxa de su padre entre las suyas y la apretó.

—Hola, papá. Espero que puedas oírme. Quiero que te pongas bien, por favor. La vida no es igual sin ti soltando órdenes. —Intentó sonreír.

Kimber vaciló al no haber respuesta. No era que esperase una. Aun así, en el fondo de su corazón había esperado que se recobrase milagrosamente del coma al oír su voz, pero eso sólo ocurría en las películas.

Y, últimamente, su vida era todo menos eso.

De cualquier manera, se alegraba de verle. Era un alivio observar cómo su pecho subía y bajaba.

—Señor —Deke se dirigió a él con respeto—, estoy cuidando de su hija.

—¿Y qué más estás haciendo con ella? —dijo una voz con tono afilado desde la puerta.

Hunter.

El hermano mayor de Kimber era todo lo que ella no era. Frío y controlado. Serio y aparentemente carente de sentido del humor. Hunter siempre había sabido con exactitud qué quería de la vida, qué no quería, y cómo superar los obstáculos que se interponían en su camino. No hacía amigos fácilmente, pero la gente siempre lo temía y lo respetaba.

Por lo general, la propia Kimber se contaba entre estos últimos. Pero no en ese momento cuando aquella pregunta mordaz había conseguido cabrearla.

—Bien, hola a ti también, hermanito. Me alegro de verte. Han sido cuantos... ¿cuatro meses? Y las primeras palabras que salen de tu boca ni siquiera son para mí.

Cualquier persona normal la habría mirado con el ceño fruncido. Hunter parecía muy sereno.

En secreto, Kimber había apodado a sus hermanos hielo y fuego. Logan era de los que se enfurecía hasta que su temperamento explotaba y perdía el control. Hunter, por el contrario, era demasiado controlado y tranquilo. Nadie podía ver qué se escondía bajo aquella fachada.

—Hola, hermanita. Habría sido un poco más amable si pudiera saber con exactitud por qué llevas una peluca y estás sentada sobre el regazo de ese depravado hijo de perra.

Bajo ella, Deke se tensó.

Kimber se puso en pie.

—Alto. No voy a discutir contigo de esto ahora. Y no creo que lo vaya a hacer nunca. Ya he hablado con Logan sobre el tema, y le he dicho que mi vida sexual no es asunto de nadie. Si no has hablado con nuestro querido hermano...

—He llegado esta misma tarde.

—Cuando me vaya, puede ponerte al tanto. Hasta entonces, cierra el pico. Sólo tengo unos pocos minutos para estar con papá, y que me condenen si voy a pasarlos discutiendo contigo.

—¿Unos minutos? —Hunter se apoyó contra la pared, cruzando unos bíceps inmensos sobre el pecho—. ¿Ese es el tiempo que Trenton y su primo te dejan salir de la cama?

Kimber estuvo segura de que Deke se había mordido la lengua para evitar comenzar una pelea en el hospital. Gracias a Dios había un hombre en su vida con algo de sentido común en ese momento.

—Escucha, Edgiñgton. Es muy posible que tu hermana corra peligro. Logan te lo contará todo. El ha estado de acuerdo en que Kimber se quede conmigo, bien escondida. Es la mejor alternativa.

Hunter no se arredró.

—Ahora que estoy de vuelta, cuidaré de mi hermana. Tengo mi propio lugar seguro.

Deke deslizó un brazo alrededor de la cintura de Kimber.

—¿Y cómo sabes que es eso lo que ella quiere?

Un músculo palpitó en la mejilla de Hunter.

—¿Kimber?

—Deke me está protegiendo. Estoy aquí para ver a papá. No voy a discutir de ninguna otra cosa contigo en este momento.

—¿Sabes en qué te estás metiendo?

Kimber lo fulminó con una mirada que pretendía mostrar más confianza de la que en verdad sentía.

—Perfectamente, gracias.

—¿Quieres explicarme por qué, si he visto a Jesse McCall haciendo el ridículo en todos los medios de comunicación, diciendo que eres su prometida y la futura reina del pop, estás con el señor *Ménage*?

¿Jesse seguía insistiendo en que iba a casarse con ella? Al haber estado aislada en medio del pantano y muy «ocupada», no había prestado atención a las noticias. Dios, Jesse debía estar desesperado por cambiar de vida, pero aún no se había dado cuenta de que ella no podía hacerlo por él.

—¿Ha salido en las noticias del extranjero?

—Sale en todos lados.

Negando con la cabeza, le explicó:

—Rompí con él. Al parecer, aún no lo ha aceptado. No necesita una esposa; necesita un apoyo. Y no quiero discutir más sobre ello. Dime, ¿qué sabes sobre el estado de papá?

Hunter vaciló brevemente. Conociéndole como lo conocía, debía de estar manteniendo un debate consigo mismo sobre si dejar pasar o no el tema de la vida amorosa de Kimber. Al final, dijo:

—Logan me llamó esta mañana nada más llegar. Estuve hablando con el médico antes de venir. No ha habido cambios desde esta mañana.

Bueno, eso era de esperar. Un coma era un coma.

Kimber suspiró y se acercó a su padre, sentándose en el borde de la cama a su lado.

—Papá, tienes que ponerte bien. No podría soportar que...

No, no podía decirle eso, sería como aceptar que podía llegar a ocurrir. Así que lo besó en la mejilla y luego le susurró que le quería al oído.

Jack asomó la cabeza por la puerta.

—Kimber, es hora de irse. Se acerca el cambio de guardia y ya es completamente de noche. Tenemos que irnos mientras podamos.

Ahora que había llegado el momento de partir, Kimber no quería irse.

—¿Son realmente necesarias tantas precauciones?

—Sí —dijeron Jack y Deke al unísono con un tono de voz que no daba pie a replicar.

Kimber suspiró. Odiaba comportarse como una niña mimada y esconderse, pero de esa manera Hunter y Logan podían velar por su padre, en vez de tener que vigilarla a ella... por si acaso.

—Bien. Vosotros ganáis.

Tras darle a su padre otro beso en la mejilla, y un rígido abrazo a Hunter, Kimber permitió que Deke la escoltara a la puerta.

Para salir del hospital, siguieron otra ruta diferente. Acabaron frente a la tienda de regalos de un hotel, llena de periódicos y revistas de actualidad. Y justo enfrente había una foto de Jesse y ella la noche que él había anunciado el compromiso en Houston. El titular rezaba «¿Habría boda?».

Antes de que Deke la sacara a rastras de allí, ella se metió en la tienda, cogió la revista y comenzó a hojearla. Distintas fotos mostraban a Jesse sonriente —casi de manera frenética— y negando la ruptura del compromiso, insistiendo en que ella era la única mujer de su vida. Había una pequeña reseña sobre la explosión, pero poco más. La revista estaba mucho más interesada en saber si Jesse había dejado atrás sus desenfrenos, o si las ventas del próximo disco se verían perjudicadas ahora que parecía perturbado e inestable. Había una foto de Jesse en el programa de Jay Leño, con aspecto frenético y preocupado, lo que confirmaba el errático comportamiento de Jesse.

Era como si hubiera perdido contacto con la realidad.

Deke le arrancó la revista de la mano y la colocó en su sitio.

—No leas esa mierda. Tú, más que nadie, sabes que es mentira.

—¿Qué diablos está haciendo Jesse? Rompí el compromiso. Envié el comunicado a todos los periódicos que se me ocurrió.

Deke apretó los dientes mientras la guiaba fuera de la tienda hacia el coche. Jack los seguía con Morgan de la mano.

—Algunos periódicos han hecho caso omiso a tu correo. Han dicho que es un bulo.

—¡Maldición! También se lo envié a Jesse. Le dije que lo dejaba. Sabe que fui yo quien envió ese correo electrónico.

—Sí, bien, pues él no piensa lo mismo.

Kimber se mordió el interior de las mejillas cuando Deke la urgió a meterse en el coche, observando con atención cada centímetro del aparcamiento. Lo más probable era que viera hasta las hormigas en las grietas del pavimento. Jack palmeó el hombro de Deke y se fue con su bella esposa.

¿Qué demonios podía hacer ella? No podía detener toda aquella locura de Jesse con la prensa... Cuando dejara el pantano, no quería que aquellos buitres con cámara acamparan ante su puerta noche y día. Y aquello no podía hacerle ningún bien a Jesse.

—Lo que sea que estés pensando —le advirtió Deke mientras se sentaba en el asiento del conductor y cerraba la puerta—, la respuesta es no.

—Tengo que poner fin a todo esto.

—No.

—Pero...

—No.

—Maldita sea, ¿por qué no?

—Nos hemos esforzado mucho para protegerte. Jesse se ha hecho su propia cama. Ya tuve que ver una vez cómo te ibas con él, y luego no pudo hacer que lo vuestro funcionara. No vas a arriesgar tu vida para sacar a ese estúpido asno del lío en que se ha metido.

—Pero...

—¿Quieres volver con él?

Maldición. Sabía cómo acorralarla con sólo unas palabras.

—No.

Deke le lanzó una mirada con aquellos salvajes ojos azules que ella no pudo descifrar.

—¿Quieres estar con Luc y conmigo?

—No me gusta tener que ocultarme en medio de la nada y tener que estar lejos de mi padre.

—Responde a la pregunta.

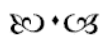
¿Estaba el enorme y aparentemente invencible Deke preguntándole si era feliz y quería quedarse con su primo y con él? La respuesta parecía importante para él. Contuvo una sonrisa. La pregunta había sido casi... dulce. Había hecho que en el interior de Kimber creciera la esperanza.

Extendió el brazo hacia él y le puso una mano sobre el muslo.

—Sabes que sí.

El asintió con la cabeza como si con eso diera por finalizada la conversación.

—Entonces no vuelvas a mencionar a ese gilipollas jamás.



La semana siguiente transcurrió lentamente, a caballo entre los eufóricos encuentros en los brazos de Deke y Luc y el abatimiento por la falta de mejoría en la salud de su padre. La desaprobación de Hunter resonaba a través del teléfono cada vez que hablaba con él, empeorando su conflicto emocional.

Esa mañana, como si detectara su confusión y tristeza, Deke la había despertado con unos tiernos besos en el cuello y sus exigentes dedos dentro de su sexo. Luc había añadido su talentosa lengua en sus pezones y aquellas pinzas a las que parecía haber cogido tanto cariño.

Al cabo de unos minutos habían eliminado de su cabeza cualquier pensamiento que no fuera la necesidad de sentirlos en su interior. Como era natural, la habían complacido, llevándola de nuevo a unas alturas que ella apenas podía comprender.

Ahora, después de que hubiera salido el sol, Luc le depositó un suave beso en la frente y salió de la cama en dirección a la ducha, dejándola sola con Deke. El enorme guerrero rubio la estrechó contra su cuerpo; sus pieles húmedas se pegaron mientras respiraban al unísono.

Kimber contuvo las ganas de llorar. No sabía si su padre mejoraría, ni si sus decisiones la distanciarían de su hermano mayor. Ni si alguna vez obtendría el amor de Deke. Allí en el pantano, parecía vivir en una burbuja. Nada era real. No existía ni el pasado ni el futuro, sólo el presente, hasta que algo ocurriera, hasta que su padre se recuperara o hasta que pillaran al gilipollas que había puesto la bomba.

—¿Kimber? —Deke la acarició la espalda con la ancha palma de su mano. Era su manera de preguntar si estaba bien.

Ella a su vez, quería preguntarle a su vez si la amaba. Pero sabía que no debía. No estaba segura de querer saber la respuesta. Deke la deseaba. Tenía que conformarse por el momento. Los dos hombres la acariciaban a todas horas, la sentaban en sus regazos, la besaban. Se acostaban con ella tres o cuatro veces al día. Era un milagro que no se hubiera vuelto loca a base de orgasmos. Pero no se quejaba, a pesar de no saber qué sentía Deke por ella. Jamás había dicho una palabra, y ella seguía sin conocer aquel pasado que pesaba sobre él como una losa.

—Estoy bien —mintió. ¿Qué otra cosa podía decir?

Él cambió de postura y rodó de lado para mirarla a la cara. Dios, era muy guapo. No era perfecto, pero se acercaba. La pequeña curva de la nariz le decía que se la había roto alguna vez. Pero aquellos ojos tan azules, aquella piel dorada, el pelo con un corte a lo militar sólo acentuaba los duros rasgos germánicos que gritaban ¡macho! ¿Qué haría si ella no era más que un buen polvo para él?

—Estás demasiado tensa para estar bien. —Le deslizó una mano por el vientre, hacia su sexo—. ¿Necesitas correrte de nuevo, gatita?

Kimber le agarró de la muñeca para detenerla. Dios sabía que él podía llevarla el orgasmo de nuevo. Pero no hacía el amor con ella a solas. Y no le contaba nada sobre sus sentimientos, si es que tenía alguno. Luc insistía en que Deke la amaba, pero ¿quién podía asegurarlo?

—No sigas. —Se apartó de él y se dispuso a levantarse.

Deke le rodeó la cintura con uno de sus musculosos brazos y la atrajo hacia él de nuevo.

—¿Quieres volver a llamar a Logan para saber cómo está tu padre?

—Apenas son las seis de la mañana. Ni siquiera estarán aún en el hospital. Estoy preocupada por papá, pero no hay nada que pueda hacer por él en este momento.

—Entonces cuéntame por qué demonios pareces a punto de echarte a llorar.

«¿Es que no se daba cuenta?». Kimber se retorció bajo él, pero era difícil liberarse. Él era tan fuerte como el hierro.

Maldita sea, no estaba ocultando sus sentimientos demasiado bien. Y si no escapaba, iba a perder el control y hacer algo estúpido, como decirle a aquel hombre que lo amaba.

—¿No crees que tengo motivos para echarte a llorar?

—Sí. Pero no es lo habitual en ti. ¿Qué te pasa?

Desesperada, Kimber intentó liberarse. Él la sujetó como un campeón de pesos pesados. Ella apenas pudo contener un grito de frustración.

—¿Qué demonios quieres de mí? ¿Que te abra mi corazón? No veo que tú estés ansioso de hacer lo mismo conmigo.

—Vayamos por partes, gatita. Habla conmigo.

—Bien, pues allá voy: no sé si esto significa algo para ti —dijo ella señalando la cama—. Y cada día, yo te abro mi corazón y mi cuerpo, esperando que te des cuenta de que ¡te amo!

En cuanto soltó las palabras, se puso las manos en la boca, deseando no haberlas dicho. Encima de ella, él se puso rígido y entornó los ojos.

—Hace sólo unas semanas, amabas a Jesse McCall.

—Hace unas semanas pensaba que lo que sentía por él era amor, ahora conozco la diferencia. Pero no te preocupes, sé que tienes un horrible pasado que te mantiene alejado de mí. Que me protegerás y...

—Yo también te amo.

La sorpresa atravesó su cuerpo como el voltaje de un cable eléctrico, seguida de un estallido de alegría. ¿Había oído bien?

—¿Qué?

Él suspiró, le retiró el pelo de la cara, se inclinó hacia delante y la besó suavemente. Kimber estaba a punto de echarse a llorar.

—Te amo. Ojalá fuera... un hombre mejor para ti. Pero mi vida personal y mi mente... están jodidas. Algunas veces —Deke hizo una pausa y tragó saliva—, odio tener que compartirte.

Guan, era la primera —y sorprendente— noticia que tenía al respecto. Kimber parpadeó. Luego se lo quedó mirando. Él había deseado que Luc no estuviera en la cama con ellos. En secreto, ella había tenido el mismo deseo. Sentía muchísimo cariño por Luc, pero no amor.

—Entonces no lo hagas. Me encantaría estar sola contigo, sólo nosotros dos. Por favor.

Deke soltó un largo suspiro tembloroso.

—No puedo. Ésta es la única forma en que puedo estar contigo.

«Pero ¿por qué?». Kimber se mordió el interior de la mejilla. Quizá... si ella trataba el tema con cautela, él se decidiera a revelar su secreto. Y por fin sabría qué era lo que le impedía estar a solas con ella.

—Si pudieras decirme por qué...

—Eso no cambiaría nada.

—Puede que te equivoques. Los dos estamos aceptando esta situación por una razón que no entiendo. Es posible que si habláramos de ello...

—Es complicado, y jugar a los psiquiatras no va a cambiar las cosas. Por el momento... no tengo otra opción. —El se encogió de hombros como si no tuviera importancia, pero la angustia que se reflejaba en su ceño, le decía que le importaba y mucho—. Tómalo o déjalo. Es elección tuya.

Así que ésas teníamos. O lo tomaba o Jo dejaba. No iba abrirse a ella. Su pasado no era un tema a debatir.

Deke la dejaba fuera.

Kimber le dio la espalda, tras rodar sobre sí misma. Resistió el impulso de hacerse un ovillo y echarse a llorar. Tocar el cielo para luego bajar al infierno. Deke la amaba, pero no confiaba en ella. No podía —o no quería— dejar de compartirla con su primo.

Ninguno de los dos se movió, ella podía sentir la mirada de él clavada en su espalda. Fue un momento doloroso. Kimber no tenía ni idea de qué decir o qué hacer.

El sonido estridente del teléfono rompió el tenso silencio entre ellos. Sin embargo, siguieron sin moverse.

—¿Por qué no responde nadie? —Luc sonó molesto cuando cruzó el suelo de la cocina con los pies húmedos y una toalla alrededor de su cintura—. ¿Diga?

Hizo una pausa, escuchó y asintió. Mientras, Kimber observaba los húmedos mechones de su pelo negro pegados a la fuerte anchura de sus hombros. Finalmente Luc se giró. Kimber se incorporó y lo miró por encima de Deke.

—Es para ti, cariño. Es Logan.

Asintiendo con la cabeza, ella decidió levantarse de la cama completamente desnuda mientras ambos la miraban. Si Deke tenía intención de seguir compartiéndola, entonces ella no tenía nada que ocultar. Ya habían visto, acariciado y saboreado todo lo que había.

Por el rabillo del ojo, vio cómo Deke se inclinaba y recogía la corta bata blanca. Se la lanzó al vuelo. Con una mirada acusadora, Kimber dejó que se cayera a sus pies.

—¿Para qué molestarse?

Deke torció el gesto. Kimber no sintió ni el más leve triunfo.

No sentía más que desesperación cuando agarró el teléfono.

—Dime, Logan.

—Hola. Tengo buenas noticias, hermanita. ¡Papá está consciente! Y en perfecto estado.

Otra oleada de júbilo la recorrió. Pero ésta era mejor. La llevaba de vuelta al cielo.

Algo debió de reflejarse en su rostro porque Luc corrió a su lado y le cogió la mano. Deke se acercó lentamente, y se cernió sobre ella.

—¿Cuándo? —preguntó ella.

—Hace unos veinte minutos. Hoy van a hacerle más pruebas. Pero si todo va bien, pueden darle el alta en unos días.

—Oh, Dios mío... eso es genial. —Kimber apenas podía contener las lágrimas de alegría—. ¡Es asombroso! Estoy tan... Dios, gracias por llamarme. ¿Puedo hablar con él?

—Acaban de bajarlo para hacerle un TAC, pero en unas horas estará aquí. Te volveremos a llamar entonces.

—No puedo esperar. Me siento tan emocionada... —sollozó en el teléfono.

—Espera, hermanita. No llores. Hay más.

—¿Más? —Dios, ¿podría aguantar más sorpresas? Se sentía totalmente destrozada a nivel emocional. ¿Cómo iba a poder mantener la compostura?

—Estamos seguros de saber quién es el gilipollas que puso la bomba.

—¿Qué? ¿Lo han detenido?

—Sí. —La voz de Logan reflejaba una alegría que Kimber rara vez había oído—. Lo habíamos visto rondar por el hospital durante los diez últimos días. Esta mañana estaba husmeando por los pasillos. Entró con un arma en la habitación de papá. Hunter estaba en el rincón y lo desarmó antes de que pudiera vaciar el cargador de la treinta y ocho en la cabeza de papá.

El corazón de Kimber se detuvo.

—Oh, Dios mío. ¿Está ya bajo custodia?

—Por supuesto. Hunter está abajo con la policía. Por el momento, niega haber puesto la bomba, pero fijo que ha sido él. Creo que es cuestión de tiempo que lo confiese. ¿Qué otra cosa puede hacer?

—Genial —murmuró ella. Lo que aquello implicaba cruzó veloz por su mente.

Alguien había intentado matar a su padre que no sólo estaba vivo, sino consciente y fuera de peligro. Por lo tanto, ella estaba fuera de peligro también. Podrían abandonar el pantano. ¡En ese mismo momento! No tendría que andar escondiéndose ni...

Ni quedarse bajo el mismo techo que Deke las veinticuatro horas del día. Quien la amaba, la había reclamado, pero no estaba dispuesto a estar con ella. Sólo con ella. Kimber tenía que decidir si dejarle o quedarse y esperar que las cosas entre ellos —entre los tres— cambiaran.

Pero ahora no podía pensar en ello. Ahora tenía que pensar en su padre.

—¡Son tan buenas noticias! Es como si hubiera ocurrido un milagro. —Le tembló la voz, apenas podía controlarla.

—¿Estás bien, hermanita? —Sabía que Logan tenía el ceño fruncido por el tono de su voz—. No es propio de ti llorar.

—Es que me siento tan feliz. —«Y tan desgraciada a la vez»—. Cerró los ojos con fuerza, pero aun así no pudo contener las lágrimas.

—Bueno —pero no sonaba convencido—. Te llamaré más tarde y entonces podrás hablar con papá. ¿De acuerdo?

—Sí. Gracias.

—Cúdate, hermanita. —Luego colgó el teléfono.

Kimber continuó sin moverse, apoyada contra el mostrador, sin notar apenas el frío de la madera contra su piel desnuda.

—¿Ha salido tu padre del coma? —la apremió Luc.

—¿Han detenido al psicópata que te amenazaba? —exigió saber Deke.

—Sí. —Le tembló la voz mientras los miraba a los dos—. Sí.

Luc le pasó un brazo por la cintura y la atrajo contra la dura piel de su torso. Le cubrió la boca suavemente con la de él, recreándose en su sabor, y luego murmuró:

—Es genial, cariño. Me alegro mucho.

Deke permaneció inmóvil, observándolos sin pestañear. Siguió sin moverse mientras Luc la besaba de nuevo y la recostaba contra la alacena, cubriendo su cuerpo con el suyo. La erección contra su vientre era imposible de ignorar. Luc le rozó los labios, jugueteando con ellos, acariciándolos con la lengua... como si fuera una obra de arte. Kimber sintió resurgir el deseo. Luc era asombroso, podía conseguir que lo deseara. Pero nada más.

¿Por qué, maldita sea? ¿Por qué no podía amar a un hombre que estaba preparado para estar con ella y sólo con ella?

Kimber interrumpió el beso intentando no llorar y Luc lo interpretó como una sacudida emocional.

—Venga, no llores. Todo está bien. Ya podemos abandonar este paraíso en el pantano, y regresar a casa y a nuestra vida. Tú, yo... y Deke. —Le ahuecó la cara con las manos y le brindó una sonrisa—. No puedo esperar.

Luego la besó de nuevo, más profundamente, casi con exigencia. Mientras lo hacía, Kimber abrió los ojos. Deke tenía la mirada clavada en ellos, una mirada dura y colérica, pero aun así excitada.

Dando un paso atrás, Luc la tomó de la mano para llevarla al dormitorio.

—Ven conmigo. Quiero celebrarlo amándote.

Dios, ¿tenía que hacerlo? Si Deke continuaba igual, ¿podría soportar ser compartida por ambos, sabiendo que las cosas jamás cambiarían? ¿Sería capaz de quedarse allí sentando y ver cómo su primo se la tiraba como si compartir no le supusiera ningún problema? De una manera u otra, tenía que hacerle ver que aquel trío no era una solución a largo plazo.

Kimber se puso de puntillas y plantó un largo y apasionado beso en la boca de Luc hasta que él la cogió por las caderas y la apretó contra la dura protuberancia de su pene. Cuando él gimió y dejó caer la toalla, quedándose completamente desnudo en la cocina, ella se apartó con una sonrisa de arpía.

—Ven conmigo.

Deke no dijo una sola palabra; la observó con ojos ardientes, con los puños cerrados. Así que aquello no le gustaba. «Bien». Había llegado el momento de follar con Luc a fondo. Quizás Deke no soportara mirar hasta el final. Sería mejor que se preparara para una buena función.



Kimber no miró en dirección a Deke ni una sola vez desde que Luc le había sugerido celebrar las buenas noticias en la cama y ella se había mostrado de acuerdo. Maldita sea, debería de alegrarse de que ella estuviera dispuesta a aceptar algo que él no iba a cambiar. Pero mirar cómo las grandesmíanos bronceadas de Luc recorrían el cuerpo femenino, se deslizaban sobre los erectos pezones, y las húmedas hendiduras... no era aceptable. No, cuando las noticias de que el

coronel estaba consciente y de que el energúmeno que había puesto la bomba estaba entre rejas eran más que buenas razones para celebrarlo todos juntos.

Y, estando en medio del pantano, ¿qué mejor que una sesión maratónica de sexo? Era una fantástica manera de deshacerse de la adrenalina que habían segregado las tres últimas semanas. Pero era algo más profundo que todo eso. Deke tenía que tocarla antes de regresar a la civilización con su familia. Y no sólo su cuerpo. Eso lo había hecho en abundancia. Esta vez, su misión sería tocar su corazón. Meterse en él y capturarlo, si fuera posible. Tenía que ser uno con ella.

Tenía que hacerle comprender eso, que incluso aunque Luc la tocara, ella era suya.

Bueno, ella le había dicho que le amaba. Rezaba para que fuera verdad. Había bajado sus defensas al admitir en voz alta que él también la amaba. Pero una mujer como Kimber se merecía un hombre entero. Él no lo era. Pero también era un bastardo egoísta que no estaba dispuesto a renunciar a ella.

—Quiero abrazarte, cariño —dijo Luc—. Quiero...

—Los dos —Deke se aproximó a ellos— queremos abrazarte.

—Por supuesto —Luc le acarició la mejilla—. Estamos igual de aliviados que tú. Emocionados. No podemos esperar para celebrarlo contigo.

En parte era verdad. Lo cierto era que Deke sólo quería tumbar a Kimber para que ella pudiera sentirlo, saborearlo y olerlo. Deke quería penetrar por cada uno de sus poros de manera que ella no pudiera volver a pensar en un trío, de manera que le diera la espalda a todo aquello y se marchara.

Pero ¿cómo de grande sería el agujero que le quedaría en el pecho si ella se marchaba? Sería tan grande que haría que el Gran Cañón pareciera diminuto.

Tenía que recordarle, de la manera más gráfica posible, que lo mejor era que se quedara con él. Y si bien Kimber prefería tener una sola pareja, Deke sabía de hecho que Luc y él eran una tentación para su libido.

Luc se aproximó a la cama y se dejó caer en ella desgarbadamente, con los brazos abiertos. Kimber vaciló sólo un momento. Deke imaginaba que una parte de ella no quería seguir, pero a pesar de pensar que dejar que su primo se acercara a ella —la penetrara— era como pasarse por los testículos una navaja oxidada, la empujó hacia él.

Lanzándole una mirada furiosa por encima del hombro, ella se subió a la cama, encima de su primo. Con su temperamento inflamado por la cólera, le brindó a Luc todo su fulgor flamígero. Sin malgastar un segundo más, curvó su cuerpo sobre el de él y amoldó sus labios a los suyos para buscar su respuesta, hambrienta y desesperada. Kimber penetró la boca de Luc con la lengua, emitiendo unos ronroneantes gemidos que fueron directos al pene de Deke y que le partieron el corazón.

Kimber se montó a horcajadas sobre su primo. El pelo oscuro de Luc se agitó cuando ella profundizó aún más aquel beso duro y loco. «¡Santo cielo!».

La sorpresa se reflejó en la cara de Luc, pero no por mucho tiempo. El deseo prendió en su primo como un tornado, haciéndolo arder con el sexo salvaje que prometía aquel beso. Luc respondió a ese beso con cada gramo de delicadeza que poseía y agarró con firmeza las curvas del cuerpo femenino —pechos, cintura, caderas— mientras se arqueaba para responder a la cruda demanda de Kimber.

Gimiendo, ella se ubicó sobre la longitud del miembro de su primo, que ya estaba duro para ella. Contoneando las caderas, onduló y restregó su sexo suave y mojado sobre el pene de Luc y dejó escapar un largo gemido con el que le pedía que fuera todavía mejor. Que la hiciera correrse.

Aquellos sonidos, el hecho de ver a su mujer rozando su clítoris sobre el glándulo de otro hombre... hizo que Deke tragara saliva. No era una visión fácil de contemplar.

«¡Sandeces!». Apretó la mandíbula. Ver con sus propios ojos cómo Kimber le daba la espalda y transmitía a Luc su cruda y rugiente necesidad, ver cómo lo besaba, cómo le exigía que aplacara su deseo... le provocaba un dolor desgarrador. Como si alguien le arrancara las entrañas con las manos. Dios, no podía mirar.

Pero se obligó a hacerlo.

Observó cómo el roce del sexo de Kimber sobre el miembro de Luc se convertía con rapidez en un tormento húmedo y sedoso. Ella interrumpió el beso con una boqueada y echó la cabeza hacia atrás.

—No te pares. Frótate sobre mí —gruñó Luc cuando ella bajó hacia él—. ¿No sientes lo duro que estoy para ti?

Kimber gimió, y el sonido atravesó a Deke como un cuchillo ardiente en los testículos.

—Sí —lloriqueó ella, mientras se estremecía de placer—. Estoy mojada, muy mojada. Luc...

—¿Quieres correrte?

Echando la cabeza, bruscamente hacia atrás, Kimber hizo ondular sus cabellos castaño rojizo sobre la pálida piel de su espalda, arqueando sus pechos. Maldita sea, estaba tan jodidamente hermosa... tan jodidamente excitada por otro hombre.

Eran una imagen perfecta. Y era él quien la había empujado a los brazos de Luc. De repente, Deke quiso separarla de esos brazos.

No por primera vez, se preguntó por qué Luc quería mantener aquellas relaciones a tres bandas cuando no tenía problemas en llevarse a una mujer a la cama él solo. Pero ahora que veía a Kimber y a su primo juntos, temió saber la respuesta.

Permaneció allí de pie, paralizado. Era como cuando uno se detenía a observar un accidente de tráfico: sabe que no debe mirar, pero aun así lo hace.

Apoyada sobre sus manos y rodillas sobre el cuerpo de Luc, ella frotaba su clítoris sobre el glande de su primo. Sudorosa y temblorosa, miró a Luc a los ojos.

—Dime que quieres correrte —susurró Luc, agarrándola por las caderas para detener sus movimientos hasta que contestara.

Su grito de protesta y el deseo que rugía en su interior, hicieron que Deke se moviera. Dio un paso adelante para darle a Kimber lo que necesitaba, para darle él mismo aquel orgasmo edificante, para arrancarla de los brazos de Luc...

—Sí —gritó ella—. Sí, ¡quiero corrermel!

Entonces, ella se liberó de las manos de Luc, arqueándose, retorciéndose y gritando hasta que todo su cuerpo tembló por la liberación. Kimber se agarró a él con firmeza, frotando su dulce sexo —ése que pertenecía a Deke— por la polla de Luc, intentando encontrar el clima salvaje que Deke sabía que necesitaba.

«Ni hablar». Deke no podía permitirlo. Ella era suya. Ese orgasmo tendría que dárselo él.

Quiso arrancar a Kimber de Luc, tirarla encima de la cama y montarla. Quería ser él quien la liberara, proporcionarle las explosivas sensaciones del orgasmo. Antes de que pudiera tocar a Kimber, todo el cuerpo femenino se sacudió, como si hubiera sido atravesado por un rayo. Kimber soltó un largo y rudo grito gutural de satisfacción. Y la palabra que soltó, amenazó con destruirle:

—¡Luc!

Las entrañas de Deke se desgarraron cuando ella se corrió gritando con una fiera necesidad el nombre... de otro hombre.

Sus visceras burbujearon como si las hubieran rociado con ácido. La necesidad de follar a Kimber y reclamarla como suya una vez más luchaba contra el violento deseo de dejar a su primo hecho un guiñapo. Estaba en un estado volátil. Inestable. Cerca del jodido límite de algo que no podía predecir. Jamás había experimentado aquella sensación tan salvaje y violenta.

Deke intentó respirar profundamente mientras Kimber se dejaba caer sobre el pecho de su primo, una masa jadeante de piernas y brazos totalmente envuelta en sudor. Kimber estrechó a Luc entre sus brazos y enterró la cara en su cuello.

De repente, ella soltó un gemido de angustia que surcó el aire. Parecía muy triste. Derrotada.

Aquello hizo salir a Deke de su ensimismamiento.

Cuando ella soltó un sollozo entrecortado, cálidas lágrimas se deslizaron por su cara mientras lo miraba a él con furia e impotencia. Deke la arrancó bruscamente del abrazo de Luc y la estrechó contra su cuerpo.

—No quiero que la toques sin mí —le gruñó a Luc—. Es mía. ¡Mía!

De inmediato, ella comenzó a forcejear contra él, a luchar y a contorsionarse para liberarse. Los sollozos arreciaron, pero Deke comprendió lo que Kimber no preguntaba, ¿cómo había podido dejar que otro hombre tocara su cuerpo?

Oh, Dios, ¿qué le había hecho a Kimber?

La vergüenza inundó a Deke, lo aplastó y desoló. La furia —sobre todo hacia sí mismo— llegó a continuación.

Deke supo entonces el significado de la expresión «ver rojo». Un rojo intenso y brillante, como el de la sangre, inundó su mirada, saturando su lógica. Cualquier pensamiento racional... desapareció. El instinto lo empujó cuando tumbó a Kimber en la cama, le agarró los muslos y se los separó.

Brillante, dulcemente pegajosa, y muy mojada, así se mostraba ante él. Los pétalos rosados de su sexo se habían puesto rojos e hinchados por el deseo. Esos pliegues que todavía parecían palpitar y desear más. Aquella visión lo dejaban condenadamente hambriento de ella.

—No soy sólo tuya. También lo soy de él —le respondió ella.

Él levantó la vista de entre sus muslos y clavó su penetrante mirada en aquellos ojos empañados de lágrimas. Bravuconería. Cólera. Un callado «que te jodan».

Oh, y él la jodería, a base de bien. Se aseguraría de que ella comprendiera que tocara quien la tocara, ella le pertenecía a él.

De un brinco, Deke la cubrió con su cuerpo, se envolvió las piernas de Kimber en torno a las caderas y deslizó la dolorida longitud de su miembro profundamente en su sexo. Hasta el fondo.

Ella jadeó. Él no supo si de sorpresa, placer o dolor. Posiblemente por las tres cosas a la vez. La sensación de su vaina succionándolo como una boquita hambrienta, destruyó cualquier rastro de conciencia.

Deke le mostró los dientes en algo parecido a una sonrisa.

—Vas a aprender algo muy distinto, gatita. Ahora mismo.

Capítulo 17

Con unos envites largos y duros, Deke gimió jadeando ásperamente mientras penetraba profundamente a Kimber, que le ceñía el miembro mientras él se movía contra su cerviz. Bajo el cuerpo masculino, ella se retorció, jadeaba, se ablandaba.

Pero para Deke eso no era suficiente, no era lo suficientemente profundo. Tenía que envolverla, llenarla. Rodeándola con los brazos, introduciéndolos entre la espalda femenina y el colchón, le alzó el pecho contra su torso y empujó con más fuerza. Jadeando con frenesí, consumido por un fuego interior, fusionó su boca con la de ella y la penetró de nuevo. Ella respondió con un estremecimiento y un gemido. Pero aun así, seguía sin ser suficiente.

Jamás lo sería.

Siguió moviéndose con dureza y rapidez, deslizando su carne resbaladiza dentro de la de ella de una manera que era a la vez el cielo y el infierno. Una exquisita tortura. Cada palpitación de la vagina de Kimber lo llevaba más cerca del olvido. Ella era todo lo que él había querido siempre y que nunca creyó que existiera o que se mereciera. Y no pensaba dejar aquella cama hasta que ella estallara en otro orgasmo y gritara roncamente su nombre.

—Deke —la voz de Luc interrumpió el ritmo salvaje con el que embestía en ella—. ¡Deke!

—¿Qué? —gruñó él.

—Sé más suave.

¿Más suave? «Maldita sea».

Deke bajó la mirada llena de deseo hacia Kimber. Los ojos color avellana estaban dilatados y un impulso eléctrico recorrió su miembro cuando ella gimió de necesidad y desasosiego.

—¿Te hago daño?

Sí, él sonaba como si se hubiera pasado un papel de lija por la garganta. «¿Y qué?».

Antes que ella pudiera contestarle, él la penetró con otro largo envite hasta el fondo de la vagina. El movimiento provoca en ella un estremecimiento y una ardiente sensación o al menos eso dedujo por la manera en que ella le arañó la espalda y se arqueó hacia él, mientras lo estrechaba con su sexo.

—¿Te lo hago? —exigió saber.

—No. Más. ¡Oh, Dios mío, quiero mucho más!

Las palabras de Kimber hicieron desaparecer cualquier barniz de civilización que le quedara. Embistiendo contra ella como un maníaco enloquecido de lujuria, Deke la estrechó contra su cuerpo, inmovilizándola y obligándola a aceptar la brutal necesidad de cada uno de sus envites mientras poseía su boca con un beso desesperado.

—Bueno, parece que no me necesitáis aquí después de todo. Así que... me voy. —Deke oyó a Luc por encima del rugido de su corazón.

Su primo se levantó y atravesó el dormitorio hacia la puerta.

El impacto de saber que Luc lo dejaría allí solo con Kimber, hizo que se detuviera. Se quedó paralizado. Como si alguien le hubiera arrebatado el placer y despojado del deseo. La sangre abandonó su erección, y el temor sustituyó el deseo.

«¿Qué demonios...?». Aquello no le había ocurrido nunca. El pánico se coló en sus venas como agujas punzantes. «¡No, no, no!». Eso no podía estar sucediendo. Quería hacer el amor con Kimber, quería que fuera sólo suya.

Pero su cuerpo no opinaba lo mismo.

«¡Maldición!». Su erección... estaba desapareciendo.

¿Cómo? ¿Por qué sucedía aquello de repente?

Deke cerró los ojos, intentando centrarse en el sexo, en cualquier cosa que devolviera la vida a su polla.

«Nada».

En ese instante, supo que no podría correrse si Luc se marchaba.

«¡Maldito hijo de la gran perra!». ¿Qué coño le pasaba? Quizá debería preguntárselo a Heather. Oh, espera... ella estaba muerta.

La mortificación lo invadió mientras se preguntaba con mareante frustración cómo podía fallarle su cuerpo de esa manera. Todo aquel tiempo había pensado que aquellos temores que lo reconcomían sólo le afectaban a nivel emocional, impidiéndole que se tirara a una mujer a solas, pero por lo visto también le afectaba a nivel físico. Ni siquiera podía mantener una erección sin tener a su primo al lado para que le cogiera de la mano. Se sintió menos hombre. Como si fuera un bicho raro.

—¡Detente! —le ordenó Deke con voz ahogada—. Detente, por el amor de Dios, ven aquí y háblale con suavidad. Yo no puedo.

Luc vaciló.

—Por favor. —Le dolió incluso físicamente escupir las palabras, pero Deke sabía que no podría reclamar a Kimber si Luc salía de la habitación.

¿Acaso no dejaba claro eso cuan jodida tenía la cabeza?

Con un suspiro de derrota, Luc regresó lentamente al lado de la cama y se subió a ella. Mordiéndose el interior de la mejilla con tanta fuerza que sintió el sabor de la sangre, Deke rodó sobre su costado para que la espalda de Kimber reposara sobre el pecho de Luc.

Su primo le puso las manos en los hombros y la besó en la nuca húmeda.

—Eres tan hermosa cuando te mueres de placer.

Todo volvía a la normalidad... o a lo que él consideraba normalidad. Al ver que Kimber se relajaba contra Luc, y que su primo deslizaba la boca por aquella piel ruborizada, su miembro revivió.

Sujetándola de las caderas, Deke se impulsó en el interior de Kimber con toda la fuerza que pudo.

—Eres preciosa, gatita. Jamás he querido a nadie como te quiero a ti.

Nuevas lágrimas anegaron los ojos de Kimber mientras rodeaba el cuello de Deke con los brazos. Su sexo se contrajo en torno a él. Con otro duro envite, él empujó contra el punto G de Kimber, al mismo tiempo que se rozaba contra su clitoris.

Y Kimber explotó, soltando un torturado grito de satisfacción salvaje y diferente de cualquier otro que Deke le hubiera oído.

—¡Deke!

Ella se contrajo salvajemente alrededor de su miembro, y sus gritos de placer resonaron en las paredes, llenándole de tal éxtasis que a Deke se le encogió el corazón. Soltando un gruñido sollozante, las sensaciones se agolparon en su interior hasta que se convirtieron en una bola de fuego peligrosa y envolvente. Estremeciéndose violentamente, él derramó todo en ella. Todo su amor, su deseo, sus esperanzas, su alma.

Kimber lo aceptó en su interior con un largo grito. Sus miradas se encontraron y la conexión entre ellos les impidió apartarlas. Deke no hubiera podido apartar la vista de ella ni para salvar su jodida vida.

Tiempo después, el tumulto cesó. Kimber se relajó y rompió la conexión entre ellos, hundiéndose en el colchón, apartándose de él y girándose hacia los brazos de Luc con un sollozo desgarrador y lágrimas ardientes.

Luc la envolvió entre sus brazos, pero buscó a Deke con la mirada.

Estaba confundido. No había otra palabra para describirlo. Por la reacción física de Deke. Por la reacción emocional de Kimber. Por la completa incapacidad de Deke de llegar al orgasmo solo. Por la acerada desesperación de su primo. Y ahora, Deke estaba agotado. Kimber sollozaba. Luc no tenía ni idea de qué iba a pasar con todos ellos a partir de ahora. Deke no estaba seguro de sí mismo, pero, por el momento, centraba su atención en Kimber.

—¿Gatita? —se acercó a ella y se inclinó sobre la espalda femenina—. ¿Qué te pasa?

Durante unos interminables minutos, ella se negó a hablar. Él insistió. Luc también. Pero no les respondió. Sólo siguió vertiendo aquellas lágrimas histéricas que desgarraba dolorosamente el corazón de Deke.

Deke hizo lo único que podía hacer. Y Luc se unió a él.

La acariciaron, la tranquilizaron, le dijeron que todo estaba bien.

Pero Deke sabía que cada una de las palabras que salía de su boca era una sandez.

—Nunca más —sollozó ella. Luego cerró los ojos para no verlo.

Momentos después, se quedó inmóvil, como si las sensaciones de su cuerpo y las emociones hubieran sido demasiado abrumadoras. Se colocó en posición fetal y se hundió en el sopor. Deke bajó la mirada al darse cuenta de que en algún momento él la había tomado de la mano y que ella todavía lo agarraba con fuerza.

El rugiente climax que había envuelto el cuerpo de Kimber, había satisfecho a Deke, pero todas aquellas lágrimas... No era una coincidencia que los dos se hubieran corrido después de que Kimber le hubiera dicho que ella lo amaba y él le hubiera confesado lo mismo. Y después, ella le había dicho que no deseaba ser compartida, pero había quedado claro que él no podía hacer el amor solo con ella.

—¿Nunca más qué? —preguntó Luc; parecía tenso. ¿Se refería a lo que creía que se estaba refiriendo?

«Maldición». Ahora llegaba la parte en la que tenía que ser honesto con Luc sobre algo que apenas podía aceptar él mismo.

Algo que lo cambiaría todo.

Deke suspiró.

—Sabes que te considero un hermano.

Una expresión de cautela y enojo apareció en los ojos oscuros de Luc.

—¿Sí?

—Te das cuenta de lo que pasa, ¿verdad? No podemos continuar haciéndole esto. Kimber no quiere volver a ser compartida.

—¿Y qué... vas a follarla tú solo? —le desafió Luc—. ¿Igual que hace unos minutos?

«Bastardo observador». Deke no tenía ni idea de cómo sería el sexo entre ellos a partir de ahora. Hoy se había demostrado más allá de toda duda que no era un hombre completo, que no podía hacer el amor con una mujer si no había otro hombre con ellos. Incluso aunque, como aquella mañana, Luc no la follara también. Sólo necesitaba la seguridad de que había alguien más con ellos..., por si acaso.

Luc continuó.

—Le has dicho que ibas a reclamarla para ti. ¿Cómo piensas hacerlo?

—Esas son palabras mayores, sabes que no puedo hacerlo solo. —Deke estaba avergonzado, sonaba tan tenso como Luc parecía—. Incluso así, esto de nosotros tres... tiene que parar.

—¡Maldita sea!

—Venga. Ella no vale para esto. ¿No te das cuenta?

—¡Yo lo necesito! Tú lo necesitas. ¿Qué diablos quieres que hagamos?

Deke estudió a su primo con el ceño fruncido.

—¿Por qué lo necesitas tú? ¿Qué obtienes con ello?

—Ya basta. Yo no voy a tirarlo todo por la borda. Hasta hoy, Kimber se ha portado maravillosamente con nosotros. Ha sido perfecta. Esto ha sido algo aislado...

—No lo es. ¿Acaso no has visto cómo lloraba a lágrima viva?

En lo más profundo de su corazón, Deke deseaba que Luc tuviera razón. Pero la realidad era que Kimber probablemente se sintiera despreciada, incluso sucia, sabiendo que él la amaba pero que, a pesar de ello, permitía que su primo la tocara. Y él apenas podía soportar ver cómo Luc le ponía las manos encima.

—¿Qué coño ha pasado?

«Oh, aquí viene otra dura verdad». Deke contuvo el impulso de hacer una mueca.

—Kimber me ha dicho que me ama.

—También me lo ha dicho a mí. —Luc no sonaba celoso en absoluto.

Deke estaba confundido.

—Yo también le he dicho que la amo.

—¿Acaso te ha dicho que sólo quiere estar contigo? —La tensa y amarga sonrisa de su primo le dijo a Deke que aquello podía ponerse feo.

Se encogió de hombros.

—Ambos sabemos que yo no puedo mantener una relación así. Me siento... —Deke apartó la mirada y enterró la cara entre las manos— destrozado. ¿Qué clase de hombre necesita que un amigo le eche una mano para poder hacer el amor con su mujer?

—¿Crees que ella lo entiende? ¿Que sabe por qué?

—No. —Luc abrió la boca, pero Deke lo interrumpió antes de que dijera nada—. Decírselo no cambiará las cosas.

—Esas son chorradas que te dices a ti mismo para no tener que decirle la verdad.

«Quizá». Pero no estaba dispuesto a comprobar su teoría. Demonios, lo más probable es que ella lo dejara por lo que ya había pasado. ¿Para qué iba a contarle su pasado?

—Déjalo ya.

Luc se encogió de hombros, claramente enojado.

—¿Y ahora qué?

Con un suspiro, Deke bajó la mirada hacia Kimber. Buena pregunta.

—Ahora nos iremos a casa y le diremos a Kimber, después de la cena, que no la vamos a volver a compartir. Luego, supongo que la dejaremos decidir qué quiere hacer.

—¿Querrás decir a quién de los dos quiere?

«O a un hombre roto o uno al que no amaba. Menuda elección».

Deke se pasó la mano por el pelo.

—Sí.

No dejaba de tener su gracia. Cuando Kimber había acudido a él para pedirle que le enseñara todo sobre los *ménages*, le había preguntado cómo se las arreglaban con los celos. Su respuesta había consistido en una serie de estupideces y mentiras propias de un ignorante en la materia. Aunque también era cierto que nunca antes se había encontrado con una situación semejante. Ninguna de las mujeres con las que Luc y él habían mantenido relaciones le había importado. Ahora que había sentido el mordisco de los celos, no lo estaba llevando demasiado bien.

Y lo más probable era que la perdiera en gran parte por culpa de eso.



Ambos hombres guardaron un inquietante silencio el resto del día, lo que le vino bien a Kimber.

Se despertó a primera hora de la tarde, sola y agotada en la enorme cama de la cabaña del pantano. Luc le llevó el almuerzo, pero no pudo probar bocado. Deke le anunció que volvían a Tejas. Kimber supuso que aquello debería de hacerla feliz. Pero la felicidad no llegó.

Los ojos oscuros de Luc y los deslumbrantes ojos azules de Deke parecían ver a través de ella, y lo que vio pareció dejarles muy preocupados. Tenía el presentimiento de que ambos tramaban algo.

Apática y extenuada por el llanto, hizo la maleta en silencio. Oyó que en la cocina, Luc recogía los enseres y suministros que había llevado. En cuanto a Deke, a saber dónde estaba.

Kimber había sentido el extraño impulso de buscarle —en ese mismo momento— y de preguntarle si todavía la amaba. Si excluir a Luc de su cama iba a poner fin a la relación. Tenía un mal presentimiento en cuanto a la respuesta, en especial después de ver su reacción cuando Luc intentó abandonar el dormitorio esa misma mañana. Parecía algo descabellado, casi increíble, que un hombre tan viril como Deke no pudiera hacer el amor sin otro hombre en la estancia, pero ¿y si era cierto?

Que se negara a decirle por qué era algo que le corroía las entrañas y que, francamente, la disgustaba mucho.

Y para colmo había surgido otra complicación que ella no había esperado...

En el tenso y silencioso viaje de regreso al Este de Tejas, ella se consoló pensando que pronto vería a su padre... y que entonces resolvería hacia dónde encauzar su vida.

Apenas habían puesto un pie en la casa de Luc y Deke, cuando este último anunció que tenía que resolver un asunto. Dios, ya comenzaba a distanciarse de ella. Puede que la amara, pero eso no era suficiente para vencer aquello que lo afectaba tanto. ¿Tendría algo que ver aquella repentina marcha con darle vía libre a Kimber para que se largara?

En el momento en que Deke desapareció por la puerta, Luc se acercó a ella, mirándola como si tuviera algo en mente.

—¿Necesitas algo, cariño? ¿Un café? ¿Algo de comer? Ya sabes que te prepararé cualquier cosa.

En aquel momento, ella sólo quería estar sola, en especial si él tenía intención de dejarse llevar por lo que le rondaba la cabeza y que se reflejaba en su oscura mirada color chocolate, que parecía derretirse por ella.

—Tengo que comprar algunas cosas, ¿puedes prestarme el coche?

Él asintió con el ceño fruncido.

—¿Podrías estar de vuelta a las seis? Tengo que hacer una presentación en un restaurante del centro.

Kimber asintió y suspiró de alivio cuando salió de la casa —demasiado llena de recuerdos para su tranquilidad— para dirigirse al coche.

No tenía que comprar demasiadas cosas. Escoger una tarjeta de «te echo de menos» para su padre fue sencillo. Comprar un nuevo móvil tampoco le llevó demasiado tiempo. Luego llamó a Logan y a Hunter para darles el número, y le dijeron que su padre sería dado de alta al cabo de dos días. Incluso pudo hablar con el coronel unos breves minutos.

Eufórica al ver que su padre se estaba recuperando con rapidez, Kimber compró el resto de los artículos que necesitaba, intentando no pensar en aquello que la preocupaba.

Estaba de vuelta en casa de Luc poco después de las cinco.

Lo encontró muy sexy y atractivo con el pelo suelto, los pantalones de pinzas y una camisa de lino blanca cuando se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—No tardaré mucho. ¿Me esperarás? Debemos hablar...

Kimber no amaba a aquel hombre de la misma manera que amaba a Deke, pero la sensación de la mano de Luc ahuecándole la mejilla la tranquilizaba.

—¿Vas a decirme que ha terminado conmigo?

—Lo que suceda será por decisión tuya. —La besó de nuevo, esta vez fue una tierna presión de sus labios sobre los de ella, una caricia suave de su lengua... luego se fue.

Con un fuerte sollozo, Kimber se sentó en el sofá y comenzó a llorar de nuevo. Una lágrima tras otra se deslizaron por su rostro, cálidas y molestas, provocándole un gran dolor de cabeza. ¿Desde cuándo se había vuelto tan sensible? Aquel llanto continuo la dejaba exhausta. Y también el sexo. Varios enormes orgasmos por día habían convertido dormir en su nuevo pasatiempo.

Al menos esperaba que no hubiera otra razón oculta tras ese agotamiento...

Maldición, tenía que dejar de sentir compasión por sí misma. Tenía que obtener algunas respuestas, hablar con ellos y averiguar qué camino iba a tomar. Las cosas no podían seguir así. No podía vivir de esa manera.

Se levantó del sofá, se hizo una sopa y se puso a ver la tele, intentando no pensar en nada. Los programas de risa no surtieron efecto y volvió a quedarse dormida.

La despertó un coche aparcando frente a la puerta. Deke estaba de vuelta. Ya había anochecido. Kimber no se sentía preparada para hablar con él, ni para soltar ultimátums ni para tomar decisiones drásticas. Agarró las bolsas con sus compras, el móvil recién comprado y se dirigió al cuarto de baño.



Qué jodida pesadilla, pensó Deke, mientras entraba en la casa. Había pasado la tarde hablando con Jack sobre negocios y problemas personales. Los negocios iban bien. De hecho, iban genial. Jack había hecho un gran trabajo ocupándose de todo mientras él había estado protegiendo a Kimber del psicópata de la bomba. Eran las cuestiones personales las que no parecían tener solución.

Ahora tenía que esperar a que Luc regresara a casa para poder discutirlos a fondo. Y esperaba no terminar peleándose a puñetazos con él.

Llamó a Luc para decirle que ya estaba en casa. Su primo estaría de vuelta a las nueve. Aún faltaba un rato para poner fin a toda aquella mierda. «Estupendo». Lo estaba deseando... tanto como deseaba que lo castraran con la tapa mellada de una lata.

Intentando controlar los nervios, Deke fue en busca de Kimber. Antes de que llegara Luc, tenía que decirle algunas cosas. Era una chica lista, así que no dudaba que ya habría comprendido que él necesitaba a una tercera persona para poder hacer el amor con ella. Kimber tenía que saber además, antes de que tomara una decisión sobre su futuro, que eso era algo que no cambiaría. Y que además había otra cosa que él nunca podría darle. Y por qué.

Había llegado el momento de sacar a la luz las heridas del pasado. Oh, Dios.

Estaba en el pasillo cuando la oyó hablar y siguió el sonido de su voz. ¿Con quién estaba hablando? ¿Con alguno de sus hermanos? ¿Con su padre? ¿Con una amiga?

—Yo también me alegro de hablar contigo. —Una pausa—. Sí, tenemos que aclarar algunas cosas.

Frunciendo el ceño, Deke se apoyó contra la pared exterior del cuarto de baño y escuchó el suspiro de Kimber al otro lado de la habitación. Deke sabía que no debería escuchar a escondidas, pero siguió haciéndolo.

—Lo sé. He tenido que ocultarme, es por eso que no estaba disponible. Por el hombre que puso la bomba en casa de mi padre. —Kimber se interrumpió para volver a comenzar de nuevo—. Se encuentra bien. Yo también estoy bien. Sólo estoy un poco cansada. Quizá podríamos hablar mañana.

Deke se pasó una mano por la cara. Una ligera sospecha hizo que se le encogiera el estómago.

—No, no estoy tratando de darte largas. Es que he tenido un día infernal. —Otra pausa. Luego un fuerte sollozo—. Por favor, déjame en paz. No me amas, Jesse. Tú quieres alcanzar la redención o la salvación o algo por el estilo, y yo no puedo conseguirlo por ti. Ni siquiera puedo resolver mis propios problemas.

Así que sus sospechas eran ciertas. «Jesse». ¿Aquella jodida estrella del pop seguía dándole la lata? ¿Y qué coño quería? Le rechinaron los dientes. Aquel gilipollas estaba haciéndola llorar.

Deke se dispuso a entrar en el dormitorio, arrebatarse el teléfono de la mano de Kimber y decirle al señor estrella del pop que le dieran por el culo.

Antes de que pudiera hacer nada de eso, Kimber comenzó a gritar.

—¡Maldita sea, ahora no! ¡Para de una vez!

Deke nunca la había oído perder el control de esa manera. Kimber jamás se ponía tan histérica como se había puesto ese día. Ya había oído suficiente.

Irrumpió en el cuarto de baño hecho una furia. De nuevo volvía a ver rojo cuando le quitó el teléfono y dijo entre gruñidos:

—Si vuelves a llamar y a molestar a mi mujer, te romperé todos los huesos del cuerpo, cabrón.

Resistiendo el impulso de arrojar el teléfono contra la pared, apretó el botón rojo con el pulgar para finalizar la llamada. Luego bajó el brazo y lanzó el teléfono sobre el aparador. Acto seguido, agarró a Kimber y la estrechó entre sus brazos.

Ella estaba temblando. Y no se trataba de un simple temblor. Todo su cuerpo se estremecía violentamente; hasta su respiración era temblorosa.

—Gatita. Cariño...

Le acarició el pelo con toda la suavidad que pudo. Aunque todo lo que quería era ir a buscar a Jesse McCall y aplastarle la cara de un golpe. Deke era mucho mejor peleando que tranquilizando. Pero Kimber necesitaba ternura en ese momento.

A lo lejos, oyó que Luc aparcaba frente a la casa. Por primera vez ese día, le dio gracias a Dios por la presencia de su primo. Luc sabría cómo tratar con las emociones de Kimber. Su primo la tranquilizaría.

—Déjame llamar a Luc.

—No. —Ella se aferró a él con fuerza—. Deke, tengo miedo.

Deke se sintió a la vez aliviado y preocupado de que ella siguiera queriéndole. Si le quería a él en vez de a Luc si todavía seguía interesada en él, a pesar de la dura realidad a la que todavía no se había enfrentado...

—No tengas miedo de Jesse. Si es necesario lo haré entrar en razón personalmente...

—No es por eso.

Kimber comenzó a sollozar de una manera tan incontrolable que él sintió miedo. Si no paraba de hacerlo, ella se desmayaría, vomitaría o algo por el estilo. Deke se sentó en el borde de la bañera y la colocó en su regazo, pensando a toda velocidad.

—Entonces, ¿qué ocurre? Si es por lo de esta mañana, lo siento, gatita. De verdad que lo siento. Respira profundamente y...

Ella levantó sus ojos color avellana llenos de lágrimas y lo miró. Aquella mirada lo dejó paralizado.

—Estoy embarazada.

Aquellas palabras fueron como un mazazo en sus entrañas. Él la soltó bruscamente a un lado y se puso en pie de un salto, mirándola fijamente. La sangre abandonó su cabeza a una velocidad alarmante. ¿Acababa de oír que...?

«Por el amor de Dios. ¡No...!».

—¿Embarazada?

Lentamente, Kimber se puso en pie y metió la mano en el bolsillo de los pantalones cortos para sacar una varilla de plástico blanco. Tenía dos líneas azules en la ventanita central.

Deke retrocedió mientras tragaba saliva. Aquello no podía estar ocurriendo. No era posible. Estaba a punto de vomitar.

—¿Cómo coño ha pasado? ¿No estabas tomando la pildora...?

—En el hospital me dieron antibiótico para que no se infectaran los puntos. Se me olvidó que reducen el efecto de la pildora... Oh, Dios. Tienes mala cara.

Deke se sentía mareado. Más que mareado. Aquello era la peor pesadilla de su vida.

Volvía a revivir el pasado.

—No puede ser. —Negó con la cabeza—. Jamás debería de haber tomado tu virginidad. Sabía que no debería haberlo hecho.

Deke se dio la vuelta y salió disparado del cuarto de baño. Oyó el llanto de Kimber a sus espaldas, cada vez más lejos. Antes de que pudiera salir por la puerta, vio que Luc ya había llegado.

Una mirada a su primo y supo que lo había escuchado todo.

Luc lo agarró por los hombros.

—Inspira profundamente.

—La has oído. ¡Está embarazada!

De todas las personas del mundo, Luc era quien mejor debía entenderlo. ¿Por qué parecía tan calmado?

Deke volvió a sentir el deseo de vomitar. «Embarazada». ¿Por qué coño no había utilizado un condón? Porque sabía que una vez que experimentara lo bueno, no soportaría volver a usarlos. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Vigilarla día y noche? ¿Cómo podía estar seguro de que todo iba a ir bien cuando no estaba seguro ni de sí mismo?

—Lo sé. —Luc le habló en un tono tranquilizador—. Deke, sé que estás molesto. Pero es una bendición...

—Bueno, no fue una maldita bendición para Heather.

—¿Quién es Heather? —preguntó Kimber desde el umbral, rodeándose el estómago con los brazos.

Deke se giró con rapidez hacia ella. Sus ojos estaban tan rojos como su cara, pálida y fantasmal. Aquella expresión atormentada le retorció las entrañas. Santo Dios, parecía como si... la hubiera golpeado.

Luc suspiró.

—Heather es...

—Es la razón por la que no valgo ni para tí... ni para ninguna otra mujer —lo interrumpió Deke—. Es la razón por la que no puedo follar con ninguna si no hay otro hombre conmigo. Y yo soy la razón de que ella esté muerta.

A ciegas, Deke avanzó a tientas y tropezó con el sofá. Se hundió en él y se sujetó la cabeza con las manos.

—Y ahora la historia vuelve a repetirse, y volverá a ser culpa mía.

—¿De qué estás hablando? —murmuró ella.

Deke levantó la cabeza de repente y clavó una mirada afilada en ella.

—De todas maneras iba a contártelo todo esta noche. Pero no de esta manera.

Kimber retrocedió para sentarse en una silla con una expresión vacilante. Ahora dudaba de él. Era una pena que no se hubiera dado cuenta del peligro antes.

Deke respiró hondo, luchando contra el dolor que le provocaba sumergirse en el pasado.

—Heather era mi novia del instituto. Comenzamos a salir cuando ella tenía quince años. Yo tenía dieciséis. Salimos un año antes de comenzar... '—«Maldición, era duro hablar de ello. Muy duro»— a mantener relaciones sexuales. Ella acababa de cumplir los dieciséis. Era virgen.

—Supongo que se quedó embarazada —adivinó Kimber.

—Sí. Estábamos muy asustados. Aún no había cumplido los dieciocho. Su padre era el sheriff del pueblo. Jamás le caí bien.

—Imagino que murió. ¿Fue en el parto? —El horrorizado susurro de Kimber apenas se oyó en la habitación.

—No. —Él cerró los puños, luego los abrió. Se obligó a mirarla—. Se suicidó.

Con un jadeo horrorizado, Kimber se cubrió la boca. Pero él todavía podía ver la sorpresa en aquellos ojos color avellana. ¿Estaba Kimber condenándole por ello? Probablemente. Se lo merecía por haberla dejado embarazada y luego no saber qué decir. Por no ser un hombre completo.

—Se tomó un bote entero de somníferos. En la carta de despedida, le decía a su familia que me odiaba y que había sido una estúpida por dejar que la tocara. Les decía que sería un padre horrible —dijo con voz ahogada.

—Deke, no. Sólo eras un crío.

—Pero ella tenía razón. Yo y mi estúpida polla hicimos que se tomara ese bote de pastillas.

—Ella fue la que tomó esa decisión —insistió Kimber.

—Sí, pero después de que yo la dejara embarazada. Me juré a mí mismo que jamás permitiría que volviera a ocurrir algo así. Y ahora mira. —Levantó las manos al cielo.

Demonios, su vida se iba al garete más rápido de lo que había creído posible y no sabía qué hacer.

—¿Nunca? ¿Pretendías no tener hijos nunca? —Kimber parecía consternada—. Deke, no es posible que creas que todas las mujeres sean capaces de reaccionar igual que Heather. Yo, por ejemplo... ¿acaso has pensado que podría hacer lo mismo que ella ahora que estoy embarazada?

«Sí». El pensamiento se le había pasado por la cabeza. Más que pasado, se había hecho un hueco en su mente y le había retorcido el alma.

—Kimber, sólo hace unos minutos que sabes que estás embarazada. Pero ¿cómo te sentirás dentro de unas semanas cuando tengas náuseas sin parar? ¿O dentro de unos meses, cuando tu cuerpo haya cambiado y no te parezca tuyo?

Ella parecía... traicionada. No había otra palabra para describirlo. Y Deke se sentía completamente confundido.

—Un embarazo no es el fin del mundo. Lo llevaré bien. Si piensas por un momento que haría algo que pudiera ponerme en peligro a mí o al bebé para intentar llamar la atención, es que no me conoces. En absoluto. —Las lágrimas anegaron sus ojos y le resbalaron por las mejillas.

—Eso dices ahora...

—Y lo diré siempre —juró Kimber.

Dios, cómo quería crearla. Pero después del ataque de histeria en el cuarto de baño, del drama acaecido esa noche... ¿qué ocurriría si no era así? ¿Y si al final Kimber decidía que no quería al bebé, a él, o a su propia vida?

La culpa por la muerte de Heather lo había dejado destrozado. Había vivido como un zombi durante, al menos, dos años. A duras penas pudo acabar el instituto. Si no hubiera sido por Luc, el ejército y los *ménages*, se hubiera sentido tentado a seguir el destino de Heather.

—Eso al menos deja las cosas claras. Comenzaste a participar en los *ménages* después de la muerte de Heather, ¿verdad? Así, si la chica se quedaba embarazada, podías echarle la culpa a otro hombre.

Qué rápido lo había calado. Exacto. Había dado en el clav... ¡Un momento!

Clavó la mirada en Luc.

—Quizá tú seas el padre del bebé. Quizá...

—Ojalá fuera así. —Luc se arrodilló delante de Kimber, le levantó la camiseta y le dio un beso en el vientre aún plano.

Deke se mantuvo a la espera. Pero al observar la reverencia con la que Luc acariciaba suavemente el vientre de Kimber, se mareó ante la posibilidad de que su primo creara una vida dentro de su mujer. Sintió náuseas y deseos de romper algo a la vez.

Luego Luc se puso en pie y lo miró, pero no era tristeza lo que asomaba a sus ojos oscuro, sino algo parecido a la fatalidad.

—Pero no puedo ser el responsable, Deke. Ese bebé no puede ser mío.

—Tú también te acostaste con ella. Lo hicimos los dos.

—Cierto. —Luc cruzó la habitación, se sentó a su lado y le dio una palmadita en la espalda—. Pero yo no puedo tener hijos. Soy estéril.

Kimber soltó un jadeo ahogado, pero Deke apenas la oyó.

Clavó los ojos en su primo, incapaz de procesar las palabras. Era la segunda bomba de la noche. La primera habían sido las noticias de Kimber: Hiroshima; la segunda, la confesión de Luc: Nagasaki. Una auténtica devastación nuclear.

—¿No puedes?

—No. —Luc clavó la mirada en la ventana—. Cuando tenía catorce años o así, pillé algún tipo de virus. Tuve muchísima fiebre durante días. —Se encogió de hombros—. Al parecer se cargó todos mis espermatozoides.

¿Estaba hablando en serio? Deke no podía comprenderlo.

—¿¡Qué!?

—¿Estás seguro, Luc? —preguntó Kimber.

—Hace unos años hice que me repitieran las pruebas una y otra vez. Visité a varios especialistas. Me dijeron que mi recuento de espermatozoides era tan bajo que era prácticamente imposible que pudiera dejar embarazada a una mujer.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

Luc volvió a encogerse de hombros.

—Les pedí a mis padres que no se lo contaran a nadie de la familia.

—¿Ni siquiera a mi? ¿Por qué?

—Ya sabes cómo somos las personas, siempre queremos lo único que no podemos tener. —Su sonrisa era tensa y contrita—. Quería tener un bebé que al menos compartiera un poco de mi sangre. Un bebé que quizás se pareciera a mí. Quería conocer a su madre. Ser parte de la familia. Sentirme conectado a ella durante la concepción, embarazo, parto y crecimiento del niño. Te habría pedido que fueras el donante, de veras, pero sabía que tú no querías aceptar la responsabilidad de un hijo.

Con repentina claridad, Deke comprendió que ésa había sido la intención de Luc desde el principio.

—¿Llevas doce años esperando que dejemos embarazada a una tía? —Deke se había quedado boquiabierto—. ¿Por eso siempre hablabas de esposas y de casitas con una cerca? ¿Por eso me presionaste para que tomara la virginidad de Kimber?

Deke había considerado a Luc un hermano, su mejor amigo, su familiar más cercano. ¿Y todo ese tiempo él sólo lo había visto como un donante de esperma?

—La habrías tomado de todas maneras. Reconócelo.

Rechinando los dientes, Deke admitió para sus adentros que Luc tenía razón. Pero en ese momento, no pensaba darle a su manipulador primo esa satisfacción.

Luc suspiró.

—Deke, hay muchas razones por las que he estado contigo durante todos estos años. Pero tengo que admitir que esperaba que, finalmente, encontráramos a una mujer con la que tener hijos. Jamás te lo oculté.

—¡Sabías que lo último que quería era dejar embarazada a otra mujer!

—Pero también sabía que algún día volverías a sentirte un hombre completo y que querrías tener hijos. Algo que tú también creías en lo más profundo de tu ser. Si no, te habrías hecho una vasectomía hace ya tiempo. Te conozco.

Deke no había querido pensar demasiado en ello. Había considerado la posibilidad de practicarse una vasectomía. Incluso había llegado a concertar una cita. Pero luego... algo lo había

detenido. Jamás había sabido qué. Le había parecido demasiado drástico; los condones y los *ménages*, eran suficiente.

—Pero como no lo hiciste, me aseguré de que encontrabas a la mujer perfecta...

—¿Para que la follara, la preñara y formara una familia para ti?

—No. Jamás tuve la intención de dejarte fuera. Pensaba que...

—Puedo imaginar lo que pensaste—gruñó Deke—. Felicidades, ya has conseguido tu jodido deseo. Ahora ya tienes a una mujer encinta bajo tu techo que te dará un bebé. Y tú — clavó una acerada mirada en Kimber—, tienes un hombre completo que desea casarse contigo y formar una familia. Podéis consideraros el uno al otro como mi regalo de bodas perfecto.

Capítulo 18

Un Deke muy afectado, cerró de golpe la puerta principal. Un minuto después, se escuchó el chirrido de las de ruedas del Hummer. Parecía que no podía alejarse de la casa con la suficiente rapidez. Kimber cerró los ojos mientras intentaba dejar de temblar.

En cuanto Deke se hubo marchado, la invadió un terrible temor. No había esperado que se alegrara por el embarazo, pero ni en sus peores pesadillas se hubiera imaginado una reacción así.

Luc se sentó a su lado y le rodeó la cintura con un brazo, ofreciéndole un hombro en que apoyarse.

—¿Estás bien?

Bueno, estaba embarazada de un hombre que temía que se fuera a suicidar por ello, y de paso la había ofrecido a otro hombre. No era precisamente la idea que tenía de un día redondo.

—Creo que hubiera preferido que me atropellara un camión. Hubiera resultado menos doloroso.

Luc la atrajo contra su pecho y le acarició la espalda.

—Lo siento. Sé que la manera de actuar de Deke te ha hecho mucho daño. No sé qué decir para explicar su reacción.

—No espero que me expliques nada. Deke ya es mayorcito para que se responsabilice de sus acciones. —Y ella ya estaría cabreada con él si el miedo de Deke no hubiera resultado tan real y tangible. Tan sumamente doloroso.

Por lo que sólo se sentía desesperada.

—Deke... jamás lo superó.

—Está claro que no.

—Después de la muerte de Heather, asumió la culpa. Y la familia de ella no ayudó. La hermana gemela de Heather extendió el rumor en el instituto de que Deke la había empujado al suicidio. Su madre trabajaba allí como profesora y se aseguró de que casi todos los profesores pensarán que Deke había sido el responsable de aquello, y lo trató como si fuera un asesino. Vivían en un pueblo muy pequeño, así que mi primo no pudo cambiar de colegio. Apenas podía salir de casa sin la compañía de alguno de sus padres. Una de las veces que lo hizo, el padre de Heather lo detuvo y lo metió en la cárcel por exceso de velocidad. Lo llevó a la celda que ocupaba un peligroso delincuente adulto, a pesar de que Deke era menor de edad. El bastardo no pensaba dejarle llamar en seis horas. Si el padre de Deke no hubiera averiguado con rapidez dónde se encontraba su hijo y no se hubiera presentado en la cárcel con un abogado, estoy seguro de que aquel individuo hubiera violado a Deke.

A Kimber se le oprimió el corazón.

—Oh, Dios mío... es terrible.

—Pero lo peor de todo es que Deke aceptó toda la culpa. Creo que todavía lo hace. Y estoy seguro de que lleva años temiendo poder llegar a ser el causante de la muerte de otra mujer.

Aquello había sido terrible. Más que terrible. Una jovencita inmadura embarazada, sus inseguridades y la venganza de su familia habían destrozado la autoestima de un joven. Y nadie había hecho nada para evitarlo.

Y ahora, la propia Kimber introducía a otro bebé en la historia.

—Gracias por contármelo.

—¿No estás enfadada conmigo?

—¿Por no haber sido sincero sobre el pasado de Deke?

Él hizo una mueca.

—No. Por no haber sido sincero sobre mi... problema antes.

«¿Enfadarse con él? No». Kimber no tenía razones para sentirse traicionada. Su incapacidad para tener hijos era algo que avergonzaba a Luc. Incluso en medio del drama de Deke y su discusión con Luc, ella había visto la humillación y dolor reflejados en su rostro por no poder tener algo que quería con tanta desesperación.

—A mí no me debías ninguna explicación.

Él agachó la cabeza al captar la indirecta.

—Pero sí se la debía a Deke.

Aquello era imposible de negar.

—¿Por qué no le contaste la verdad? Eres su mejor amigo, el hombro en el que se apoya. Le importas, confía en ti...

—Pensé... que los dos teníamos mucho que ganar con este acuerdo. Siempre he creído que, algún día, conoceríamos a la mujer que podía hacer de él un hombre completo. Y que luego él aceptaría que ella se quedara embarazada. Uno de los dos se casaría con ella, todos seríamos felices... Creí que de esa manera él volvería a ser el de antes y que yo obtendría la familia que tanto quería.

Luc se había equivocado.

—Supongo que el hecho de que yo fuera virgen fue un golpe de suerte.

—Para Deke, sí. Pensé que si él te poseía sería como una catarsis, que derribaría sus barreras mentales. Y cuando lo hizo, creí que lo había superado. Tú le importas mucho. La manera en que respondió a ti fue, desde el principio, totalmente diferente. Creo que ya estaba medio enamorado de ti cuando entraste por la puerta. Y no me cabe ninguna duda de que tú también estabas medio enamorada de él. La primera vez que te vi me pareciste dulce y maravillosa. —Sonrió tristemente—. Creí que todos saldríamos ganando.

—Bueno, supongo que eso era lo que parecía a simple vista. —Pero todo se había ido al infierno, y Kimber no tenía ni idea de qué hacer ahora.

Colocándole el dedo bajo la barbilla, Luc la obligó a mirarlo.

—Oh, cariño. Lo siento tanto. Pareces tan perdida... como si te preguntaras qué diablos vas a hacer ahora. —Le dio un beso suave y persistente en la boca.

—A veces creo que eres adivino.

Él le dio un golpecito en la nariz con la punta del dedo.

—A veces es fácil saber qué piensas.

Ella puso los ojos, rojos por el llanto, en blanco y soltó una risita.

—Muy observador.

—Es una de las cosas que más me gustan de ti. Entre otras muchas. —Luc inspiró profundamente, luego le ahuecó la cara entre las manos—. Cásate conmigo.

«¿Qué?». Eso sí que la había pillado desprevenida. Aunque no debería de haberlo hecho. Luc quería un bebé de Deke ya que no podía tener uno propio. Ella podía hacer realidad su sueño. Pero...

—Sería un buen arreglo. Tú tendrías un bebé. Yo tendría un marido. Pero tú y yo sabemos que es un error. Tú no me amas.

—Eso no es cierto.

Kimber lo miró a los ojos y vio el amor reflejado en aquellas profundidades oscuras... el mismo tipo de amor que ella sentía por él.

—Luc, no puedo negar que existe una atracción sexual entre nosotros...

—Una atracción muy fuerte. —Luc sonrió.

—Pero no me amas. Me quieres de la misma manera que yo te quiero a ti, como un amigo. Con el paso del tiempo, esa atracción desaparecerá.

—Puede que sí, puede no. Hay mucha gente que comienza con menos y acaba muy enamorada. Formaríamos una familia. Por favor, piénsatelo antes de contestar —parecía a punto de implorar.

Maldición. Kimber no quería hacerle daño, pero si le decía que sí, sólo estaría postergando el daño que le haría más tarde, cuando vieran que lo suyo no resultaba.

—Deke siempre se interpondría entre nosotros. Siempre será el padre de este bebé, y yo siempre lo amaré. Según pasen los años, nó creo que puedas soportarlo.

—Sí que podría...

—Entiendo cuánto quieres a este bebé y tener una familia propia. No tengo la menor duda de que serás un tío estupendo para él, pero no creo que sea buena idea que nos casemos.

—Por favor... eres mi última esperanza. Voy a cumplir treinta y cinco años. Deke jamás querrá volver a compartir a una mujer conmigo a partir de ahora... ni a ti, ni a nadie. Tener un hijo es lo único que no puedo hacer por mí mismo. He conseguido éxito en mi profesión. He conseguido comprar una casa. Tengo buenos amigos. Más dinero del que puedo gastar. Pero... este vacío es algo que no puedo llenar.

El corazón de Kimber sufrió por él.

—¿Has considerado adoptar un niño?

Él le cogió las manos.

—Quiero que tenga algo de mí, incluso aunque sea una parte ínfima. Tú llevas una pequeña parte de mí en ti. Deke no va a querer ejercer de padre, y este bebé necesitará uno. Seré un buen marido.

—No tengo la menor duda. —Para la mujer a quien amara de verdad, Luc sería un tesoro. Pero esa mujer no era ella—. Sé que Deke no va a cambiar de idea. Pero no creo que sea bueno añadir otro error más a la lista.

—Piénsalo detenidamente antes de decir que no.

—Ya lo he hecho. Serás parte de la vida del bebé. Pero si te casas conmigo, tu relación con Deke se destruirá. No creo que quieras eso. Y yo, desde luego, no quiero tener algo así sobre mi conciencia.

Luc hundió los hombros mientras se apartaba de ella con un largo suspiro.

—Sé que no lo harás, pero si cambias de idea...

—Ya sé dónde encontrarte.

Kimber se inclinó hacia delante y besó a Luc. Suavemente. Un roce de labios y un intercambio de suspiros. Un adiós sin palabras. Luc le metió los dedos en el pelo con desesperación mientras se apoderaba de sus labios en un beso suplicante, como si hubiera decidido que podría convencerla con sexo ya que había fracasado con las palabras.

Maldito fuera, aquel hombre la ponía a cien con solo besarla. Era tan delicado... La manera en que le rozó el paladar con la lengua le provocó un estremecimiento. Luego, Luc le mordisqueó eróticamente el labio e inclinó la cabeza hacia un lado para profundizar el beso, como si quisiera engullirla. La besaba ahora con toda la boca, y ella sintió un hormigueo, sintió... renacer el deseo. Sería fácil derretirse contra él.

Pero si lo hacía, le daría falsas esperanzas.

Kimber se apartó.

—Me iré por la mañana.

Luc tensó los dedos en sus cabellos y la miró como si estuviese a punto de discutir con ella. Pero al final, apretó los dientes y la soltó.

—¿Adonde irás?

—Tengo que ponerme en contacto con mis hermanos. Mi padre saldrá pronto del hospital e irá a casa de Logan en cuanto le den el alta. Necesitarán mi ayuda. Mi apartamento no queda

muy lejos del de Logan, aunque me imagino que estará hecho un desastre... Me apuesto lo que quieras a que mis plantas ya se habrán marchitado.

—¿Me darás tu nuevo número de teléfono? Quiero estar en contacto contigo. Quiero estar tan involucrado en la vida del bebé como me dejes.

Ella sonrió.

—Claro. Necesitaré que me echen una mano, y ni Logan ni Hunter sabrán cómo manejar esto. Me alegraré de que estés conmigo. Incluso aunque no nos casemos, llevo una pequeña parte de ti conmigo. Nunca podría alejar este bebé de ti. Nunca.



Maldición. Ya eran las tres de la madrugada.

Tras cinco horas fuera y media docena de whiskies acompañados de un puñado de cervezas, Deke seguía sin poder dejar atrás la oleada de emociones que le corroía las entrañas.

Entró en la casa sin hacer ruido, preparándose mentalmente para la visión de Kimber en los brazos de Luc, en su cama. Pues ya podía ir haciéndose a la idea. En cuanto se casaran, tendría que lidiar con ello —tendría que aceptar lo que se estaba perdiendo— durante el resto de su jodida vida.

A menos que todas las discusiones y revelaciones que había tenido lugar después del descubrimiento del embarazo de Kimber, la hubieran conducido al borde de la locura. El pánico fue como una puñalada fría en el corazón de Deke.

No, Luc no permitiría que eso ocurriera. Luc la salvaría. Aunque no pudiera tener hijos, de los dos, Luc era el único hombre de verdad.

Incluso así, saber que se casarían, que Luc tendría derecho a tocarla, a acariciarla, a follarla... Dios, eso iba a matarle.

«Es lo mejor. Acéptalo de una vez».

Deke tragó aire y, tras dejar las llaves del coche en el aparador del vestíbulo, cerró la puerta y se dirigió al pasillo que llevaba a los dormitorios. Sentía como si cada paso lo condujera a la horca. Se le retorcían las entrañas, oprimiéndole el estómago hasta el punto de sentir dolor. Le comenzaron a sudar las palmas de las manos.

Oh, demonios. La casa parecía silenciosa, pero ¿y si aún estaban manteniendo relaciones sexuales? ¿Y si estaban desnudos y enmarañados tras haber disfrutado de un buen polvo?

«Será mejor que te acostumbres...».

Llegó hasta la puerta abierta de la habitación de Luc, inspiró profundamente y se preparó para lo peor. Pero sólo vio a su primo tumbado en su enorme cama y sumido en un sueño inquieto. «Solo».

El alivio y el miedo lo inundaron a la vez. ¿Dónde estaba Kimber? Con las rodillas temblorosas continuó por el pasillo hacia su habitación.

«Por favor, que esté aquí. Por favor, que esté bien».

Deke dobló la esquina, irrumpió en su dormitorio y se detuvo en seco.

Con una camiseta enorme de color blanco que le dejaba al descubierto la grácil curva de los hombros, Kimber estaba durmiendo en su cama. Con la cabeza apoyada en su almohada y sujetando firmemente entre sus manos una de sus camisetas.

Se apoyó en el marco de la puerta y miró fijamente el movimiento ascendente y descendente de sus pechos, visibles por la luz de las farolas de la calle que entraba por la ventana del dormitorio. Un millón de pensamientos lo asaltó a la vez.

¿Acaso no habría aceptado la propuesta de matrimonio de Luc? A Deke no le cabía ninguna duda de que su primo se la habría hecho. Quizá no le había respondido aún. O quizá Luc no se la había hecho y esperaba hacerlo esa mañana. Sí, era lo más probable. Puede que Kimber

estuviera allí para patearle el trasero tal y como se merecía; primero por dejarla embarazada, y luego por haberlo manejado todo tan mal.

Fuera cual fuese la razón, Deke sabía que no merecía a Kimber.

¿Por qué la vida lo había jodido tanto? No, no había sido la vida; había sido él. Y eso no iba a cambiar. El era lo que era, y Kimber estaba mejor con Luc. Incluso aunque verlos juntos lo matara.

Ella gimió en sueños. Dejando a un lado todas las razones por las que debía olvidarla y dejar que Luc se hiciera cargo de ella, Deke cruzó la habitación a trompicones hasta el borde de la cama.

Una mirada a su nariz enrojecida y a los regueros plateados de sus mejillas le dijo que ella había estado llorando.

Maldita sea, prefería ser golpeado en el estómago durante una semana por un campeón de pesos pesados que ver eso.

Y a pesar de todo, no quería más que meterse en la cama a su lado, acurrucaría entre sus brazos y dormir. Luego se despertaría lentamente junto a ella, se desperezarían juntos, se besarían, y tal vez...

«No». Eso no iba a ocurrir. A menos que Luc estuviera con ellos no había manera de que Deke pudiera hacer el amor con Kimber. ¿Sería diferente esta vez sabiendo que estaba embarazada? Tal vez. Pero no estaba seguro. Quizá la seguridad mental que suponía compartir a las mujeres se había incrustado demasiado en su psique. Incluso aunque pudiera hacer el amor con Kimber él solo mientras estaba embarazada, ¿qué ocurriría cuando el bebé naciera? Kimber no quería volver a ser compartida, y Deke no podía imaginarse volviendo a invitar a Luc a unirse a la fiesta.

Tras la noche anterior, no habría más juegos entre Luc, él y esa mujer tan apetitosa; ni con ella ni con ninguna otra. Kimber había sido la última mujer que compartirían. Había llegado a esa conclusión tras la cuarta cerveza. Tendría que encontrar a otro hombre y asegurarse de que la mujer que compartieran no significaba nada para ellos. Pero después de Kimber, tenía otro problema. Aquel absoluto desinterés por el sexo que había experimentado con Alyssa, ¿sería permanente o se le pasaría?

Además, tenía que dejar de ser un maldito cobarde y practicarse una vasectomía. Así no habría más líos. Se aseguraría de que no le jodía la vida a ninguna mujer más.

E iba a tener que mudarse. Dejaría Tyler, Tejas. No podría ver a Luc y a Kimber juntos día tras día, año tras año, pero antes tenía que asegurarse de que ella no se tragaba un bote de pastillas para acabar con su vida. Irse sería la única manera de poder seguir adelante.

No podría hacerlo si les veía comenzar una vida juntos.

Incluso ahora, sabiendo que lo mejor sería marcharse, no podía obligarse a alejarse de ella.

Así que se arrodilló junto a la cama. La mano laxa por el sueño de Kimber estaba justo delante de él, y Deke se la sujetó con suavidad para no despertarla. Pero incluso él sentía la desesperación de su caricia cuando llevó los dedos cerrados de Kimber a sus labios y depositó un beso agrisado en el dorso de su mano, intentando no apretarla.

Dios, cómo la amaba. De alguna manera, incluso cuando trabajaba para el coronel y ella tenía diecisiete años, alguna parte de Deke había sospechado que ella sería su debilidad. Ahora, no sólo iba a tener que vivir sin ella, sino que tendría que aceptar que pertenecía al hombre que consideraba un hermano.

Y la triste verdad era que ella estaría mejor sin él.

Con ese duro convencimiento, las emociones atravesaron su pecho y explotaron en su interior. Maldición, odiaba aquello, pero no tenía otra elección. El agujijón de las lágrimas atacó sus ojos con la sutileza de un punzón helado. Comenzaron a caer una tras otra sin poder detenerlas. Deke tragó una gran bocanada de aire, intentando contenerlas. Pero su aliento se

entrecortó al intentar inspirar. Cerró los ojos mientras aquel calor líquido se deslizaba por su rostro y apretó la mano de Kimber en la suya.

¿Qué iba a hacer sin ella? Si volvía la vista atrás, podía ver que ella le había ofrecido toda su confianza y su ácido sentido del humor. Sabía cuándo ser ruda o tierna con él. Amaba aquella manera femenina en que se imponía a él, y en cómo podía conseguir que aumentase de tamaño su miembro con sólo una sonrisa.

Deke enterró la cara en las sábanas al lado del muslo de Kimber y dejó escapar los sollozos. En silencio. No quería despertarla. No quería que nadie lo supiera. Pero, oh, maldición, estaba llorando como un maldito bebé y no podía detenerse. Su vida había sido un gigantesco error. Durante años, Heather había ocupado el primer puesto en su lista de pesares. Ahora además tenía que añadir a Kimber. Ella iba a sufrir durante los años venideros y no sabía qué hacer para mejorar la situación.

Excepto hablar con ella de la forma más civilizada posible sobre el bebé que crecía en su vientre. Luego la dejaría en paz.

Capítulo 19

Kimber partió hacia Dallas a las ocho de la mañana en el coche de Luc con la misma maleta diminuta con la que había llegado.

Con la única diferencia de que ahora tenía el corazón roto.

Se había despertado alrededor de las cinco de la madrugada, sola. Había encontrado a Deke dormido en el sofá de la guarida, Kimber no pudo evitar leer entre líneas. Después de todo, ella se había pasado la noche en su cama, que era lo suficientemente grande para que los dos se acurrucaran juntos. Y, sin embargo, él había elegido el sofá de piel del otro extremo de la casa. Kimber no necesitaba que se lo deletrearan; había captado el mensaje.

Sorbió por la nariz mientras tomaba el desvío a la autopista y encendió la radio, resuelta a pensar en el futuro... sin tener que deshacerse en lágrimas de nuevo.

Iba a tener un bebé. Iba a ser una buena madre, una buena enfermera y a vivir cerca de su familia. Sin duda, su padre y sus hermanos podrían el grito en el cielo cuando anunciara que iba a tener un hijo pero que no pensaba casarse. Eran muy anticuados. Pero lo superarían. Si insistían en que les revelara el nombre de quien le había dejado embarazada y no se había portado «bien con ella» para darle lo que se merecía, les diría que Luc le había propuesto matrimonio y que ella lo había rechazado. Tendrían que conformarse con eso. El que Deke fuera el padre del bebé no le incumbía a nadie.

Cuando estaba cerca de casa, llamó a Logan. No es que quisiera hablar con él, pero tenía que saber cómo estaba su padre y cuándo le darían el alta. Era mejor preguntarle a él que a Hunter que todavía se comportaba con la misma calidez de un glaciar.

Él respondió al primer timbrado y le ladró:

—¿Kimber?

Dios, le había aparecido su nombre en pantalla.

—Buenos días.

—¿Dónde estás?

—Estoy llegando a mi apartamento.

—¿De veras? ¿Por fin has recuperado la cordura y has abandonado a la parejita de Tyler?

No, había perdido la cordura del todo y arruinado la vida de dos hombres maravillosos, que jamás recuperaría.

—Se acabó. Yo le he puesto fin. Dejémoslo así.

Ya le hablaría más tarde sobre el bebé. Cuando se sintiera más fuerte. Cuando su padre estuviera mejor. No por teléfono. Ni desde luego, antes de encontrarse en condiciones de enfrentarse a ellos.

—Me alegra oírlo.

Su tono insinuaba que ella finalmente había hecho lo correcto, pero Kimber no lo veía así. No. Se sentía fatal, y la actitud de Logan acabó con el poco control que le quedaba.

—¿Por qué? ¿Qué tenías contra ellos?

—Me tomas el pelo, ¿no? Tú, entre todas las personas, deberías de saber con exactitud por qué no querría que esos pervertidos bastardos estuvieran cerca de mi hermana. Me dan ganas de vomitar cada vez que pienso en las cosas que han podido hacerte... a la vez, sin duda. Las mismas que habrán hecho a docenas de...

—¿Pervertidas? —Oh, Logan siempre conocía la manera perfecta de inflamar su temperamento. Sabía que no debería de entrar a trapo, pero...—: Mira quién fue a hablar. Tú, que tienes que darle latigazos a una mujer y provocarle dolor para sentirte lo suficientemente hombre como para tener sexo con ella.

—Maldita sea —gruñó él—. Eso ha sido un golpe bajo. ¡Maldición!

Y no tiene nada que ver con la reali... —aspiró profundamente—. Nos estamos desviando del tema. Lo importante es que los has dejado y no piensas volver con ellos.

Kimber estaba más que dispuesta a seguir discutiendo, pero resolvió que aquel golpe a la vida sexual de su hermano había sido tan bajo como el de él. Y en ambos casos, innecesario. Su temperamento se aplacó. Tras el arrebato de cólera, se sentía cansada y desolada.

—Exacto.

Kimber aparcó el coche y recogió el correo del buzón.

—Lo siento —masculló finalmente Logan—. Sé que ya eres adulta.

Y todo cometemos errores. Intentaré dejar de ser un plasta.

—Gracias. Yo también lo siento. ¿Cómo está papá? ¿Cuándo le dan el alta? —Lo preguntó mientras entraba en el apartamento. Olía a cerrado. A pesar de que esa mañana hacía bochorno, abrió algunas ventanas para ventilar las habitaciones.

—Al parecer, mañana. Hoy conoceremos el resto de los resultados y sabremos con exactitud cuál es su estado. —Logan se interrumpió—. Papá querrá verte.

—Ahora que el psicópata que puso la bomba está entre rejas, podré ir a verle sin problemas.

—No sé hasta cuándo podrán retener a ese loco. Su nombre es Ronald Fusco Jr.. Papá ayudó a encarcelarlo hace más de diez años. Ronny no hace más que decir que él no puso la bomba. No hay pruebas que lo relacionen con ella. Hay indicios de que amenazó a papá, pero nada más.

La alarma atravesó a Kimber.

—¿Y la policía qué piensa? ¿Aún cree que él puso la bomba?

—Depende de con quien hables. Además, no importa lo que piensen, sólo lo que puedan probar. Ahora mismo, no tienen suficientes pruebas para acusarlo, así que mucho menos para llevarlo a juicio. Acabarán dejándolo en libertad.

—Maldición... ¿y tú que opinas? ¿Fue él?

—Puede que sí, puede que no. Pero mi instinto me dice que no fue cosa suya.

—¿Así que aún puede haber un psicópata suelto por ahí detrás de papá?

—O de ti. Mientras estabas en el pantano recibimos un par de llamadas en la habitación de papá de un tipo que preguntaba dónde podía localizarte. Siempre utilizó números ocultos imposibles de rastrear y no hablaba demasiado tiempo. Nunca supe si se trataba de un periodista o de un criminal.

Kimber frunció el ceño. Lo más probable era que Logan estuviera reaccionando de manera exagerada. Tenía que ser alguien de la prensa intentando obtener una primicia sobre su relación con Jesse, que ahora mismo parecía como cosa de otra vida. Había asumido que las llamadas perdidas y los mensajes anónimos a su móvil eran también de gente de la prensa.

—No tengo enemigos.

—Que tú sepas.

Cierto. Kimber suspiró. Pero era algo improbable. Tenía que ser la maldita prensa que no sabía cuándo poner fin a una historia.

—¿Puedes acompañarme al hospital por si acaso?

—Sí. Dime a qué hora. Podría a las... —Logan vaciló—. ¿Te encuentras bien? Suenas como si estuvieras hecha una mierda.

Así era como se sentía.

—Estoy algo cansada. Los dos últimos días han sido muy difíciles.

Necesito un poco de espacio y descansar. Me pondré bien. —O eso esperaba.

—De acuerdo. —Parecía como si Logan no la creyese en lo más mínimo, pero a Kimber no le importó.

—Llámame más tarde.

—Lo haré.

Después de cortar la llamada, Kimber hojeó el correo. Mucha publicidad, unas cuantas facturas sin pagar. Ese mismo día, llamaría al gerente del restaurante donde había trabajado de camarera durante el curso y le convencería de que le devolviera el empleo para poder pagar dichas facturas. Ahora mismo, no podía encarar el futuro.

Otro sobre llamó su atención. Era de la Universidad Estatal de Tejas. Los resultados de sus exámenes. Dios, ¿habría aprobado?

Temblando, abrió el sobre y leyó la carta. Se sintió inundada de alivio. Había aprobado con nota alta. Exhaló un suspiro de alivio. Todos sus esfuerzos habían merecido la pena, y había una cosa menos de la que preocuparse. Ahora, su bebé y ella tenían el porvenir asegurado. Sin duda Luc y su familia también querrían ayudarla. Pero ella preferiría no tener que depender de ellos, sobre todo después de la reacción de Deke, que suponía que haría como si ella no existiera.

Sólo de pensarlo, sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero se negó a derramarlas. Ya había llorado bastante. Hoy se dedicaría a arreglar el apartamento y a ver a su familia... y a dejar el pasado atrás.

Kimber salió del apartamento a la húmeda mañana de julio. Mientras sacaba la maleta del coche de Luc e intentaba decidir cuál sería la mejor manera de devolver el vehículo, sonó el teléfono.

Miró el identificador de llamadas y soltó un gemido. Pero se suponía que ese día iba a dejar el pasado atrás, por lo que tendría que encargarse también de eso.

—Hola, Jesse —le saludó mientras hacía rodar su maleta por el asfalto caliente.

—¿Sólo hola? ¡Me has tenido muy preocupado! ¿Quién es el cavernícola que me amenazó y que te llamó «su mujer»? ¿Y qué quiso decir con eso?

No recordaba que ella había estado llorando histéricamente la noche anterior y estaba muy molesto por lo ocurrido. ¿Cómo había podido creerse enamorada de él alguna vez? Obviamente sólo habían sido estúpidas fantasías de jovencita sin experiencia con el otro sexo, embelleciendo sus recuerdos sobre él con pinceladas de color rosa.

Deke había tenido razón sobre eso.

—Sólo era alguien que no te molestará de nuevo.

—Sonó como un maldito bárbaro. Yo sólo intentaba hablar contigo, y parecía como si fuera a meterse por el teléfono para estrangularme.

Eso, probablemente, era cierto, pero no había necesidad de meterle miedo a Jesse..

—¿Querías algo?

—He estado en Oklahoma City y San Luis. Me invitaron a algunos programas de entrevistas...

—En las que seguiste afirmando que nos íbamos a casar. ¿En qué demonios estabas pensando?

—No te enfades, nena. Voy a estar en la ciudad unos días. ¿Podríamos quedar para almorzar? Es urgente. Tengo que hablar contigo. Por favor. Eres la única voz cuerda en mi alocada vida.

—Jesse, eres el único que tiene control sobre tu vida, yo no puedo hacer nada.

—Mira, no estoy tan seguro como tú de que eso sea cierto. Sólo quiero...

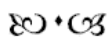
Kimber quiso negarse, y sabía que debería hacerlo, pero teniendo en cuenta la llamada de la noche anterior y la de ahora, no pensaba que fuera a conseguir nada hablando por teléfono.

Soltó un suspiro.

—A la una.

—Genial. ¡Gracias!

Quedaron en un pequeño restaurante con una enorme terraza. Haría calor, pero estarían a solas. Y podría, finalmente, cerrar ese capítulo de su vida.



Un Deke con resaca se sirvió una taza de café cuando Luc irrumpió en la cocina.

—¿Dónde está Kimber?

Deke tomó un sorbo de su taza, ingiriendo el amargo brebaje.

—Se ha ido. Se fue en tu coche.

—¡Maldita sea! Dijo que se iba a ir, pero pensé que por lo menos se despediría.

—¿Dime por qué se ha ido? ¿Y por qué pasó la noche en mi cama en vez de en la tuya?

Luc le dirigió una mirada incrédula.

—Eres un auténtico bastardo. ¿Crees que debería haber pasado la noche al lado o dentro de la mujer que amas?

«Oh Dios, no». Se había visto dividido entre la parte racional de él —que sabía que Kimber estaría mucho mejor con Luc— y la bestia emocional que llevaba dentro, y que mataría a cualquier otro hombre que le pusiera un dedo encima.

—Eso te lo dejo a ti —le respondió con una sonrisa cínica.

—No te molestes. Kimber no se va a casar conmigo.

Deke se sorprendió. Era obvio que Luc se había declarado. Y el dolor por no poder ejercer como padre del bebé se reflejaba en su cara:

Todo aquello era un jodido lío. Pero Deke no era capaz de decirle a Luc que lamentaba que Kimber lo hubiera rechazado. Sin embargo, estaba sorprendido. Kimber parecía demasiado práctica para no aceptar a un hombre como Luc y criar al bebé ella sola. Dios sabía que él no sería de mucha ayuda.

—Te ama a ti, hombre. Antes prefiere estar sola que con otro hombre —le dijo Luc.

¿De qué estaba hablando? Deke negó con la cabeza.

—Así que ¿qué piensas hacer?

Deke parpadeó y miró a su primo como si hubiera perdido el juicio.

—¿Hacer? Creo que ya he hecho demasiado, y nada bueno ha salido de ello. De seguir así, las cosas pasarán de estar jodidas a estar totalmente jodidas.

Luc dejó a un lado su taza de café y levantó a Deke bruscamente de su silla.

—¿Qué coño haces? —le preguntó Deke.

—Contenerme para no mandarte al infierno a golpes.

—Venga, adelante —le provocó Deke, listo para la lucha. Para cualquier cosa que le distrajera de aquella mierda.

—¿Y darte la satisfacción? No. Voy a meter algo de cordura en tu cabezota. No pienso permitir que dejes a Kimber sola con un bebé en camino cuando podrías...

—¿Podría qué? ¿Amarla? No sin ti o algún otro tío delante. Conozco mis limitaciones, y ella se merece más de lo que yo puedo darle. Recuperará la cordura y aceptará tu propuesta.

—Será mejor que reces para que no lo haga, porque si lo hace me la llevaré volando al juez de paz más cercano. —Fruunció el ceño—. Así que si no quieres que eso ocurra, intenta arreglar las cosas.

En ese momento, Deke se preguntó si Luc se dedicaría a perseguir a Kimber hasta que ella se cansara y cediera. Lo conocía bastante bien y sabía que podía ser muy insistente.

—¿Qué demonios quieres decir?

Luc lo agarró por la camisa.

—Que lo superes. ¿Estoy siendo lo suficientemente claro?

—¿Qué lo supere? —Deke se soltó de un tirón—. ¿Quieres que me olvide de que provoqué la muerte de una chica de dieciséis años? Eres un maldito cabrón. ¿Acaso crees que puedo desterrar la culpa de mi mente como por arte de magia y hacer que todo vuelva a la normalidad? Y de paso ¿por qué no montamos una jodida fiesta para celebrarlo?

—Han pasado doce años...

—Y durante todo ese tiempo, Heather ha estado muerta, por mi culpa.

—¡Maldición! Deja de decir eso. No es cierto —gruñó Luc—. No voy a conseguir a Kimber, pero tú sí puedes hacerlo. Ella te ama. Puede curarte. Sólo tienes que aceptar la verdad sobre Heather y las circunstancias que rodearon su muerte.

—Conozco la maldita verdad—dijo Deke apretando los dientes.

—Conoces aquella locura que su familia fomentó. Y que tú aceptaste por completo. Pero piénsalo bien. Piensa en cómo era ella en realidad. Era un desastre. Haberse quedado embarazada sólo era uno de sus problemas.

Deke se encogió de hombros.

—Por supuesto que tenía más problemas. ¿Quién no los tiene? Pero haberse quedado embarazada era el mayor de todos.

—Claro. ¿Y qué pasa con las drogas que tomaba? ¿O con que sus padres se estuvieran divorciando? ¿Acaso no le iba mal el instituto? Dos días antes de tomárselas pastillas, había suspendido el examen de conducir, ¿cierto?

—No era una drogadicta. Sus padres al final no se separaron. Podría haber recuperado en el instituto, y repetido el examen de conducir.

—Y también podría haber interrumpido el embarazo. No es que no se lo hubiera dicho a sus padres. Incluso se ofrecieron a pagar el aborto. No se mató porque no quisiera que sus padres supieran que había mantenido relaciones sexuales contigo. Y tampoco lo hizo porque no tuviera otra elección.

—Tú no conocías a Heather.

—Claro que sí —gritó Luc—. Esa chica deseaba que le prestaran atención. Lamento que se haya muerto. Es una auténtica tragedia. Pero no quiso enfrentarse a la vida. Estaba resuelta a castigar a todos por no amarla como ella quería ser amada. Su hermana se portó fatal con ella. Su padre jamás tuvo tiempo para ella. Su madre tomaba tantos antidepresivos que ni siquiera sabía pronunciar su nombre. Si buscas en el diccionario el significado de familia disfuncional, verás la imagen de todos ellos debajo.

—Sí —suspiró Deke—. Pero fue quedarse embarazada lo que la llevó al límite.

—O no. Eso es sólo una suposición tuya. Ella descubrió que estaba embarazada mucho antes de enterarse de que sus padres pensaban divorciarse, mucho antes de conocer el resultado de las notas en el instituto o de que había suspendido el examen de conducir. Cualquiera de esas cosas, o ninguna, puede ser la razón por la que se suicidara. Era una chica volátil e insegura. No puedes seguir siendo un mártir. Tú no la obligaste a tomarse el bote de pastillas.

Eso era cierto. Si él hubiera estado allí, la habría detenido. Como fuera. Pero según habían dicho todos, ella había estado muy perturbada por el embarazo y había decidido acabar con todo.

—Tus únicos errores fueron usar un condón roto y la manera en que te comportaste después de que Heather te diera la noticia. Aunque si lo comparamos a tu comportamiento con Kimber, tampoco fue tan grave. Ni mucho menos.

Deke se quedó paralizado.

—¿Qué estás diciendo?

—Has reaccionado con miedo y furia. La has rechazado. Ésa no es la manera en que una mujer quiere que se comporte un hombre cuando le dice que va a tener un hijo suyo. Si estás preocupado por Kimber, dejársela a otro hombre o permitir que se enfrente sola a todo esto no es la mejor manera de asegurarte su salud emocional.

Visto de esa manera... «¡Maldita sea!». Las palabras de Luc estaban cargadas de verdad.

—La pregunta aquí —continuó Luc— es si vas a alejar de ti a la mujer que amas y a tu hijo por una muerte, de la que no fuiste responsable, acaecida hace más de una década.

Dios, Luc lo hacía parecer todo muy sencillo, como si él sólo hubiera sido una diminuta parte de la enrevesada vida de Heather y no la principal. Deke se sentó ante la mesa de nuevo, cogió el café y clavó la mirada en el oscuro líquido que se agitaba en la taza. ¿Sería tan sencillo? Habían pasado muchos años. ¿Quién podía saberlo? Él no desde luego, él había intentado no pensar demasiado en ello.

Deke jamás había visto la carta de despedida, simplemente había creído lo que había oído. La madre de Heather era la clase de mujer que habría echado la culpa a otra persona con tal de no tener que sentir remordimientos al mirarse al espejo. La gemela de Heather, Haley, había sido igual que su madre. Puede que lo que Luc decía fuera cierto.

Desde luego las últimas doce horas habían probado lo diferente que era Kimber de Heather. Tras descubrir que estaba embarazada y ver lo mal que él había recibido la noticia, Heather se había ido de juerga toda la noche, se había emborrachado y acostado con su mejor amigo... algo de lo que se aseguró que él supiera sólo para castigarlo. Kimber había rechazado la propuesta de matrimonio de Luc, había llorado hasta quedarse dormida en su cama, y luego, en silencio, había hecho la maleta y se había ido. Kimber se había comportado de una manera mucho más racional y práctica. Sencillamente, había continuado con su vida y no se había recreado en su desgracia.

Pero saberlo no solucionaba el problema. Incluso aunque pudiera deshacerse de la sensación de culpa, no volvería a ser normal de la noche a la mañana. ¿Y si no pudiera hacer el amor con Kimber, solos los dos, como un hombre normal?

No obstante, le debía una aclaración. Asegurarle que sería un padre y un amigo, y que la ayudaría económicamente si así lo necesitaba. Con el tiempo, Kimber conocería a un buen hombre. Deke hizo una mueca ante ese pensamiento, pero lo ignoró. Ya lo afrontaría en su momento. Hasta entonces, lo más probable era que Deke siguiera pensando que ella era suya.

Deseaba ser el hombre que la mereciera.

—¿Por qué intentas arreglar las cosas entre Kimber y yo? —le preguntó Deke a su primo—. ¿Para seguir manipulándonos? ¿Para poder mantenerte cerca de ese bebé?

Luc cerró los ojos.

—Me lo merezco. He intentado influenciaros a ambos para obtener lo que quiero. Pensé que lo que hacía era lo mejor para todos, y no sólo para mí. Pero ahora sólo intento hacerte ver lo que es mejor para ti. Como dijiste hace unos días, eres como un hermano para mí. Deberías ser feliz. Te lo mereces después de toda esta jodida mierda.

Deke tragó saliva. Era probablemente la cosa más agradable que Luc le había dicho en ese momento. Quería creerlo. Y casi lo hizo...

—Gracias.



A la una, Kimber estaba sentada en la terraza de su restaurante favorito. El área estaba sombreada por los robles que bordeaban la tranquila bocacalle. Algo que ayudaría a mantener la privacidad. Kimber tiró de la camiseta que se le pegaba a la piel. Esperaba que el calor mantuviera a los mirones dentro del fresco interior del restaurante.

Diez minutos más tarde, Jesse se abrió paso por la puerta que daba a la terraza. Se giró e hizo un gesto con la mano. Kimber frunció el ceño hasta que vio a un ceñudo Cal tras una de las ventanas.

—Insistió en estar presente por si me acosaban. Sin embargo, se quedará dentro. Esta comida es privada, sólo para nosotros. ¡Demonios, qué calor hace! —Se quitó la camisa de

cuadros que llevaba puesta sobre una camiseta con brillantes y cegadoras letras azules que decía «La vida es una mierda», pero no se quitó las gafas de sol.

Kimber suspiró, luego observó que la camarera se acercaba con dos vasos de agua.

—Espero que todo sea de su agrado.

La joven con unos pantalones cortos fingió no reconocer a Jesse mientras tomaba el pedido, pero por la manera en que su cuerpo se tensaba de excitación y cómo lo miraba de reojo, estaba claro que no podía engañar a nadie.

—Un bocadillo de pavo con brotes y queso cheddar en pan de baguette y una cola. Marchando, señor McCall. —Su voz sonó aguda por la emoción.

Intentando no poner los ojos en blanco, Kimber pidió una ensalada de huevo con fruta. Luego, a regañadientes, la camarera les dejó en paz.

Tras una larga pausa, Jesse tomó un sorbo de agua y después deslizó el dedo por el vaho del vaso.

—Gracias por reunirte conmigo.

—Será la última vez hasta que aceptes el hecho de que no nos vamos a casar. ¿Cómo se te ocurrió anunciar el compromiso sin preguntarme primero?

—Simplemente se me ocurrió. Ya lo habíamos hablado antes. Tú eres una buena influencia para mí, y no me gusta a dónde se dirige mi vida.

—Entonces cámbiala —le propuso Kimber—. Pero yo no puedo hacerlo por ti.

Él la miró por encima de las gafas de sol. Aquellos ojos inyectados en sangre la miraron suplicantes mientras tomaba las manos de ella entre las suyas.

—Puedes ayudarme. Contigo soy más fuerte. Consigues que quiera ser mejor persona.

—Tienes que querer ser mejor persona por ti mismo. No puedes ponerme como una excusa para cambiar o no tu vida. Si lo que quieres es liberarte, despide a Ryan. Él sólo quiere que lleves una vida tan decadente como la suya. Olvídate de esas fiestas. Hazle caso a Cal. Puede que sea brusco y serio, pero intenta evitar que te autodestruyas. —A la vez que mantenía la reputación de niño malo de Jesse, para vender montones de CD y descargas iTunes, pero eso era otra historia.

—Eso haré —le prometió—. Ves, eres tan lista que contigo puedo enfrentarme a todo.

—Pero eso puedes hacerlo solo. Sólo tienes que proponértelo.

Jesse se quitó las gafas de sol para revelar una cara cansada y alicaída.

—No te culpo por no querer ayudarme. Me comporté muy mal contigo cuando viniste a la gira. No debería haberme tirado a la rubia de Ryan. Y el video... Dios, fui un estúpido. Lo siento de veras. Pero es que me volvía loco de deseo cuando estaba cerca de ti, aunque no quería tocarte. Cada vez que lo pensaba o lo intentaba me sentía como un corruptor de menores o algo por estilo. ¿Cómo iba a corromperte? Eres demasiado inocente.

—No. Ya no.

Jesse se quedó paralizado.

—¿Le diste tu virginidad al gilipollas del teléfono?

—Jesse, me enamoré de él. Ya estaba enamorada de él antes de ir a la gira contigo. Él hizo todo lo que pudo para alejarme, pero...

—Más bien diría que encontró la manera de meterse entre tus piernas —gruñó—. ¿Dónde está ahora?

Kimber suspiró.

—Algunas veces las cosas no salen bien. Igual que con nosotros.

—No digas eso. Ven conmigo. Cuidaremos el uno del otro.

—No. Estarás bien sin mí. Sólo tienes que hacerte a la idea. Hacer lo que es correcto. Te has hecho famoso y rico muy joven. ¿Qué hubieran querido tus padres que hicieras? ¿Quieres tener que contarles a tus hijos esta parte de tu vida? Ciertamente no querías contarles que durante tus giras la gente esnifaba cocaína y se montaban orgías en tu habitación. Ni que uno de

los de la banda y tú manteníais sexo anal con una desconocida. Dedicáte a hacer cosas de las que te sientas orgulloso.

—No vas a cambiar de idea, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Siempre estaré disponible por teléfono o correo electrónico.

Cuando vengas a la ciudad, podemos quedar como hacen los viejos amigos. Siempre podrás contar conmigo.

Jesse parecía triste, como si se le hubiera muerto su perro. Se puso en pie, rodeó la mesa y la arrancó de su silla para tomarla entre sus brazos.

—Eres una mujer muy especial.

Kimber sonrió. Jesse le cubrió la boca suavemente con los labios. Un beso de amigos. De despedida.

De repente, un zumbido eléctrico rompió la quietud, seguido por el sonido de pasos, muchísimos pasos. Otro zumbido eléctrico. Un flash y luego chillidos femeninos.

Kimber parpadeó aturdida y se apartó para descubrir que los dos estaban rodeados. Había un montón de fotógrafos haciendo fotos sin parar. Y jóvenes quinceañeras que no dejaban de pegar saltos, algunas sometiendo a duras pruebas a sus sujetadores, mientras miraban fijamente a Jesse con adoración.

—¿Podrías darme un autógrafo? —preguntó una.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó la camarera horrorizada—. ¡Se supone que era un secreto!

—¡Tenía que verle! —protestó la admiradora que había pedido el autógrafo.

—¿Vas a casarte con ella? —preguntó otra de las admiradoras mirando a Kimber con desdén.

Ninguno de los dos respondió.

Los fotógrafos siguieron sacando fotos de Jesse mientras firmaba un autógrafo en el cuaderno de la chica y se lo devolvía con aquella sonrisa falsa que parecía colgar de sus orejas.

—¿Podrías dejarnos solos? —le dijo Jesse a la prensa—. Estamos intentando comer.

—Contesta a la pregunta —gritó un *paparazzi*—. ¿Vas a casarte con la señorita Edgington?

—Lo lamento mucho —balbuceó la camarera consternada.

Jesse la ignoró y miró a los fotógrafos con el ceño fruncido.

—Ya tenéis las fotos. No voy a responder a las preguntas. Dejados en paz.

—Eres un personaje público —se mofó uno de los periodistas, y luego captó con la cámara la mueca de disgusto de Jesse.

Como para puntualizar ese hecho, fueron apareciendo más personas por la bocacalle, que querían saber a qué se debía el creciente gentío. La muchedumbre era cada vez mayor. El sonido se convirtió en una cacofonía de voces y cámaras. Una furgoneta se detuvo a unos metros. Era de una de las cadenas de televisión locales. «Genial. ¿Cómo se habrían enterado con tanta rapidez?»

Una de las admiradoras extendió la mano para coger la camisa que Jesse había dejado en el respaldo de la silla. Soltó un grito de excitación mientras se llevaba la prenda a la nariz e inhalaba su olor. Kimber apenas podía contener el asombro cuando Jesse intentó acercarse a la chica para quitársela, pero ella se escabulló con facilidad entre el gentío. Otras chicas la siguieron intentando hacerse con la camisa.

«Santo cielo, ¿acaso Jesse tenía que lidiar con eso allá a donde iba?».

Cal apareció al lado de Jesse y le murmuró:

—Cada vez hay más gente. Creo que deberías irte.

—¿Cómo descubrieron que estaba aquí?

Cal se encogió de hombros.

—Lo más probable es que fuera la camarera. No importa. Esto acabará por descontrolarse si no te marchas ahora. Coge el coche y vuelve al hotel. Yo me aseguraré de que Kimber llegue bien a casa.

Jesse parecía enfadado, como si lo estuvieran forzando a hacer algo que no quería y se sintiera impotente por no poder impedirlo.

—Está bien. Es lo mejor. —Kimber le tocó el brazo para tranquilizarlo.

Sonaron un montón de clics para captar el momento.

—¿Vas a casarte con la señorita Edgington? —volvió a insistir el periodista de nuevo—. ¿Qué opinas de aquellos que dicen que un matrimonio arruinará tu carrera?

—Si se casa, no me compro ni un solo CD más —afirmó una admiradora maliciosa.

—Saber que pertenece a otra mujer destruye cualquier fantasía —oyó Kimber que le decía otra de las chicas al reportero.

Jesse ignoró a todo el mundo y miró a Kimber con pesar.

—¿Estarás bien?

—Ya has oído a Cal. Él me seguirá para asegurarse de que llego sana y salva a casa. Vete antes que todo esto se convierta en un circo. Llámame cuando estés libre y hablemos.

El suspiró resignado y le susurró al oído:

—De verdad que te amo.

Kimber sabía que, a su manera, sí lo hacía. Pero había llegado el momento de que él se valiera por sí mismo, como tendría que hacerlo ella.

—Cúdate.

Jesse la besó en la mejilla, y Kimber intentó ignorar los flashes de las cámaras. Vaya, esa podía ser una foto de portada. Y si así era, ¿podría realmente perjudicar la imagen de Jesse, a su carrera? Ésa era otra razón más por la que él estaría mejor sin una esposa en ese momento.

Cuando Jesse se giró y se alejó, Kimber se lo quedó mirando. Él sorteó una pequeña valla y se dirigió con rapidez hacia su coche. La multitud lo siguió, las cámaras, las admiradoras.

Una extraña quietud cayó sobre Cal y ella.

—Vaya locura —dijo ella mientras el gentío desaparecía calle abajo.

—Así es el mundo del espectáculo.

—¿Le perjudicaría realmente que nos casásemos?

La simple idea le parecía inconcebible. En su opinión lo único que debería importar allí es si les gustaba o no su música.

—Ya lo has oído. La mayor parte de los admiradores son mujeres que ven a Jesse como un buen polvo. Si ven que lo ha cazado otra mujer, pierden el interés. ¿Estás preparada para ir a casa? —preguntó Cal.

—Claro.

—Te seguiré en mi coche, para asegurarme de que nadie te sigue.

Sin emoción. Sin expresión. Cal era un profesional en todo momento. Ahora mismo Jesse necesitaba a alguien así. Kimber sólo esperaba que lo escuchara.

Cuando se dirigían hacia el aparcamiento, un Maserati Spyder de color negro, pasó zumbando ante ellos, haciendo chirriar las ruedas al girar por la calle principal. Jesse. Se había ido. Lo más seguro es que lo hubiera hecho para siempre, lo que estaba bien. Cada uno de ellos tenía una vida por delante. Y era asunto de Jesse elegir cómo quería vivir la suya.

Capítulo 21

Kimber se acurrucó en la cama en posición fetal, colocó la almohada bajo la cabeza e intentó dormir. No tuvo suerte, pero tampoco la sorprendía. Esos días su vida se parecía mucho a una telenovela. «Un triángulo amoroso, un embarazo no deseado, un posible acosador psicópata». En realidad, sólo faltaba una buena pelea de gatas o alienígenas para rivalizar con cualquier culebrón de sobremesa.

No, no le sorprendía la falta de sueño, aunque llevaba cansada la mayor parte del día; era uno de los síntomas de embarazo, según había oído. Suspiró. Pronto iría a ver al médico para que le confirmara su estado, le diera una fecha aproximada del parto y le explicara qué ocurriría en los siguientes nueve meses. Luego se lo diría a su familia. Kimber se encogía de miedo al pensar en cómo reaccionarían Logan y Hunter.

Incorporándose, le dio un puñetazo a la almohada y la recolocó de nuevo. ¿Por qué no lograba encontrar una postura más cómoda...?

«Toc, toc, toc». Una pausa. «Toc».

«¿Qué diablos era eso?». Aquellos ruidos eran extraños y parecían provenir de la salita. Sí, era su primera noche de vuelta al apartamento, pero había vivido allí lo suficiente para conocer los sonidos habituales. Y esos que estaba oyendo no lo eran.

En el piso de arriba vivía una familia con niños que no hacían más que correr de un lado para otro hasta cerca de las once. Los recién casados del piso de al lado mantenían relaciones sexuales todas las noches —por lo menos una vez— y ella podía oír los rítmicos movimientos de la cama contra la pared. Pero ese sonido... era muy sutil. Como si alguien estuviera intentando no hacer ruido.

De hecho, sonaba como si alguien estuviera forzando una de sus ventanas.

Saliendo de la cama, Kimber se puso en pie. Agarró con nerviosismo el móvil de la mesilla con una mano húmeda y se presionó el estomago revuelto con la otra. Se aproximó al pasillo con intención de investigar el ruido cuando oyó pasos sobre el suelo de madera. Era un ruido suave, como si alguien estuviera avanzando lentamente. Aquel sonido era muy claro y no dejaba lugar a equivocaciones.

Descalza, atravesó la habitación con rapidez, se metió en el vestidor y cerró la puerta. Luego marcó el 911 y entre susurros le dio su dirección a la telefonista. La operadora le pidió que se quedara donde estaba y que esperara a la policía.

Los pasos sonaron cada vez más cerca, con lo que quedó claro que esperar a la caballería no era una opción. Iba a tener que defenderse ella sola.

En ese momento se sintió orgullosa de todas las horas que había pasado practicando autodefensa y artes marciales con sus hermanos, de cada minuto que había pasado siendo su sparring y todas las pruebas de resistencia a las que se había visto sometida por ellos.

Oyó que los pasos entraban en el dormitorio, se detenían, daban una vuelta por la habitación y luego, se encaminaban al vestidor.

Al apretarse contra la pared interior del vestidor, su mano chocó contra algo sólido, de madera. Sonrió, sintiéndose sumamente agradecida de pertenecer al equipo femenino de softball de la urbanización.

Aquel imbécil estaba a punto de llevarse una buena sorpresa.

A Deke le habían sudado las palmas de las manos desde que había salido de Dallas.

Casi veinticuatro horas después de que Kimber hubiera dejado caer la bomba, estaba preparado para hablar con ella. No, tenía que hablar con ella. Así que había conducido hacia el oeste, a través de la oscura noche, con las entrañas retorciéndose como si estuvieran conectadas a un cable de alta tensión.

Luc le había dicho un montón de verdades. Doce años antes, Deke había sido culpable de muchas cosas. De hacer el amor con una chica emocionalmente inestable. De no pensar bien las cosas. De permitir que las turbulentas emociones de Heather —y las de su familia— ahogaran por completo su lógica.

Pero lo que no había hecho, tal y como su primo y Kimber habían señalado, había sido obligar a Heather a tragarse las pastillas. Era duro de aceptar, pero cierto. Había sido ella quien había escogido aquel camino por razones que él jamás comprendería, pero que no tenían por qué estar relacionadas con el embarazo.

Enfrentarse a su pena de nuevo había conducido a Deke al origen de su culpa, y por fin estaba preparado para comprender en qué momento lo había fastidiado todo con Heather. La había abandonado antes de saber cómo podían haber ido las cosas entre ellos. Primero porque sólo tenía diecisiete años y estaba aterrorizado por el embarazo, luego porque había estado furioso con ella por haberse acostado con otro chico sólo para hacerle daño. No se habían hablado en casi tres semanas. Y después, ella había puesto fin a todo aquello de manera permanente, dejándole lleno de preguntas y remordimientos.

¿Había amado a Heather? Quizá había sido demasiado joven para saber lo que era el amor, pero no había estado preparado para que su relación se terminara de aquella manera, en especial por el suicidio de ella. Mirándolo retrospectivamente, sólo había sido culpable de ser demasiado estúpido y estar demasiado asustado para luchar por lo que podría haber sido.

No volvería a cometer ese error con Kimber, sobre todo amándola como la amaba.

Si finalmente ponía fin a la relación, sería por elección de ella.

Por desgracia, Deke no se hacía ilusiones; se había comportado como un imbécil después de que Kimber hubiera anunciado su embarazo. Como Luc había apuntado, la había tratado peor de lo que había tratado a Heather. La revelación del secreto de su primo tampoco había contribuido a mejorar las cosas. Pero ahora ya había tenido tiempo para procesar todas las emociones y de decirse a sí mismo que había llegado el momento de hacer las cosas de manera diferente. O por lo menos de intentarlo.

Buscar la dirección de Kimber en Internet había sido muy fácil. Tendría que hablar con ella sobre cómo proteger mejor sus datos personales. Pero eso sería más tarde.

Se metió en el aparcamiento del complejo de apartamentos, tratando de encontrar el edificio de Kimber en la oscuridad. No estaba bien señalado, maldita sea. Deke miró a su alrededor con el ceño fruncido. Los edificios estaban distanciados unos de otros, y había zonas de recreo entre ellos. Muchos árboles por todas partes. Muchas esquinas oscuras. Ningún puesto de seguridad.

¿Por qué ninguna mujer —el sexo más vulnerable— pensaba jamás en la seguridad antes de elegir un lugar para vivir?

Quizá tras esa noche, Kimber dejaría aquel lugar y se iría con él; entonces la falta de medidas de seguridad no sería un problema. Él era un experto en eso. Demasiado.

Pero antes tenía que descubrir si ella quería tener algo que ver con él.

Encontró el edificio de Kimber al final del complejo, al lado de un solar vacío y rodeado de grandes árboles que arrojaban sombras bajo la luz de la luna. Kimber vivía en un apartamento de la planta baja. Y cuando pasó por delante de él observó que una de las ventanas estaba abierta de par en par.

Con una imprecación, aparcó el Hummer, preguntándose por qué coño ella no había cerrado la ventana y conectado el aire acondicionado. ¿Por qué Logan y Hunter habían permitido

que viviera en un lugar tan desprotegido? ¿Por qué no le habían advertido sus hermanos sobre el peligro que suponía para una mujer que vivía sola dejar las ventanas abiertas a expensas de cualquier pirado que consideraba la violación y la tortura puro entretenimiento.

Tras cerrar el vehículo, Deke llamó a la puerta de Kimber, y esperó en el silencio de la noche apenas roto por el chirrido de los grillos.

«Nada».

Frunció el ceño. Quizá estaba profundamente dormida. O quizá ni siquiera estaba allí. «¿No se te había ocurrido pensar en eso, imbécil?».

Había escuchado en la radio que ella había sido vista en un pequeño restaurante almorzando con el gilipollas de la voz de falsete. ¿Volvería Kimber a sentir algo por Jesse de nuevo? Deke no podría culparla después de la manera en que la había tratado, pero Dios... sólo de pensarlo le hacía querer golpearlo.

Sacó el móvil y la llamó. No hubo respuesta. Debía de haber visto el identificador de llamadas y decidido ignorarlo. Tenía que ser eso.

Deke quiso estrellar el teléfono contra la jodida puerta. La frustración hervía en su interior, a punto de ebullición, como si fuera algún tipo de experimento científico en un tubo de ensayo a punto de explotar. Pero no pensaba darse por vencido. Hacía mucho calor esa noche, tal vez incluso llovera. Pero no le importaba. Pensaba quedarse esperando delante de su puerta toda la noche —días, si fuera necesario— hasta que ella volviera a la casa.

Deke hundió los hombros. No podía fingir que no le dolía que ella no quisiera hablar con él. Y si no dejaba de recorrer mentalmente aquel camino de nuevo, comenzaría a llorar como un bebé. Otra vez. No quería perder la compostura cuando se enfrentara a ella, quería mirarla de frente y prometerle que haría todo lo posible para ser el hombre que ella necesitaba.

Pero ¿sería realmente ese hombre? Su inseguridad en sí mismo lo azotó como un látigo cruel.

Apoyando la frente en la puerta, Deke luchó contra sus demonios interiores que seguían empeñados en mermar sus esperanzas. Cerró los puños contra la puerta, deseando que ella estuviera allí para poder abrazarla. La amaba con todo su ser... Amaba su sensatez y su agudo ingenio. Aquella vena traviesa que nunca dejaba de sorprenderle. La manera en que afrontaba la vida. Todos aquellos sentimientos y emociones que había compartido con él cuando estaba con ella... dentro de ella. Dios, ojalá volviera con él.

Un ruido —¿un gruñido?— lo arrancó de sus pensamientos. Aunque débil, aquel sonido estaba completamente fuera de lugar. Un gruñido masculino había salido del apartamento de Kimber.

Deke frunció el ceño y se acercó a la ventana. Oyó otro sonido que no conseguía ubicar. Un choque, como algo golpeando contra la pared.

«¿Qué coño estaba pasando allí?». La ansiedad se enroscó en su estómago. Era ella... ¿habría llevado a otro hombre —quizá a Jesse— a su cama? No. No podía creerlo... no, no de Kimber. Ella no era Heather.

Pero Deke todavía no sabía a qué se debían esos sonidos. Sólo sabía que estaban fuera de lugar.

Colándose por la ventana, Deke sacó su SIG Sauer por si las moscas. Rodeó el sofá, pasó por delante de la cocina y recorrió el pasillo con el arma apuntando hacia delante. Contuvo el impulso de lanzarse a la carga como un toro. Tenía que proceder con tiento hasta saber qué diablos estaba pasando.

Un chillido agudo rasgó la noche, y un escalofrío le recorrió la espalda. «¡Kimber!». Maldición.

Precipitándose por el pasillo hacia el origen del sonido, llegó al dormitorio. Estaba oscuro y vacío, con la cama deshecha.

Los sonidos de una lucha en el cuarto de baño le hicieron girar la cabeza en esa dirección. Venían de detrás de la puerta cerrada dentro del cuarto de baño. ¿Del vestidor?

Si ese hijo de perra había dañado un solo pelo de la cabeza de Kimber, iba a comer durante el resto de su vida por una pajita después de que recibiera el primer puñetazo. Si recibía otro más, aquel cabrón no necesitaría ni pajita ni comida ni nada.

Acercándose sigilosamente hacia la puerta cerrada, Deke intentó escuchar. No quería poner a Kimber en peligro por precipitarse como un idiota.

—Pon el bate de béisbol en el suelo —gruñía el hombre—, no quiero hacerte daño.

A continuación se escuchó un golpe sordo y un gruñido.

—¡Perra! Me has hecho daño.

Kimber le había acorralado. Bien. Aquel bastardo no era demasiado hábil y ella todavía estaba viva. Aquellas eran buenas noticias. Deke no sabía si volvería a conquistarla, pero sí sabía que iba a salvarla.

De repente, Kimber soltó un grito.

—Maldita sea, muere como una buena chica.

«¡No!». El grito de terror de Kimber atravesó las paredes y desgarró las entrañas de Deke.

Deke destapó la botella de sus emociones —miedo, culpa, frustración, rabia— y las dejó volar mientras echaba abajo la puerta del vestidor e irrumpía en el pequeño cuarto. Allí no había más que oscuridad, pero vio el contorno del cuerpo de Kimber en el suelo, y cómo se golpeaba su cabeza contra la pared. La sangre resbalaba por su torso.

«Oh, no. ¡Demonios, no! Dios...».

Embargado por la furia, Deke se giró con rapidez, agarró al extraño por el cuello y lo empujó contra la pared. Un destello metálico llamó su atención. Esquivó el filo y cerró los dedos en torno a la garganta del hombre. Con la otra mano, acercó el cañón de su arma a la frente de aquel hijo de perra.

—Tira el cuchillo al suelo.

El extraño vaciló. Deke podía oír sus ásperas boqueadas, podía oler su miedo, sentir sus temblores. No era suficiente. Quería ver cómo aquel bastardo se desangraba, cómo se retorció de dolor, cómo se estremecía bajo sus manos mientras rogaba piedad.

Liberar a su salvaje interior.

Apartando aquéllos pensamientos a un lado, Deke le dirigió al hombre una mirada letal.

—No necesito más razones para acabar contigo, cabrón. Tira el cuchillo.

El extraño vaciló indeciso. Deke apretó el arma, y presionó la palma de la mano contra la traquea del hombre. Aun así éste no cooperó.

Y Deke no tenía ni idea de si la vida de Kimber estaba escurriéndosele entre los dedos en ese momento.

—Voy a acabar contigo. —El dedo de Deke comenzó a apretar el gatillo.

El extraño debió sospechar que Deke hablaba en serio y soltó el cuchillo. Cayó sobre la bota izquierda de Deke.

Pisándolo para que no pudiera cogerlo de nuevo, Deke contuvo las ganas de agredir al hombre, pero Kimber necesitaba su ayuda ahora.

Deke señaló la esquina más alejada del vestidor.

—Siéntate ahí con las manos donde pueda verlas. No te muevas. Si se te ocurre mover un solo dedo, mi buena amiga SIG Sauer y tú vais a llegar a conoceros muy bien, ¿me has entendido?

Bajo la palma de la mano, Deke sintió que el hombre tragaba aire. Luego asintió con la cabeza.

Resistiendo el impulso de aplastarle la tráquea por puro placer, Deke retrocedió, apuntó con el arma al asaltante, y observó cómo su sombra se acercaba a la pared y se hundía en el suelo. Sin apartar la mirada, Deke guardó el cuchillo y encendió una luz.

El intruso llevaba una careta. Como en un programa de televisión.

Pero fue lo único que pasó por su cabeza antes de dejarse caer de rodillas al lado de Kimber, buscando el origen de la sangre con una mano mientras sostenía el arma que apuntaba al hombre en la otra.

«Oh, maldita sea. Oh, Dios... deja que viva».

Se sintió invadido por el pánico de nuevo, pero lo apartó bruscamente a un lado. «Piensa. Contrólate, razona».

Deke la examinó con rapidez. Kimber había perdido el conocimiento, pero su corazón palpitaba con un ritmo constante. Respiraba. Tenía un corte profundo en el antebrazo. Tendrían que darle unos puntos en cuanto fuera posible. Deke cogió una camisa de una percha y presionó la herida con ella. Lo más probable es que hubiera sido causada por el cuchillo del extraño al levantar el brazo para defenderse de él. No quería ni imaginar el terror que debía de haber sentido al ver venir el cuchillo hacia ella...

Le dirigió al hombre una fría mirada de furia.

—Como se muera, te mato. ¿Has entendido?

La cabeza bajo la careta asintió temblorosa.

No encontró ninguna otra herida, pero el pánico creció en él. ¿Por qué demonios seguía inconsciente? Se había golpeado la cabeza al caer. ¿Habría sido grave?

Deke abrió el móvil y llamó al 911. Les dio la dirección de Kimber.

—Ya hay varias unidades de policía en camino, señor. Llegarán en dos minutos.

Así que Kimber había llamado ya. Una chica lista, su gatita. «Resiste, nena».

—Necesito que envíen una ambulancia también. Está inconsciente. —Luego colgó.

—¿La has drogado?

—No —dijo una voz rota.

—¿Violado?

—No.

—Pero querías matarla, jodido pirado —gruñó Deke—. Quítate la careta.

El hombre vaciló y Deke levantó la SIG.

—¡Ahora!

El hombre se la quitó y Deke se lo quedó mirando fijamente.

—¿Qué diab...? Tienes al menos cincuenta y cinco años. —¿No era un poco mayor para dedicarse a asaltar casas?

El extraño se aclaró la garganta.

—Tengo sesenta y dos.

—¿Te gusta acosar a las mujeres, abuelito? —aquel pensamiento le hizo querer estrangular a aquel vil hijo de perra.

—No. No es nada personal. No quería hacerle daño. Sólo quería que se mantuviera lejos.

Deke apretó el arma.

—¿Lejos de qué?

Silencio

—¡Será mejor que me des una respuesta! —gritó Deke—. Se me está acabando la paciencia.

—De la carrera de Jesse McCall. Ella ha intentado acabar con ella unas cuantas veces y a él ni siquiera le importa. Jesse está cargando contra la prensa... se está autodestruyendo. Explorando. Va a destruir su carrera y a todos los que le rodean, por culpa de esta mujer.

Un abuelete obsesionado con la carrera de Jesse. Por lo que Kimber les había contado a Luc y a él sobre Jess, aquel era su agente. ¿Cómo se llamaba...? ¿Cal?

—Ya soy demasiado viejo para empezar de nuevo. —La voz del hombre era temblorosa.

Aquel hombre estaba derrotado. Había sido una estupidez pensar que aniquilando a Kimber se resolverían sus problemas. Si la policía no aparecía pronto, Deke no sabía si podría controlar su furia y sus deseos de venganza lo suficiente para que quedara algo de él cuando finalmente lo detuvieran. Pero tenía que contenerse. Aquel cretino acabaría en una celda.

- Continúa —le dijo al hombre—. Cal, ¿no?
—Sí —dijo el agente con cautela.
—¿A qué te referías con empezar de nuevo?
Él vaciló.
—Creo que no volveré a abrir la boca sin mis abogados delante.



A los tres minutos, se desató la locura en el apartamento de Kimber. Varias unidades de policía irrumpieron en el lugar. Deke cogió al sospechoso por la nuca y le instó a caminar apuntándole con el arma. Después de que la policía verificara las credenciales de Deke, él centró la atención en los paramédicos que atendían a Kimber.

Les indicó el corte del brazo.

—¿Por qué demonios está todavía inconsciente?

—¿Es usted familiar?

«Oh, maldita sea».

—Es mi... —¿Amiga? ¿Novia? ¿Soy el padre de su hijo?—. Es mía.

—¿Su esposa?

—Aún... no.

—Lo siento. No podemos dar información a nadie que no sea de la familia. —Le contestó uno de los paramédicos mientras la subían a una camilla.

Deke no pudo resistir acariciar la cara y le hombro de Kimber cuando pasaron por delante de él. Los siguió a la ambulancia.

—Déjenme ir con ella.

—Lo siento, señor. Sólo familiares.

«¡Sólo jodidos familiares!».

—¿Dónde la llevan? Y no vuelva a repetirme lo mismo. Voy a avisar a su familia ahora.

El paramédico le dio el nombre de un hospital. Deke no lo conocía, pero lo encontraría.

—Voy a seguirles.

—Puede intentarlo.

Deke contuvo el deseo de responderle con un bufido. Andaría a gatas sobre cristales para asegurarse que Kimber estaba bien. Seguir a una ambulancia sería un juego de niños.

Observó cómo metían a Kimber en la ambulancia. A través de las ventanillas de las puertas traseras, pudo ver cómo la estabilizaban. Kimber había perdido mucha sangre. Y aún no había recobrado el conocimiento.

Alguien puso en marcha la ambulancia, y Deke se dirigió al Hummer, subió de un salto y condujo como un loco por el aparcamiento para seguir a la ambulancia por la calle solitaria hacia el hospital... con un mal presentimiento.

Puede que no se hubiera tomado un bote de pastillas como Heather, pero si a Kimber le pasaba algo también...

Sujetando el volante con fuerza, Deke apartó aquellos pensamientos de su cabeza. «No. ¡Maldita sea, no!». Amaba a Kimber. La necesitaba a su lado. Siempre. Con bebé o sin él. Con muchos más niños si ella quería. Intentaría ser el mejor para ella. Lo intentaría todo. Todo.

Durante toda su vida.

Capítulo 21

Deke dejó el Hummer en una plaza del aparcamiento del hospital y corrió hacia la sala de urgencias. Sorprendido, se dio cuenta de que le sudaban las manos. ¿Habría recuperado Kimber el conocimiento? ¿Serían muy graves sus heridas? No tener ninguna respuesta a esas preguntas le formaba una enorme bola de frustración en el pecho. Y de miedo. No podía olvidarse de eso.

Incluso a distancia, pudo ver cómo los paramédicos sacaban a Kimber de la ambulancia. Sus hermanos estaban allí esperando.

Los había llamado durante el trayecto. Logan vivía a unas manzanas del hospital por lo que no tardaron en llegar. Hunter observaba con una mirada sombría el avance de la camilla hacia las puertas automáticas y al interior de la sala. Logan parecía a punto de explotar cuando siguieron a la camilla.

Deke se acercó a ellos que lo saludaron con la cabeza.

—¿Son sus familiares? —les preguntó una enfermera entrada en años.

Hunter señaló a Logan y luego a sí mismo.

—Somos sus hermanos!

Ella hizo un gesto en dirección a Deke. «Oh, maldición». Aquel rollo de los familiares otra vez. Hunter dio la cara por él esta vez.

—Es quien le ha salvado la vida. Se queda.

Deke soltó un suspiro de alivio.

—¿Algo reseñable en su historial médico?

—No.

—¿Es alérgica a algo?

—A la penicilina.

La enfermera lo apuntó y luego dirigió sus amables ojos azules hacia Hunter.

—¿Está tomando otra medicación en este momento?

Hunter encogió los hombros con rigidez, al parecer molesto consigo mismo.

—No lo sé.

Deke se aclaró la garganta.

—No.

Ambos hermanos lo miraron. Nunca le habían tenido demasiado aprecio, pero ahora... parecían muy agradecidos.

Bueno, puede que estuvieran agradecidos en ese momento por haber salvado a su hermana de Cal, pero dudaba que aquel aprecio durara demasiado.

—Gracias —murmuró Hunter.

—¿Algún trauma o conmoción cerebral anterior? ¿Mareos? ¿Desmayos?

—No.

—¿Algo más que deba saber?

Deke tragó aire, esperando. Los dos hermanos negaron con la cabeza.

No lo sabían. «Oh, maldición... menuda putada».

La enfermera comenzó a darse la vuelta. Deke extendió la mano para sujetarla del brazo.

—Hay otra cosa. —Inspiró profundamente—. Está embarazada.

—¡Cabrón! —Logan se lanzó sobre él—. Voy a arrancarte los ojos y a metértelos por el culo, bastardo...

—No. Para. No es el momento ni el lugar. —Hunter agarró a su hermano y lo contuvo a duras penas.

—Nada de peleas en el hospital. Arreglen sus problemas fuera —dijo la enfermera con frialdad. Al parecer, ya había visto de todo.

Tras otra anotación en la hoja de registro, la mujer se marchó.

Con resuello, Logan retrocedió. Pero todavía parecía echar fuego por los ojos. Su mirada verde y llena de furia, prometía dolor. La de Hunter, a diferencia de la de su hermano, era fría y prometía venganza... a su debido tiempo y a su manera.

«Genial».

—¿El bebé es tuyo o de tu primo? —preguntó Hunter quedamente.

—¿O ni siquiera lo sabes? —se burló Logan.

—Es mío. Y no pienso disculparme por ello. Amo a vuestra hermana. Esta noche fui a su apartamento para hablar con ella. Lo que ocurra entre nosotros es cosa nuestra. Pero si os atrevéis a disgustarla mientras se recupera —«Si se recuperaba». Deke se giró hacia Logan—, os cortaré los huevos y os los meteré por la boca. ¿Ha quedado claro?

El menor de los hermanos pareció sulfurarse aún más y al parecer estaba dispuesto a continuar con la guerra verbal. Una helada mirada de advertencia de Hunter lo contuvo.

—Gracias a ti, tiene probabilidades de vivir lo suficiente para mantener esa conversación contigo. El resto ya lo aclararemos más tarde, en cuanto Kimber se haya recuperado y le den el alta a mi padre.

Con una tensa inclinación de cabeza, Deke se dio la vuelta y se dirigió a una de las mullidas sillas naranja con los brazos de acero de la sala de espera. Los hermanos de Kimber tomaron asiento en otras dos sillas más apartadas. Nadie abrió la boca durante horas.

Logan se levantó y se paseó de un lado a otro de la sala. Hunter permaneció sentado sin moverse, pareciendo extrañamente tranquilo, salvo cuando lanzaba una mirada ansiosa a la puerta o a su reloj revelando su agitación interior. Deke lo comprendía. Quizá los hermanos de Kimber y él jamás se apreciarían, pero los respetaba. Si él estuviera en su pellejo, también le cabrearía que su hermana estuviera embarazada tras haber sido compartida por dos hombres. Hunter en particular era un hombre frío y tranquilo. De hecho, se estaba tomando las cosas mucho mejor de lo que se las tomaría el propio Deke.

Deke volvió a mirar su móvil para saber qué hora era. Habían pasado tres horas. ¿Por qué demonios no venía ningún médico a traer noticias?

Pasó bastante tiempo antes de que Luc apareciera tras coger el coche y arrastrar su trasero hasta allí. Deke observó cómo su primo recorría la sala de espera con la mirada tensa y ansiosa. Y aún seguía sin saberse nada. «¿Por qué demonios tardan tanto?».



A las nueve menos cinco de la mañana, Deke se subía por las paredes, estaba dispuesto a darse de cabezazos o cualquier otra cosa si con eso conseguía ver a Kimber.

A las cinco de la madrugada, los médicos les habían informado de que Kimber se había despertado. Le habían suturado el brazo y hecho innumerables pruebas y análisis, cuyos resultados todavía estaban esperando. Hasta ese momento todo parecía ir bien; además de la herida del brazo había sufrido una leve conmoción cerebral y magulladuras.

Logan y Hunter habían entrado a verla dos horas antes, luego salieron a recoger a su padre, que sería dado de alta ese mismo día. Se preguntó si los hermanos Edgington le habrían comentado algo a su hermana sobre su futuro sobrino. Si eran listos, no lo habrían mencionado.

A los que no eran familiares, no se les permitía la visita antes de las nueve. Una regla de mierda. Lanzó una mirada colérica al reloj. ¿Acaso esa jodida cosa iba más lenta de lo normal?

—Respira hondo —murmuró Luc—. Tranquilízate.

—¿Qué? —Deke se encogió de hombros, molesto. Apenas se había movido. Lo sabía porque había utilizado todo su autocontrol para mantenerse quieto.

—Puedo sentir las ondas de preocupación e impaciencia que emites. Está bien. Hunter nos lo dijo antes de marcharse. Hoy le darán el alta.

Pero él todavía no la había visto. No había visto con sus propios ojos cómo se encontraba. Hasta ese momento, no dejaría de estar preocupado.

Dos minutos más tarde, una enfermera se acercó a ellos. Era una rubia joven y guapa, con una boca rosada y plena, pechos grandes y sonrisa acogedora. Pero a él no le interesaba. Luc la miró, se recreó en ella, luego apartó la vista.

—Pueden subir. Tercera planta, habitación 341. Si les pregunta alguien, díganle que Missy les ha dejado pasar. —Señaló los ascensores por encima del hombro, rozándose de paso el seno izquierdo.

«Muy sutil». Deke habría puesto los ojos en blanco si no fuera porque ya corría al ascensor. Luc lo siguió.

El ascensor parecía tardar una eternidad. Si hubiera sabido que aquel artefacto era tan lento, habría utilizado las escaleras. Se agarró las manos delante de él; Luc no parecía nervioso. Pero sí preocupado.

Su primo lo miró a los ojos.

—Esto me resulta bastante embarazoso. Supongo que simplemente debería preguntártelo. ¿Me odias?

¿Que si le odiaba?

—Supongo que te refieres a lo de tu... hum... secreto.

—A mí esterilidad —le ayudó Luc.

—Me cogió por sorpresa. Dije algunas cosas que no debería haber dicho. Eres como un hermano para mí. Han pasado demasiadas cosas entre nosotros para que te odie.

Aliviado, Luc alargó el brazo para estrecharle la mano. Deke lo hizo como si fuera un gesto casual, pero sabía que significaba mucho para su primo. Y, en realidad, él sentía lo mismo.

—Gracias. Por si te sirve de algo, lo siento. Jamás tuve intención de engañar ni manipular a nadie. Te quiero y lamento haber jodido las cosas.

—Disculpa aceptada. Pero no hace falta ponerse sentimental.

Luc apenas pudo reprimir una sonrisa.

—Bueno. ¿Qué vas a hacer? Intentarás recuperar a Kimber, ¿no?

Deke se encogió de hombros, pero la incertidumbre le corroía las entrañas como una sierra eléctrica. Ojalá supiera la respuesta. Pero, maldita sea, ahora mismo, lo único que necesitaba era abrazarla, saber que estaba bien.

—Ya veremos. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé.

—Sé que no es fácil para ti desear tener un hijo y ser incapaz de... En serio, eres un buen hombre, serías un padre fantástico. Lo siento por ti.

Luc soltó un largo suspiro.

—¿Sabes lo que es follar durante horas, hasta que estás cubierto de sudor y todos los músculos de tu cuerpo protestan, hasta que la mujer está al borde de la inconsciencia, sabiendo que jamás la dejarás embarazada?

Sí, podía ver adonde quería llegar Luc.

—Déjame darte un consejo, hermano. Creo que deberías de olvidarte de los bebés por una temporada y llamar a Alyssa Devereaux. Sospecho que sientes más por ella de lo que quieres admitir. Incluso aunque no concibáis un niño, lo pasaréis de vicio practicando.

—Me lo pensaré. Desde luego le debo una por aceptar ser compartida por nosotros.

Al fin, se abrieron las puertas del ascensor. Deke salió disparado hacia la habitación de Kimber. Corría como si no estuviera seguro de que lo fueran a dejar entrar. Aquellos pasillos tan enrevesados le irritaron.

Encontró la puerta y se detuvo en el umbral.

En la cama, Kimber dirigía una mirada perdida hacia la ventana, hacia el aparcamiento. Como si de repente fuera consciente de que ya no estaba sola, volvió la mirada hacia él. Hacia los dos, comprendió al ver que Luc se había detenido detrás de él.

Tenía un moratón en la mejilla y un arañazo en la barbilla. Pero lo que impactó a Deke fueron sus ojos hinchados y la nariz roja. Sin duda, había estado llorando.

—Gatita. —Deke cruzó con rapidez la estancia—. ¿Te duele algo? ¿Quieres que busque a una enfermera para que te dé algo?

Rodeándose con los brazos, Kimber negó con la cabeza y lo miró con unos ojos llenos de dolor y vacío.

Sentándose en el borde de la cama, apartó los cables del suero y la atrajo contra su cuerpo.

—No pasa nada. Todo está bien. Cal está entre rejas. Nunca volverá a hacerte daño. No se lo permitiré.

—Lo sé. Gracias por rescatarme —murmuró—. Jesse ya ha llamado tres veces para disculparse.

«Oh, maldita estrella del pop». Era un tema que hacía que su temperamento se disparase.

—Espero que le dijeras a ese bastardo que no querías volver a verle —gruñó Deke.

—Sólo llamó para explicar por qué intentó matarme Cal.

—¿Ese gilipollas te ha llamado para explicarte que su pobre agente estaba hecho polvo?

—Me dijo que Cal había perdido a otra estrella hace más de una década, cuando ésta se casó. No podía decirme nombres, pero al parecer era alguien con una prometedora carrera que prefirió casarse.

—¿Acaso ese idiota te ha pedido perdón por su agente?

—No, sólo me explicó por qué actuó así.

Deke se relajó. O por lo menos lo intentó.

—O sea que Cal iba a deshacerse de ti para que Jesse no se distrajera y pudiera seguir vendiendo CDs mientras él seguía sacando tajada de todo eso.

—Cal se está haciendo viejo y al parecer no podía permitirse perder a la gallina de los huevos de oro. —Kimber se encogió de hombros—. Aunque yo había rechazado a Jesse, se sintió preocupado por las entrevistas y estaba convencido de que si yo no desaparecía del mapa, Jesse se autodestruiría. Así que pensó que sería mejor eliminarme antes.

—Vaya locura. —Luc negó con la cabeza mientras se dirigía al otro lado de la cama y le cogía la mano—. Hola, cariño.

Kimber miró a Luc y nuevas lágrimas se deslizaron por su cara. Clavó en él aquella mirada acuosa y comenzó a sollozar de nuevo.

—Eh, vamos. Cal va a pasar unos cuantos años entre rejas. Será muy viejo cuando lo suelten —intentó bromear Deke—. ¿No estarás llorando por él?

Ella negó con la cabeza.

—No es eso. Tengo que decir algo... no estoy... no hay bebé.

Deke parpadeó aturdido. «¿No había bebé?». ¿Y qué había pasado entonces con todo aquel sexo sin protección cuando la píldora no estaba a pleno rendimiento? ¿Qué pasaba con aquellas malditas líneas azules del test de embarazo?

Luc contuvo el aliento; parecía como si le hubieran dado un puñetazo. Pero en aquel momento, Deke sabía con exactitud cómo se sentía.

—Lo siento... pensé... Jamás me había hecho una prueba de embarazo antes. Supongo que fue un falso positivo. Nunca hubo ningún bebé. Me lo dijeron los médicos esta mañana.

Más lágrimas, cálidas y saladas, resbalaron por sus mejillas. A Deke se le rompía el corazón.

—Shhh. No pasa nada. Todo va a salir bien. Ya lo verás.

—¡No, no es cierto! Quería tener ese bebé. Lo quería. No supe cuánto hasta que ya no lo tuve. —Miró a Luc de nuevo—. Lo siento. Tú querías a este...

«Querer era decir poco».

Kimber se apartó de Deke y acercó las rodillas al pecho, rodeándolas con sus brazos, dejándolo fuera. La sorpresa aún le recorría el cuerpo. No había bebé. No... había nada. Frunció el ceño y miró a Luc.

Sorprendido, se percató de que su primo estaba conteniendo las lágrimas. Parecía a punto de romperse con un sólo toque.

—Está bien, cariño. No es culpa tuya. Ésta... es mi maldición, y no actué bien. Os he presionado a Deke y a ti, esperando... bueno, ya sabes qué esperaba. Si alguien debería sentirlo, soy yo. Apártame a mí y a mis problemas de tu mente. Céntrate en ponerte bien y ser feliz. —Luc depositó un beso en la cabeza de Kimber.

—Espero que tú también seas feliz. —Kimber le dirigió una mirada llena de disculpas.

La expresión de Luc decía que eso no era posible. Y, maldición, Deke no pudo más que sentirlo por su primo una vez más. ¿Qué podría hacer para que hiciera las paces consigo mismo?

Tras dirigirle a Kimber una última mirada, Luc le dio una palmadita en el hombro. Luego se fue.

Deke no sabía qué decir para romper el silencio. «No había bebé. Vaya». Suspiró. Esperó sentirse aliviado. Y siguió esperando.

«Nada».

Y Kimber tampoco decía nada. De hecho, por la manera en que se le estremecían los hombros, sabía que estaba sollozando en silencio. Sintió que se le desgarraban las entrañas. Quería golpear algo y llorar a la vez. Se dio cuenta de que para ella aquello era una dolorosa pérdida.

Maldita sea, sintió un doloroso vacío en su interior. Tristeza. Pena. Pesar. De alguna manera él sentía lo mismo que ella.

Le acarició la espalda con la mano.

—Gatita, no pasa nada.

—¿Que no pasa nada? —Su incredulidad fue como un bofetón—. Para ti es fácil. Como ya no hay bebé, no tienes de qué preocuparte. Vete y celébralo.

«Y una mierda». Comenzó a decirlo, pero se contuvo. Debía ser tierno, gentil. Ella estaba sufriendo.

—Mira, gatita. Anoche fui a tu casa a decirte lo que siento por ti. Lo mucho que te amo. Quiero estar contigo. Haya un bebé o no, eso no ha cambiada. He permitido que la muerte de Heather me afectara demasiado tiempo. Y dejé que afectara a mi relación contigo. No puedo decirte cuánto lo siento. Todavía pienso que te mereces a alguien mejor que yo, pero no voy a dejar que nada ni nadie se interponga entre nosotros. Si todavía me quieres, quiero intentarlo.

Ella levantó la cabeza de golpe y la necesidad que vio en sus ojos fue como una puñalada en el corazón. Dios, iba a hacerlo polvo con aquella mirada llena de dolor, esperanza y anhelo.

Luego, Kimber hundió los hombros con aire de derrota.

—¿Para qué? Te amo, pero no queremos las mismas cosas.

—¿Qué cosas?

—Yo quiero tener hijos algún día.

Deke esperó sentirse embargado por el pánico ante la idea. Pero sólo pudo imaginar una imagen de Kimber oronda y sonriente, resplandeciente de felicidad. Con ella, podría intentar tener hijos. Estaría encantado de tenerlos con ella.

—También yo. No puedo prometerte ser perfecto. En realidad, ni siquiera sé si puedo... —suspiró. Tenía que ser honesto. Y lo sería—. Aún no sé si seré capaz de hacer el amor contigo, yo solo. Pero lo intentaré. Y lo seguiré intentando hasta que funcione. Tú no quieres ser compartida. Yo no quiero compartirte. Sólo quiero amarte tanto tiempo como tú me lo permitas.

Kimber abrió la boca al tiempo que entraba el médico en la habitación con el historial en la mano.

De repente se detuvo, como si se hubiera dado cuenta de que estaba interrumpiendo algo. Pero adoptó una pose profesional, miró el historial de Kimber y les dirigió una sonrisa.

—Todo está en orden. Todas sus pruebas están bien. Tiene una leve conmoción. Le recetaré algo por si le duele la cabeza. Quiero que vuelva dentro de una semana. Aparte de eso, puede marcharse a casa. ¿Alguna pregunta?

Kimber negó con la cabeza.

—¿Quién la acompañará a casa? —preguntó el médico.

Kimber tragó aire mientras se le volvían a llenar los ojos de lágrimas. Aquella mirada... Dios, jamás la había visto más hermosa.

Brindándole a Deke una sonrisa radiante, Kimber le murmuró al médico:

—Él.



Tres días más tarde, después de que su padre se hubiera instalado en casa de Logan y después de que se apaciguara un poco el fervor desatado por los medios de comunicación sobre el intento de asesinato de Cal, Deke llamó a la puerta de Kimber a las siete en punto de la tarde, tal y como ella le había pedido. Llevaba un ramo de flotes en una mano y con la otra intentaba aflojarse el nudo de la corbata que parecía estrangularle. Pero quería presentar su mejor aspecto. Tratarla como era debido. Hacerlo lo mejor posible.

Aquella noche iba a ser la prueba de fuego. Cuando se arreglarían o romperían las cosas entre ellos.

Kimber abrió la puerta vestida con una blusa vaporosa de color rojo que parecía diseñada para que a él se le salieran los ojos de las órbitas. El escote llegaba casi hasta el ombligo. Además, llevaba una falda negra y corta. Maldición, si tenía que mirarla durante toda la cena llevando eso puesto, iba a sufrir una auténtica tortura.

—Hola. —Kimber cogió las flores que le tendía, dio un paso atrás y lo invitó a entrar.

Intentando disimular lo mejor que pudo el estremecimiento que le provocaron esos pensamientos, Deke subió los escalones de la entrada y cerró la puerta. La mesa estaba dispuesta con velas, y en la sala sonaba una música sutilmente erótica. Olía muy bien. A comida italiana. Pero cuando Kimber se dio la vuelta para buscar un jarrón donde poner las flores, él vio que la blusa dejaba la espalda al aire y aquella necesidad de tocarla lo golpeó de lleno.

Incluso así, se sintió muy nervioso. ¿Y si no podía hacerlo con ella, él solo? Quería hacerlo, Dios lo sabía, pero...

Antes de que Deke pudiera continuar con aquellos destructivos pensamientos, agarró a Kimber por los brazos y la estrechó contra su pecho, acariciándole las caderas. Sin duda, ella notaría al instante lo duro que le ponía.

—¿Te has puesto eso para volverme loco? Pues funciona.

Ella le brindó una mirada descarada por encima del hombro casi desnudo. Deke había pensado que no podría llegar a estar más duro. Kimber le hizo darse cuenta de que no era así.

—Mmm, tengo que pedirte un favor.

—¿Un favor? ¿Cuál? —La expresión femenina no revelaba nada.

Kimber dejó las flores sobre el aparador y alzó los brazos hasta su cuello, subiéndole la temperatura unos cuantos grados más. Oh, sí, el deseo de hacer el amor con ella, estaba allí. De eso no cabía duda. Sólo tenía que... seguir con ese pensamiento.

—Quiero saber de qué manera te gusta mantener relaciones sexuales —le acarició con la mano el abdomen, el pecho y el hombro— al estar solos tú y yo.

Deke tragó aire. Unas semanas atrás, cuando había acudido a casa de Luc buscando su ayuda, le había dicho unas palabras muy parecidas. Él había pensado que era una locura, y ella había hablado como si su vida sexual fuera algo del otro mundo. Ahora lo era... por lo menos para él.

No había hecho el amor con una mujer él solo desde Heather.

Esa noche, tenía que intentarlo. Por el bien de ella. Por el bien de los dos.

—No estoy seguro de eso. —Aquella honestidad resultaba dolorosa, pero tenía que ser sincero.

—Lo resolveremos juntos. Primero cenamos o... —Kimber dirigió la mirada al pasillo en penumbra.

La luz de las velas iluminaba la salita con un resplandor dorado. Y, demonios, Kimber olía a algo categóricamente comestible. Pero aun así, vaciló. No tenía prisa en quedar~en evidencia si al final fracasaba aquella noche. Pero cenar primero tampoco le iba a ayudar a mantener el miembro duro como una piedra si resurgían sus miedos.

Deke respiró hondo, intentado tranquilizarse.

—O. Definitivamente o.

—Buena elección. Deja que apague el horno...

Kimber desapareció unos momentos. La oyó en la cocina, ajustando los botones, abriendo el horno, cerrándolo de nuevo. Cuando volvió a aparecer, le ofreció una cerveza fría mientras sostenía una copa de vino en la otra mano.

Tomando la botella que le ofrecía, se tomó media de golpe. Kimber se mordisqueó el labio inferior mientras lo observaba.

—Podríamos hablar antes.

—Nada que digamos va a cambiar el resultado de esta noche. —Él sólo tenía que meterse en la cabeza que Kimber era exclusivamente suya y que tenía que actuar en consecuencia.

Decidido a que su primera vez juntos y solos resultara tan bien como fuera posible, Deke dejó la cerveza a un lado e hizo lo mismo con la copa de ella. Luego cogió a Kimber en brazos y se encaminó al dormitorio.

Había velas por todas partes, iluminando la estancia con suaves tonos crema, verde salvia y canela. Era muy hermoso. Como ella.

Y estaban solos.

Deke apartó de sus pensamientos todo excepto a Kimber, mientras la dejaba sobre la cama. Las manos femeninas revolotearon con nerviosismo, aterrizando en el estómago de ella, atrayendo la atención hacia los puntos del antebrazo. Al verlos se le ensombreció el ánimo.

Kimber había pasado por muchas cosas: había sido compartida cuando no era lo que ella deseaba, por un atentado contra su vida, un embarazo que había resultado falso y que había dado lugar a sus revelaciones sobre Heather y aquella terrible discusión. Pero, a pesar de todo eso, seguía siendo asombrosamente fuerte. Lo que podría haber ocurrido con Cal sirvió para recordarle que la vida era demasiado corta y que debía aferrarse a la mujer que deseaba y amaba. Todo lo que tenía que hacer era acariciarla, tomarla y nunca dejarla ir.

En cuestión de segundos, la desnudó, dejándola sólo con las medias puestas y una sonrisa. Las ropas de Deke desaparecieron a continuación.

Pero en cuanto colocó las manos sobre la piel desnuda de Kimber, comenzó a pensar de nuevo. ¿Y si al final todo resultaba un absoluto fracaso?

Soltando un suspiro de preocupación, Deke le cubrió el cuerpo con el suyo y la besó febrilmente, hundiéndose con dureza en su boca, reclamándola. Fracasar no era una opción. La verdad era que no quería estar en ningún otro lugar. Jamás querría que hubiera nadie con ellos o cerca de ella. Iba a tener que conseguir que aquello funcionara. Kimber era suya.

Aquella tentadora piel cremosa, era de él.

Los hermosos pezones duros como bayas, también.

El adictivo sabor del néctar de Kimber en su lengua o los gritos de deleite cuando ella se aferraba a las sábanas mientras él la saboreaba con placer, sólo podían ser suyos.

Kimber era suya. Sólo suya.

Volviendo a subir por el cuerpo femenino, Deke suspiró sobre las curvas delicadas, luego gimió cuando la mano de Kimber se cerró sobre su erección. Demonios, no necesitaba excitarle más. Se sentía lo suficientemente duro como para taladrar el cemento.

Pero quería acariciarla, celebrar que la tenía entre sus brazos. Protegerla, abrazarla. Amarla.

También quería follarla... de todas las maneras posibles. Aquello era una buena señal. El temor luchaba contra el deseo... pero no era el temor habitual. No era pánico a un embarazo inesperado. Era miedo a defraudarla. Aunque cada célula de su cuerpo estaba centrada en la hirviente necesidad de estar dentro de ella y en la ardiente determinación de hacerlo realidad.

Acomodándose entre los muslos de Kimber, rozó sus labios sobre los de ella, luego se hundió en su boca, saboreando el deseo y la esperanza en su lengua. Se recreó en la boca femenina una y otra vez. Y otra más. Maldición, no parecía tener suficiente. No podía creer la suerte que tenía tras una década de no considerarse digno de una mujer, y mucho menos de una tan maravillosa como ella.

Todo lo que tenía que hacer ahora era reclamarla...

—Quiero... quiero hacer el amor contigo esta noche. Todas las noches, gatita. Me alegro de que seas mía. Me siento muy afortunado.

—Yo soy la afortunada. Cuando me miras así, me siento amada.

—Lo eres. —Deke le besó tiernamente la boca—. Lo eres.

—¿Y no quieres demostrármelo? —arqueó las caderas hacia él en una descarada invitación.

—Dios mío, sí.

Kimber le mordisqueó el hombro y trazó un sendero de besos por su cuello.

—Todavía estoy tomando la pildora, pero por si acaso, los condones están en la mesilla de noche.

Iban a hacerlo realmente, sólo ellos dos. Deke vaciló, esperando la involuntaria reacción de pánico. Pero no llegó.

—Pase lo que pase, lo resolveremos juntos, ¿de acuerdo?

—Sí.

El tono tranquilo de Kimber reverberó en su corazón, lo único jodidamente blando. El resto de su cuerpo estaba... tenso, rígido. Desde los hombros a las puntas de los dedos. Por los nervios, por la anticipación. Jamás había necesitado ni temido tanto algo.

—Durante tres días, no he podido pensar en otra cosa que no fuera en sentirte dentro de mí.

Luego, Kimber le rodeó las caderas con las piernas. Maldición, su sexo se apretaba contra su polla. Y estaba mojado. «Oh, demonios». Deke comenzó a sudar. Su corazón latía a la misma velocidad que un avión supersónico. También él había pensado en ella. De forma obsesiva. ¿Cómo sería finalmente poseerla a solas? ¿Reclamarla como suya?

Kimber le mordisqueó el lóbulo de la oreja, provocándole un nuevo estremecimiento.

—Va a ser genial. Te he echado de menos. Te miro y me duele.

Bueno, él sabía exactamente a qué se refería. Deke se sentía igual.

Reaccionaba de la misma manera. Estaba tan condenadamente duro y rígido que hubiera jurado que toda la sangre de su cuerpo se había concentrado en los veinticinco centímetros de su erección. Hizo una mueca, luego tanteó hasta que el glande se alojó contra la entrada de la vagina.

«Maldición». Ahora estaba cubierto de sudor. Deke tragó aire. Kimber tenía que sentir el pesado resonar de su corazón contra los pechos, y el rudo agarre de sus dedos en las caderas. Tenía intención de ser tierno, gentil. Pero cada músculo de su cuerpo estaba tenso.

—No puedo esperar a tener todo tu duro miembro dentro de mí, poseyéndome, llevándome a la locura.

¿Acaso Kimber no sabía que aquellas palabras sólo lo excitaban más? Iba a perder las últimas briznas de control si seguía hablando de esa manera.

—Necesito sentirte dentro de mí —gimió ella—. Lo necesito.

Y todo lo que él pudo hacer fue gemir con ella. Sí, lo recordaba. ¿Cómo podría haberse olvidado de lo perfecta que se sentía en torno a él? «No en esta vida».

Ella se arqueó hacia él de nuevo, y el glande penetró en ella.

«Oh, Dios. ¡Oh, maldición!».

—Penérame hasta el fondo, o gritaré. Siempre me vuelves loca.

Como si aquellas palabras de Kimber no lo estuvieran volviendo loco, destruyendo sus reservas, sus vacilaciones, estremeciéndolo de deseo.

Con la mente invadida por su esencia, por sus susurrantes insinuaciones y la sensación de su sexo intentando tragarse su miembro, él no podía retrasarlo más. Dios, no podía contenerse. No podía esperar.

Deke la agarró de las caderas y se deslizó en ella con un envite delicioso e interminable, sellando su unión. Hasta el fondo, apretándose contra su cerviz tanto como pudo.

Inspiró trémulamente ante la salvaje sensación que lo embargó. Apretada, mojada, caliente, sedosa, perfecta; Kimber era todo eso y más. Y él ya no sentía pánico o preocupación por todo lo que podía ocurrir después. Cuando ella gritó debajo de él, Deke se dio cuenta de que quería ser el único responsable de ella. Más que cualquier otra cosa en el mundo.

Ese pensamiento lo hizo sentir casi tan bien como hacer el amor con ella.

Se retiró y luego se hundió en ella otra vez con dureza. Kimber gimió de nuevo. Se cerró en torno a él.

«Estaba en casa. Era suya».

—Cállate, y haré que te corras ya —le murmuró, ahuecándole las nalgas con las manos y alzándola más contra su cuerpo.

Luego asaltó su boca, besándola en el mismo momento que la llenaba con su sexo. Lentamente. Con largos y profundos envites. «¡Oh, demonios, sí!».

Le encantaba aquel tipo de fricción. Era lo mejor del mundo, de hecho. Cada roce de su carne contra la de ella era como una descarga eléctrica a través de su cuerpo. Todas aquellas sensaciones estallaron dentro de él, haciendo desaparecer cualquier pensamiento que pudiera haber tenido. Sólo podía sentir. La presión de la vagina de Kimber a su alrededor, sus uñas en la espalda, sus caderas arqueadas bajo las de él, sus gemidos suplicantes en el oído. La manera en que su propio corazón palpitaba. La emoción de saber que la amaba.

Unos momentos más tarde ella gritó su... nombre. Comparándolo con Dios. Sus palabras eran una letanía, una súplica. Y él sintió las palpitations de Kimber bajo él, ordeñándole, envolviéndole. Deke perdió el control, y se sintió propulsado a las alturas.

Deke se aferró a ella, la rodeó estrechamente con sus brazos, como si fuera un salvavidas. De hecho, Kimber era su salvavidas.

Maldición, se sentía como un volcán. La presión que notaba en los testículos lo dejó sin aliento. Aquel increíble placer lo aturdió. Tras años de sexo compartido, tener a Kimber para él solo era como una revelación asombrosa. Casi esperaba que los cielos se abrieran y comenzara a sonar la música o algo así.

Pero sólo sintió el éxtasis, que lo atravesó con tal fuerza que llegó a pensar que su cuerpo estallaría en un millón de pedazos. La abrazó con fuerza, la poseyó, se vació en su interior en una serie de espasmos que lo dejaron devastado. Que lo cambiaron. Para siempre.

Bajo la dura protección del cuerpo de Deke, Kimber lo estrechó con fuerza. El ya había poseído su cuerpo esa noche.

No cabía duda de que también poseía su corazón.

Las lágrimas le anegaron los ojos.

Jadeando, él alzó la cabeza. El sudor le resbalaba por las sienes, por el cuello. Las venas sobresalían en sus músculos tensos. Deke parecía enorme e invencible. Salvo cuando abrió los ojos y bajó la mirada hacia ella. Cada una de sus vulnerabilidades quedaba al descubierto en aquellos ojos profundamente azules, y el corazón de Kimber se derritió aún más por él.

—Hola —murmuró ella.

—Hola.

—Ha sido... hermoso. Me has conmovido.

Deke soltó un gruñido.

—Bueno, lo cierto es que yo estoy intentando no echarme a llorar como un bebé.

Kimber no pudo evitar reírse mientras su corazón se iluminaba. ¿Había sido alguna vez más feliz?

—Y sólo nosotros dos. ¿Ha sido difícil?

—No tanto como pensé que sería. En cuanto me convencí de que eras tú y me centré en cómo me sentía contigo, todo fue bien.

—Fue perfecto —le corrigió ella mientras le acariciaba la mejilla con la punta de los dedos.

—Sin duda alguna.

—Sabes, cuando acudí a ti para que me ayudaras, era una chica estúpida persiguiendo un sueño tonto que no existía. Tú me diste algo real. Me trataste como una mujer, me enseñaste todo sobre el sexo, me enseñaste lo que era el amor. Gracias.

—Gracias a ti. Te hice pasar por un infierno y me odio por eso. Pero aun así me curaste y te preocupaste por mí. No perdiste las esperanzas conmigo. Te amo, gatita. Siempre lo haré. ¿Te casarás conmigo algún día?

Fue obvio que la pregunta la sorprendió... de una manera muy agradable.

—¿Me lo pedirás algún día?

—Sí. —Le apartó un rizo castaño rojizo de las ruborizadas mejillas.

Kimber le dio un beso suave en los labios y bromeó:

—No sé. La primera vez que te pedí que me enseñaras lo que era el sexo, me dijiste que no habría lazos afectivos.

Deke bufó.

—Fui un idiota. Necesito ese vínculo entre nosotros. Es tan vital como respirar, nena. — Le dio un beso en los labios—. Espero... que todavía quieras tener bebés conmigo algún día.

Ella asintió con la cabeza.

—Me alegro de que podamos. De que jamás llegaras a... hum.

—¿A hacerme una vasectomía? Lo pensé varias veces, pero me resultaba difícil. Luc tenía razón; no lo hice porque en el fondo tenía la esperanza de llegar a convertirme en padre algún día. En alguna parte de mi mente, no quería que el pasado tuviera poder sobre mí durante el resto de mi vida.

—Has dado un paso enorme esta noche para dejar atrás el pasado. ¿Te extrañaría si te dijera que me siento orgullosa de ti?

Un destello de lágrimas iluminó aquellos ojos azul cobalto. Deke parpadeó para hacerlas desaparecer.

—No. Demonios, yo también me siento orgulloso de mí mismo —bromeó—. Y ahora eres mía. Toda mía. Sólo mía.

Bajo él, Kimber sonrió.
—Soy tuya. Para siempre.

Fin